

*John G. Fuller*

EL VIAJE  
INTERRUMPIDO



Otros mundos

*«Hay otros mundos, pero  
están en éste»*

ELUARD

*John G. Fuller*

---

**EL VIAJE  
INTERRUMPIDO**

DOS HORAS OLVIDADAS  
A BORDO DE UN PLATILLO VOLANTE



**PLAZA & JANES, S.A.**  
Editores

BARCELONA • BUENOS AIRES • MEXICO D. F. • BOGOTA

Título original:  
THE INTERRUPTED JOURNEY:  
Two Lost Hours "Aboard a Flying Saucer"

Traducción de  
JESUS PARDO

Portada de  
JUAN B. OCHE

Primera edición: Febrero, 1968

Copyright © 1968 by John G. Fuller All rights reserved  
© 1968, PLAZA & JANES, S. A., Editores  
Enrique Granados, 86-88, Barcelona

Este libro se ha publicado originalmente en inglés con el título de  
THE INTERRUPTED JOURNEY : Two Lost Hours "Aboard a Flying Saucer"

---

Printed in Spain — Impreso en España  
Depósito Legal : B. 5.036-1968

## INTRODUCCION

El 14 de diciembre de 1963, Mr. Barney Hill se presentó en mi consulta, como habíamos convenido de antemano. Era un día como otro cualquiera. Mr. Hill me había sido enviado por otro psiquiatra. Yo aún ignoraba cuáles eran los problemas de Mr. Hill, pero cuando me presentó a su mujer, que es blanca, me pregunté vagamente si sus dificultades tendrían algo que ver con el carácter racialmente mixto de su matrimonio. A petición suya, vi a los dos juntos y no tardé en advertir que necesitaban ayuda.

Un mes después de su experiencia espacial, el matrimonio Hill había sido interrogado por Walter Webb, conferenciante del Planetarium de Hayden, Boston, y asesor científico del Comité Nacional Investigador de Fenómenos Aéreos. Con ayuda de un ejemplar del informe enviado por Mr. Webb al Comité, los señores Hill me contaron la historia que el lector encontrará en el libro de Mr. Fuller.

A la sazón, no existía indicio alguno de que el carácter mixto de su matrimonio o la experiencia sufrida en el objeto volante no identificado fueran otra cosa que elementos secundarios del problema básico que me expusieron los señores Hill; angustia agobiante, que, en el caso de Mr. Hill, se exteriorizaba abiertamente, pero que, en el de su mujer, adoptaba la forma de constantes pesadillas. Aparte de su valor como noticia de actualidad, la experiencia sufrida en el objeto volante no identificado tenía importancia porque constituía el núcleo mismo de la angustia que, al parecer, había hecho que fracasase el tratamiento psiquiátrico a que se había estado sometiendo Mr. Hill desde hacía algún

tiempo. Este núcleo parecía ser un espacio de tiempo en algún punto del viaje que hicieron los Hill desde Canadá a Portsmouth, en setiembre de 1961. Se sentían constantemente acosados por una angustia implacable en torno a aquel período de unas pocas horas, tenían la sensación de que les había ocurrido algo. Pero, ¿qué?

Propuse a los Hill un sistema de tratamiento y se decidió que lo que más urgía era abrir la puerta que conducía al cuarto oscuro (la amnesia) y que para este tipo de desarreglo lo mejor era la hipnosis. Decidimos comenzar el tratamiento después de las Navidades siguientes; y para celebrar la primera sesión se señaló el día 4 de enero de 1964.

A pesar del elemento fantástico que introducía en el tratamiento la experiencia del objeto volante no identificado, las cosas fueron todo lo bien que cabía esperar con dos pacientes angustiados, pero dispuestos a cooperar con el médico, y no hubo nada de particular hasta que les di de alta, a fines de junio de 1964. Durante este período de tiempo, no vislumbramos nada del drama inminente, que comenzó el 14 de diciembre de 1963, iba a retrotraernos dos años en el tiempo y a llevarnos tiempo adelante hasta este mismo momento, es decir, hasta dos años y medio después, cuando estoy escribiendo esta introducción a un libro que va a dar nueva vida a una serie de sucesos dramáticos que ni siquiera sospeché durante el tratamiento. Fue un drama que culminó en el libro de Mr. Fuller y en esta introducción, que, en cierto modo, es única, pues es la explicación de mi presencia, algo forzada, en escena, como miembro reactivo de él.

El tratamiento normal terminó el 27 de junio de 1964 y, desde entonces, hasta fines del verano de 1965, los Hill y yo seguimos en contacto, pues ellos me tenían al corriente de su estado mental con visitas y llamadas telefónicas. No tuve el menor atisbo de la tormenta inminente hasta fines del verano de 1965, cuando recibí una llamada telefónica de un periodista, que parecía saber la historia de los Hill, el tratamiento a que habían sido sometidos y la parte que yo había tenido en él; hasta sabía que habíamos empleado la hipnosis. Me pidió una entrevista, que yo rehusé concederle, y le comuniqué que no estaba dispuesto a hablar del caso de los Hill sin contar con el permiso de ellos por escrito; y que, aun con ese permiso, lo que dijese tendría que depender de mi opinión sobre el efecto que mis palabras pudiesen tener en

su salud mental. Un mes o dos después, Mr. Hill, muy angustiado y lleno de zozobra, vino a decirme que el reportero había ido a pedirle una entrevista y que él y su mujer habían rehusado concedérsela. El reportero aseguraba estar en posesión de datos sobre el caso y amenazaba con publicarlos si no se le concedía la entrevista que deseaba. Les dije que, dadas las circunstancias, yo no podía hacer nada, y que el problema de concederle la entrevista o rehusársela tendrían que resolverlo ellos solos, consultando, como máximo, a algún abogado.

Durante la última semana de octubre de 1965, mientras yo estaba en Washington asistiendo a unas reuniones profesionales, me telefonaron de mi despacho para decirme que se había arinado un escándalo mayúsculo. Se estaban recibiendo muchas llamadas para Mr. Hill, bastantes de ellas de gente completamente desconocida. Todo esto parecía guardar relación con la publicación de una serie de artículos en un periódico de Boston. Estos artículos habían sido escritos por el mismo reportero a quien yo había negado la entrevista y, al parecer, sin permiso de los señores Hill. Mis socios y nuestros empleados hicieron lo que pudieron por atender a las llamadas hasta mi regreso. Cuando volví, Mr. Hill me telefoneó y me dijo que aquella serie de artículos le habían producido considerable angustia, aunque aún no los había leído. Decía que habían tergiversado los hechos, y consideraba que eran una violación de su vida privada; quería que le aconsejase y yo sugerí que lo mejor sería consultar a un abogado. Mrs. Hill me dijo que mi nombre salía en los artículos y esto explicaba que se hubieran recibido tantas llamadas telefónicas en mi oficina.

El cardóter de estas llamadas me dio una idea bastante clara de la interpretación que el público en general estaba dando a los artículos. Las llamadas telefónicas podrían dividirse, grosso modo, en cuatro grupos principales:

El primero: los desesperados. Gente, al parecer, emocional o mentalmente enferma, que veía en la hipnosis, como la describía el reportero, la solución mágica a sus problemas.

El segundo: los místicos. Gente interesada en la clarividencia, la percepción extrasensorial, la astrología y los fenómenos relacionados con estas ciencias. Muchos de los pertenecientes a este grupo creían que la experiencia de los Hill y el empleo de la hipnosis confirmaban sus ideas y creencias.



**Tercero: los correligionarios.** Los espontáneos y los metomentodo, que conocían las respuestas a los misterios de la vida y veían en la experiencia de los Hill y en la hipnosis la confirmación de sus creencias. Lo que movía a la mayoría de éstos era el deseo de que yo les considerase colegas o correligionarios míos, quizá con esperanza de lucro.

**Cuarta: los simpatizantes.** Bastantes telefonearon para comunicarme que lamentaban la persecución de que me había hecho objeto el reportero, el cual aludía a mí en todos los artículos, menos en uno, llamándome «un psiquiatra de Boston» o por mi nombre. Citaba mi nombre con bastante sutilidad, y nunca dejaba de decir con elogio que había rehusado faltar a mis deberes para con mis pacientes revelando los detalles del caso. Sin embargo, y esto era lo sutil, la impresión general que dejaban los artículos en la mente del lector era que algunas de las fantásticas revelaciones habían sido hechas en estado hipnótico y emanaban, en cierto modo, de mí; de ahí las llamadas telefónicas y las cartas que recibí de todas partes.

Después de consultar a sus amigos y abogados, los Hill llegaron a la conclusión de que la mejor manera de contraatacar, tanto a estos artículos como a cualquier otra ofensiva que pudiera avengearseles, era publicar la verdad. Por aquel entonces, John Fuller había estado investigando apariciones de objetos volantes no identificados en el territorio de New Hampshire y preparaba un libro sobre incidentes acaecidos en la zona de Exeter. Los Hill y yo discutimos el asunto, y ellos me pidieron que pusiera a disposición de Mr. Fuller todos los documentos del caso; particularmente, las cintas magnetofónicas del tratamiento hipnótico, a fin de que pudiera presentar al público la versión auténtica de la historia, tal y como ellos la habían experimentado. El interés del público, lejos de amainar, había ido aumentando, y existía el peligro de que se publicasen otras versiones que sólo sirvieran para aumentar su angustia.

Por razones terapéuticas, todas las sesiones del tratamiento hipnótico habían sido grabadas en cinta magnetofónica. Me dije que, indudablemente, Mr. Fuller querría disponer de todo este material, reproducción literal e irrefutable, y que la actitud de los Hill era perfectamente comprensible.

Los documentos del médico son de su exclusiva propiedad, pero el contenido de los mismos debe ser puesto a disposición de

otros cuando el interés del paciente lo requiera. En este sentido, también son propiedad de los pacientes. Después de pensarlo, llegué a la conclusión de que el objetivo principal, o sea la salud emocional y mental de los señores Hill, requería que yo accediese a sus deseos, cerciorándome antes de que iban a ser usados debidamente y no de manera que pudiese ser perjudicial para ellos. Resultó, luego, que tanto Mr. Fuller como yo habíamos tenido la misma idea y que ambos habíamos consultado nuestras respectivas biografías en «¿Quién es Quién?», quedando perfectamente contentos el uno del otro. A continuación, tuvieron lugar varias reuniones entre los Hill, Mr. Fuller y yo, y convinimos en que yo tendría derecho a censurar todos los datos médicos del libro, con el fin de impedir que se produjeran impresiones y conclusiones falsas. También se decidió que el libro no revelaría ningún dato de tipo personal o íntimo que no guardara relación con la experiencia de los Hill durante el período de tiempo afectado por la amnesia.

Mr. Fuller dijo que esperaba recrear las experiencias y reacciones emocionales tan bien evocadas por las cintas magnetofónicas; tarea difícil, ciertamente.

La decisión de entregar las cintas y demás documentos me creaba un problema personal; el del anonimato profesional, que es uno de los cánones de nuestra profesión. En esta cuestión, yo ya había sido víctima de los artículos periodísticos, en los que se mencionaba mi nombre sin permiso mío. Además, el caso Hill no era un mero incidente local, limitado a la ciudad de Boston, pues yo seguía recibiendo cartas y llamadas de otras ciudades; por eso, cuando recibí una solicitud de información de una ciudad tan lejana como Wisconsin, llegué a la conclusión de que ya no me quedaba anonimato que proteger y de que la revelación periodística de mi participación en el caso podría identificarme con ciertas afirmaciones y conclusiones del reportero con las cuales estoy en completo desacuerdo. La mística de la hipnosis y mi papel de «maestro místico», inventado por el reportero, parecía dar a los errores y tergiversaciones una autenticidad que no tenía nada que ver con la realidad de los hechos.

Aunque mi participación en este libro se ha limitado a supervisar el uso de frases y explicaciones médicas, creo que debo aclarar la cuestión de la hipnosis para acabar con ciertas ideas erróneas de la gente, que frecuentemente rodea a la hipnosis como

de un halo arcano y endosa al hipnotizador los ropones del mago Merlín. La hipnosis es un procedimiento útil, usado en psiquiatría con objeto de concentrar toda la atención en algún punto particular en el transcurso de un tratamiento terapéutico. En casos como el de los Hill, puede dar la llave del cuarto oscuro, del período amnésico. En estado hipnótico, salen, a veces, a la superficie experiencias hundidas en la amnesia con mayor rapidez que en el transcurso de un proceso psicoterapéutico normal. A pesar de todo, poca cosa puede obtenerse con la hipnosis que no pueda obtenerse también sin ella. La mística de la hipnosis ha tendido a fomentar la creencia de que la hipnosis es el camino mágico y real hacia la VERDAD. En cierto modo, es cierto, pero hay que tener en cuenta que la hipnosis es una senda que conduce a la verdad tal y como la entiende el paciente. Esta verdad es lo que él cree que es la verdad, y esto puede guardar o no guardar relación con la verdad final e impersonal. Lo más frecuente es que la guarde.

Haciendo uso de mis poderes de censor sobre el libro de Mr. Fuller, me he limitado, de la manera más estricta posible, a vigilar el lenguaje médico, teniendo presentes siempre mis observaciones y mis datos. He tratado de eliminar especulaciones peregrinas basadas en mis datos, pero sin inhibir la libertad de expresión e interpretación de Mr. Fuller siempre que mis datos no resultaran tergiversados. A mi modo de ver, esta historia es la documentación parcial de una experiencia humana interesantísima, en un ambiente inusitado y en relación con lo que popularmente se llama «objetos volantes no identificados». Que los objetos volantes no identificados existan o no es de menor importancia para mí que esta experiencia sufrida por dos seres humanos que revela la influencia de experiencias y fantasías anteriores a sus experiencias y reacciones actuales. Para Mr. Fuller aquélla es, naturalmente, de más interés que éstas, de lo cual se deduce que sus razonamientos y elucubraciones son suyas y sólo suyas, basadas en su interpretación de mis datos, las declaraciones de los Hill, sus experiencias anteriores y sus convicciones actuales.

Estoy seguro de que he causado noches de insomnio y muchos momentos de desesperación a Mr. Fuller. También lo estoy de que, en muchas ocasiones, le he hecho sentir que estaba asesinando a un hijo suyo, pero siempre ha aceptado mis críticas con buena voluntad y ha sabido borrar lo erróneo y restaurar lo errónea-

mente suprimido, de manera que yo pudiese dar el visto bueno al texto. Lo ha sabido hacer tan bien, que hasta yo, que he vivido buena parte de lo que ustedes van a leer, lo encuentro sumamente interesante a mi vez.

BENJAMÍN SIMON, doctor en Medicina.



## PROLOGO

Di con la historia de Barney y Betty (ésta casi nunca se sirve de su verdadero nombre, que es Eunice) Hill por pura casualidad, o, mejor dicho, como consecuencia de una serie de incidentes.

Yo sabía muy poco, o nada, sobre la cuestión de los objetos volantes no identificados, hasta que me decidí a investigar cierto caso sorprendente en el que intervino la policía de Exeter, en el Estado de New Hampshire. A consecuencia de esto, escribí un artículo corto en la sección llamada «Trade Winds» («Vientos del Comercio») de la *Saturday Review*. Después, escribí otro artículo más extenso que se publicó en *Look* y de ahí salió, más tarde, el libro titulado *Incidente en Exeter*<sup>1</sup>.

Mientras llevaba a cabo mis investigaciones en la parte sur de New Hampshire, conocí a Conrad Quimby, director y editor del periódico de Derry (*News Hampshire*) *News*, quien me dijo que un matrimonio muy inteligente y fidedigno que él conocía había tenido un encuentro con un objeto volante no identificado en White Mountains, en 1961. Este incidente les había ocasionado una considerable tensión emocional. Quimby me dijo también que el matrimonio siempre se había mostrado reacio a hablar de su caso, excepto con algunos amigos íntimos, porque no querían pasar por chiflados y, además, el tema era tan candente y discutido que temían que dificultase su colaboración con el Movimiento de Derechos Civiles<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Publicado también por esta Editorial.

<sup>2</sup> Movimiento norteamericano dedicado a conseguir igualdad de derechos civiles en la práctica (porque en teoría ya los tienen, ya que la constitución se los concede plenamente) para los negros de los Estados del Sur.—(N. del T.)

Cuando Mr. Quimby me dijo esto, yo estaba dedicado únicamente a investigar la proliferación de apariciones de platillos volantes que tuvo lugar en 1965, que aún, en el momento de escribir estas líneas, continúa. Como ya había localizado en la zona a más de sesenta personas que habían visto aquel año objetos volantes no identificados tocando casi las copas de los árboles, y como algunos de ellos decían haber sentido esos objetos caerles casi encima del coche, a ocho o diez metros de altura como máximo, comencé a pensar que no sería muy difícil documentar todos los casos que se me presentaban. Tomé nota apresuradamente del de Barney y Betty Hill diciéndome que lo más probable era que no necesitara hablar con ellos. Si no querían hablar de su caso en público no me correspondía a mí persuadirlos contra su propia voluntad y en una cuestión tan personal como aquella.

Mis investigaciones en la zona de Exeter duraron varias semanas. Al principio, había pensado que la historia de los objetos volantes no identificados podría ser explicada limitando las investigaciones a una sola zona, y llevándolas a cabo con cuidado, diligencia y minuciosidad. Lo cierto, sin embargo, es que no resultó. A medida que aumentaban las pruebas, iba disminuyendo mi escepticismo. Por casualidad pilotos militares técnicos del radar, marinos de la Flota, y gente de la costa, todos confirmaban los increíbles informes que docenas de ciudadanos de Exeter, gente honrada y competente me proporcionaba durante largos y penosos interrogatorios.

Me serví de la Comisaría de Policía de Exeter como base de operaciones para llevar a cabo mis investigaciones, ya que todos los nuevos incidentes que surgían en torno a esos objetos volantes no identificados iban a parar naturalmente a ella. Hacia el fin de mis investigaciones llegué a la Comisaría un aviso de que Mr. y Mrs. Hill me agradecerían que fuera a visitarles a su casa de Portsmouth, que es a cerca. Como Mrs. Hill trabajaba en obras de beneficencia y sociales en el Estado de New Hampshire, iba con frecuencia a la Comisaría a comprobar casos de auxilio social de los que la policía pudiera tener datos. Los Hill habían dicho al policía que había con ellos que podían darme información útil sobre la cuestión de los objetos volantes no identificados.

Aquel mismo día, horas más tarde hablé con Mrs. Hill, que en

me expresó su convicción de que la cuestión estaba adquiriendo importancia y era necesario examinarla con responsabilidad y competencia. Me dio los nombres de algunas personas del lugar que habían ido a comunicarle apariciones de objetos volantes, gente, me aseguró, de conducta impecable y, en opinión suya, observadores fidedignos.

Pero no me dijo absolutamente nada sobre su propio caso. Era evidente que no quería hablar de él y, como Conrad Quimby ya me lo había advertido, no insistí.

Varias semanas más tarde apareció una serie de artículos en un periódico de Boston. En ellos se narraba, sin dar el telón de fondo ni preparar al lector con datos preliminares, la historia de Barney y Betty Hill y se decía que estando sometidos a hipnosis por un psiquiatra de Boston habían contado que habían sido raptados. Llevados a bordo de un objeto volante no identificado, sometidos a un reconocimiento físico y puestos en libertad con promesa de que no sufrirían la consecuencia de todo aquello. Los Hill aseguraron que los artículos habían sido escritos sin su consentimiento y que ellos no habían facilitado datos al periódico, a lo que estaban llenos de angustia e inquietud. Cuando les vi por primera vez con Mrs. Hill, ni ella ni su marido tenían la menor idea de que aquellos artículos iban a ser publicados.

Los artículos destruyeron toda posibilidad de secreto, y los Hill llegaron a la conclusión de que, una vez publicada la historia, lo fundamental era que los datos fueran presentados al público de manera verídica. Los Hill llevaban cinco años guardando el secreto de su caso; así, pues, no se les puede acusar de buscar publicidad.

Me preguntaron si me interesaba la idea de preparar el libro con su colaboración y les respondí que era un caso de máximo interés público. Lo cierto es que, a fin de cuentas, en vez de un solo libro he terminado por escribir dos.

Lo que piensan sobre esto los Hill puede verse leyendo la carta que Betty escribió a su madre a propósito de la publicación de este libro.

Q.uida madre:

Barney y yo le escribimos para decirle que por fin hemos llegado a una decisión por lo que se refiere a nuestra experiencia con el objeto volante no identificado. Como ya sabes, desde el principio de nuestra experiencia hemos estado tratando de dilucidar nuestra posición en este asunto y la responsabilidad que nos atañe.

Al principio pensábamos que era una experiencia personal nuestra, y creíamos que no tenía ningún interés público. Algunos que hubieran visto objetos volantes no identificados podrían sentir interés por nuestro caso, pero pensábamos que en general, la reacción pública sería de aburrimento, incredulidad y apatía. Personalmente, sentíamos interés por informar los sobre el tema pues queríamos dar con la respuesta a muchas preguntas y aún seguimos tratando de encontrarla.

Durante estas últimas semanas, hemos puesto en duda que en esta cuestión, tengamos derecho a seguir manteniendo el secreto. Sinceramente, pienso que esta actitud nuestra comenzó a experimentar un cambio como resultado de la publicación del artículo que leste en el periódico y que trata de nosotros. Cuando el reportero vino a pedirnos una entrevista, antes de publicar su artículo, nos pegamos a verlo o a hablar con él siquiera de nuestra experiencia. Le rogamos que no publicase la historia. Teníamos miedo, porque creíamos que nos veríamos rodeados de desprecio, ridículo e incredulidad. El reportero nos dijo que no tenemos derecho a impedir la publicación del artículo, porque en su opinión nuestra experiencia era de gran interés público.

Mucho nos asombró comprobar que la reacción del público no fue, ni mucho menos, la que nosotros temíamos. Menos mal que en esta zona han tenido lugar muchas apariciones de esos objetos están bien documentados y han recibido mucha publicidad. El artículo, por tanto, caía en buen terreno. La reacción del público fue instantánea y todos querían saber más sobre nuestra experiencia. Recibimos llamadas telefónicas de Europa y Canadá y de todas partes de los Estados Unidos. Se pusieron en contacto con nosotros emisoras de Televisión y Radio nos visitaron periodistas y recibimos cartas de gente de toda clase, desde las escritas con la letra de molde de los niños hasta las de retorcida letra de viejo.

Muchos estudiantes nos escribieron solicitando más detalles, pidiéndonos consejo o horos sobre el mismo tema pensando, sin duda en viajes extraplanetarios y en la vida que pudiera haber

en otros planetas. Un muchacho nos escribió dándonos las gracias, diciendo que ya había leído los libros cuyos títulos le habíamos mandado y que con la información así obtenida había intervenido en una competición y ganado un premio.

Cuando vamos a visitar una escuela como solíamos hacer de cuando en cuando por causa de nuestras actividades sociales, los maestros nos piden siempre que hablemos de ello a los chicos. Los profesores de las escuelas secundarias siempre nos invitan cuando reúnen a sus discípulos para hablar del tema de los objetos volantes no identificados.

Mucha gente viene a hablarnos de sus experiencias en relación con esos objetos. Una mujer vino a vernos y nos dijo que ella estaba volando sobre su huerta y su marido quería sacarse a él. ¿Creíamos nosotros nos preguntó, que era prudente hacerlo?

Luego, comenzaron los rumores. Fantasías que la gente desecha desesperadamente creer. ¿Cómo nos fue el viaje? ¿Subimos hasta Venus y Marte? ¿Trataron de darnos curas milagrosas para el cáncer, o las enfermedades de corazón? Y muchas más preguntas por el estilo. ¿Nos salvaban de nosotros mismos y nos ayudarían a resolver nuestros problemas insolubles? ¿Creíamos que esto anunciaba la segunda llegada de Cristo? Y tampoco faltó quien nos hizo esta pregunta: ¿Estaban ustedes borrachos?

Creímos que lo principal es poner en claro lo que ocurrió de verdad, de modo que no haya lugar a malentendidos. Esto naturalmente, supone publicar la información que obtuvo el doctor Simon de la "El Estímulo". Nos hemos puesto de acuerdo con el escritor John G. Hiller para que escriba el libro por nosotros. Como Mr. Hiller cree que la información existente en cinta magnetofónica era necesaria para presentar el caso de la manera correcta, pedimos al doctor Simon que se la facilitase.

Esperamos que la publicación de este libro permitirá a lectores juzgar por sí mismos y decidir si fue una ilusión, una alucinación, un sueño o una realidad.

Con un fuerte abrazo,

BETTY y BARNEY

Lo único que puedo añadir es que trabajar con los Hill y con el doctor Simon ha sido una experiencia beneficiosa e instructiva. A los tres les apasiona la exactitud y tienen un profundo respeto por la documentación estricta, prebiendo queocarse con-

tos a exagerar. Si todo esto se nota en este libro, habré conseguido mi objetivo. Una nota final: casi todo el diálogo que tuvo lugar entre los H.L. durante el incidente ha sido tomado directamente de las cintas magnetofónicas donde ellos mismos lo grabaron durante las sesiones hipnóticas a que les sometió el doctor Simon.

Julio, 1966.

Westport, Connecticut.

JOHN G. FULLER

## EL VIAJE INTERRUMPIDO

DOS HORAS OLVIDADAS A BORDO DE  
UN PLATILLO VOLANTE



## CAPITULO PRIMERO

Setiembre es el más duro de los meses en White Mountains. Los hoteles oscuros, vestigios de la tradición victoriana, están cerrados o a punto de cerrar; los moteles y los chalets de paso sólo tienen encendidos unas horas sus avisos de neón que anuncian habitaciones libres, pues sus dueños acaban cansándose y apagándolo para irse a dormir temprano. Las laderas de New Hampshire, tan populares entre los esquiadores, están ahora cubiertas de nieve y de esquiadores, y las pistas de esquiar parecen grandes hendiduras de color pardusco junto a los funiculares inmóviles. El éxodo del «Día del Trabajo» ha liberado de tráfico casi todas las carreteras; pocos son los remolques y los automóviles con el techo cargado de equipaje que pasan por allí camino de Boston o de Nueva York. El invierno está ya echándose encima de las laderas frías y hostiles del monte Washington en cuya cima hay un observatorio meteorológico que registra los vientos más veloces a que ha sido expuesta jamás montaña alguna en el mundo entero. Por allí andan a su placer los osos y las zorras. Dentro de algunas semanas, los cazadores, con sus guerreras escarlata o naranja brillante, llegarán en busca de venados o guacacos, o de cualquier cosa que se les ponga a tiro y sea legalmente caza. Los esquiadores vendrán más tarde, secientos de nieve y con caliente y con ellos volverá la alegría del verano. Y, entonces, White Mountains cobrará nueva vida.

Era un triste día de mediados de setiembre del año 1961. El

<sup>1</sup> «Overnight» es el término usado para los viajeros que pasan la noche en un lugar sin dañar el sitio. Pero descansa una noche y prosigue luego su viaje en un momento (del 1).

14 de setiembre para ser exactos. Al día Barney Hill y su mujer Betty, caminaron el largo y agitado camino a la frontera canadiense por la carretera U.S. 3, cruzando White Mountains camino de Portsmouth, donde vieron la radio en la coche un «Chevrolet» del Año 1957 no adaptable, pero advertido con toda claridad que un huracán que llegaba de la costa podría pasar por New Hampshire suceso que en años anteriores había desquajado árboles y cubierto las carreteras de cables eléctricos de alta tensión. No habían llevado suficiente dinero para pagar los extras de su viaje de regreso y lo poco que les quedaba había ido mermando pesadamente durante el viaje que hicieron sin prisas, a las cataratas del Niágara, volviendo luego por Montreal, ya camino de casa.

Pasaron por la aduana canadiense reentranando sobre las nubes de aquella noche, zigzagueando, luego, por la solitaria carretera que cruza las altas montañas del noroeste del Estado de Vermont, territorio del que se dice que ha amenazado separarse no solo del Estado de Vermont, sino también de los Estados Unidos. Finalmente rodado era escaso, los Hill vieron muy pocos coches hasta que llegaron a las desecadas luces de Colebrook, media hora después, Colebrook es una antigua colonia de New Hampshire fundada en 1770 que yace a la sombra del monte Monadnock, justo al otro lado del río, según se sale de Vermont. Las luces del pueblo, aunque fueron un alivio para ellos, después de las interminables vueltas y revueltas de la carretera, eran pocas. Una, solitaria anunciaba la existencia de un solo restaurante y ellos, pensando que quizá fuera aquella la última oportunidad que se les presentaba de tomar algo caliente decidieron dar la vuelta porque ya lo habían pasado de largo.

El restaurante casi estaba vacío. Algunos chicos jóvenes se agrupaban en un rincón. Solo una mujer, la camarera, parecía atender que, en el restaurante se encoso había entrado una pareja racialmente mixta. Barney, apuesto desconfiado de un etíope libre, cuya abuela nacida durante los años de la esclavitud, había sido educada en la casa del dueño de la plantación, al que era hija Betty, cuya familia había comprado tres solares en York, Maine, en 1638, con la consecuencia de que uno de los compradores fue despojado por los indios. Aun así, los tenía sin cuidado la curiosidad que sus respectivos colores despertaban en los lugares públicos y ya ni siquiera la nota-

ban ni se sentían cobizados por ella. El principal lazo que les unía desde que se conocieron era una serie de intereses intelectuales mutuos juntos recorrían el Estado de New Hampshire defendiendo la causa de los derechos civiles. Barney había sido presidente de acción política del NAACP<sup>1</sup> y ahora era jefe del departamento de agravios legales de la NAACP en Portsmouth; también era miembro del comité asesor de la Comisión de Derechos Civiles del Estado de New Hampshire y del comité ejecutivo del Programa de Auxilio Social del Condado de Rockingham tanto él como su mujer muestran con orgullo el diploma que recibieron, por sus obras sociales, de manos de un dignatario estatal. Betty, ocupada en trabajos sociales en el Estado de New Hampshire, se dedica, después de las horas de trabajo, a sus cargos de subsecretaria y coordinadora de actividades comunales de la NAACP, y enlace entre las Naciones Unidas y la Iglesia Unitaria-Universalista a que pertenecen ambos en Portsmouth.

Pero lo que iba a ocurrirles a ambos en la noche del 19 de setiembre de 1961 no tenía nada que ver con su bien avenida vida nacional ni con su entusiasmo por el progreso social. Sentados en la barra del restaurante de Colebrook, mientras Barney comía una helado helado y Betty un pastel de chocolate, ninguno de los dos se dio cuenta de lo que les esperaba. Estuvieron allí por lo menos el momento para fumar un cigarrillo y tomar una taza de café negro, luego, continuaron por la carretera U.S. 3, de regreso al hogar.

La distancia de Colebrook a Portsmouth es de doscientos setenta y cuatro kilómetros, y la carretera U.S. 3 es extraordinariamente suave y fácil, teniendo en cuenta lo profundo de las gargantas que tiene que sortear. Más al Sur, cerca de Plymouth, hay unos cuarenta y ocho kilómetros de autopista, capaz, entonces para cuatro vehículos y, actualmente, para más, donde se puede aumentar la velocidad sin riesgo hasta unos cien kilómetros por hora. En las otras carreteras Barney Hill solía llegar hasta ochenta y novena kilómetros por hora, aunque hay que reconocerlo esta última velocidad era algo excesiva.

<sup>1</sup> NAACP es la sigla de la «National Association for the Advancement of Colored People» (Asociación Nacional para el progreso de la Gente de color) y es en Portsmouth donde se encuentran los más numerosos miembros de esta gente negra de color que ejercen sus derechos civiles, y particularmente la búsqueda de una igualdad plena del trabajo.

El reloj que se levanta sobre el restaurante de Colebrook marcaba las diez y cinco minutos cuando salieron.

—Por lo que veo —había dicho Barney a Betty al subir ambos al coche— llegaremos a casa a las dos y media de la madrugada. Lo más tarde a las tres.

Betty asintió. Tenía conciencia en la manera de conducir de Barney, aunque, a veces, le reñía por ir a excesiva velocidad. Era una noche clara y brillante con luna casi llena. Las estrellas relucían, como ocurre siempre en las montañas de New Hampshire cuando el cielo está libre de nubes, cuando la luz de las estrellas parece iluminar las cimas de las montañas con una extraña incandescencia.

El coche corría suavemente hendiendo el aire nocturno, la carretera serpenteaba por el terreno llano de la parte superior del valle del río Connecticut, vieja tierra de picos rojos y a adiereros, llena de historia y leyendas. Los cincuenta kilómetros al sur de Northumberland, donde los seguidores de Rogers se reunieron después del saqueo de Saint Francis, pasaron en seguida. Betty, entusiasta observadora del paisaje gozaba del fulgor de la luna, que se reflejaba en el valle y las montañas de ambas partes tanto al este de New Hampshire como al otro lado del río, en Vermont, al oeste. *Delsey*, la ruidosa perrita de los Hills, estaba silenciosa en el suelo del coche junto a los pies de Betty. Cruzaron Lancaster, una aldea con una amplia calle mayor y bellas casas anteriores a la revolución — oscuras todas en aquella noche de setiembre. La U. S. 3 continuaba hacia el Sur, mientras el río Connecticut tuerce hacia el Oeste ampliando el territorio del Estado de New Hampshire y reduciendo el de Vermont. Aquí, el valle amplio y suave ofrece un camino más incierto a través de las montañas de picos como filos de Piet Range descrita elocuentemente por un escritor, que la llama «gran mura la serpenteante que hace fantásticos juegos de luz y sombra con ayuda del sol, y que, al anochecer, adquiere los tonos más tiernos del color amatista oscuros».

Pero, ahora, no había ni sol, ni color amatista, solo había la luna luminosa, muy brillante y muy grande, y una carretera negra que parecía completamente desierta. A la izquierda de la luna, un poco debajo de ella, se veía una estrella muy brillante, «qui-

zás un planeta» pensó Betty, a juzgar por su brillo constante. Justo a las 10 de Lancaster, aunque no consiguió recordar la hora exacta, Betty vio con cierta alarma que encima de aquel planeta había aparecido otra estrella o planeta más grande. Estaba segura de que cuando vino la vez anterior no la había visto así. Pero lo más curioso es que el rayo visitante cesaba a poca distancia cada vez más grande y más brillante. Lo observó durante unos momentos, sin decir nada a su marido, que seguía sorbido de las vastas laderas de las montañas. Por fin, en vista de que la extraña luz persistía como un suave celazo a Barney, quien amó un poco la velocidad y se asomó por la ventanilla de atrás para verla.

«¿Qué he miré por dentro a vez —dijo más tarde Barney Hills— no me pareció que fuera nada de particular. Solo se me ocurrió pensar que tenía cierto interés haber visto un satélite. Evidentemente, había cambiado de trayectoria y, ahora, parecía ir siguiendo la curva de la tierra. Estaba bastante lejos, quiero decir que parecía una estrella en movimiento».

Seguieron su camino, mirando con frecuencia aquel objeto brillante, encontrando difícil decidir si se movía o si era el movimiento del coche lo que daba la impresión de que estaba moviéndose. El objeto desaparecía detrás de árboles o de la cima de una montaña para reaparecer de nuevo en cuanto pasaba la obstrucción. *Delsey* empezaba a mostrarse ugualmente inquieta y Betty dijo que quizá fuera mejor parar y dejarla hacerse del coche, aprovechando la oportunidad para observar mejor aquel objeto. Barney, en su vasta experiencia de aeroplanos que a veces, llevaba a sus dos hijos (habidos de un matrimonio anterior), a ver aterrizar y despegar hidroaviones de pruebas en el lago Winnipegosis, accedió y frenó el coche, apartándolo a un lado de la carretera, donde gozarían de una visibilidad razonablemente libre de interferencias.

Había un bosque cerca, y Barney, persona algo inquieta y nerviosa, dijo que había que tener cuidado con los osos, siempre posibles en aquel territorio. Betty, que raras veces se preocupaba o se rompo la cabeza por nada, se echó a reír y la cosa acabó así; puso el collar a *Delsey* y la llevó por el borde de la carretera. En aquel momento, pudo comprobar que la estrella o luz o lo que fuese se movía, no cabía la menor posibilidad de error. Cuando Barney se reunió con ella en la carretera Betty le dio la correa de *Delsey* y volvió al coche. Cogió del asiento delantero

unos geranos, una «Crescent» de siete años, que Betty había comprado para ver mejor el paisaje, y sobre el que se había escrito del *Age*, que Betty aún nunca había visto. Betty, y todo que aquella luz estaba moviéndose, llegó a la conclusión de que se trataba de un satélite en órbita.

Betty se llevó los geranos a los ojos y los dejó caer. Fue un momento. Lo que ambos estaban a punto de vivir, una experiencia que siempre el curso de sus vidas. Y según las observaciones, que a cambiar también el curso de la existencia de Betty.

La idea de irse de viaje había sido espontánea, y se le había ocurrido primero a Betty. Desde hacía algún tiempo, había estado tocando el turno nocturno de la oficina de Correos de Boston, donde trabajaba como ayudante de la expedición. Le gustaba aquel trabajo aunque no las horas ni el largo viaje nocturno desde Portsmouth a Boston, unos cien kilómetros de ida y otros cien de vuelta todas las noches. Esto era particularmente fatigoso pues él había tenido tan malos usos a la hora en que el trabajo empezaba a trabajar. La fatiga de los doscientos kilómetros diarios de viaje, pensaba Betty, habían enconado su úlcera que estaba siendo sometida a tratamiento médico.

Una noche, el 14 de setiembre de 1961, mientras se dirigía al trabajo comenzó a pensar en hacer un viaje de descanso. Betty iba a tener una semana de vacaciones y ella la necesitaba, pues era encargada de Avión Social en el Estado y era que bregar con ciento veinte casos distintos al mismo tiempo. Con un poco de suerte, Barney podía conseguir que le dieran parte de sus vacaciones en la misma fecha, y descansar así mientras le facilitaban los primeros resultados del examen a Kates X que el médico había hecho de su úlcera. Durante aquella noche, mientras trabajaba la idea fue tomando forma en su mente. Le fue gustando más y más, mientras seguía con su trabajo de siempre en pie de ante de los cuarenta encargados de seleccionar las cartas, gritando los números de las ciudades o sectores urbanos de que se compone Boston. Los empleados, mientras, iban enviando las cartas a los buzones correspondientes, de donde caían a un clasificador móvil del que o los empleados las pasaban a estos para llevarlas a los montacargas camino del mundo exterior. Barney, cuyo índice de inteligencia es muy alto, podía hacer cosas

mucho más difíciles, pero como les ocurre a muchos funcionarios administrativos encontraba que la monotonía de este trabajo resultaba más que compensada por las ventajas que da trabajar para el Estado. Además, era un empleo seguro que le dejaba tiempo sobrado para sus otras cosas, mucho más satisfactorias y divertidas.

Saio de la oficina de Correos de Boston a las siete y treinta minutos y fue en coche a Portsmouth pensando sorprender a Betty con su idea. La idea por sí sola le hacía sentirse mejor. Aunque las duras realidades del invierno de New Hampshire eran cada vez más inminentes, las carreteras aún se encontraban libres de nieve y fáciles, y el tráfico sería escaso, ideal para ir de viaje sin prisas.

Planear el viaje aquella misma mañana, mientras tomaban café caliente, Betty aceptó la idea sin discusiones. Pero en su presupuesto no había dinero para el viaje. Lo que más pesaba a Barney era que sus dos hijos no pudieran ir con ellos porque ambos se habían ido fácilmente a su segundo hogar, con afecto mutuo y espontáneo entre ellos y Betty cosa que Barney atribuía, con cierto humor amargo a la buena cocinera que era Betty.

La armonía total de aquel matrimonio racialmente mixto había sido conseguida con notable falta de esfuerzo. Betty estaba tan orgullosa de su liberalismo como de su viejo linaje de Nueva Inglaterra. *En mi familia* —escribió en cierta ocasión en una tesis— *parece existir la creencia de que el objeto de nuestra vida es salvar el abismo entre el pasado y el futuro, por encima de este puente fluye todo el pasado, bueno o malo, para ir un en el futuro y el futuro del mundo depende de la individualidad y resistencia de ese puente.*

A través de toda la historia de su familia, como indica la misma Betty, sus miembros han luchado por causas impopulares. Los de la rama apodada Dow eran cuáqueros en 1612, fueron agredidos, golpeados y expulsados de Sausbury Estado de Massachusetts, les robaron cuanto poseían y les incendiaron las casas. Antes de la guerra civil, eran entusiastas abolicionistas y se pasaron del lado de John Greenleaf Whittier cuando el pueblo de Amherst, en el mismo Estado, le quemó la imprenta.

—El día más feliz de mi vida —le dijo Betty en cierta ocasión— fue el día en que aprendí a leer. A partir de entonces deje de aburrirme.





fue compensada en parte por Betty que tuvo la idea de pedir prestada a un amigo una nevera de automóvil; de esta manera, reduciendo el gasto de tener que comer en restaurantes durante el viaje. Barney, olvidando por el momento el régimen a que le tenía sujeto su úlcera, bebió un vaso de zumo de naranja, comió seis tajadas de tocino y dos huevos pesados y r agua mientras estudiaba los mapas de las carreteras por donde tendrían que ir. Irían sin prisa, evitando los atajos, visitarían las cataratas del Niagara, pero sin dedicarles demasiado tiempo, luego, irían por Montreal y, de allí, regresarían a Portsmouth. Mientras Betty salía a comprar provisiones Barney fue a echar la siesta para recuperar fuerzas después de realizar su trabajo nocturno en la oficina de Correos de Boston.

Por la tarde, terminaron de hacer casi todo el equipaje, llenaron la nevera del automóvil de comida y la pusieron a congelar. A las ocho de aquella noche, estaban ya en la cama. La aguja del despertador señalaba las cuatro de la madrugada.

Barney, madrugador inveterado, fue el primero en levantarse, pero pocos momentos después, Betty ya tenía el café herviendo y sólo les faltaba terminar de hacer el equipaje. Llenando el baúl del coche, Barney cogió un saquito de abono de hueso y lo apartó sin sacarlo de allí. Betty había comprado el abono para usarlo en el jardín, durante las vacaciones, y casi daba igual de uno donde estaba porque ocupaba poco espacio. Más tarde, comprobarían que este artículo tan corriente en toda casa con jardín iba a ser causa de insólita especulación y examen.

Era una mañana clara y estimulante, característica de New Hampshire, se pusieron en marcha, anotando los kilómetros en el velocímetro para perder luego, la tira de papel, cosa que siempre le ocurría a Barney. Tomaron la carretera n.º 4, hacia Concord llenos de optimismo. Barney al volante, rombió a cantar roncamente. *Oh, what a beautiful morning*. Betty, a quien gustaba oír cantar a Barney, sonrió Barney, que quería complacer a Betty, devoró la sonrisa. No había el menor indicio de lo que iba a ocurrir y también es cierto que no podía haberlo. Ningún incidente de esta índole iba a quedar tan bien documentado,

1. O. 2. 4. m. F. 1. 1. 1. 1. 1. 1.

El objeto que vieron en el cielo, cerca de la carretera n.º 3, cuatro millas más tarde al sur de Lancaster, New Hampshire, continuó su errática trayectoria mientras ellos pasaban por Whitefield y por la zona de Iwer Mountain. Se detuvieron brevemente varias veces y otra entones ya Barney estaba francamente perplejo. Su única teoría aparte de que se tratase de un satélite era que fuese una estrella, pero fue inmediatamente descartada porque habían comprobado que se movía cambiando de trayectoria de una manera más extraña. En una de las paradas, pocos kilómetros al norte de Cannon Mountain, Betty había dicho:

—Barney, si crees de verdad que eso es un satélite o una estrella es que has perdido el juicio.

A simple vista Barney comprendía que Betty tenía razón. Era evidente ahora que no se trataba de un objeto celestial; de eso, estaba seguro.

—Nos hemos equivocado, Betty —dijo—. Es un avión comercial. Probablemente va a Canadá.

Volvió a subirse al coche y continuaron el viaje.

Betty que estaba sentada atrás, siguió observando el objeto, mientras Barney conducía hacia la carretera n.º 3. Ella pensaba que cada vez se volvía más brillante y mayor, y su perplejidad y curiosidad iban aumentando. Barney lo veía a veces por el parabrisas pero lo que más le preocupaba ahora era que algún coche se le echase encima por una de las curvas muy frecuentes en aquel tramo del camino. La idea de que aquello era un avión comercial camino de Canadá tranquilizó por un momento, había temido que se tratase de algún fenómeno inexplicable. La carretera estaba completamente desierta. Levaban kilómetros sin ver un solo coche o camión; estaban completamente solos en aquellas primeras luces de altas horas de la noche. Hay gente en el norte de New Hampshire capaz de dejarse matar antes que arriesgarse de noche por esas carreteras, este temor o, más bien, superstición es a veces exagerado. En invierno hay un grupo espontáneo, llamado «Los Angeles Azules» que patrulla las carreteras en busca de automovilistas con problemas o averías. Es lo más fácil del mundo morirse de frío en esos parajes solitarios, y a menudo del hambre o de sueño, materialmente, a guiar todo el territorio, dada la extensión, la poca frecuencia y asiduidad que haría falta

Barney cada vez más preocupado y perplejo a pesar de sus consoladoras teorías, esperaba ver de un momento a otro algún policía motorizado o, por lo menos, otro automóvil, para ceterense un momento y cambiar impresiones con el conductor.

Hacia las once, se acercaban ya a la enorme y somnolienta siñeta de Cannon Mountain, que se levantaba al Oeste a su derecha. Barney aminoró la velocidad junto a un apartadero, desde donde se veía un vasto paisaje hacia el Oeste y se puso a observar la extraña luz móvil. Con gran asombro advirtió que había dado una vuelta brusca, del Norte, su dirección hasta entonces, al Oeste, completando luego el giro y dirigiéndose directamente hacia ellos. Barney frenó bruscamente el coche, y lo llevó hacia el apartadero.

—Sea lo que sea, Barney —dijo Betty—, lo importante es que sigue allí arriba y que continúa siguiéndonos y que, además, se nos está echando encima.

—Por fuerza tiene que ser un avión —dijo Barney. Estaban los dos en el apartadero, mirando la luz que cada vez era más intensa—. Un avión de pasajeros.

¿Daría vueltas de esa manera un avión de pasajeros? —preguntó Betty.

Pues entonces será una avioneta. Eso es, una avioneta con cazadores que se ha perdido.

—No es la temporada de caza —dijo Betty, mientras Barney le quitaba los gemelos de la mano—. Y, además, no se oye absolutamente nada.

Tampoco Barney oía nada, aunque sentía desesperados deseos de oír algo.

—Puede ser un helicóptero —dijo, enfocando los gemelos. Estaba seguro de que no lo era pero buscaba mentalmente cualquier explicación que tuviera sentido—. El viento estará llevando el ruido en la dirección contraria.

—No hace viento, Barney. Es a noche no hace viento de sobra lo sabes.

Con ayuda de los gemelos, Barney distinguía ahora una sombra parecida al fuselaje de un avión, aunque no veía las alas. También creyó ver una serie de luces parpadeando a lo largo del fuselaje, si es que era un fuselaje. Alternativamente. Cuando Betty le cogió los gemelos el objeto pasó por delante de la luna de perfil. Parecía estar emitiendo unos finos dados de luz de colores diversos

que giraban en torno a un objeto cuya forma a primera instancia recordaba la de un cogerro parvo. Justo un momento antes había cambiado de velocidad de lenta a rápida y ahora la armonizaba de nuevo, pasando por delante de la luna. Las luces seguían parpadeando persistentemente rojo, amarillo, verde, azul. Betty se volvió hacia Barney diciéndole que volviera a mirar.

—Por fuerza tiene que ser un avión —dijo Barney—. Quizás un avión militar. Un avión de reconocimiento. Al menos es un avión que se ha perdido.

Estaba empezando a sentirse irritado o, mejor dicho, a desahogar su irritación en Betty, que rechazaba aceptar una explicación racional. En cierta ocasión varios años antes en 1917 la hermana y los padres de Betty le habían dicho que habían visto con una claridad un objeto volante no identificado en Kingston, New Hampshire donde vivían Betty, que tenía plena confianza en la buena fe de su hermana y en su capacidad de observación, la creía. Barney ni lo creía ni dejaba de creerlo; aquel tema le dejaba indiferente no le interesaba ni poco ni mucho. En cierto modo después de oír aquella historia, se sentía más escéptico sobre la existencia de esos objetos volantes. Se dijo que Betty por primera vez en cinco años se disponía a mencionar de nuevo la visión de su hermana, pero no fue así.

Junto a ellos la perrita gemía y daba muestras de miedo. Betty dio los gemelos a Barney, cogió a *Delaney* la llevó al coche, y la encerró en él. Barney volvió a enfocar los gemelos lamentando no poder cambiar impresiones con alguien o con factor. Sobre todo lo que él quería era ver a alguien. El zumbido de una hélice o el silbido de un avión de propulsión a chorro. Pero no se oía nada. Por primera vez sintió que estaba siendo observado que el objeto se estaba acercando de verdad a él y tratando de rodearlo. «Si fuese un avión militar —pensaba—, no haría esto». Y su mente retrocedió en el tiempo a unos años antes, cuando un avión de propulsión a chorro le pasó zumbando muy cerca rompió la barrera del sonido —rasgo característico con una explosión.

Volviendo al coche, Barney le dio a Betty que se fuera a ver a aquel avión les había visto y estaba a punto de asustarse. Hizo cuanto pudo para que Betty no se fuera a que tenía miedo pues esto ni a sí mismo le gustaba ni a ella.

Continuaba con los gemelos enfocando a Cannon Mountain a una velocidad de sólo ochocientos metros por hora, mientras el objeto se

movía de manera desconcertante en el cielo. La única luz que veían desde hacía mucho tiempo en la cima de la montaña relucía en la punta del humillar silencioso y cerrado, o quizás no fuera un humillar, sino un restaurante. Se le avería de nuevo al pie de la montaña, momentáneamente, mientras el objeto daba una vuelta brusca y desaparecía. En el mismo instante, se apagó inexplicablemente a la vez de la cima de la montaña Betty miró el reloj de pulsera al mismo tiempo preguntándose si habrían cerrado el restaurante. No veía bien la esfera del reloj a la luz de los faros del coche, de modo que no pudo averiguar la hora exacta. Se dijo que, si había gente allí arriba tenía que estar viendo muy claramente aquel objeto.

Cuando el coche arrancó de nuevo pasando junto a la silueta oscura del Viejo de la Montaña el objeto volvió a aparecer, desahucándose silenciosamente y vuelto, para ello al coche, al Oeste, de lado de Vermont. Allí había más árboles y era más difícil observar ininterrumpidamente el objeto que seguía desfilando por encima de las copas. Allí estaba moviéndose al mismo ritmo que ellos. Cerca del aparcamiento donde se veía un torrente que es atracción turística se detuvo un coche nuevo, entonces, casi pudieron verlo con toda claridad pero en seguida lo vieron a imponerse los árboles.

Un poco más allá del torrente, pasaron junto a un pequeño motel, el primer signo de vida que veían desde hacía muchos kilómetros. Aquel edificio acogedor les recordó algo aunque Barney con los ojos fijos en las curvas de la carretera ya en el objeto que surcaba el cielo, apenas se acordó. Betty vio un signo luminoso de la AAA y la luz de una ventana destartalada. Un hombre estaba en la puerta al lado de las cascadas. Betty pensó que sería facilísimo irse por aquel camino sin más de parando y yendo a pasar la noche en el motel. Estaba pensando esto, pero se lo dijo a Barney. Sacó el mapa por aquel camino se había vuelto imprescindible y estaba decidida a averiguar qué era. Ya Barney estaba empezando a impacientarse, temiendo incluso su experiencia. Barney conocía la zona y estaba en las curvas, por si algún otro coche venía en dirección opuesta tratando, al mismo tiempo, de no perder de vista al objeto, qué suerte, había dado otra vuelta y estaba casi enfrente de ellos, sobre la carretera.

Para entonces ya se veía que se acercaba a unos cientos de metros a la cima y era enorme. Desde entonces se había parecido a lo que graba sobre sí mismo, pero ahora, estaba inmóvil y el juego de luces había cambiado ahora en vez de una serie de luces parpadeantes y multicolores se veía a un brillo blanco continuo. A pesar de las vacilaciones del coche Betty se movió. Los gemelos a los ojos y volvió a mirar.

Contuvo el aliento súbita e involuntariamente porque vio, con toda claridad, una doncella joven y hermosa. Sin los gemelos no recordaba más nada fuera de su nombre pero ahora no cabía la menor duda de que se trataba de un objeto vivo ante de enormes proporciones, aunque era imposible calcular su tamaño por no saber a qué distancia ni a qué distancia exacta que mediaba entre ellos. Luego, repentinamente, la luz roja se apagó en el lado izquierdo del objeto, seguida de otra pausada en el derecho.

—Barney, dijo Betty, ¿sabes algo que no sé por qué tratas de no mirarlo. Para el coche y ¡vamos!

—Cuando fiene, ya había desaparecido. —dijo Barney.

Pero no había la menor convicción en sus palabras.

Barney sacó el mapa. No quería a ver una cosa como ésta en toda la vida.

Barney miró por el parabrisas y pudo verlo ahora con toda claridad. Estaba a unos sesenta metros a la altura, pensó, y se le acercaba. El objeto ya se había movido hacia la izquierda y ahora al objeto a la izquierda de ellos, pero a la distancia siguió siendo la misma. A la altura y, por eso, se le llamó el lugar llamado Indian Head, donde otro histórico monumento se podía contemplar las montañas y los valles. Barney vio los «camiones» comerciales de transporte. Allí había un camión de camión fúnebre ahora cerrado. Barney no podía ver nada más allá de cientos de camiones corriendo al so con sus padres. En aquel momento, sin embargo, era más silencioso como una tumba.

Barney no podía ver nada más allá de la carretera, sino pensar, como a la vez, en la carretera, que podía echarse a la una o en otra dirección.

Barney, ambos gemelos, etc.

A Betty le dio el uno de sus ojos. Podría decirse que estaba llevándose la cabeza.

Barney bajó del coche, con el motor aún en marcha, y apoyó el brazo en la portezuela. El objeto había dado otra vuelta, esta vez en dirección a ellos, y se cernía silencioso en el aire a la distancia de una manzana de casas y a la altura de dos árboles juntos uno encima del otro. Estaba inclinado y, por primera vez, pudieron ver su verdadera forma: era como una torta luminosa. Pero las vibraciones del motor le impedían estarse quieto, y la visión se desdibujaba. Se apartó un poco del coche para ver mejor.

¿Lo ves? ¿Lo ves? —preguntó Betty.

Por primera vez en todo aquel tiempo su voz parecía una de excitación. Barney confesó luego con toda franqueza que sintió miedo quizá porque Betty se excitaba muy raras veces y quizá también, por la proximidad de aquel objeto extraño y completamente silencioso, que desafiaba casi todas las leyes de la aerodinámica.

Es un aeroplano o algo por el estilo —cortó Barney.

De acuerdo —dijo Betty—, es un avión. Pero, ¿cuándo has visto tu un avión con dos luces rojas? Yo siempre creí que los aviones tenían una luz roja y otra verde.

—Es que no pude verlo bien —dijo él—, el coche vibraba y hacía temblar los gemelos.

Se apartó unos pasos más y volvió a enfocarlo.

Mientras lo hacía el enorme objeto —su diámetro tenía la misma anchura que la distancia entre dos de los postes del teléfono a lo largo de la carretera, como dijo más tarde Barney— dio silenciosamente una vuelta completa sobre la carretera, quedando a sólo unos treinta metros de distancia de ellos. La doble hilera de ventanas era ahora perfectamente visible.

Barney estaba muy asustado pero sin saber por qué. En la carretera, se adentró luego por el campo y avanzó directamente hacia el objeto. Ahora el enorme disco estaba inclinado en ángulo hacia Barney; dos proyecciones semicirculares a aletas de pez salían por ambos lados y tenían luces rojas en los extremos. Las ventanas parecían convexas, en torno al vértice, en torno al perímetro del disco grueso y en forma de torta. Seguía sin oírse el menor ruido. Lleno de agitación pero poseído aún de un irresistible impulso de acercarse más y más al vehículo, Barney continuó avanzando por el campo, llegando a sólo quince metros de distancia de él, que ahora descendía hacia la altura de las copas de los árboles.

Barney no calculó su tamaño pero se dio que era tan grande como un avión de pasajeros de propulsión a chorro o mayor quizá.

De nuevo en el coche Betty no advirtió al principio que Barney se acercaba a ella. Estaba pensando que no era prudente estacionar el coche allí en mitad de la carretera, aunque no hubiese curvas cerca. El coche no estaba ni a la izquierda ni a la derecha, estaba precisamente sobre la línea blanca que marcaba el centro de la carretera. Pensó que lo mejor sería estar alerta por si aparecían faros delante o detrás del coche mientras lo llevaba a un lado. Es lo que estaba haciendo cuando, de pronto, se dio cuenta de que Barney había desaparecido campo adentro. Instintivamente, llamó.

Barney, ¡—gritó—. Barney, idiota, vuelve aquí! —Si no volvía en seguida, se dijo, ella iría misma a buscarle—. Barney, ¿Qué te pasa? ¿Es que no me oyes?

No recibió respuesta y empezó a bajarse del coche, la portezuela del lado del volante estaba abierta.

En el campo, cerca de un puesto de verduras cerrado, junto a una manzana maduro, estaba Barney con los gemelos en el rostro; luego, se quedó muy quieto.

Detrás de las ventanas, Barney veía figuras por lo menos media docena de seres vivos. Parecían estar apoyados contra las ventanas transparentes, mientras el objeto descendía hacia él. Estaban agrupados mirándose. Advirtió vagamente que iban de uniforme Betty, a casi sesenta metros de distancia de su mando, le gritaba desde el coche, pero Barney no recuerda haberla oído.

Se dio cuenta que los gemelos se le habían pegado a los ojos. Luego, como obedeciendo a alguna señal inaudible e invisible, todos los tripulantes del disco se apartaron de la ventana y se colocaron frente a un gran tablero situado a unos pasos de distancia de la hilera de ventanas.

Sólo que él uno, mirando a Barney; era, sin duda uno de los jefes. Con ayuda de los gemelos, Barney vio cómo los otros se movían en torno a lo que parecía un centro de mandos, en el fondo. Lentamente, el vehículo fue descendiendo, unos centímetros cada vez. Las aletas con las luces rojas en la punta aún salieron más a ambos lados y de la parte inferior también salió algo que quizá fuera una escala, pero Barney no estaba seguro de ello.

Barney reajustó los gemelos, enfocándolos sobre el único ros-



tro que seguía pegado a la ventana. En este instante su memoria parecía desdibujarse y recordaba vagamente los acontecimientos. Aunque ignoraba el motivo de esa duda, estaba seguro de que iba a ser capturado. Trató de apartarse los gemelos del rostro, pero no lo consiguió. A medida que su visión iba haciéndose más clara los ojos del único miembro de la tripulación que seguía adormilado fijamente se le clavaban en el combi. Barney nunca había visto unos ojos como aquéllos. Haciendo uso de toda su energía se arrancó por fin los gemelos del rostro y fue corriendo y gritando hacia donde estaban Betty y el coche. Arrojó los gemelos al asiento dando casi con ellos a Betty, que se había quedado sentada al borde del coche por la cara superior de la carretera, aunque ya iba a bajarse del coche.

Barney estaba al borde de la histeria. Puso el coche en marcha y arrancó a toda velocidad, pensando que estaba seguro de que iban a ser capturados. Ordenó a Betty que mirase por la ventanilla para ver dónde estaba aquel coche. Betty miró y no vio nada. El coche había desaparecido. Alargando el cuello, miró encima del coche, pero tampoco vio absolutamente nada. El extraño vehículo se había desvanecido. Pero también habían desaparecido las estrellas, que, unos segundos antes, brillaban tanto. Barney seguía chillando que estaba seguro de que el caso estaba precisamente encima de ellos.

Betty volvió a mirar, pero lo único que veía era la más completa oscuridad. Se asomó a la ventanilla trasera pero tampoco vio nada, excepto las estrellas, que eran perfectamente visibles por aquel ventanilla.

En aquel momento oyeron un «bip-bip» extraño, como producido electrónicamente. Todo el coche parecía vibrar con él. Era un ritmo irregular «bip-bip-bip, bip-bip», que parecía salir de detrás del coche de la parte trasera de cuerpo del vehículo.

Barney preguntó:

—¿Qué ruido es ese?

Betty respondió:

No lo sé.

Ambos comenzaron a sumirse en una extraña y cosquilleante somnolencia. A partir de aquel momento quedaron como cubiertos por una especie de neblina.

Ago más tarde, aunque no supieron decir exactamente cuándo, el «bip-bip» volvió a sonar. Se advertían que eran dos soni-

dos paralelos, separados entre sí por un espacio de tiempo de cuya longitud no tenían la menor idea, pero tampoco la tenían de lo que había sucedido en el tiempo que había tardado en suceder.

A medida que el segundo «bip» se oyó más sonoro los Hall fueron recuperando lentamente la conciencia. Aún estaban en el coche y el coche estaba en movimiento, con Barney al volante. Ambos estaban silenciosos, estupefactos y como si habían buido. Al principio, siguieron el viaje en silencio, mirando a la carretera para ver dónde estaba el letrero les indicó que estaban cerca de Ashland a unos cincuenta y seis kilómetros al sur de Indian Head, donde había sonado por primera vez el inexplicable «bip». En aquellos primeros instantes de consciencia, Betty recuerda vagamente haberle dicho a su marido:

—¿Qué? ¿Crees, ahora en los pantanos sonidos?

Y Barney recuerda haber respondido:

—¡No digas tonterías. Naturalmente que no.

Pero ninguno de los dos consigue recordar más detalles que éste, hasta que llegaron a la autopista nueva J.B. 93. Poco después de entrar en ella Betty despertó súbitamente de su somnolencia y señaló un letrero que decía:

#### CONCORD—DIECISIETE MILLAS<sup>1</sup>

—Aquí es donde estamos, Barney —dijo— Ahora ya lo sabes.

También Barney recordaba que simultáneamente se aclaró en aquel momento. No sólo era consciente haberse sentido inquieto o turbado durante los cincuenta y seis kilómetros que medían entre Indian Head y Ashland, de cuyo trayecto no parecía recordar nada.

Siguieron hacia Concord sin decirse apenas palabra. Sin embargo, decidieron que la experiencia sufrida en Indian Head era tan extraña, tan increíble que lo mejor era no hablar de ella con nadie.

—Además nadie lo creería —dijo Barney—. Apenas consigo creerlo yo mismo.

Betty asintió. Cerca de Concord, buscaron un sitio donde tomar una taza de café pero no había nada abierto. Aún confusos y sin hablar, continuaron conduciendo. Volaban ahora hacia el Este,

<sup>1</sup> O sea, unos veinte kilómetros.

por la carretera n.º 4 cruzando el Estado, hacia el océano y, por lo tanto, hacia Portsmouth.

Desde las afueras de Portsmouth vieron que la autora rayaba de blanco el cielo hacia el este. Condujeron por entre las calles de la ciudad dormida en la que aún no se movía nadie. Pero los pájaros gorgaceaban ya, era casi de día cuando llegaron a casa. Barney miró el reloj pero éste se había parado y, poco después, Betty vio que tampoco se había parado el suyo. Dentro de la casa, el reloj de la cocina marcaba las cinco y unos minutos de la madrugada.

—Parece que hemos llegado a casa un poco más tarde de lo que habíamos previsto — dijo Barney.

Betty llevó a *Dee* para que diese su paseo matutno mientras Barney descargaba el coche. Los pájaros cantaban ahora en coro formando un sonoro telón de fondo para los pensamientos de Betty obsesionada con lo ocurrido aquella noche. Barney también estaba pensando. Hablaron poco. Por alguna razón que ella misma no se atrevió a explicar Betty pidió a su marido que llevara el coche al cobertizo de atrás en lugar de entrarlo en la casa. Barney lo hizo así y luego fue a ver si se había dejado algo en el coche. Al recoger los gemelos notó por primera vez una cosa inusual: la correa que la noche anterior había roto, su cuerdo estaba ahora roto por la mitad, la ruptura era limpia y reciente.

Desde Concord hasta allí, durante el silencioso viaje Betty y Barney habían mirado al cielo a intervalos regulares preguntándose si aquel extraño objeto reaparecería. Incluso después de entrar en su casa, un edificio de esquinas rojas, rodeado de un pequeño jardín, situado en el centro de Portsmouth, iban los dos, sin darse cuenta a la ventana de cuando en cuando, para mirar el cielo matutino.

Ambos notaban una sensación extraña viscosa. Se sentaron en la cocina, ante una taza de café, pero, antes, Barney había ido al baño para examinarse el ano, que sintió que sin que él supiese por qué, le picaba. Dos años después, seguía sin explicarse qué le movió a hacer esto.

Cuando salió del baño, pasaron revista de nuevo a lo sucedido y volvieron a prometerse no hablar de ello con nadie. La segunda parte del viaje les resultaba extrañamente vaga, no conseguían recordar casi nada del trayecto entre Indian Head y Ashland. Re-

cordaban fragmentariamente haber cruzado Portsmouth justo antes de la segunda serie de «bips». A Barney le inquietaba y confundía que el extraño vehículo no hiciese ruido. Trataba de clasificarlo mentalmente como un aeroplano a pesar de su aspecto inusual y de la sensación extraterrestre de que les había llamado a los dos.

Recordaba distintamente dos series de «bips», pero e intervalo entre ambas les tenía perplejos. Betty reconfortada por una taza de café bien cargado, recordó muy vagamente algunas de las cosas que habían ocurrido después de pasar Indian Head. Recordaba haber visto en la carretera un «retrero» que llevaba a las ciudades de Lincoln y North Woodstock pero era una impresión momentánea y fragmentaria. Recordaba, también, haber pasado junto a una tienda en la ciudad de North Woodstock, pero era una impresión asada. Los dos recordaban muy vagamente una forma lunar grande y luminosa que parecía tocar la carretera, como posada bajo los pinos. Betty, haciendo esfuerzos por recordar, creía que Barney había dado una vuelta brusca, saliendo de la carretera n.º 3, pero no conseguía localizar el sitio. Cuando los dos vieron el objeto en forma de luna, Barney recordaba vagamente haber dicho a Betty:

—Otra vez, santo Dios.

Betty recuerda la reacción que experimentó cuando Barney negó que aquel o pudiera ser un objeto volante no identificado. Pensó, «Barney es así cuando le asusta alguna cosa u ocurre algo que no le gusta, se encoge de hombros y se dice que no ha ocurrido nada». Hasta cierto punto, el mismo Barney reconoce que esto es verdad.

Ambos están de acuerdo en que volvieron a la plena posesión de sus sentidos en la carretera U.S. 93 junto a un «retrero» donde pensaba que faltaban unas veintiseis millas para llegar a Concord. Antes de esto, solo recordaban una cosa: la imagen fragmentaria de las calles oscuras de Portsmouth unos diez kilómetros al norte de Ashland donde tuvo lugar la segunda serie de «bips».

—Cuando llegamos a nuestra casa — dijo Barney más adelante — y Betty salió a pasear al perro por el patio me bajé de cece y comencé a sacar lo que había en él. Betty me dijo que mirase al cuco de la casaca la comida que quedaba en la nevera y que pusiera las demás cosas fuera de la casa. Yo estaba muy prisa por terminar de ponerlo todo en el cobertizo de atrás para poder ir a tomar un baño en cuando me vi en el baño, cogí un

espero y me puse a examinarme el cuerpo. Y no sé por qué, la verdad ni lo sabía tampoco entonces pero me sentí como si algo. Era una sensación diferente de la que suele acumularse a uno en el cuerpo a consecuencia de un viaje. Algo viscoso. Betty y yo fuimos a la ventana y, entonces, a la puerta trasera y ambos miramos al cielo. Fue, luego, a la alcoba y miré a mi alrededor. No sé cómo describiendo, era como si alguien flotase en la atmósfera. No quiero decir que ese a quien estuviese allí, con nosotros era más bien la sensación de que había ocurrido algo muy extraño.

Inmediatamente después de un desayuno ligero se metieron en la cama, y durmieron de un tirón. Tenían la esperanza de que el incidente se desvaneciese rápidamente de su memoria y pasase a ser tan sólo una de esas interesantes anécdotas que algún día le gusta a uno contar a la gente. No sabían que, por el contrario, iba a afectar profundamente sus vidas durante muchos años.

## CAPITULO II

Cuando se despertaron, eran ya casi las tres de la tarde. Dormieron pero no soñaron; se sentían muy aliviados de verse de nuevo en su casa, bañados y descansados. Barney, echado en la cama, con los ojos abiertos, volvió a recordar la extraña experiencia de la noche anterior. Lo que más le desconcertaba y confundía era la falta completa de ruidos de aquel objeto volante mientras duró el incidente. También le dejaba perplejo el hecho de que no tuviera ninguna característica que le permitiese relacionarlo con un avión normal. Lamentaba profundamente que no hubiese pasado por allí ningún policía estatal<sup>1</sup> o algún camión, porque, entonces, habría podido compartir su experiencia con alguien. Aún tenía la sensación de que en algún sitio, no sabía a punto fijo dónde había alguien, una presencia vaga e indefinida. Muy vagamente le parecía haber encontrado un obstáculo que le impedía el paso en la carretera la noche anterior. Pero era una impresión desdibujada e indistinta.

La vuelta a la consciencia, después de oír el extraño sonido electrónico, fue muy lenta. Antes de que su mente se viera de nuevo completamente despejada, Barney tuvo un nuevo instante de percepción: se vio como en un relámpago saliendo de la carretera n.º 3 y entrando en la 104, para tomar el atajo de Concord. Pero el letrero que decía «CONCORD — DIECISIETE MILLAS» seguía siendo, tanto para él como para Betty, el símbolo de su vuelta a la normalidad. Aquella tarde, mientras yacía en la cama,

<sup>1</sup> Recuerde que en Norteamérica hay tres clases de policías: urbanos, del Estado (estatales) o de la Unión (federales). (A. del T.)

despierto, sentía que la razón de que él y Betty hubieran hablado tan poco durante la parte final del viaje fue que en ambos, o en por lo menos, experimentaba un suave entumecimiento mental. Apartó rápidamente de su mente las figuras vivas que había visto a bordo del extraño objeto volante, no quería pensar en ellas.

Al despertarse Betty se puso a pensar, antes que en nada en otra cosa en lo ocurrido la noche anterior. No conseguía apartar de su mente el viaje de regreso ni la experiencia sufrida. Pasaría el resto del día moviendo incrédulamente la cabeza. Una de las primeras cosas que hizo aquella tarde al levantarse de la cama, aunque nunca ha conseguido explicarse por qué, fue coger el vestido y los zapatos que había llevado puestos la noche anterior y guardarlos en el rincón más apartado de su armario. Desde entonces no se los ha vuelto a poner.

Barney, al levantarse, pasó revista a la ropa que había llevado puesta la noche anterior y quedó algo sorprendido al comprobar que sus mejores zapatos estaban muy gastados en la parte superior de las puntas delanteras. También le sorprendió ver que los bordes de las perneras de sus pantalones y también sus calcetines estaban cubiertos de agujas de pino, pero, de pronto se acordó, como en una inundación de recuerdos, de haberse adentrado solo en el campo, en Indian Head. Barney, a quien gusta mucho ir bien vestido, no consiguió comprender sin embargo que lo que se le hubiese desgastado fuera la parte superior de los zapatos. Acabó por decirse que, yendo por el campo, habría rozado sin duda alguna roca con los zapatos, aunque no sabía cómo pudo haber ocurrido tal cosa y se encogió de hombros. Mas adelante, iba a descubrir la posible causa.

El sábado recuerdo del incidente del campo, junto a Indian Head, le indujo a ir a la puerta trasera de la casa y mirar de nuevo al cielo. Estaba esperando algo pero no sabía qué. Hizo un gran esfuerzo por recordar lo ocurrido después de levantarse los gemelos al rostro y echar a correr de vuelta al coche pero sin éxito. Le era completamente imposible pasar de allí.

Cuando se sentaron a desayunar, por segunda vez en el mismo día, habló de eso con Betty, quien le preguntó repetidas veces por qué había vuelto corriendo al coche y por qué había temido ser capturado. Y como no había oído sus gritos, pidiéndole que volviera al coche. Mas tarde, en el transcurso de uno de los numerosos viajes que hicieron a aquel lugar, descubrieron que era

tan fácil oír gritos a la distancia que, según el cálculo de Barney, tenía que haber hablado entre los dos cuando el se adentró solo, por el camino. Además de todo esto, Barney se notaba un escozor inexplicable en la parte posterior del cuello.

Si la decisión de no hablar absolutamente con nadie de su experiencia comenzó a debilitarse aquel mismo día durante la comida de la tarde Barney trataba de resistirse, pero Betty, recordando la experiencia de su hermana con un objeto volante no identificado varios años atrás, quería contarle la suya. Barney accedió a regañadientes, aunque estaba convencido de que lo mejor sería tratar de olvidar por completo el incidente.

Betty fue al teléfono y llamó a su hermana, sintiendo cierto alivio ante la posibilidad de desahogarse, contando lo sucedido a un interlocutor amigo. Su hermana, Janet Miller vivía muy cerca en Kingston, con su marido y sus hijos; el marido era jefe de los exploradores de la localidad y aficionado a la astronomía. Tratando de no ponerse nerviosa, Betty se puso a contar lo ocurrido la noche anterior. Janet, que creía firmemente en los objetos volantes no identificados por haber visto ella misma uno, se excitó mucho y confirmó a sospecha de Betty de que el coche o la ropa podrían haberse contaminado con radiactividad si el objeto volante se había comido justo sobre ellos. Hasta aquel momento, la sospecha latente que sentía Betty de haber sido víctima de alguna especie de contaminación había sido puramente instintiva; pero ahora, comenzaba a preguntarse si no existieran motivos concretos para creer en tal posibilidad. Janet recordó a Betty que un vecino suyo en Kingston era médico y dijo que iba a preguntarle qué huella podría haber dejado aquel objeto volante si se hubiese acercado mucho al coche. Unos momentos más tarde Janet volvió al teléfono y dijo a Betty que, según el médico, cualquier cosa podía acusar a la existencia de radiactividad si la aguja se agitaba como loca sin parar en ningún punto de la esfera al entrar en contacto con el exterior del coche.

Al oír parte de la conversación de Betty con su hermana, el escepticismo de Barney aumentó; mientras ella iba por la casa buscando la botella barata que se usaba cuando iban de vacaciones, Barney parecía dispuesto a hacerse el terroón.

Pero, ¿qué le estaba pasando? preguntó Betty a su hermana con impaciencia por encontrarla y salir a tocar con ella al coche.

La puse en el coche —respondió él—

—¿En qué ca ón? —volvió a preguntar Betty

Aquello sólo servía para impedir que Barney consiguiese desear el incidente de su mente para siempre

—No sé, busca a tu —dijo.

Betty se sentía cada vez más irritada.

—Gracias, hombre —dijo—. La verdad es que es una suerte contar con tu ayuda.

—Pero, ¿para qué quieres la brújula? —preguntó él—. No te hace falta para nada.

—Ésa es tu opinión —replicó Betty—. Guárdatela y dame la brújula

Barney acabó cediendo y encontró la brújula. Betty salió corriendo y vio que había. Pasó la brújula por la superficie húmeda del automóvil y la aguja no pareció reaccionar de manera notable, pero cuando la pasó por la parte posterior notó una cosa extraña: por la superficie metálica había una docena o más de manchas brillantes cada una de ellas perfectamente circular y del tamaño aproximado de un dólar de plata. Estaban muy bien dibujadas y punteadas, en contraste con la superficie mate del coche, como si la pintura hubiese sido cuidadosamente esparcida con un patrón circular. En aquel momento, Betty recordó los extraños «bip-bip», oídos la noche anterior y procedentes de la parte trasera del coche; en el estado de nerviosismo en que se encontraba a consecuencia de haber hablado con su hermana se sintió extrañamente emocionada al ver aquellos círculos brillantes justo en aquel sitio.

Pasó la brújula cuidadosamente sobre uno de los círculos. La aguja se agitó inmediatamente. Betty casi se dejó dominar por el pánico pero consiguió sobreponerse y siguió pasando la brújula por uno de los lados del coche, donde no había ningún círculo. La aguja reaccionaba allí de un modo normal señalando una dirección. Rápidamente, Betty levó la brújula de nuevo a los círculos relucientes, y de nuevo volvió a perder el control. Entró corriendo en la casa.

—Barney —dijo—, tienes que salir y ver lo que ocurre. La parte posterior del coche está llena de círculos brillantes, y en cuanto les aplico la brújula, la aguja se vuelve loca.

Barney repitió que eran imaginaciones suyas y rehusó salir a mojarse.

Entretanto una pareja a quien los Hill tenían aquí adonde uno

de los pisos de su casa bajó al vestíbulo a ver que Betty parecía disgustada por algo, preguntaron qué pasaba, y ella, muy excitada, les contó toda la historia del objeto volante, añadiendo que estaba tratando de convencer a Barney de que saliera a ver los círculos brillantes y la reacción de la brújula en cuanto la acercaba a ellos. Entonces Barney, aunque a desgana, salió con la pareja, mientras Betty telefoneaba a su hermana para contárselo. Janet, en tanto, había hablado con el antiguo jefe de la policía de Newton New Hampshire, que estaba de visita en su casa aquel día, el cual aconsejó que los Hill pusieran su caso en conocimiento de la Base Aérea de Prase, en Portsmouth, un centro del Alto Mando Aéreo Estratégico que, durante aquellos últimos meses, había estado recibiendo continuamente informes sobre apariciones de objetos volantes no identificados. El jefe de la policía había recibido instrucciones en este sentido en cuanto las apariciones de objetos volantes comenzaron a proliferar en el Estado de New Hampshire.

Barney volvió al cuarto de estar pocos minutos después, antes de que Betty terminara de hablar por segunda vez con su hermana.

¿Qué hizo la brújula? —preguntó Betty.

—Nada de particular, lo que todas las brújulas —respondió él—. Se agitó un poco al acercarse a la llanta de recambio, pero nada de particular.

Betty le miró fríamente.

—Bueno, vamos a ver, ¿por qué crees que se agitó al acercarla a la parte posterior?

—No sé —respondió Barney.

—Me explico que se agitate al tocar el acumulador. Pero, ¿por qué al acercarse a la llanta de recambio? La verdad, Barney.

—No sé —dijo Barney—, a lo mejor es por el metal. A mí, no me pareció que reaccionase de manera extraña.

—¿Y qué me dices de los círculos brillantes? —preguntó Betty—. ¿Los viste?

—Sí —dijo Barney.

—Bueno, ¿qué me dices de ellos?

—Nada, algo que chocaría con el metal.

Betty quedó convencida de que Barney estaba tratando de negarse a sí mismo que hubieran tenido aquella experiencia nocturna y no se explicaba tal actitud. Más adelante, Barney reco-

noció que la experiencia había sido para él una pesadilla tan abrumadora, tan increíble, que sentía desesperados deseos de apartarla enteramente de su mente y olvidarla. En aquel momento le arribaba que Betty persistiera en sus investigaciones.)

Una vez más Barney rehusó explicar cuando ella le dijo que la acompañara al coche para comprobar de nuevo la reacción de la brújula en contacto con los círculos brillantes. Lo que hizo fue insistir en que lo mejor era no seguir el consejo de Janet de comunicar lo sucedido a la Base Aérea de Pease.

Bueno, ya que te empeñas —dijo, por fin—. Pero si llamas a la Base Aérea, haz el favor de no complicarme en el asunto.

A Betty le obsesionaba la idea de que pudieran haberse contaminado de radiactividad, pero, al mismo tiempo, comprendió que esto para ella parecería ridículo a los oficiales de la Base Aérea. A pesar de todo, telefoneó a la punta de la Base y después de haber sido puesta con varios departamentos por la centralita, consiguió dar con un oficial que le dio detalles.

Betty le explicó la historia de manera general porque la reacción del oficial era de incredulidad. Tanto demostró timidez o confusión, y omitió detalles como el de las dos filas de ventanas que había visto pensando que con mencionarlos solo conseguiría aumentar el escepticismo de su interlocutor. Dijo, sin embargo, que el objeto tenía como unas aletas que parecían salir de ambos lados, con luces rojas en la punta. Finalmente, el oficial pareció más interesado, y cuando Betty le dijo que su marido había tenido oportunidad de examinar con más detalle que ella aquella parte del misterioso vehículo, pudo hablar con él.

Barney no mostró entusiasmo alguno por ponerse al teléfono, pero ya parecía más tranquilo y accedió por fin a hacerlo. Cooperó con el oficial cuanto pudo, dando todos los detalles que recordaba, pero, pusilánime, rehusó mencionar a los seres vivos que había visto con toda claridad en el interior. En el transcurso de la conversación el oficial le dijo que se había puesto en contacto con otra oficina de la base, y que lo que ella estaba viendo era interpretado. Ni Betty ni Barney tenían ningún deseo de verse envueltos en situaciones desgraciadas. Betty decía que los oficiales sólo habían mostrado indiferencia pero Barney, por el contrario, sostenía que estaban sumamente interesados que no habían dado muestras de incredulidad y que lo que les llamaba eran las aletas con luces rojas. Para los oficiales de la Base Aérea era éste un

detalle nuevo a pesar de los muchos informes que habían recibido e invasados sobre los volantes rojos y azules.

La conversación técnica por fin cambió en la actitud de Barney. Después de eso cuando el oficial Barney sacó en limpio que la historia era tan extraña como algunas de las que él mismo había oído, se dio cuenta de que no había motivos para temer que le acusaran de locura. En pago que a él le parecía inexplicable. Sin embargo, al menos él ahora no hablaba a nadie de los círculos brillantes y Barney por su parte siguió resuelto a callar sobre los seres vivos que había visto a bordo del objeto volante, detrás de la ventana cerrada. Esto a su modo de ver, podía ser causa de que la gente dudara de la veracidad del incidente y volvieran a dudar de él. ¿Por qué este detalle? Lo que más le asustaba era pensar por dentro.

Al día siguiente al poco tiempo de este respecto disminuyó a cero porque la Base Aérea de Pease es telefónica y dando más información. Es decir, a Barney más señas en sí mismo y en su experiencia personal, pero aún así rehusó dar aquellos detalles.

Quince días más tarde el capitán Paul A. Henderson, de la escuadrilla de bombarderos número 100, estacionada en la Base de Pease, el comandante dijo a los dos que se había pasado la noche en vela preparando el informe y que quería completarlo con algunos de ellos más. Les dijo también, que quizá tuviera que volverles a llamar más tarde sobre el asunto. Después de esta segunda conversación los Henderson volvieron a su casa y el Sr. informe oficial al «Libro Anual de Proyectos» de la Base B-1, que es el nombre del departamento de inteligencia de Wright-Patterson, Estado de Ohio, donde se revisaban y corrían los datos de informes sobre apariciones de volantes rojos y azules que llegaban de todo el país, a ver si los Henderson tenían alguna razón alguna para quedar en el suelo cuando los volantes rojos comunicaron telefónicamente sus experiencias a la Base Aérea de Pease.

#### INTERVISTA NUMERO 10-1-61

En la noche del 19 al 20 de septiembre entre las 20/001 horas y las 20/310 horas, los señores H. y J. fueron a la zona sur de la carretera nº 3 cerca de Litchfield, Hampshire, observa-



ron por el parabrisas del coche un objeto extraño en el cielo. Les llamó la atención por su forma y la intensidad de su luminosidad, que destacaba entre las estrellas. El cielo estaba claro y la noche era serena a aquella hora.

#### A DESCRIPCIÓN DEL OBJETO.

1. *Franja continua de luces*, forma de cigarro puro inalterable, a pesar de los cambios de dirección. (Ni Mr. ni Mrs. Hill recuerdan haber mencionado la forma de disco del vehículo a poca distancia.)

2. *Tamaño*. Cuando lo vieron por primera vez parecía ser del tamaño de una moneda de cinco centavos a un brazo de distancia. Más tarde, cuando parecía estar a unos treinta y cinco metros de altura sobre el coche les pareció del tamaño de un plato sopero a un brazo de distancia.

3. *Color*. El único color que pudieron distinguir fue el de la franja de luces, comparable en intensidad y color a un filamento de lámpara incandescente (Véase lo referente a las «luces de la punta de las alas».) (Barney, que, en aquel momento, parecía desear quitar importancia al incidente, se mostró reacio a dar su impresión exacta sobre el tamaño del objeto volante.)

4. *Número de objetos volantes no identificados*: Uno.

5. *Formación*: Ninguna.

6. *Detalles o cosas de interés*. Véase apartado número uno. Durante el periodo de observación, las alas parecieron emerger del cuerpo del objeto al parecer, tomaban forma de V y luces rojas en los extremos. Más tarde, esas alas aun parecieron alargarse más.

7. *Cola, estela o escape*: No vieron ninguno.

8. *Sonido*: Ninguno, aparte del mencionado en el apartado D.

#### B DESCRIPCIÓN DE LA TRAYECTORIA DEL OBJETO.

1. Fue visto por primera vez a través del parabrisas del coche. El tamaño y la luminosidad del objeto les llamó la atención por ser superior a los de las estrellas visibles en aquel momento.

2. *Angulo de elevación al ser visto por primera vez*. Unos cuarenta y cinco grados.

3. *Angulo de elevación al desaparecer*. No fue observado, por ser imposible a los señores Hill precisar el momento de su desaparición.

4. *Linea de vuelo y maniobras*: Véase apartado D.

5. *Cómo desapareció el objeto volante*: Véase apartado D.

6. *Duración de la observación*. Aproximadamente, treinta minutos.

#### C CÓMO FUE OBSERVADO.

1. Desde el suelo, visualmente.

2. Con gemelos, en algunos momentos.

3. La primera observación tuvo lugar desde el interior del coche tanto en marcha como parado. El objeto fue observado tanto desde dentro como desde fuera del coche.

#### D SITUACIÓN Y DETALLES.

(Aquí el informe relata los detalles generales de la observación, entre ellos el extraño sonido «bip bip», que como los Hill explicaron al que les interrogó, «parecía como si alguien hubiese de adentro caer un dajason». Por las dificultades normales que se producen en una conversación telefónica, hubo que omitir muchos detalles entre otros, el de las luces multicolores obser-

vagas por Betty, y también por la gente del de las líneas aéreas que vio Barney de las que se temía que a lo mejor le hablarían.

El informe concluye con el mismo secreto de una conversación posterior, Mr. Hill me dijo que, al principio, no le había querido hablar a nadie del incidente, pero luego él y su hermano lo han visto juntos, pensaba que en el momento de la aparición de él. Dice que, ahora le parece increíble que se le haya ocurrido esto, pero pues no acaba de creerme al cosa podría ocurrirle. Afirmo, por otra parte que antes de que me contara lo que cuenta, este hecho a su modo de ver era una crisis, pero al incidente.

La información aquí contenida proviene en su mayor parte de una conversación telefónica entre los que presenciaron el fenómeno y el autor. Es imposible precisar nada que no sea una serie de hechos observados, y aquí se ha tratado de ser lo más preciso posible, pero no puede asegurarse que las palabras sean exactas.

Esforzándose por dar con un término medio satisfactorio entre la fantasía y la realidad, Betty y yo decidimos que los dos, por separado, describan sus experiencias acerca de lo que vieron volar. Betty accedió. Encarados con el problema de la descripción de los diseños que luego compararon, comprobando que eran bastante parecidos.

Aunque Barney vio que su confianza en sí mismo era mayor a consecuencia de su conversación con el comandante de aviación, seguía sin acabar de convencerse de la existencia de los objetos volantes no identificados. Le preocupaba verse incapaz de justificar lo que había visto con sus propios ojos ante su convicción de que tales cosas no podían existir. Betty, por su parte, también se mostraba escéptica a pesar de que creía lo que su hermana decía haber visto, pero aún tenía en el objeto que durante tanto tiempo había estado ante sus ojos en la carretera nº 3. Barney dijo a su amigo que si realmente se enfrentaba a la del que ha visto una cosa que ya tiene en el recuerdo con el tiempo, esta anomalía era la única anomalía que se le ocurría en su vida, que comenzó a emitir, a pesar de que tanto entonces había ido mejorando considerablemente.

Mientras que Barney trataba de apartar de sí el incidente, la curiosidad de Betty no hacía sino agudizarse. Dos días después fue a la Biblioteca Municipal para buscar cuanto información

hubiera allí sobre los objetos volantes no identificados que según había podido comprobar, eran tomados bastante a la ligera por la Prensa. Como la mayoría de las personas inteligentes, Betty no había llegado aún a una conclusión precisa sobre la cuestión. Antes del incidente, como ya había pensado que tenía que haber algo de verdad en aquel fenómeno, pero carecía por completo de datos. En la biblioteca descubrió que existían pocos datos sistemáticos aunque vio un libro titulado *The Flying Saucer Conspiracy* (El Complot contra los platillos volantes), por el comandante Donald Keyhoe, que encontró interesante. Se lo llevó a casa y lo leyó de un tirón. Barney y aunque su punto de vista era ahora menos firme que antes de haber hablado con los oficiales de la Base Aérea, reusó leerlo, atribuyéndole este resto de resistencia al desoír, aun y así, de evitar una renovación del dolor y de la confusión que le había causado el momento. Insiste en que no lo hizo por torpeza o arbitrariedad.

Según descubrió Betty, la tesis del comandante Keyhoe era que la aviación norteamericana estaba haciendo todo lo posible por desacreditar los objetos volantes no identificados en lugar de examinar el problema de una manera científica y abierta. El comandante Keyhoe, que estudia en la Universidad de Annapolis y fue comandante de Marina, había contribuido a fundar en Washington un organismo conocido por el nombre de Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos con objeto de coleccionar y analizar todos los informes de apariciones de objetos volantes no identificados de esta manera, pretendía dar con una solución al misterio y proponer a la opinión pública, si hiciese falta, para aceptar la existencia de vehículos aéreos extraterrestres de origen desconocido. El Comité (conocido por NICAP), del comandante Keyhoe había llegado a la conclusión de que solo existían dos explicaciones posibles de las apariciones de objetos volantes no identificados que llegaban continuamente, año tras año, de todos los puntos del Globo: la primera, ilusiones ópticas tan numerosas y exiguas que resultaban inexplicables y consistían por sí mismas en un objeto de estudio científico urgente, la segunda, que la gente, en efecto, vea en la atmósfera objetos volantes reales. Los miembros del Comité, muchos de los cuales son nombres de cierta fama conocidos, profesores, técnicos, pilotos y ex oficiales militares de alta graduación arguyen que la segunda hipótesis es la más razonable y está basada en

observaciones empíricas. En su estudio, cuidadosamente documentado, *«UFO Evidences»* (Pruebas a favor de los objetos volantes no identificados), el Comité analiza quinientos setenta y cinco informes, algunos de éstos y los demás completamente fidedignos procedentes de Norteamérica, Puerto Rico, México, Canadá y otros países. Los investigadores del Comité, que son todos voluntarios, tienen instrucciones de documentar cada caso de la manera más detallada y concienzuda, y de poner en duda siempre que sea absolutamente posible cualquier informe irresponsable procedente de los fanáticos que siempre surgen en estos casos y que, por ese camino suelen buscar fama o provecho. Entre los que dirigen el Comité están las siguientes personalidades: el doctor Charles P. Olivier, profesor de Astronomía de la Universidad de Pennsylvania y presidente de la «Sociedad Norteamericana de Meteoros» («American Meteor Society»), J. B. Harmanft hijo, presidente de la «Asociación de Propietarios y Pilotos de Aviones» («Aircraft Owners and Pilot Association») y ex teniente coronel del Cuerpo Aéreo del Ejército Dewey Fournet, ex comandante de la aviación norteamericana, encargado de la investigación oficial de los objetos volantes no identificados (lo que se llama «Project Blue Book») e profesor Charles A. Maney, jefe de departamento de Física de la «Debanee College», Estado de Ohio y otros.

Después de haber leído el libro de comandante Keyhoe, Betty se sintió más segura de sí misma y de su experiencia. Sin perder tiempo, se sentó y escribió la siguiente carta al comandante.

Portsmouth New Hampshire  
26 de setiembre de 1961

Comandante D. Keyhoe  
Muy señor mío,

Le escribimos esta carta por dos motivos. Queremos preguntar si ha escrito usted un libro sobre los objetos volantes no identificados, además del titulado *The Flying Saucers Conspiracy*. Si lo ha hecho, le agradeceríamos nos envíe el nombre de la editorial a que no le nos consiguiendo en contrar información alguna sobre este tema posterior al mencionado libro. Le incluimos un sobre con dirección y teléfono para que le resulte más cómodo. Me gustaría y yo estaré con otros amigos interesados en este

tema porque acabamos de sufrir una terrible experiencia que no parece diferir de otras de las que nos hemos vivido. Hacia medianoche el 20 de setiembre (se decía de que fuese medianoche puede cambiar la fecha al 19 o al 21) salí por el 20, como en coche por una corte de la 711 Forest Hill Road, en White Mountains, New Hampshire. Estaba muy oscuro y sombrío. Al principio, vimos un objeto brillante en el cielo, que parecía moverse rápidamente. Paramos el coche y nos bajamos para observarlo más de cerca con binoculares. De pronto giró del Norte al Sudoeste y pareció seguir una trayectoria bastante descendente. Seguimos conduciendo y luego nos paramos de nuevo para volver a mirarlo, observando a seguirle a lo largo del cielo. El objeto giraba y sólo parecía iluminado por un rayo de luz que producía la impresión de que estuviese parpadeando.

A medida que iba acercándose a nuestro coche vimos que tenía la forma de torta rodeada de ventanas en la parte delantera a través de las cuales se veían luces amarillentas. De pronto aparecieron luces rojas a ambos lados. En ese momento, mi marido estaba en plena carretera, observándolo cuidadosamente. Vio alas que salían de cada lado y las luces rojas estaban en los extremos de las mismas.

Según el objeto volante iba acercándose, mi marido comenzó a ver su interior, aunque no con demasiada claridad. Vio varias figuras que corrían de un lado a otro, como haciendo preparativos apresurados. La figura nos observaba desde atrás de una ventana. Desde donde estábamos las figuras parecían del tamaño de un lápiz, más o menos a la distancia de un brazo humano, y daban la impresión de llevar una especie de uniforme negro y reluciente.

En este momento mi marido se sintió poseído de pánico y volvió al coche, histérico, riendo y repitiendo que iban a capturarnos. Puso en marcha el coche, cuyo motor no había parado y en cuanto nos pusimos en movimiento oímos unos sonidos como zumbidos, algo así como «bip-bip» que parecían proyectados contra la parte trasera del coche.

No vimos levantarse el objeto, pero tampoco volvimos a verlo, aunque a unos cincuenta kilómetros más al Sur. Los bombarderos de nuevo por aquellos sonidos.

Al día siguiente, informamos a un oficial de las Fuerzas Aéreas, quien pareció muy interesado por los detalles de las alas y las

es rojas. No le comunicamos lo que el marido había visto en el interior del objeto, por parecerle un poco demasiado.

Ahora, estamos tratando cualquier cosa que a uno a una mujer a recordar que fue lo que le causó tanto pánico. Sobre eso él no recuerda nada en absoluto. Todos los esfuerzos que hace por recordar se quedan muy asustado. Este objeto volante era por lo menos, tan grande como un chupinador, estaba en completo silencio y los ruidos del exterior no se escuchaban en la tierra. No parece que los sonidos «hip-hip» para con las aves perfecto alguno en nuestro oído.

Esta experiencia nos ha asustado mucho a los dos pero al mismo tiempo nos ha fascinado. Se tienen grandes deseos de volver al lugar donde ocurrió, por si así podemos establecer contacto de nuevo con el objeto. Conmetemos que la posibilidad es pequeña y que mejor sería volver a los de cuando se fue, sabido sobre este tema en los últimos sesenta años.

Por cualquier libro que usted nos recomendar le quedaremos muy agradecidos. Su libro nos ha sido muy útil y nos ha dado la seguridad de que no somos los únicos que han sufrido tan interesante y desconcertante experiencia.

Suya afectuosamente,

Edw. Betty Hill

A medida que iba creciendo la seguridad íntima de Betty Hill gracias al estudio de las publicaciones del Comité de Comandante Keyhole crecía también su deseo de revelar más detalles. Por primera vez se atrevió, en esta carta que reproducimos, a mencionar lo que le había dicho Barney sobre las figuras vivas del interior del objeto volante aunque éste se lo permitiera muy a regañadientes. La tendencia de Betty a desahogarse revelando cuanto pensaba sobre el incidente es algo muy útil porque Barney acaba por comprender que tratar de suprimir los hechos podría ser incluso perjudicial para su equilibrio mental.

Unos diez días después del incidente Betty comenzó a tener una serie de sueños muy vívidos. Continuaron durante tres noches consecutivas. Era la primera vez en su vida que recordaba sueños con tanto detalle e intensidad. Dominaron toda su vida durante aquella semana y continuaron posesionándola después, aunque al cabo de cinco días cesaron bruscamente para

nunca más volver. Eran tan terribles y de tal magnitud que no se atrevía a contárselos ni siquiera a Barney que había tenido que trabajar durante aquellas cinco noches, no estando, por tanto, con ella cuando los sueños tuvieron lugar. Betty acabó por hablarle de sus pesadillas, Barney se mostró solícito, pero no dio demasiada importancia al asunto de modo que no se volvió a hablar de él y Betty tampoco volvió a mencionarlo.

Algunas semanas más tarde, tuvo lugar otro incidente desconcertante que a Barney y Betty consiguieron explicarse. Iban en coche por los alrededores de Portsmouth, por una carretera que cruzaba una zona muy poco poblada. Frente a ellos, vieron un automóvil anónimo que obstruía el paso. Un grupo de gente estaba junto al coche y Barney comenzó a disminuir la velocidad, para evitar un accidente.

De pronto, Betty se sintió dominada por el miedo. No consiguió explicar el motivo, ni siquiera a sí misma.

—Barney —dijo—, Barney, no pares, por favor, no vayas más despacio sigue sigue.

Y era misma, como sin darse cuenta se puso a abrir la portezuela del lado donde estaba sentada, dominada por un impulso casi incontrolable de bajarse de un salto y echar a correr.

Barney pareció sobresaltado y quiso saber qué le pasaba. Betty es ahora al borde del pánico. Sin hacer más preguntas, Barney aceleró cuanto le fue posible, aunque la carretera estaba llena de gente, y Betty no tardó en recobrar el equilibrio mental. Lo que le preocupó en este caso fue que ella no era temperamental en circunstancias normales. Hasta entonces, nunca había experimentado aquella sensación. El impacto de este inexplicable incidente persistió en ambos durante muchos días, como también persistió en Betty el efecto de sus pesadillas.

Avanzó más que Barney estaba tratando de apartar definitivamente de su mente el incidente de objeto volante no identificable. Betty se abstuvo de hablar con él de sus pesadillas. Pero comenzó a contárselas a algunos amigos íntimos, uno de los cuales que se dedicaba como ella, a obras sociales, le dijo que debía escribir aquellos sueños. Pensando que quizás así se aliviásem algo sus preocupaciones Betty siguió este consejo.

Los sueños eran inusuales, tanto en cuanto al tema como en cuanto a los detalles. Revelaban que Betty había encontrado un extraño obstáculo en una sentar a carretera de New Hampshire

y que un grupo de hombres se había dirigido al coche. Los hombres todos iban vestidos según costumbre en el desierto. Betty miró cabizba en un momento y cuando volvió a des-  
pejar vio que Barney estaba en el asiento de un vehículo  
completamente nuevo, y que él estaba sentado a su lado se  
a un conocimiento reciente de él. Los hombres por sus  
fuerzas inteligentes. La habitación era un pasillo  
que tocaba todo el viento. El viento era el viento. Sonete de a  
un recordamiento de ellos. El viento era el viento. Sonete de a  
que no sufrían la... libertad sin que en sus... de tan extraño suceso.

Betty escribió sus sueños con todo detalle, con una minuciosa  
descripción del vehículo y de los seres humanos.

Este sueño iba a tener importancia en lo que sucedió dos  
años después, importante que el viento era el viento. Sonete de a  
de la perplejidad que le había sucedido el momento que había  
sufriendo en compañía de su familia.

El 19 de octubre de 1961, Walter Webb, profesor del «Planetarium» de Hayden Boston, recibió una ojaga al correo de la mañana y vio una carta de Richard Hall, secretario entonces y actualmente subdirector del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos en Washington como asesor científico del Comité. Walter Webb revisaba a veces los informes más serios y más grandes de apariciones de objetos volantes no identificados que llegaban de Nueva Inglaterra y preparaba bocanitos detallados para que los estudiaran en Washington, si el caso lo merecía. Con la carta de Hall, llegaba copia de la que Betty Hall había escrito al comandante Robert Hall indicando a Webb la conveniencia de recomer en camino los ciento treinta kilómetros que hay del norte de Boston a Portland para investigar aquel caso sobre el terreno.

Webb que había entrado a formar parte del Observatorio Smithsonian Astrofísico en Cambridge, Estado de Massachusetts, poco después de haber salido de la Universidad en 1956, había estado interesado en la cuestión de los objetos volantes no identificados desde 1951 cuando siendo asesor en un campamento de verano en el Estado de Michigan, había visto uno mientras estaba ayudando a los muchachos en el empleo del telescopio. Aunque por la sazón se trataba o en el programa de localización de satélites del Observatorio Smithsonian había tenido que pasarse meses enteros fotografiando satélites contra un telón de fondo de estrellas contra una montana volcánica en Hawái durante el Año Geográfico Internacional, él personalmente

no había tenido hasta entonces la oportunidad de observar ningún otro objeto volante no identificado desde aquel que vio con el telescopio en el campamento de muchachos, aunque había quedado totalmente convencido de que tales objetos existían. El intenso interés que sentía ahora por ellos databa del verano de 1952, cuando tuvo lugar en Washington una serie de apariciones que luego se hizo famosa y que fue registrada por varias centrales de radar y confirmada por observadores competentes tanto en el aire como desde tierra. La aviación norteamericana ocultó en seguida muchos detalles de este suceso, haciendo también imposible cualquier investigación seria del fenómeno. La aparición observada por Webb en compañía de sus muchachos coincidía en sus principales detalles con muchas otras comunicadas al Comité. Era una serena noche de verano y los tres miembros del grupo vieron un objeto anaranjado que iba de Este a Oeste sobre las colinas situadas al Sur, más allá del Big Silver Lake en Michigan. Al principio sospecharon que quizá se tratase de un avión corriente, pero sus movimientos rompían todas las leyes de la aerodinámica: el objeto se movía de una manera extraña ondulante siguiendo una trayectoria semejante a la de la ola marina sobre las lejanas colinas, con altibajos suaves como dibujando el contorno de una campana a lo largo de las cimas.

La primera reacción de Webb ante la carta de Richard Hall fue de recelo. En aquel caso se mencionaba a seres vivos que se movían en el interior del vehículo y Webb se mostraba escéptico sobre este tipo de informes. Al mismo tiempo, había leído una serie de historias de este tipo todas ellas procedentes de gente completamente irresponsable incapaz de hacer documentación racional alguna y que insistían en hablar de tales incidentes de la manera más exagerada. Webb había decidido no participar en ninguna de aquellas cosas.

Fue, sin embargo, a Portsmouth el 21 de octubre de 1961, aunque seguía mostrándose escéptico. Soportaba el carácter sensacional de la historia de los Hill y la posibilidad de que buscasen publicidad, estuviesen de prisa y sufriesen aberraciones. Por otra parte, pensaba que la carta de Betty Hill parecía de persona culta y tenía todo el aire de ser la narración sincera y directa de una experiencia aterradora que les había sucedido a dos personas. Se resistía a juzgar nada después de la entrevista, que según Webb decidió sería concluyente e imparable

poniendo especial cuidado en cogerles en contradicciones y faltas de lógica. Como estaba seguro de que conseguiría ponerles en evidencia si habían inventado la historia y no vacilaba en hacerlo si veía la menor posibilidad de ello.

Llegó a la casa de los Hill hacia el mediodía. Barney experimentó cierto alivio al ver que el visitante era un hombre inteligente que no trataría de ponerles en ridículo y que mostraba verdadero interés por conocer los detalles del incidente. Barney había llegado a una tesitura en que le repugnaba oír la expresión «platillo volante», aunque las referencias de Webb a «objetos volantes no identificados» le resultaban tolerables. Más aun esperaba aprender de Webb más cosas sobre ese tema, conseguir, quizás así, alguna respuesta por vaga que fuese, al misterio que todavía le inquietaba.

A Betty, Webb le pareció un profesional culto y experimentado en el arte de interrogar a la gente.

La entrevista comenzó poco después del mediodía y continuó, apenas sin interrupciones hasta las ocho de la noche.

—Quedé tan asombrado e impresionado por Mr. y Mrs. Hill y por lo que me contaron —dijo más tarde Walter Webb—, que nos olvidamos del almuerzo y seguimos trabajando sin parar durante toda la tarde y el comienzo de la noche. Les interrogué primero, juntos luego por separado, y, después, juntos otra vez, volví a repetir los interrogatorios una y otra vez, traté de hacerles tropezar en algún detalle, pero me fue imposible, sencillamente imposible. Su historia no tenía fallos. Me parecieron una pareja sincera y veraz que volvía a casa de un pequeño viaje de placer, muy tarde, por una carretera desierta cuando, de pronto, descendió sobre ellos algo completamente desconocido e inidentificable. Algo completamente ajeno y extraño a sus vidas.

Los Hill dieron a Webb diseños que, aunque habían sido hechos separadamente por ambos, eran idénticos. A medida que iba terminando la entrevista, Barney sintió casi sin advertirlo, que estaba reviviendo el incidente. Se veía en pie en plena carretera, frente al enorme objeto.

—Fue un duro interrogatorio —dijo Barney, cuando describe su entrevista con Webb—. Comencé haciéndoles preguntas y pasando revista con todo detalle a nuestra experiencia. Primero, tuvimos que contar la historia prominentemente dicha. Luego quiso volver sobre ella y ampliar determinados puntos de modo que



saieron a relucir los detalles. Entonces, tropezamos con esta noticia que me cuenta lo que ocurrió después de llevarme los gemelos a los ojos es a la donde me atascé. Esta vez como todas las anteriores que me tratado de reconstruir el incidente me fue imposible seguir adelante me invadió una sensación helada como náusea, como cuando uno está solo en el cine viendo una sesión nocturna. Sentí los escalofríos que se experimentaban al ver un fantasma errando por la casa encantada. Siempre experimentaba un estremecimiento al llegar a ese momento igual durante la entrevista con Webb que cuando lo reconstruí a la sola. Me estremecía y me ponía a mirar a mi alrededor, en la estancia, aunque estaba seguro y cómodo en mi propia casa.

Walter Webb llevaba consigo una mapa y lo utilizó cuidadosamente para reconstruir el horario del viaje de los Hill. Por la razón que fuese los Hill, aunque hablaron a Webb con todo detalle sobre los círculos volantes que habían encontrado en su automóvil se olvidaron de enseñárselos, y a Webb también se le olvidó recordarles que quería verlos. Ninguno de los tres se explica este hecho, aunque Webb dijo:

—He tratado de recordar si me fue a ver esos círculos volantes que los Hill dicen haber visto en su coche inmediatamente después del incidente, pero no me acuerdo. Estoy seguro de que no salí a buscar una ojeada al coche. Sabía lo de los círculos de modo que es un fallo profesional por parte mía. Quizá pensé que carecía de importancia. De hecho, en mi primer informe sobre el caso di muy poca importancia tanto a los círculos como a los ruidos. Los mencioné tímidamente, como si dijera: *pasa esto*, pero no *hagan ustedes caso*. Y pasé, sin más, al detalle siguiente. No recuerdo haberse ido a comprobar su existencia.

—Si no recuerdo mal dijo Barney, luego—, lo que ocurrió es que nos metimos en el coche con los detalles como, por ejemplo la posición de la luna cuando nos fuimos en ella la localización de las estrellas y el tiempo que hacía y otras cosas por el estilo, que se nos olvidó por completo no dar a Webb que sacara a la luz los círculos.

Al final de la sesión Webb dijo a los Hill que lo mejor sería rehacer el viaje para poder averiguar exacto en que había ocurrido el suceso las paradas que hicieron entre Lancaster e Indian Head. El sitio exacto, cerca del torrente y de Indian Head donde tuvo lugar el encuentro más próximo. Los Hill accedieron, y

Barney perdió todo su recelo y se mostró dispuesto a revisar el incidente sobre el terreno. Este fue el resultado del intenso interrogatorio a que se sometió Walter Webb.

Mientras regresaba en el coche a Boston, Webb fue examinando mentalmente el caso. Se sentía muy impresionado por lo que había oído. Sus temores de que se tratase de una broma o de una aberración se habían desvanecido, así como sus recelos sobre la sinceridad de los Hill.

—Ya había leído casos como aquel —dijo Webb más tarde—, pero aquella fue la primera vez que veía las caras de gente fidedigna que aseguraba haber visto a los tripulantes de un objeto volante no identificado. Naturalmente, en estos casos hay que andarse con mucho cuidado, con muchos más cuidado. Lo que más me impresionó fue que los Hill trataban de *quitar importancia* a los aspectos más sensacionales del incidente. No era publicidad lo que buscaban. Querían que yo les garantizase el secreto de todo esto, que sólo se lo comunicara al Comité. Y la actitud incrédula de Barney ante la posibilidad de que existieran objetos volantes era muy convincente. Aquí hay dos personalidades distintas. Barney, persona sumamente cuidadosa, científica y veraz y Betty, que es quien lleva la voz cantante. Pero tampoco ella usó de exagerar.

Cinco días después Webb preparó un informe para el Comité, en Washington, revisando e indicando con el más minucioso detalle, citando las coordenadas de la brújula, la posición de la luna y los planetas y el tiempo que hacía y describiendo cuidadosamente el objeto volante junto con el informe envió los esbozos que le habían dado los Hill.

El informe, que era el mío, terminaba así:

*Mi informe después de interrogar a esta pareja durante más de seis horas y de examinar sus reacciones y caracteres, es que contaron la verdad y que el incidente ocurrió exactamente como ellos me lo contaron excepto en unos puntos que son de poca importancia y algunos detalles técnicos. Lo que es más difícil es ser exacto siempre (por ejemplo la hora exacta, la velocidad, el tamaño, aparente del objeto y sus tripulantes, distancia y altura del objeto, etc.). Aunque sus expectativas profesionales no les han preparado para ob-*

servar las cosas científicamente, quedé impresionado por su integridad, aparente sinceridad y creciente desconfianza de los datos exactos y de quitar importancia a los detalles más sensoriales de su experiencia. Por lo que se refiere a los objetos volantes no identificados Mr Hill había sido un caso no esencial hasta que apareció el que nos ocupa. De hecho, esta experiencia no desconcertado de tal manera su razón y su sensibilidad que, finalmente, indudablemente, está ahora tratando de dar a entenderse. En la conversación que sostuvo conmigo (y en las que he tenido con su mujer desde el incidente) sufre como una ansiedad siempre que mencionaba al «jefe» que se movía desde detrás de la ventana. Asegura que no estaba lo bastante cerca para ver los rasgos faciales de aquellos seres, aunque él o que uno de ellos había vuelto la cabeza por encima del hombro, saciéndola, y que «el rostro del jefe era inexpressivo». A pesar de todo, mi opinión es que esta amnesia de Mr Hill o tiene mucha importancia más adelante esta fue puesta seriamente en duda. Creo que la experiencia, en su conjunto, fue tan fantástica e increíble para el mismo que la sufrió y a esto hay que añadir el hecho muy real y tangible a ser capturado que sumundise a otros mundos imaginarios. ha forzado a su mente a negarse a creer lo que vieron sus ojos, de donde ha resultado una especie de amnesia.

Como es de suponer, ni Mr Hill ni su esposa duelen ya de la existencia de los objetos volantes no identificados. Ambos muestran ahora sinceramente interesados por este tema y quieren saber más sobre él, teen cuanto puede. Hacía el final de nuestra entrevista me hicieron varias preguntas sobre la posibilidad naturalista y origen de esos objetos.

Conviene tener en cuenta que no se produjeron desarreglos electromagnéticos, como, por ejemplo, fallos del motor o de los faros (como suele ocurrir en ciertos informes de observación próxima de objetos volantes no identificados). Sin embargo, los sonidos «bip-bip», que parecen una especie de clave, si impacta contra la parte trasera del coche (un modelo no desastrosable de 1957 con dos puertas) son un detalle explicable de este caso. Los testigos tampoco notaron ningún efecto fisiológico como calor, quemaduras, parálisis o convulsiones mortales o nerviosas. El perro no pareció alarmarse en ningún momento durante el incidente (a los Hill, en este punto, se les olvidó mencionar a Webb la extraña conducta de Daisy en varios casos).

tes). No había ningún otro objeto volante en el cielo. Añadiré aunque no quería hacer el caso que nos ocupa, que el incidente tuvo lugar un día antes de que las lavas y vientos del huracán llamado «Ester» cayeran sobre Nueva Inglaterra.

En New Hampshire he habido brillantes informes sobre objetos volantes no identificados en estos últimos años. Por ejemplo, en 1960 nuestro Comité registró siete apariciones, seis de las cuales tuvieron lugar en la zona de White Mountain, sobre todo en torno a Plymouth. Es particularmente interesante recordar los objetos en forma de cigarro puro vistos en abril, dos veces desde Plymouth el 15 y el 25, y una vez desde West Thornton el 28. Consultar el Boletín Especial del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos de mayo de 1960 página cuatro. Otro «cigarro puro» fue visto en la misma zona, cerca de Conway, el 24 de agosto. Véase el documento del caso en los archivos de Comité.

Hará unos cinco años la hermana de Mrs Hill, Janet iba en coche de Kingston, New Hampshire, a Haverhill Massachusetts, por la carretera nº 125, cuando vio, cerca de Plaistow, New Hampshire, un objeto grande y reluciente en el cielo, y otros menores que volaban en torno a él. Corrió a una casa cercana e hizo ver a otras personas aquella extraña aparición. Todos ellos vieron como los objetos menores entraban en el más grande, que entonces, quedó oscuro y desapareció.

N. W. N. WEBB  
10/26/61

En su calidad de asesor científico de Comité Webb conocía bien los archivos de esta organización y naturalmente, tenía acceso a ellos. Bajo la dirección del comandante Keyhoe, que ha estudiado en la Academia Naval Norteamericana y ha sido piloto del Cuerpo de Marina, la organización insiste continuamente en declarar que nunca acepta informes ajenos sobre objetos volantes no identificados y que tiene todas las ordenes a sus representantes regionales de que no ocuren desajustes sistemáticamente todos los casos que les son presentados. Siempre que es posible el Comité sólo concentra su atención en informes procedentes de pilotos, técnicos de radar, policías, maquinistas, técnicos de todas clases y ciudadanos competentes y responsables. La lucha

del comandante Keyhol contra el obstruccionismo de la aviación duraba más de una década. En el curso de sus investigaciones, el comité recibió más de cuarenta mil cartas al año, muchas de las cuales son informes sobre nuevas apariciones que comenzaron a aparecer continuamente por todo el país y en el extranjero.

Comenzando en la primavera de 1965, cuatro años después del incidente de los Hall, estos informes de vuelos bajos y semiautómatas de objetos volantes no identificados aumentaron de tal manera que la organización se vio abrumada por la cantidad de cartas que recibió sobre estos fenómenos. En las apariciones ocurridas en Oklahoma, Texas y Nuevo México durante el mes de agosto de 1965 estuvieron mezclados casi cuarenta miembros de la Patrulla de Autopistas Estatales, cuyos teléfonos durante tres o cuatro seguidas, no hicieron otra cosa que cursar mensajes sobre objetos volantes no identificados, enviados por oficiales de la Patrulla y por ciudadanos fidedignos; esos informes fueron corroborados por las centrales de radar de las Bases Aéreas de Cresswell y Tinker. En Exeter, New Hampshire, dos policías veteranos encontraron un extraño objeto volante no identificado que volaba a poca altura, tan bajo, que uno de los agentes se bajó de la motocicleta y sacó la pistola. Durante el otoño y el invierno de 1965 a 1966, cientos de personas de esa zona comunicaron experiencias parecidas, que fueron documentadas con interés y todos registrados en cinta magnetofónica de todo el mundo. En otros lugares pruebas abrumadoras de la existencia de esos objetos.

Las apariciones que tuvieron lugar en el Estado de Michigan en marzo de 1966, en las que estuvieron complacidos políticos y cientos de testigos veraces, pusieron este problema sobre el tapete de la actualidad más candente. Llegando el senador republicano Gerald Ford a pedir una investigación a fondo del Congreso norteamericano. Las declaraciones del doctor Allen Hynek, presidente del departamento de Astronomía de la Universidad del Noroeste y director del Observatorio de Dearborn, fueron tan versátiles por la Prensa, los periódicos dijeron que el doctor Hynek creía que según sus investigaciones, estas apariciones de objetos volantes podían ser resultado de combustiones espontáneas de gas metano pero lo que él había dicho en realidad era que las apariciones podían ser atribuidas a este fenómeno, pero que esos dos casos concretos no explicaron ni mucho menos los cientos de apariciones notificadas por gente ligada de toda con-

banza, que continuaban produciéndose en el mundo entero. En sus declaraciones el doctor Hynek dijo que en el futuro, cuando a los investigadores se les ocurra que es posible que existan, a lo menos, estos organismos, esto facilitará el estudio de los fenómenos.

Pero cuando Walter Webb, un experto en el trabajo de completar el por pecarías que era para el caso Hall, ninguna de estas pruebas nuevas y sorprendentes había sido lo suficiente para publicar aunque había más de otros casos en los archivos, los tan bien conocidos del mundo en general porque la Prensa se mostraba reacia a publicarlos y porque la reacción contra el secreto de que las Fuerzas Aéreas no tenían cartas que darlos los años era tan fuerte.

Webb comenzó también las investigaciones del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Anómalos, con sede en Tucson, Estado de Arizona, otro grupo no comercial, con tendencia a tomar más en serio la posibilidad de que seres inteligentes tripulasen objetos volantes no identificados que se conforma a poca altura. En el caso utilizaban AFKID como se llama en forma abreviada, esta organización, es dirigida por L. J. Lorenzen, ingeniero del Observatorio Nacional, el Kilt Peak, Tucson. Entre sus asesores están el doctor Frank S. Barry, profesor de Psicología Vegetal de la Universidad Estatal de Colorado, el doctor R. Leo Sprinkle, profesor adjunto de Psicología de la Universidad de Wyoming, H. C. Dudley, presidente y profesor de Física de la Universidad del Mississippi, el doctor James A. Harder, profesor asociado de Colegio de Ingeniería de la Universidad de California en Berkeley, y otros.

El doctor Dudley dijo en varias ocasiones:

—Mi opinión es que debemos sentir una curiosidad científica para ver lo que haya de físico en los fenómenos que tanta gente llama con el nombre de «objetos volantes no identificados». Dena que todos estos fenómenos son aberraciones psicológicas es una estorbulosa. Estamos ante una serie de fenómenos nuevos que necesitan explicación. Por lo tanto, lo mejor es profundizar en el problema con buena fe y de manera científica. Que los datos de que disponemos nos permitan dar una respuesta que buscamos.

El doctor Hynek, de la Universidad de California añadió:

—Creo que las pruebas de los fenómenos sobre la existencia de objetos volantes no identificados son tan buenas que si queremos para disipar cualquier duda razonable y que el fenómeno merece la

atención del mundo científico a pesar de organizaciones de lunáticos que tienden a disacreditarlo.

Entre los organismos con los que están asociados los miembros de la APRO podemos citar los siguientes: la Sociedad Física Norteamericana, la Asociación Psicológica Norteamericana, la Fundación Nacional de Cáncer e Instituto de Salud Pública y la NASA.

Entre los informes de la APRO documentados en el libro de Cora Lorenzen, titulado *The Great Flying Saucer Hoax* (La gran broma de los platillos volantes) editorial William Frederick, 1962), Walter Webb hizo una serie insólita de los hechos investigados por el doctor Ovídio Fontes en Brasil. El doctor Fontes, representante de la APRO en ese país, es doctor en Medicina y primer vicepresidente de la Sociedad Brasileña de Gastroenterología y Nutrición. Webb describió en los informes enviados por el doctor Fontes que en Ponta Porã, Brasil, habían tenido lugar varias apariciones de objetos volantes no identificados durante un período de dos meses y medio, de diciembre de 1957 a marzo de 1958. Estos fenómenos interesaron a Webb en relación con el caso Hill por la semejanza persistente de los objetos volantes mencionados en ellos a seguir la pista a invencibles y vehiculos más o menos como el que había seguido al coche de los Hill en New Hampshire. En su mayoría los objetos vistos en Brasil tenían forma parecida a la del planeta Saturno, cosa que ocurre con frecuencia en casos de apariciones de objetos volantes no identificados, aunque las formas de cigarro puro y platillo sean más frecuentes. Durante estos dos meses y medio, los objetos que aparecieron en Brasil persiguieron con extraños zumbidos a coches y a camiones, casi siempre por carreteras desiertas de los alrededores de Ponta Porã. La forma de comportarse de estos objetos indujo a pensar que lo que querían sus tripulantes era descubrir la reacción de los seres humanos ante su proximidad.

El primer incidente registrado tuvo lugar cerca de Ponta Porã, en la frontera al sudoeste del Brasil, territorio que es una meseta cubierta de bosques y conocida por el nombre de Mato Grosso. Ocurreó, aproximadamente a las seis y treinta minutos de la tarde del 21 de diciembre de 1957; una granjera, su criada y conductora y sus tres hijos pequeños iban en un jeep a la ciudad. Dos objetos relacionados que volaban juntos, se les acercaron y se localizaron a un lado de la carretera, oscilaban de una

manera extraña. Parecían esferas metálicas de unos cinco metros de diámetro rodeadas de un aura plateada. La parte superior de estos objetos era de un rojo bastante rojo, la inferior, de un blanco plateado. Ambos parecían velozmente pero con intensidad variable.

Durante dos horas, ambos objetos siguieron al jeep, adelantándose y retrocediendo, luego, repetidas veces. Las dos veces que el jeep se paró uno de los objetos descendió hasta casi tocar el suelo, mientras que el otro se cerría a cierta altura. Cuando el jeep llegó a la ciudad de Ponta Porã ambos objetos se elevaron a gran altura y desaparecieron.

El 19 de febrero, dos aviones tuvieron lugar cerca de la ciudad, una de ellas a las cuatro de la mañana, y la otra, a las diez y media de la noche. La madrugada tuvo por blanco a la misma camioneta, pero, esta vez, el objeto descendió hasta casi tocar la carretera y se situó delante del jeep mientras su radiante color rojo desaparecía y se volvía de un color plateado. Los que estaban en el jeep se asustaron igual que Barney Hill en el campo cerca de Indian Head, ya que tenían ser capturados de un momento a otro. El jeep dio la vuelta y volvió a toda velocidad a Ponta Porã, donde el objeto ascendió de nuevo a gran altura y se cerró sobre la ciudad durante media hora más. Otros seis testigos se subieron a dos jeeps y fueron al trecho siguiente de la carretera donde el objeto volaba a una gran velocidad por primera vez. El objeto les siguió, pero manteniéndose a distancia, de nuevo a gran altura. A las seis de la madrugada se elevó a extraordinaria velocidad y desapareció en seguida.

Aquella noche, cuatro de los ciudadanos más respetables de la ciudad (un profesor, un estudiante de Derecho, un notario y un funcionario local) fueron al punto de la carretera donde el objeto volante se había venido a tan poca altura. A las diez y treinta minutos, el objeto brillante y rojo ascendió hacia ellos oscilando de un lado al otro. Pero apareció otro objeto semejante, como para unirse a él y entonces el grupo se asustó y volvió rápidamente a la ciudad.

El 3 de marzo ocurrió un incidente parecido: el objeto acabó por cercarse solo a unos metros de altura en la carretera y delante del jeep. Como el conductor trató de acercarse al objeto se elevó a una gran altura y desapareció. Es interesante mencionar que más de una docena de evidencias se presentaron

parecidos a estos fueron observados en Exeter, Estado de New Hampshire, y en muchos otros lugares de los Estados Unidos, entre 1965 y 1966.

Lo que interesaba a Webb era que estas historias, y otras muchas como éstas, sacadas de los archivos del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos y la APRO, guardaban mucha semejanza con el caso Hill, aunque habían ocurrido en diversas partes del mundo y a personas que no se conocían entre sí, ni se habían comunicado sus experiencias.

El 2 de noviembre de 1961, Webb escribió a los H.L.I. agradeciéndoles su cooperación e indicando que había enviado un extenso informe al comité. Ninguno de los tres sospechaba entonces que iba a haber otro informe más extenso aún obra también de Webb y muy superior en interés e importancia.

Aproximadamente un mes antes de que Webb enviara su informe al comité, Robert Hohman, escritor especializado en temas científicos y de ingeniería, empleado en una de las empresas más importantes de la industria electrónica norteamericana, y C. D. Jackson, ingeniero de la misma compañía fueron a Washington con objeto de asistir al duodécimo Congreso Astronáutico Internacional. Ambos trabajaban en asuntos relacionados con el programa de exploración del espacio exterior y prepararon un informe sobre tres investigadores: Nikola Tesla, David Todd y Marconi el padre de la Radio. En su informe, examinaban los datos experimentales en que habían basado sus investigaciones esos hombres de ciencia y respondían a esta pregunta, formulada por el director de Investigación de Defensa e Ingeniería:

—¿Que investigaciones se llevan a cabo para seguir ampliando los adelantos científicos del pasado y para evitar innecesarias repeticiones?

El informe demostraba con pruebas y razonamientos detallados que Tesla, Todd y Marconi habían observado en el laboratorio datos y fenómenos relacionados entre sí que parecían indicar que se habían recogido comunicaciones interplanetarias entre 1892 y 1924. Mostraban también que, durante este mismo periodo, el técnico ruso Konstantin Tsiolkovski descubrió la existencia de un tipo de inteligencia extraterrestre que emana de cuerpos de influencia terrestre. El informe examinaba la posibilidad de sena-

les de radio idénticas en nuestra época, procedentes de Tau Ceti, un cuerpo celeste situado a unos 11,8 años luz de distancia de la Tierra.

Por ser técnicos y por estar ocupados en trabajos científicos muy avanzados tanto Hohman como Jackson sentían gran interés por los casos existentes sobre objetos volantes no identificados actuados en los archivos del comité; por ese motivo cumplieron un día con el comandante Keyhoe durante el Congreso Astronáutico. A Hohman se le ocurrió decir al comandante que, ultimamente no había oído mencionar muchos incidentes relacionados con esos objetos, y preguntó si el fenómeno no estaba perdiendo frecuencia. Entonces el comandante les habló de la carta que el matrimonio Hill había enviado al comité, uno de los casos más interesantes que se habían presentado desde hacía tiempo. Inmediatamente Hohman y Jackson mostraron interés, pero la historia parecía tan increíble que la aceptaron con ciertas reservas. Por otra parte, si en aquella historia había algo de verdad, ellos querían interesarla con absoluta buena fe.

Durante varias semanas, discutieron la idea y, por fin, se pusieron en contacto con Walter Webb que ya había terminado su informe. Les envió una copia, que ellos estudiaron cuidadosamente. Conocedores de la fama de exacto y veraz que tenía Webb, el informe les impresionó profundamente. Su estudio del carácter y de la competencia del matrimonio Hill les indujo a poner en seguida en práctica su idea, el 3 de noviembre de 1961, escribieron la siguiente carta a los H.L.I.

*Sres Hill*

*Muy señores nuestros:*

*Les escribo esta carta para presentar a Mr. C. D. Jackson y para presentarme, también, a mí mismo. El motivo que nos induce a ello es el interés que tenemos en su reciente experiencia del 19 al 21 de setiembre de 1961.*

*El comandante Donald Keyhoe, con quien almorzamos durante el Duodécimo Congreso Internacional Astronáutico, que tuvo lugar en Washington del 4 al 5 de octubre de 1960, nos habló de la participación de ustedes en este suceso. También la conocemos, de manera más específica, por mediación de Mr. Webb, representante del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos, en la zona de Boston.*

Aun me lo que principalmente nos interesa de es a cuestión es tratar de aclarar el origen de esos objetos volantes de acuerdo con la teoría del profesor alemán Herr von Cleve y otras cosas también, como es natural, comprender el significado del fenómeno en general. Su reciente experiencia a tal punto es interesante a este respecto.

Mr. Jackson y yo queríamos visitarles a ustedes donde y cuando les resulte más cómodo. Son de gente nativa, especialistas de una importante empresa eléctrica de la ciudad. Nuestras preguntas se dan objetivas. Por haber sido la única causa de literatura militar no secreta relacionada con este tema desde 1917, ¿qué podremos responder satisfactoriamente a cuantas preguntas deseen hacernos, al mismo tiempo que ellos a cabo nuestras investigaciones sobre el caso.

En principio, podríamos visitarles en Portsmouth, New Hampshire durante la semana que comienza el 17 de noviembre de 1961; a ser posible preferiríamos que fuese el 18 y el 19 de esa semana.

Suyo afectuosamente

ROBERT E. HOHMAN

Hohman y Jackson fueron por fin a los Hill en la casa de éstos, en Portsmouth, una semana después de la fecha sugerida por ellos. Llegaron el 20 de noviembre con objeto de pasar revista a la extraña experiencia nocturna. También estaba allí de visita el comandante James McDonald, oficial de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, que acababa de retirarse de servicio activo y era amigo íntimo de matrimonio. Más adelante en 1962 Barney y Betty Hill asistieron, en calidad de testigos a la boda del comandante con una de las mejores amigas de Betty, que se dedicaba como ella, a obras sociales. Cuando el comandante quiso investigar de nuevo el carácter y la naturaleza de los Hill, el comandante McDonald respondió por ellos sus reservas.

El grupo (Betty y Barney Hill, Robert Hohman, C. D. Jackson, y el comandante McDonald) celebró una larga sesión, que comenzó a mediodía y duró casi hasta medianoche.

Los Hill quedaron impresionados por la actitud eficiente y profesional de Hohman y Jackson, y Barney pensó de nuevo, con sorpresa en la importancia que se daba a un tema sobre el que él

aún tenía sus dudas, a pesar de su propia y traumática experiencia.

Hohman y Jackson les interjugaron sobre muchos detalles de su caso que dejaron perplejo a Barney. Le sorprendió, sobre todo, que le preguntaran si había nitrato o algún compuesto nitrado en el coche.

—Lo único que se me ocurrió que pudiera tener que ver con el nitrato —explicaba Barney más tarde— era pólvora. La el coche tenía a rededor de una docena de balas que me quedaban de un viaje que hice al Sur, donde estuve haciendo ejercicios de tiro al blanco en la finca de mi tío. Pero aparte de esto, no se me ocurrió nada. Me acordé que el motivo de la pregunta obedecía a que varios casos de apariciones próximas de objetos volantes no identificados habían tendido a aparecer en zonas rurales, donde la gente es abas exnista al contacto con nitratos o abonos nitrados; entonces recordamos que Betty había dejado el aborto de huesos molidos en el coche, antes de emprender el viaje y, luego, no se acordó de sacarlo. ¿Quieren saber? ¿Qué tenga importancia quizá no la tenga. Resultó gracioso que fueran ellos quienes lo mencionasen. Lo dicho a nosotros se nos había olvidado por completo. Nos hicieron, también, una serie de preguntas que me dieron que pensar, como por ejemplo si teníamos algo nuevo en el coche, algún objeto nuevo que hubiese desaparecido. Por lo visto, se habían recibido informes de personas que entraron en contacto próximo con objetos volantes y a quienes les habían desaparecido cosas recién compradas, nos preguntaron si a nosotros nos había desaparecido algo, pero nuestra experiencia había ocurrido hace ya dos meses y, aunque fuéramos muchas cosas en el auto, ya no nos acordábamos.

«Otra de las preguntas que nos hicieron fue: ¿Por qué decidieron ir de viaje? Quizás esta pregunta no esté tan falta de base como puede parecer a primera vista. Pensándolo un poco, no es tan absurda. Primero no habíamos hecho preparativos para el viaje aquella noche, yo había ido a Boston había hecho mi trabajo normal, y había vuelto a Portsmouth el mismo día. Mientras estaba tomando la decisión de ir con Betty a ver las cataratas del Niágara y volver, luego por Montreal. Betty no trabajaba aquella semana, así pues no me dio que hacer. Me pedían cosas para vacaciones después del fin de semana. Luego, hicimos las maletas y salimos a la mañana siguiente.

Los comentarios de Betty Hill son parecidos a los de su marido.

—Fue tan espontáneo como les ha explicado a ustedes. No llevamos más dinero que el que teníamos en el bolsillo los sábados, cierran los Bancos de modo que ni siquiera podíamos cobrar un talón. Creo que entre los dos no tendríamos siquiera setenta dólares. Así, pues, las preguntas que nos hacían tenían interés, aunque solo fuera porque a nosotros ni siquiera se nos había ocurrido. Nos dieron mucho que pensar al hablarnos de la remota posibilidad de que exista vida en Alpha Centauri o Tau Ceti, cuerpos celestes de cuya existencia no tenía la menor idea. No creo haber oído mencionar sus nombres siquiera. Sus preguntas parecían tan alejadas del tema que nos ocupaba que yo no veía qué relación podían guardar con nuestra experiencia. Y luego nos hablaron del nitrato. En aquel momento, yo tenía muchas plantas en casa. En el mismo cuarto de estar había un aguacate tan alto que ya tocaba el techo. Examinaron el cuarto, miraron las plantas y me preguntaron qué tipo de abono usaba y cosas por el estilo.

•Y mientras tanto estaban reconstruyendo mentalmente nuestro viaje. Uno de ellos preguntó: "¿Por qué tardar tanto tiempo en regresar?" Dijeron: "Fíjense, recorrimos esta distancia y tardaron tantas horas. ¿Dónde las pasaron?" Bueno, pues cuando nos dijeron esto creí que iba a desmayarme, me asusté y hasta dejé caer la cabeza sobre la mesa. Empecé a recordar el viaje recordando o tratando de recordar aquel vago momento en que pareció que la luna estuviese a flor de tierra. Ellos trataron de reconstruir el horario y dijeron: "No pudieron ver la luna a flor de tierra, porque a esa hora..." Ambos sabían a qué hora se había puesto la luna aquella noche. Se había puesto bastante pronto. Es decir, que no encajaba en nuestro horario. Nos dijeron que comprobásemos en qué sitio se había pueso la luna a esa hora aquella noche, porque, al parecer, lo que vimos o creamos ver no era la luna. Luego, se interesaron por el tiempo que tardaba. La verdad es que me quede muy preocupada por ello.

—De súbito, me sentí como petrificado. Cuando Barney, cuando advertí, por primera vez, que a la velocidad a que sue-  
conducir, habríamos de haber llegado a casa por lo menos dos horas antes. Normalmente, tarda menos de cuatro horas en venir de Colebrook hasta aquí, y sabemos que aquella noche salimos a las diez

y cinco. Eso, aun contando con la parada que hicimos en la carretera y teniendo en cuenta que nunca estuvimos parados más de cinco minutos. Me desconcertó pensar que salimos de Colebrook a las diez y cinco de la noche y llegamos a casa al amanecer o sea, sobre las cinco de la madrugada. Es decir, que tardamos casi siete horas en lugar de menos de cuatro. Aun sabiendo que parásemos más tiempo, siguen sobrando dos horas.

Aquel día tarde, a los ojos del grupo reunido en el cuarto de estar de los Hill, esas dos horas se convirtieron en un misterio importante. Los Hill intentaron resolverlo, pero lo cierto es que les fue imposible explicar qué habían hecho durante ese tiempo tampoco recordaban lo ocurrido durante los cincuenta y seis kilómetros que hay entre Indian Head y Ashland. Ahora, se sientan más perplejos y confusos que nunca. Por primera vez, comprendían claramente que tenían que aceptar la existencia de un período de amnesia simultánea, entre la primera serie de «hip-hips» contra la parte trasera del coche y a segunda serie, que tuvo lugar cerca de Ashland o sea cincuenta y seis kilómetros más al Sur. Lo que preocupaba a todos era que si ya es bastante improbable que una persona sea víctima súbitamente de un ataque de amnesia a lo es mucho más que dos personas inteligentes la experimenten juntos y en tan fantásticas circunstancias.

Como veterano del servicio de contraespionaje de la Aviación el comandante James McDonald se estrujó el cerebro buscando alguna respuesta racional. Los objetos volantes no identificados son tema frecuente de conversación entre aviadores, mucho más frecuente de lo que podrá pensarse al leer las acónicas declaraciones oficiales que emanan del Pentágono. Oficialmente, la Aviación norteamericana exige a sus oficiales que no comuniquen esos incidentes al público, cualquier información relativa a ellos tiene que ser canalizada por el Departamento tecnológico extranjero de la Base Aérea de Wright Patterson, Ohio; cualquier información oficial tiene que emanar sola y exclusivamente del ministro de Aviación, en el Pentágono. Pero a pesar de todo, muchos pilotos militares y técnicos de radar se van de la lengua y los que han estado en contacto directo con objetos volantes hablan de velocidades increíbles vistas en ángulo recto y manobras que ningún avión conocido podría imitar. Se dice, incluso, que se han em-



pleado las armas más modernas para derribar esos objetos volantes, pero sin obtener el menor éxito.

El comandante McDonald no había tenido que ver directamente con la cuestión de los objetos volantes no identificados durante los años en que desempeñó el cargo de oficial de Aviación, pero los tomaba personalmente en serio. Opinaba que había que examinar la cuestión con completa imparcialidad, juzgando cada caso según sus circunstancias y teniendo sólo en cuenta los incidentes relatados por los mismos que participaron en ellos. También opinaba que muchos de los informes sobre objetos volantes no identificados eran sinceros errores del que decía haberlos observado, por ejemplo, confundir el planeta Venus, visto a través del parabrisas, o el fuego de Santo Domingo entre las fugaces con objetos volantes no identificados. Por otra parte, comprendía también que, en muchos casos, los observadores eran técnicos de cuya veracidad no podía dudarse, cuyos encuentros con esos objetos habían sido claramente observados y eran inexplicables según las leyes aerodinámicas. Comprendía la absoluta probabilidad de los fenómenos y que los informes fidedignos no eran ni faltos de realismo ni absurdos como tampoco que la existencia de vida en otros planetas no sólo es posible, sino completamente probable. Los programas de exploración espacial cuentan ya con la posibilidad de enviar proyectiles a Venus y de aterrizar con éxito en la Luna, de modo que no existe motivo para que otros no estén disponiéndose a llegar a la Tierra.

Al comandante le interesó mucho el interrogatorio de Hohman y Jackson y el cuidado que ponían en los detalles y en la manera de formular sus preguntas. Pero lo más crítico de todo era el intervalo de dos horas afectado por la doble amnesia: ¿Qué habría ocurrido? ¿Qué ocurrió?

Cuando la discusión se concentró en ese punto crítico, el problema se redujo a encontrar el modo de descubrir lo que ocurrió durante el tiempo perdido, una manera de penetrar en el tenaz telón que había comenzado a bajar cuando Barney Hill miró con los gemelos, bajando del todo cuando sonó la primera serie de «bip-bip» estando el coche en marcha. No sólo faltaban dos horas, sino también un trecho de cincuenta y seis kilómetros de carretera, durante los cuales tampoco había sucedido nada.

Fue entonces, en aquella reunión cuando el comandante McDonald sugirió la posibilidad de recurrir a la hipnosis.

Durante sus años de aviador, se había familiarizado ligeramente con el arte de hipnotizar y consideraba que era muy útil en manos de un médico competente. Sin embargo, no ignoraba lo peligroso que puede ser en manos de hipnotizadores de teatro o gente poco experimentada. Sabía que la hipnotización y el hipnotismo han sido usados en casos de amnesia, con resultados a veces sorprende temeramente eficaces, curando por completo a soldados que sufrían de amnesia bélica (o tal vez suele recibir también el nombre de «larga de batalla»). En cuarto lugar, arguyó el comandante McDonald, los Hill no sufrían un trauma violento muy semejante al del soldado que no puede hacer frente a la batalla, circunstancia que suele producir amnesia temporal y que, muchas veces, ha sido tratada con exito mediante la hipnosis médica.

Cuando el comandante McDonald aconsejó recurrir a la hipnosis, los demás se interesaron inmediatamente en ello. Hohman y Jackson ya no tenían la menor duda sobre la honorabilidad y veracidad de los Hill, pero comprendían que tan extraño caso requería más documentación. El comandante McDonald, que había hablado del caso frecuentemente con los Hill, estaba seguro de su sinceridad y deseaba ayudarles a vencer las dudas y temores que les atormentaban. En varias ocasiones Barney había dicho a McDonald:

—¿Jim, ¿cómo puedo estar seguro de que todo eso ha ocurrido en realidad? ¿Cómo sé que no he sido una víctima? Estoy en una situación terrible porque sé que todo es cierto y, sin embargo yo mismo no acabo de creerlo. Este asunto me preocupa de tal manera que mis ideas están empeorando ahora que empezaban a curarse.

Todos convinieron en que recurrir a la hipnosis médica era buena idea, pero el problema que se planteaba ahora era dar con un médico adecuado que también considerase que la hipnosis era el tratamiento adecuado.

Era evidente que había que ir al psiquiatra más competente, pero a nadie se le ocurrió ningún nombre. Hohman, Jackson y el comandante McDonald se fueron quebrando una y otra vez, pero los Hill pensaron también que no era una mala idea.

A mí me pareció una gran idea —añadió Barney más adelante—, porque en cuanto empezamos a hablar de hipnosis me acordé de mis sueños y fue ésta la primera vez que se me ocurrió preguntar

me si no serían algo más que meros sueños. La idea de mis sueños me preocupó en aquel momento. Me dije: Bueno, si me someto a la hipnosis, me enteraré de una vez. Santo Dios, pensé, a lo mejor mis sueños son algo que ha ocurrido de verdad! Y también pensé en la extraña sensación que me había invadido yendo con Barney en el coche cuando él disminuyó la velocidad porque había otro coche en mitad de la carretera. El pánico se apoderó de mí en aquel instante. Y cuando hablé de la hipnosis, también me acordé de aquel incidente. Y pensé para mis adentros: ¿Por qué habré reaccionado de esta manera tan rara? Jamás me había ocurrido nada semejante.

—Mi reacción —añadió Barney— fue, primero preguntarme cuáles son los efectos de la hipnosis, la experiencia en sí ¿En qué consistirá sumirse en estado hipnótico? Aunque no lo dije en voz alta, no me entusiasmó mucho la idea de someterme a ese tratamiento a menos que fuera a manos de alguien que mereciera toda mi confianza. Pero lo que puso fin a mi aprensión fue que esto podría acabar de una vez con la preocupación absurda que Betty experimentaba por sus sueños. También me dije que, a lo mejor, la hipnosis conseguía penetrar en la amnesia que me invadió en Indian Head y en todo el trecho de viaje que salaba en mi memoria, los cincuenta y seis kilómetros que hay entre Indian Head y Ashland. Así pues, me dije que quizá de este modo podría enterarme de lo que había olvidado y de paso acabar la preocupación que Betty experimentaba por sus sueños. Poder decir: Ya ves, Betty, no son más que sueños. No tienen nada que ver con la aparición de aquel objeto volante.

—Betty seguía preguntandome que habría pasado entre las dos seres de "hyp!" Yo creía que lo más probable era que no hubiera pasado nada. Lo único que yo quería era ir más allá del momento en que me quedé en pie en la carretera mirando a aquellos seres que había dentro del objeto al que me miraba fijamente con aquellos ojos. Me dio la impresión —una impresión ahora muy vaga en mi memoria, pero que a pesar de ser vaga persiste— Me dio la impresión de que el que me miraba tenía que ser una persona muy eficaz y que no se andaba con pamplinas. Estos eran los pensamientos que bullían en mi mente. Y quería descubrir el efecto que pudiera tener aquella persona en mí, y ésta era también la razón que me hizo aceptar el consejo de John McDonald.

Aun transcurriría algún tiempo antes de que los H I pudieran poner el consejo en práctica. Entretanto, experimentaron una mayor necesidad de volver al lugar del incidente como los había aconsejado Walter Webb que hicieran para revivir la experiencia nocturna y tratar de captar los fugaces retazos de sus recuerdos.

## CAPITULO IV

Hasta después de las vacaciones, los Hill no pudieron pensar siquiera en volver al lugar del incidente. El inevitable cars naïf deño les ayudó a dejar a un lado sus persistentes dudas e incertidumbres, aunque solo fuese por el momento.

Por fin, en febrero de 1962 comenzaron una serie de peregrinaciones que durarían muchos meses y en todas las estaciones del año. Al principio, iban dos o tres veces al mes, luego dejaron pasar varias semanas sin ir. Pero siempre que volvían se formulaba la misma pregunta, para la que aún no encontraban respuesta: ¿Qué ocurrió durante el inexplicable ataque de amnesia? ¿Dónde apartó Barney el coche? Y, ¿qué ocurrió cuando quedó aparcado?

La idea de la hipnosis fue desechada por el momento. Ni Huhman ni Jackson ni el comandante McDonald habían conseguido encontrar un psiquiatra, y Betty sobre todo tenía la esperanza de que sus viajes al lugar del incidente condujesen a una concatenación de recuerdos que les diera la clave del enigma.

Barney volvía a mostrarse contradictorio acerca de los viajes. Betty conseguía vencer su resistencia sugiriendo que cada vez iban a comer a un restaurante distinto: sabía que aquella era una de sus debilidades. Otras veces, llevaban la comida en el coche para economizar y poder permitirse el lujo de una gran comida en el próximo viaje.

A veces salían de Portsmouth a las tres de la tarde en sábado y iban por la carretera nº 4 hacia Concord y, luego, torcían hacia el Norte, por un atajo, para llegar de antemano a la carre-









nes. Mi padre dijo que no éreta que Papá Noel pudiera visitar-nos aquel año, porque, según los periódicos, el viento le había estropeado el trineo en el Polo Norte. Mis amigos y yo escuchamos estas palabras con tristeza y yo fui a llorar a mi madre. Me desperté sobre las cinco de la madrugada y vi que la puerta de mi alcoba, que daba al recibimiento, estaba cerrada con una cuerda. Fuí al cuarto contigo donde dormían mis hermanas y vi que también allí la puerta estaba atada. Conseguí introducirme por la chimenea y desatar la cuerda y los cuatro fuimos corriendo las escaleras. En el cuarto de estar vimos todos los juguetes que habíamos pedido, en torno a un precioso árbol de Navidad. Mis padres bajaron también, y fingieron gran sorpresa: «¿Qué extraño, ¿compartió mi padre—. A pesar de todo vino Papá Noel. Tiene que haber sido él quien hizo tanto ruido por el tejado.» A nuestros padres les encantaba darnos estas sorpresas.

Aunque los padres de Barney crearon en su hogar un ambiente de amor y armonía familiar, Barney conocía los inevitables conflictos y presiones a que está sometido necesariamente el negro.

—En tu oportunidad en el colegio —recuerda Barney—, cuando llegó el momento de elegir el curso que queríamos seguir cada uno de nosotros, yo dije a mi padre que yo quería ser ingeniero, pero él me advirtió que me debería escoger otra carrera, porque en aquella los negros tenían muy poco pertenencia. Esto me desanimó y comencé a tener dudas. Pense que quizás encontrase mejor porvenir en el Ejército. Así, pues, cuando Norteamérica comenzó a reorganizar las fuerzas armadas en tiempo de paz, también se abrió plaza. Siempre pensé que es perfectamente legítimo defenderse contra un agresor cuando haga falta: es una idea que me metió en la cabeza.

Esta actitud me resultó muy útil en las tres últimas calles de Heidelberg. En cierta ocasión, Barney oyó decir a un amigo que unos muchachos de color amenazaban con pelear con él en cuanto le vieran en su casa. En momentos de angustia, se le fue en la cabeza a la casa de los Lechman, los Lechman, los Lechman, que son los Lechman, los Lechman, los Lechman.

—Tengo entendido, muchachos, que me los vais buscando.

Uno de ellos se adelantó y respondió:

Sí, es verdad.

Se pelearon y Barney salió victorioso. Su hermana pequeña. Cuando terminó, se volvió a los demás y les dijo:

—Estoy dispuesto a pelearme con todos vosotros juntos o uno a uno, porque quiero que sepáis que pienso salir de aquí cada todas las veces que me dé la gana.

Y, a partir de entonces, no hubo más incidentes en el barrio.

Barney estuvo tres años en el Ejército. Fue un soldado para-rido con un mal ojo y con los dedos acortados a un solo dedo que pesaba treinta libras más que él en un combate de boxeo. Barney, su hijo de un matrimonio anterior, nació mientras él estaba en el frente, durante la Segunda Guerra Mundial: el segundo, Darrel, después de sus dos hermanos.

Tanto durante el tratamiento médico como después de él, Barney fue escuchando éstas y otras escenas de su vida pasada con curiosidad cada vez mayor. A medida que iba haciendo o sentía más deseos de averiguar por qué había reaccionado con tanta violencia ante el objeto volante que se cernía sobre él en Indian Head. Lo que intrigaba más a Barney de aquel incidente era que él no sólo asustarse con facilidad y nunca temía enfrentarse con una crisis. Esta actitud se reflejó por ejemplo en la serenidad con que cruzó la carretera y se adentró por el campo, con sus gemelos, acercándose al enorme objeto volante en la noche del 9 de septiembre de 1961. Sólo cuando se llevó los gemelos a los ojos y los enclavó sobre el extraño vehículo se sintió poder del terror y se volvió a correr de nuevo hacia el coche. Este punto irracional que era como el sol en la perfección, a no por completo a su carácter, se tenía perfectamente aumentado la angustia que se produce a aquel terrible momento que descendía sobre su memoria a partir de aquel momento y durante las dos horas siguientes.

En el transcurso de un año desde el verano de 1962 hasta el verano de 1963 Barney continuó tratando de resolver su problema con ayuda del doctor Saphira, pero sin conseguir la liberación al incidente del objeto volante y solo pensando en él muy de cuando en cuando. Barney, al principio creía, y en esto el doctor se mostraba de acuerdo con él, que aquel incidente no guardaba relación con su caso y era, como máximo, secundario o un síntoma relacionado en un período reciente de su vida y no una causa profunda y persistente de sus síntomas. Aunque Betty veía que sentía tan angustiada como antes cuando a él le sucedía lo que recordaba sus ataques seguía excitando su curiosidad. Siguió con el caso de su doctor Quinn, amigo del doctor, para buscar una











Conocedor de la historia de los Hill y del informe de seis páginas de Walter Webb, el interés del doctor Simon se despertó ante lo insólito del caso y los extraños datos de que iba acompañado. La historia a primera vista, parecía tibia y válida. Se dijo que la opinión de Webb, expresada con tanto detalle, se basaba en una entrevista que tuvo con los Hill poco después del incidente, y llegó a la conclusión de que aunque su verdadero objetivo era llegar al fondo de los síntomas de angustia de los Hill la presencia del objeto volante no identificaba añada una faceta que quizá confluyese como simonios insospechadas al caso. En cuanto a la existencia real del fenómeno no propiamente dicho el doctor Simon decidió mantenerse neutral.

Como la hipnosis es el método más apropiado para abrir brecha rápidamente en la amnesia y quizá también, como el mismo doctor Simon dijo, sea la mejor llave para abrir la puerta del cuarto cerrado, decidió utilizarla como parte de su tratamiento. La aparición del objeto no identificado había legado a adquirir extraordinaria importancia para los Hill, y el estado de

<sup>1</sup> Durante la Segunda Guerra Mundial, la hipnosis y la narcosis (anestesia) fueron empleados con bastante frecuencia y a menudo con éxito en la guerra para tratar desórdenes psicológicos agudos. La hipnosis fue utilizada al final de la guerra en que existía un «punto negro» como en el caso de la hipnosis. Los sujetos se curaron con mucha frecuencia, pero a veces angustias, especialmente en los casos de los sujetos que no se curaron. La hipnosis es una técnica que se ha desarrollado lentamente una droga que se ha desarrollado en los últimos años. Fue utilizada en los años de la guerra. No eran sujetos que se curaron con la hipnosis, lo que habían como a hipnosis era suñar a la vez a la desearse como los efectos de los reprimidos o suprimidos — *Nota del autor.*

atención concentrada y alerta que produce la hipnosis quizás arranca nueva luz sobre su mecanismo.

A las ocho de la mañana del sábado 4 de octubre de 1964 los Hill llegaron a la consulta del doctor Simon en Jay State Road, donde iba a tener lugar su primera sesión después de la consulta preliminar. Sería la primera de tres sesiones en las que el doctor induciría experimentalmente la hipnosis con objeto de acostumbrarles al tratamiento.

Durante esas sesiones los Hill respondieron bien y el doctor quedó convencido de que serían buenos pacientes capaces de llegar al estado hipnótico de la profundidad requerida. La repetición del proceso hipnótico de la profundidad de tres sesiones serviría para reforzar la inducción y establecer una clave de palabras específicas posthipnóticas que, a su vez, posibilitaría la inducción hipnótica propiamente dicha. De esta manera, las inducciones subsiguientes serían rápidas y seguras. Explorando la amnesia, tanto el doctor como los pacientes irían como por sí solos a su salida, y refiriendo el estado hipnótico sería posible controlar directamente al paciente en caso de desórdenes emocionales, siempre posibles en el transcurso de este tipo de exploración.

El nerviosismo de Barney aumentó algo al prepararse para someterse a la hipnosis por primera vez. El doctor Simon se situó a su lado, junto a la gran mesa de trabajo de su despacho y le puso las manos en el costado, muy cerca de él, delante de la mesa de trabajo y de un sitio cómodo.

El doctor Simon empezó a hablarle —dijo, luego Barney, explicándole el proceso hipnótico— a decirme que estaba descansando, y me tenía bien cogido por los brazos, juntándome las diestras y me las apretaba mucho más, tanto que no podía separarlas por mucho que lo intentara. Yo estaba junto a él y me sentía muy cómodo porque me decía que si la hipnosis consistía en eso había que con estar en que era una sencilla tontería, pero no lo dije en voz alta por no mortificarle. Creo que entonces él dejó de hablar y me puso las manos en los ojos, para cerrarlos. Me dije que no estaba realmente hipnotizado, y cuando le oí decirme que no podría separar las manos, yo sabía que me bastaría con abrir los dedos en abanico para demostrarle que se equivocaba. Pero lo que pasaba era que no tenía ganas de abrir los dedos. Ni siquiera me sentía acostado.

pero advertí que estaba desportándome y preguntándome cómo me encontraba. La verdad es que me encontraba muy bien, muy tranquilo y a gusto. Y ya no temía ser hipnotizado.

Como ocurre con frecuencia, el paciente tiene la impresión de que es él quien está llevando la corriente al hipnotizador, fingiendo hacer lo que le ordena pero al mismo tiempo y sin advertirlo, se va sumiendo en un profundo estado hipnótico y no tiene ni conocimiento ni recuerdo alguno de lo ocurrido, a menos que el hipnotizador le indique que lo recuerde.

Las dos sencillas palabras de la clave establecida por el hipnotizador producen una rápida inducción y son repetidas varias veces durante las primeras sesiones, junto con medidas de precaución destinadas a comprobar la validez y profundidad del estado hipnótico. Estas medidas son siempre las mismas: ordenar al brazo del paciente que se vuelva rígido como una barra de acero (y se vuelve), comprobar la insensibilidad al dolor a que se ha llegado en cada caso (cuando recibe órdenes en este sentido, el paciente no reacciona al estímulo de que es victima); ordenar al paciente que el dedo del hipnotizador le quemará como un hierro caliente en cuanto se toque (el paciente entonces, apartará las manos, doliendo aunque el dolor no exista y se deba tan sólo a la orden recibida); y otras.

Desde Mesmer el empleo de la hipnosis en Medicina ha pasado por muchos ciclos de normalidad; Breuer descubrió que sus pacientes eran capaces de recordar sucesos traumáticos específicos con ayuda de la hipnosis. En parte porque comprobó que no todo el mundo podía ser hipnotizado Freud derivó hacia el método psicoanalítico. La actitud actual de los médicos la refleja bien Lewis R. Wolberg, doctor en Medicina, director médico del Centro Postuniversitario de Psicoterapia de la ciudad de Nueva York y profesor clínico de psiquiatría del Colegio Médico de Nueva York. Wolberg ha definido la hipnosis como un estado de suspensión semejante al del que está en una hamaca entre la consciencia y el sueño. Ha de ser empleado según un plan preparado de antemano, sobre todo, cuando el paciente es incapaz de expresarse con absoluta libertad o cuando descargas emocionales intensas están comprimidas en su interior. Cuando el paciente tiene recuerdos traumáticos reprimidos —dijo Wolberg en una conferencia médica— puede ocurrir que esos recuerdos estén tan herméticamente aislados que sea imposible llegar a ellos.



con ayuda de las técnicas tradicionales. A veces, con ayuda de la hipnosis, es posible penetrar en esas impresiones no basadas profundamente para llegar a los recuerdos traumáticos.»

En el caso de Barney y Betty Hill, este aspecto del proceso hipnótico iba a tener un efecto. Penetrar en la amnesia requiere la posibilidad de retroceder en el tiempo, de forma que la memoria del paciente se vuelva viva y exacta, y que detalles olvidados desde hace tiempo en la mente consciente vuelvan a emerger de manera clara. No es raro que una persona en estado hipnótico recuerde el nombre y el color de los ojos de todos los que asistieron a su quinto cumpleaños si el hipnotizador se lo ordena, aunque entre aquel momento y el actual medien algunas décadas. Existe también la tendencia a volver a vivir, recrear y reproducir el fragmento de tiempo recordado de modo que el paciente vuelve a sentir las mismas emociones de la experiencia original; este proceso recibe el nombre de aereación. El doctor tiene que saber en todo momento que al sacar de nuevo a la superficie recuerdos inconscientes y sensoriales puede ocurrir que el paciente le resulten intolerables y den lugar a reacciones peligrosas. A veces el paciente puede salir del estado hipnótico si se siente amenazado de verdad, puede renegar o finalizar en el o, como en el caso de Barney Hill, puede incluso rogar que se le saque de él. Con frecuencia, cuando llega la hora de la aereación o aereación, el paciente experimenta un alivio inmenso. Es esencial que el doctor controle por completo al paciente durante la hipnosis; esto quedará bien demostrado más tarde, en el transcurso de las sesiones.

A pesar de sus recuerdos, Barney Hill se sintió intrigado por el proceso hipnótico.

Después del primer ensayo de hipnosis —recuerda Barney Hill— ocurrió una cosa muy curiosa. Estaba preparándome para la inducción hipnótica, cuando se me ocurrió mirar el reloj de pulsera: serían a las ocho y cinco. El doctor me dijo la palabra convenida y quedé hipnotizado. Por lo que se refiere al tiempo, sin embargo, tuve la impresión de que me había despertado inmediatamente después, pero miré el reloj y vi que eran más de las nueve. O sea, que tuve que haber permanecido inconsciente durante una hora. Aunque me pareció que el tiempo no había transcurrido. Recorde también, precisamente al comienzo de lo que tiene que haber sido mi estado hipnótico que me

había tocado la mano algo que parecía un broche. Pregunté al doctor si podía tocarla otra vez de modo que yo lo viese entonces, él volvió a inducirme a la hipnosis y me mandó abrir los ojos en pleno estado hipnótico y recordar después lo que iba a ver. Cogió un instrumento que parecía una aguja y me tocó la mano con él, no sentí dolor sólo la sensación de que me rozaban la piel con una brocha. El doctor apretó y apretó, pero yo seguía sin sentir dolor. Esto me asombró, porque, mirándome la mano y, luego, la aguja que me había perforado la piel, no vi sangre. Así es como empecé a comprender que en aquel caso podían ocurrir cosas, la primera, que se podía ser hipnotizado y recibir orden de olvidarlo, de manera que al despertar, no creía haberlo sido, a segunda, que se podía ser hipnotizado y recibir orden de recordar en cuyo caso se conserva el recuerdo de cuanto ha tenido lugar durante el periodo hipnótico.

A pesar de la excelente reacción de Barney a la inducción preliminar, el doctor Simon persistió en su plan de celebrar otras dos sesiones preliminares o de ensayo durante las cuales Barney y Betty se afirmarían más aún en el proceso, de modo que fuera posible luego llegar rápidamente a un estado hipnótico profundo de esa forma, la hipnosis podría continuar sin interrupción.

Como Barney, Betty Hill resultó ser una excelente paciente. El doctor Simon comprobó que se sumía fácilmente en profundo estado hipnótico y que respondía a pedir de boca tanto a la hipnosis como a las órdenes posthipnóticas, sin la menor vacilación.

En vista de que ambos pacientes respondían perfectamente a la inducción, el doctor Simon comprendió que en sesiones futuras podría limitarse a pronunciar las palabras convenidas que provocaban el estado hipnótico; sin embargo, decidió asegurarse bien de autemano con algunas inducciones hipnóticas profundas.

En dicho paso también a prueba a los Hill durante las tres sesiones preliminares con varias sugerencias posthipnóticas, tales como que tres minutos después de salir del estado hipnótico fumaría un cigarrillo cuyo sabor sería tan malo que no tendría más remedio que escupirlo y que luego, fumaría otro que sabía bien. Enos mencionaban en cada caso de acordar con sus órdenes. Les mandó (por separado, porque era así como pensaba hacerlo en las sesiones posteriores) que no recordasen nada de lo que habían vivido en estado hipnótico, a menos que él se

lo permitiese. Hasta que tuviese en su poder toda la historia y pudiese aquilatar sus posibles efectos emocionales decidió imponer de nuevo la amnesia a los Hill al final de cada sesión. Esto tenía también por objeto impedir que los Hill hablasen entre sí de ello después de las sesiones, evitando conversaciones que pudieran surgir de discusiones sobre el material revelado en estado hipnótico. Más tarde, el recuerdo de lo que habían dicho estando hipnotizados podría serles comunicado a los dos escuchando de nuevo las cintas magnetofónicas o dándoles orden de que lo recordaran cuando fuera terapéuticamente aconsejable.

El doctor decidió empezar con Barney retrotraerle a la noche del 19 de setiembre de 1961 y forzarle a revelar todos los detalles del viaje que hizo con su mujer desde Canacá a Portsmouth. Como que en el trance Barney daba, sin duda, detalles de notable claridad, existía una razonable probabilidad de que salvara el vacío amnésico en estado hipnótico y, entonces, el apagón posthipnótico de su memoria permitiría a Betty revelar su propia versión del incidente en sesiones sucesivas, sin dejarse influir por Barney.

Con frecuencia cuando el paciente se halla sumido en un profundo trance, no puede recordar lo que le ha ocurrido durante la sesión al volver de nuevo a la realidad por orden del hipnotizador. Lo recuerda, sin embargo, si el hipnotizador se lo ordena.

Los ensayos y el período inductivo terminaron con la tercera sesión; entonces, los Hill comenzaron a esperar con impaciencia el comienzo de las sesiones propiamente dichas, pensando que, ahora, se aclararía para siempre el misterio de Incan Hoac. Ambos se sentían bien y tranquilos después de la hipnosis, casi se diría que estaban gozando de sus efectos.

—Lo recuerdo —dice Barney— como si saliera de un baño caliente, lleno de agua, con todo mi sistema nervioso a gusto y cosquilleándose agradablemente. Una grata sensación de cosquilleo, como después de un masaje.

Pero ambos sabían que lo serio estaba a punto de empezar, que les esperaba una larga lucha por poner fin a las inquietudes que amargaban sus vidas desde hacía muchos meses. Los Hill, pues, llegaron al despacho del doctor Simon el 22 de febrero de 1962, por la mañana. Betty sabía que ella sólo iba a reforzar su inducción, mientras que Barney comenzaba su excursión hacia lo desconocido.

El sistema del doctor estuvo bien claro durante aquella sesión. Lo que él quería, después de reforzar la inducción de Betty (por el sencillo procedimiento de volverla a hipnotizar, de modo que conservara su facilidad de sumirse en un trance profundo para cuando le llegara el turno de someterse al tratamiento) era que Barney volviese mentalmente a la noche del viaje y la reconstruyese con detalle. Una amnesia psicológicamente inducta suele acarrear la pérdida de la memoria en cuanto se refiere a ideas o experiencias desagradables apartándolas de la conciencia. Concentrando la atención por medio de la hipnosis, se llega a lo contrario de la amnesia: a la hipermnesia o memoria superlativa. En esta sesión el doctor esperaba que no sólo volviera a la memoria de Barney el material olvidado, sino que además, volviese a experimentar las emociones de aquel momento. Recuperar los recuerdos sin sus emociones correspondientes resultaría insuficiente desde el punto de vista terapéutico.

Para grabar la sesión en cinta magnetofónica, el doctor Simon se sirvió de un magnetofono tipo «Revere» M2, automático, a 1 7/8 revoluciones por segundo. Las cintas eran de larga duración y se podían cargar de antemano en el aparato, a fin de reducir al mínimo posibles las interrupciones durante la sesión. Siempre que una interrupción era inevitable el doctor Simon se limitaba a dar un golpecito en la cabeza a Barney, ordenándole que parara y no durante el intervalo, luego, volver a darle un golpecito para que siguiera la sesión interrumpida. El paciente hipnotizado tiene tal exactitud de retentiva y memoria que, cuando se lo mandan, continúa hablando en el mismo punto en que dejó interrumpida la frase. Su capacidad de recuerdo y reconstrucción de cosas pasadas es casi tan exacta como la del magnetofono pero tiene la ventaja de que puede ser interrumpida y recomenzada con sólo una orden del hipnotizador.

Mas aún: el paciente acepta las órdenes y las preguntas del hipnotizador de manera literal. Si se le pregunta:

—¿Habló a este hombre?

El paciente responderá:

—No, no le hablé, le murmuré.

La precisión de la respuesta es de este calibre.

Barney se sentó ante la mesa de trabajo del doctor. Se dispuso a coger un cigarrillo, pero el doctor Simon pronunció la palabra convida y él bajó la cabeza. Cruzó las manos sobre el regazo, con el aire de quien se ha quedado adormilado mientras está leyendo el periódico reclinado en su salón favorito. Una vez inducido el trance pronomo, el doctor comenzó la sesión.

DOCTOR.

*(Está ultimando el trance, reforzándolo.)*

Está usted cada vez más profundamente dormido. Ahora lo recordará usted todo y me lo contará.

BARNEY.

Si.

DOCTOR.

Y quiero que me cuente todas sus experiencias detalladamente. Todos sus pensamientos y todas sus sensaciones comenzando por el momento en que salieron del hotel. ¿Estaban ustedes en Montreal?

BARNEY.

*(Su voz es la cinta magnetofónica, si es a ahora sorprendentemente monótona y como recién en, a diferencia de sus inflexiones llenas de animación cuando conversa normalmente. Responde a las preguntas del doctor de manera brusca sin inflexiones apenas con una curiosa monotonía y con precision matemática.)*

No estábamos en Montreal, estábamos en un motel.

DOCTOR.

Estaban en un motel. ¿Como se llamaba?

BARNEY.

En otra ciudad.

DOCTOR.

Si, pero ¿dónde?

BARNEY.

No consigo recordarlo.

DOCTOR.

¿Estaba cerca de Montreal?

BARNEY.

Estaba a ciento ochenta kilómetros de Montreal, aproximadamente.

*Es interesante comprobar cómo se fija en los detalles. añadiendo a la palabra aproximadamente a un millar, tan exacto de kilómetros.*

DOCTOR.

Por qué no consigue recordarlo?

*(Tiene que haber algún motivo. En un trance tan profundo, el paciente suele recordar muchos detalles.)*

BARNEY.

Llegamos al motel de noche, y no vi ningún nombre en la entrada.

*(Como era de esperar, Barney no recuerda el nombre.)*

DOCTOR.

Ya ¿Sabe usted qué ciudad era?

BARNEY.

No era una ciudad. Era en el campo. Hemos ido en coche desde las cascadas del Niágara, por Canadá.

DOCTOR.

Continúe. Cuénteme su llegada allí.

BARNEY.

Llegamos a ese sitio, pero no vimos ningún indicio de ciudad cercana y el coche hacía mucho ruido. Ibamos en el coche de Betty. Conducía yo.

*(La precisión casi torpe de la trase es normal en el paciente situado en un profundo trance.)*

Y yo paré junto a un garaje de la carretera y me dijeron que el coche necesitaba ser revisado. Así, pues, lo engrasaron y eliminaron el ruido que hacía el coche. Entonces, decidimos que lo mejor era no seguir hasta Montreal y buscar algún sitio donde pasar la noche. Y fue entonces cuando vimos ese motel, pero no nos fijamos en el nombre.

*(Aquí vuelve a explicar el motivo de que no recuerde el nombre. También ha recibido orden de revelar todos sus pensamientos, además de sus acciones.)*

Lo que yo pensaba en aquel momento era ¿me permitirán pasar la noche allí? Porque a la hora nos decían que el motel estaba lleno y yo me preguntaba si sería por mis prejuicios.

DOCTOR.

¿Por los prejuicios de usted?

BARNEY.

Por los prejuicios de ellos.

DOCTOR:

¿Porque es usted negro?

BARNEY:

Porque soy negro.

DOCTOR:

Ya le han ocurrido incidentes por el estilo otras veces, ¿no?

BARNEY:

Nunca me han negado la entrada en un sitio público.

DOCTOR:

¿Quiere decir que, a pesar de todo, le preocupa esa posibilidad?

BARNEY:

Sé que esas cosas ocurren y me preocupaba porque estaba cansado. Y cuando fui a ese motel, me dejaron entrar sin dificultades. Nos cobraron doce dólares por los dos y pasamos la noche allí.

DOCTOR:

¿Habló usted a su mujer de lo que le preocupaba? ¿Comparte ella esa preocupación con usted?

BARNEY:

Ella no comparte mi preocupación sobre esa cuestión.

DOCTOR:

¿Habló usted con ella de esto o se lo calló?

BARNEY:

Suele hablar de esto con ella.

DOCTOR:

¿Y habló en aquella ocasión?

BARNEY:

No. Nunca le digo esas cosas cuando estamos buscando un sitio donde dormir.

DOCTOR:

May bien. Bueno, siga contando.

BARNEY:

Llevábamos con nosotros una perra y nos dijeron que era muy bonita, como un perrito pachón, y que no importaba que la lleváramos a la alcoba.

*(Se refiere, naturalmente, a Delsey, y la describe literalmente, tal como es.)*

La mañana siguiente nos levantamos temprano. Nos sentíamos muy bien y fuimos a un restaurante que había al otro lado

de la calle. Y decidimos desayunar allí. Yo comí toronja, como de costumbre, jamón, huevos, café. Luego nos pusimos en marcha por la amplia autopista, una carretera estapenca, capaz para cuatro coches a mismo tiempo en algunas partes.

*(De nuevo, se advierte su deseo de dar todos los detalles que recuerda, tengan o no importancia.)*

Estamos llegando a Montreal, y he de reconocer que la idea de pasar allí, me hace muy poca gracia.

DOCTOR:

¿Por qué?

BARNEY:

Es una gran ciudad, hay demasiado tráfico y confusión, y las calles están llenas de camiones. Muchísimo tráfico. El tráfico cada vez es más denso y no quiero quedarme en Montreal con tanto tráfico. Ya me resulta bastante difícil ir por la ruta que deseo. Tráfico por todas partes. Y decido que lo mejor es encontrar un motel, si queremos pasar la noche. Me entero con disgusto de que todos los moteles están a bastante distancia o, por lo menos, a mí me parece que están lejos de la ciudad. Y aquí me tienen dando vueltas y más vueltas y veo a bastantes negros, lo que me sorprende. No había pensado que hubiera negros en Montreal. Y estoy a bastante distancia de la parte inferior de la ciudad y todos los edificios tienen hueco como las escaleras en el exterior. Y me detengo junto a un garaje y pregunto por donde se va a donde quiero ir y no me entienden y, entonces, advierto que no hablan inglés.

*(Barney habla en el presente de indicativo, lo cual indica que está reviviendo todos los acontecimientos de la manera más completa, que no se limita a contar lo que le ocurrió.)*

Le digo, pues, que me ponga dos dólares de gasolina y me voy. Voy con un policía que está dirigiendo el tráfico.

DOCTOR:

¿Por qué sólo pidió dos dólares de gasolina, en vez de mandar llenar el depósito?

BARNEY:

Paré para preguntar la dirección no para cargar gasolina.

DOCTOR:

Es decir, que quiso recompensarlos de alguna manera, ¿no es así?

BARNEY:

Pensé que tenía que corresponder. Y me paro junto al portero y le pregunté: «¿Por donde se va a la carretera 3?» Y el ponceño habla inglés, aunque bastante mal, con mucho acento, pero me da la dirección que se pide. Paso junto a una escuela preciosa, una escuela católica. Veo al sacerdote, a la puerta. Grande y bella plaza, está en una cuesta. Preciosa escuela, en Moravia. Y vuelvo a equivocarme de dirección.

(Barne) continúa describiendo con todo detalle el viaje que hizo por Canadá y la parte superior de Vermont,

¡La una y cuatro! Osmorece la carretera no es buena, pero la distancia hasta New Hampshire es corta y veo el aviso de Concord. Ya era hora me siento muy bien. Tengo la impresión de que termino el viaje y de que ya estamos en la carretera n.º 3, veo la carretera n.º 3, a la izquierda y a la derecha, justo enfrente de mí, y me siento algo confuso, pues me doy cuenta de que lo que yo quiero es ir derecho y no a la izquierda. Decido parar y consultar el mapa y dar la vuelta y vuelvo a un restaurante, el mismo junto al que acabamos de pasar, aparco el coche y entramos. Allí, veo a una mujer de tez oscura. Pienso que es demasiado atezada para ser caucasica y me pregunto: ¿Será negra desafiada? ¿O india? ¿O blanca? La mujer empieza a servirnos y advierto que no es muy amable. Y otros que están en el restaurante se ponen a mirarnos a Betty y a mí y parecen vernos con buenos ojos o alegrarse de que estemos allí, pero a la mujer de tez oscura parece ocurrirle lo contrario y yo me pregunto si si ella piensa que me he dado cuenta de que es negra y que se hace pasar por blanca. Como una hamburguesa y me siento impaciente con Betty porque porque no termina de tomar el café para que podamos seguir nuestro camino de una vez y mi reloj de pulsera marca las diez y cinco y me digo que no deberíamos llegar a Portsmouth más tarde de las cosas de la madrugada.

DOCTOR.

¿No dijo hace un momento que ya era la una y diez o la una y quince?

## BRIEF:

Direcção da Carretera nº 114

DUCTOR\*

Всего muy bien, coninde,

BARKNEY:

Lo veo todo oscuro muy oscuro No hay tiñico, y Be ty me dice que para el Lohe para que salga Dasey. Es la pe la.

DOC TOLU

¿Por qué se llama Delaney?

HARNEY

Cree que porque sus amigos antes creían la *Hama van Dulce* (pronuncia esta palabra mal, dice: *ot... dulce y dulce*), dolene *Dulce*. Y de ahí comenzó a llamarla *Dulce*. Así es como empezó a llamarse *Delsey*.

**Doctrines:**

Breno siga, dice que paró para que *Dele*, saliera del coche.

BURNETT

No lo puedo remediar, sigo pensando en Canada. Pero en Cuatrecocos Canada.

DOCTOR:

Si

BARNES:

No puedo parar justo al estacionamiento. Así pues, paro en plena calle y tenemos que ir a la pista del restaurante. Y todos los que pasan por la calle nos miran. Y entramos en el restaurante y todos se ponen a mirarnos. Y veo a un hombre que a mí me parece el prototipo del escritor profesional. Como digo largo. Inmediatamente, me pongo en guardia, por si trata de decir algo. Y nadie me dice nada. Y los señores

Doc type

¿Estaba en Canadá el otro accidente ante el que también pararon?

BARNEY

Ese estaba en Colebrook, New Hampshire.

DnCl<sub>2</sub>O<sub>12</sub><sup>+</sup>

¿Y por qué sus pensamientos vuelven siempre a Canadá? ¿Está recordando algo?

BARNES.

Nata es que volvi allí. Volvi porque cuando Betty estaba diciéndome que parase en coche, al salir de Cambridge, New Hampshire yo estaba pensando que más que de mirarme y no pensar que todos me miraban con malos ojos, quería, ceca, no sospechar que todo el mundo me era hostia. Allí no había hostias, ninguna. Era un restaurante muy agradable. La gente era amable. Yo estaba preguntándome por qué me preocupaba tanto.

esto a mí, y por qué estaría siempre a la defensiva, y todo, porque es que uno de los chicos llevaba el pelo largo.

DOCTOR.

Y así fue cómo volvió usted mentalmente a Canadá ¿no?

BARNET.

Sí. Estaba pensando en esto cuando llegamos a New Hampshire, y Betty me dijo que parase para que la perra saliera a dar un paseo. Fue entonces cuando volvíeron mis pensamientos.

*(Aquí, poco antes de la aparición del objeto volante, Barney vuelve a revelar sus recelos, su incertidumbre ante el problema de ser aceptado por los demás como un igual, su necesidad de apoyarse en los demás. Colebrook, lugar hosco, quizá por una relación de tipo «clang» [término psiquiátrico que significa una semejanza de sonidos que evoca cosas pasadas], le recordó a Coatscook.)*

BARNET.

*(Continúa describiendo el viaje por la carretera U.S. 3. Cerca de Lancaster, New Hampshire, según sus recuerdos, es donde ven el objeto en el cielo por primera vez.)*

Miro por el parabrisas del coche y veo una estrella. Es curioso pero dije: «Betty, mira un satélite.» Y, entonces paré el coche a un lado de la carretera y Betty se bajó de un salto, con los gemelos. Y cogí la cadena y se la puse a la perra y dije: «Anda, Delsey, sal de aquí.» Y Delsey se baja de un salto.

*(Barney está confundiendo el presente con el pretérito indefinido, debido probablemente a la intensidad con que siente lo que está diciendo.)*

Y miro al cielo y, luego, miro a Delsey y la llevo a dar un paseo en torno al coche. Y digo: «Date prisa, Betty, que yo también quiero mirar.» Y Betty me pasa los gemelos. Y lo que veo no es un satélite. Y se lo digo a Betty y le devuelvo los gemelos. Y quedo contento.

DOCTOR.

¿Qué clase de avión era?

BARNET.

Miro... Está a la derecha. Y no va en la dirección que me había parecido. No pasa sobre mí a la derecha sobre mi hombro derecho. Pienso que pasará sobre mi hombro derecho a mucha distancia hacia el Norte. Estoy de cara a Oeste y mi derecha está al Norte. Pero no va hacia el Norte.

*(En su voz se percibe un ligero toque de asombro. Por este deje se puede comprender que está revivido lo sucedido no solo contándolo.)*

DOCTOR.

¿Tiene hilos?

BARNET.

Y eso sí que me parece extraño. No las veo. No oigo ruido de motor. Así, pues, no puedo saber si tiene hilos.

DOCTOR.

¿Está en marcha el motor de su coche?

BARNET.

Sí.

DOCTOR.

¿Y qué pasó con el ruido que hacía antes de que hiciera engrasarlo?

BARNET.

Ya lo oí en aquel ruido. Y yo no me acuerdo de que mi motor estaba en marcha. Lo único que me preocupaba era que no se parase mientras yo estaba allí mirando con los faros encendidos y el motor en marcha. Me preocupaba tanto que miré los tubos de escape y me dije que aún salían gases.

DOCTOR.

De los tubos de escape de...

BARNET.

De mi coche. Así pues ya no me preocupé más del asunto. Y aquel objeto que era un avión... que no era un avión. Era... ¡Ay, qué gracioso! Avanzaba hacia nosotros. Levanté la vista y luego miré la carretera. Y pensé: «¡Qué oscuro es a todo!» Y me sentí preocupado. ¿Y si ahora sale un oso? Volvi al coche y dije: «Betty, vámonos. Sólo es un avión. Y viene en esta dirección. Lo que ocurre es que ha cambiado de dirección. Será una avioneta.»

DOCTOR.

Las avionetas solo tienen una ventana o dos, ¿no? ¿Vio usted ventanas en aquélla?

BARNET.

Es lo que dije y es lo que vi cuando volvi al coche. Una avioneta.

DOCTOR.

¿Dice que había visto una avioneta?

BARNEY:

Y sigo conduciendo y Betty sigue mirando. Y dice: «Barney, eso no es un avión, nos está siguiendo» Y paro y levanto la vista y veo que sigue allí. A bastante distancia. Busco pues un sitio donde aparcar. Y veo una carretera secundaria que sale de la principal, así puedo aparcar. Si viene algún coche no chocará conmigo. Y me ha oído del coche y pienso: qué raro.

*(En su voz hay ahora un deje de extrañeza. Como si asegurase algo malo.)*

Porque sigue allí arriba. Y Betty dice, creo que dijo estoy furioso con ella. Me digo para mis adentros. Creo que Betty está tratando de hacerme creer que es un platillo volante.

DOCTOR:

*(El magnetófono necesita un pequeño reajuste, hay que interrumpir la sesión.)*

Muy bien. Detengámonos aquí por ahora. Hasta que yo vuelva a hablarle, usted no oirá el menor ruido aquí. Estará usted como yo y a gusto. Descansará hasta que yo vuelva a dirigirle la palabra.

*(El doctor ajusta el aparato. Luego:)*

Muy bien. Puede seguir.

BARNEY:

Y me pregunto por qué no se aleja. Y paro y vuelvo a mirar. Y veo que ha seguido y está delante de nosotros, sobre Cannon Mountain. Y pienso que cuando pase más allá de «El Viejo de la Montaña».

*(Se refiere a una formación natural de piedras que se ha convertido en el símbolo de New Hampshire.)*

Ese será un buen observatorio para ver de una vez qué es ese objeto. Y pienso informar a las autoridades.

DOCTOR:

Así, ¿perce usted que es una avioneta?

BARNEY:

Lo que quisiera saber es cómo pueden ser pilotos militares los que guían ese avión. No debieran comportarse así. No debieran comportarse así. Por culpa de ellos, cualquiera puede sufrir un accidente. ¿A quién se le ocurre volar de esa manera? ¿Y si se me echan encima? Los pilotos militares debieran ser más conscientes.

DOCTOR:

¿Era un avión de un solo motor?

BARNEY:

Lo ignoro.

DOCTOR:

¿Dice que no tenía hélice?

BARNEY:

*(Con la misma voz átona y monótona de siempre.)*

Yo no vi ninguna.

DOCTOR:

¿Había suficiente luz para verlas?

*(Durante todo el interrogatorio, el doctor está tanteando volviendo a tantear, estimulando.)*

BARNEY:

Era como una luz que se mueve por el cielo. Y no oí ningún ruido. Y pensé: «Esto es ridículo.» Y...

*(Está hablando como si Betty estuviera con él.)*

¡Betty! Esto no es un platillo volante. ¿Por qué dices esas cosas? Eres tu quien quiere creerlo, no yo.

*(Su voz vuelve a ser monótona y muerta.)*

Y sigue allí arriba. Y yo querría que pasase algún policía del Estado o cualquiera, porque esto es peligroso.

DOCTOR:

¿Qué peligro había?

BARNEY:

Estoy pensando en bañarme en French Creek, con mis dos hijos. Y este avión me pasa por encima y se nos echa encima y para a unos centímetros de altura sobre el parque del Estado.

*(El movimiento del objeto en el cielo recordó a Barney un incidente semejante, que le había ocurrido hacia algún tiempo con un avión, que le produjo honda impresión. Es interesante comprobar cómo se relacionan las reminiscencias y cómo conservan la claridad y la viveza, a pesar del tiempo transcurrido.)*

DOCTOR:

¿En French Creek?

BARNEY:

En Pennsylvania. French Creek, en Pennsylvania.

DOCTOR:

¿Era una avioneta?

BARNEY:

No un avión de propulsión a chorro. Y lo sentí casi rozarme

el pecho. La explosión cuando voy a tomar altura. Y mis orejas quieren reventar. Y pensé en esto. Y me enfadé con este avión, que volaba en torno a mí. ¿Por qué lo hago? Y es que la explosión supersónica asusta.

*(Se refiere a la explosión supersónica del avión de propulsión a chorro que rompió la barrera del sonido en French Creek. Barney teme que esto mismo vuelva a ocurrir allí, en White Mountain.)*

DOCTOR:

¿El avión de propulsión a chorro?

BARNEY:

Si French Creek.

DOCTOR:

Si ese avión que a usted le pareció una avioneta produjo algún ruido, puede usted oírlo ahora.

*(El paciente puede oír de nuevo los sonidos de sus experiencias pasadas.)*

BARNEY:

No oigo absolutamente nada.

DOCTOR:

¿Absolutamente nada?

BARNEY:

*(Casi en tono de queja.)*

Lo que quiero oír es un avión de propulsión a chorro. Ahí tengo unas ganas tremendas de oírlo. Quiero oírlo.

*(Se refiere al ruido del motor, no al de la explosión supersónica. Siente fuertes deseos de relacionar ese objeto misterioso con la realidad.)*

DOCTOR:

¿Por qué? ¿Por qué siente tantos deseos de oír un avión de propulsión a chorro?

BARNEY:

Porque Betty me está poniendo furioso. Me está poniendo furioso porque me dice «Míralo, que extraño. ¡No es un avión. Míralo.» Y yo sigo pensando «Pues tiene que serlo.» Y quiero oír el zumbido del motor. Quiero oír el motor.

DOCTOR:

¿Estaba muy lejos?

BARNEY:

Estaba pues No, no lejos. A unos trescientos metros de mí. ¿Cree yo.

DOCTOR:

¿Trescientos metros?

BARNEY:

Trescientos metros.

DOCTOR:

Si fuera una avioneta, ¿cree usted que volaría tan silenciosamente a esa distancia?

BARNEY:

*(Que es veterano observador de aviones.)*

No. Sé muy bien que no era una avioneta.

DOCTOR:

*(Insistiendo, en busca de datos concretos y de contradicciones.)*

¿Y cómo sabe usted tanto sobre avionetas?

BARNEY:

Creí que sería una avioneta porque las había visto amarrando en el lago Winupesakee. Y las he visto (con tren de aterrizaje retráctil) aterrizar también en hielo. Y paré el coche, y Betty y yo dijimos: «Mira por ahí va otro.» Y nos gustaba mirar esos aviones. Y yo sabía que esábamos en una montaña, donde también había visto avionetas y por eso creí que aquello era una avioneta.

DOCTOR:

De acuerdo.

BARNEY:

Pero no lo era. Iba a demasiada velocidad. Se movía con demasiada rapidez. Subía y bajaba. Daba vueltas con tanta rapidez.

*(En su voz se nota cada vez más asombro, como si estuviera viendo de nuevo el objeto del que habla.)*

Podía lanzarse en una dirección y dar marcha atrás.

DOCTOR:

¿Avanzaba y daba marcha atrás o describía círculos?

BARNEY:

Iba hacia el Oeste y luego, sin dar la impresión de haber dado la vuelta, volvía en dirección contraria. ¡Daba vueltas!

*(Hacia, buscando un símil adecuado.)*

Me hace pensar en una pelota atada a una varquita con una goma larga. Uno golpea la pelota y a ella le sale despedida y vuelve por donde se fue sin describir ningún círculo. Y piensa:



que sólo un avión de propulsión a chorro podría moverse con tanta rapidez. Y me gustaría encontrar un buen lugar de observación para ver bien este objeto, lo que sea. Y veo un wigwam y reconozco este lugar y me siento seguro. Y me siento... rodeado por la hostilidad estéril de este lugar boscoso.

*(Se refiere al wigwam comercial, cerrado ahora por haber terminado la temporada turística, pero donde en verano se vendían recuerdos de Indian Head.)*

DOCTOR:

¿En qué sitio se encuentra?

BARNEY:

En Indian Head. Ya había estado allí en otras ocasiones. Y me siento más tranquilo por estar en un lugar conocido. Y me digo que lo mejor es fijarme bien en ese objeto, porque Betty estaba poniéndose muy pesada. Estaba poniéndose pesada porque no hacía más que decirme: «¡Mira!» Y yo no podía mirar, porque tenía que conducir el coche.

DOCTOR:

¿Cree usted que lo decía en serio?

BARNEY:

Se positivamente que lo decía en serio.

DOCTOR:

¿Estaba excitada?

BARNEY:

Y Betty se excita muy raras veces. No se siente... no se deja llevar por las cosas como yo, ni se excita súbitamente. Y esto, esto me irritó, porque advertí que estaba excitada. Y no podía estarlo por nada, tenía que haber algo que la excitara.

DOCTOR:

Dijo usted que le parecía que Betty estaba intentando convencerle de que aquello era un platillo volante. ¿Habían hablado ustedes de platillos volantes?

BARNEY:

No.

*(No está seguro de lo que pregunta el doctor; así, pues, le pide que se lo aclare.)*

¿Quiere decir que si no hemos hablado nunca de eso? ¿A cuándo se refiere usted?

DOCTOR:

Me refiero a si han hablado de ello alguna vez, cuando sea.

BARNEY:

Sí. Hemos hablado de platillos volantes. Y nunca he oído decir a nadie nada definitivo excepto afirmar que existen. Betty decía que creía en ellos.

DOCTOR:

¿Creía en ellos su mujer?

BARNEY:

Yo pensaba... que no era importante. Yo no creía en ellos.

DOCTOR:

Pero ella, sí. ¿No es eso?

BARNEY:

Sí. Betty creía en platillos volantes.

DOCTOR:

¿Y tenía alguna razón para creer en ellos?

BARNEY:

Su hermana. Estoy pensando en algunas visitas que hicimos a su madre y su hermana, que viven en Kingston, New Hampshire. Viven en una zona tranquila y agradable, donde solo hay tres casas. Las de sus dos hermanas y la de su madre. Y de noche, se puede mirar al cielo y ver millones de estrellas. Y uno piensa: «¡Qué bello es esto!» Y estábamos hablando de satélites. Los rusos han lanzado el Sputnik. Y su padre estaba hablando de eso y decía que desde allá se ven satélites a ciertas horas. Y empezamos a hablar de volar, y de vida en otros planetas. Y, entonces, la hermana de Betty dijo que ella había visto un objeto volando, largo, en forma de cigarro puro, y que otros objetos menores se le acercaban y se alejaban de él.

*(En los archivos del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos hay docenas de informes sobre apariciones de ese tipo.)*

Yo escuchaba pero no criticaba lo que oía. Pero no pensaba en ello, me limitaba a escuchar y me sentía ajeno e indiferente a la conversación. Pero no he vuelto a hablar de platillos volantes desde mil novecientos cincuenta y siete que fue cuando hablamos del Sputnik. Y lo otro fue en mil novecientos sesenta y uno.

DOCTOR:

Bueno; pues volvamos ahora a mil novecientos sesenta y uno. Y usted está buscando un sitio donde poder observar este objeto. Y Betty no hace más que irritarle con su insistencia.

BARNEY:

*(Brusca y áspereamente,*

*¡Ojalá despierte!)*

*(Esto es indicio de que el paciente está quizás al borde mismo de un recuerdo doloroso, un recuerdo con el que no quiere enfrentarse ni siquiera en pleno trance. El doctor Simon advierte en este momento que puede producirse una violenta reacción emocional.)*

DOCTOR:

*(Con firmeza.)*

No se despertará usted. Está usted profundamente dormido. Está usted a gusto, descansado. Esto no va a causarle el menor daño. Continúe. Ahora puede recordarlo todo.

BARNEY,

*(Empieza a excitarse visiblemente.)*

¡Está precisamente encima de mí, a mi derecha! ¡Santo Dios! ¿Qué es?

*(Su voz empieza a traicioner un cierto temblor.)*

Y yo estoy tratando de dominarme para que Betty no advierta que tengo miedo. ¡Dios santo, tengo miedo!

DOCTOR:

*(Su voz es tranquila, muy tranquila y firme, frente a la emoción, cada vez mayor, de Barney.)*

Todo va bien. Continúe usted con su experiencia, no le hará ningún daño al ir.

*(Barney prorrumpe en sollozos entrecortados luego, empieza a gritar.)*

BARNEY:

¡Un arma! ¡Me he caído! ¡Alta un arma!

*(Grita de nuevo, sus sollozos se vuelven atontados. El doctor tiene que enfrentarse ahora con una acción difícil: imponer amnesia al paciente y sacarlo del trance o forzarle a seguir adelante con su experiencia hacia una liberación de sensaciones (abreacción). Además, lo normal es que el período amnésico aparezca en algún punto de esta zona de conciencia y aun no ha sido penetrado.)*

DOCTOR:

*(Con mucha firmeza.)*

Descanse. Ahora puede olvidar. Ya ha olvidado.

*(Permite a Barney un alivio momentáneo.)*

Al ir, va está usted tranquilo. Sumamente tranquilo. Ya no tiene motivo para que grite.

*(Ahora, le vuelve al incidente. La reacción violenta de Barney se apacigua un poco, pero sigue respirando pesadamente.)*

Pero ahora, puede recordar. Sea recordando. Piensa usted que iba a la arma.

BARNEY,

Sí.

DOCTOR:

Tuvo la impresión de que ese objeto le haría daño.

BARNEY:

*(Había muy excitado.)*

Sí. Abrí la caja de herramientas del coche y saqué la llave de las tuercas... parte del gato. Y me subí de nuevo al coche.

*(Aumenta de nuevo su terror.)*

DOCTOR:

Sí muy bien, no pierda el dominio de sus nervios.

BARNEY:

Y puse la llave de las tuercas junto a mí. Y, entonces, me bajé con los gemelos.

*(Con un terror sordo.)*

Y está aquí. Y miro. Y miro. Y está precisamente en el campo. Y pienso, pienso... que no tengo miedo. No tengo miedo.

*(Pero su voz traiciona terror.)*

Voy a enfrentarme con él. Y ando. Y voy andando y cruzo andando la carretera. ¡Ahí está! Delante de mí. Oh, Dios.

*(Prorrumpe de nuevo en gritos.)*

DOCTOR:

Está aquí. Lo ve. Pero no le hará el menor daño.

BARNEY:

*(Profundamente excitado.)*

Pero ¿por qué no se va de aquí? ¡Mírelo!

*(Se oye un jadeo muy fuerte.)*

¡Hay un hombre ahí dentro! Es... es... ¿Es el capitán? ¿Qué es? Me... me está mirando.

DOCTOR:

Un momento. Volvamos un poco sobre nuestros pasos. Dijo usted que el objeto estaba allí. ¿A trescientos metros de distancia?

*(El doctor se refiere ahora, a la vez, una vez que Barney mencionó distancias. En el espacio de tiempo que iba a el recuerdo*

de Barney el objeto se ha situado ahora a una altura ligeramente superior a la de los árboles y a unos cientos de pasos de Barney como este mismo recordó más tarde. Barney estaba en el campo solo.

BARNEY:

No, no.

DOCTOR:

¿Serían novecientos metros?

BARNEY:

No. No parece que esté tan lejos. Es muy grande. (Y veo que está inclinado hacia mí.

DOCTOR:

Y, ahora ¿qué aspecto tiene?

BARNEY:

(Vacila mucho como si estuviera observando cuidadosamente el objeto que está sobre él, en el cielo, pero mucho más tranquilo ahora, y mucho más objetivo.)

Parece una torta grande. Con ventanas... e hileras de ventanas y luces. No, luces no. Sólo una luz enorme.

DOCTOR:

¿Hileras de ventanas? ¿Como las de un avión comercial?

BARNEY:

Hileras de ventanas. No son como las de los aviones comerciales, porque son curvas, a lo largo de un lado entero de esta... esa torta. Y me digo: «Dios santo, no! Tengo que mover la cabeza, tengo... tengo... Esto no puede ser verdad. Estoy viendo visiones.»

(Suspira profundamente, casi gune.)

Oh pero si sigue aquí.

(En su voz se percibe un tono de fatalismo y resignación.)

Y miro... miro carretera arriba y carretera abajo. ¿Por qué no viene nadie? ¿Por qué no viene nadie a decirme que estoy viendo visiones? No puede ser, pero

DOCTOR:

Está usted a salvo. Ahora, puede verlo todo con claridad.

BARNEY:

(Completamente resignado.)

Está ahí.

DOCTOR:

(Es posible que Barney este volviéndolo. El doctor insistirá en este punto.)

Aquella noche, no había dormido usted ¿no es cierto?

BARNEY:

Me pellizqué el brazo derecho. No me fue el brazo derecho por el izquierdo. Estoy muy cansado.

DOCTOR:

Ahora, lo ve todo claramente tranquilícese

BARNEY:

(El tono de fatalismo que se percibe en su voz se acentúa.)

Sigue ahí.

(Como si se le ocurriera de pronto una idea.)

Si dejo caer los gemelos y veo que me sacuden del cielo... y empiezo otra vez, a lo mejor resulta que cuando vuelva a mirar ya se ha ido de ahí.

(Resignado parece dispuesto a hacer lo que dice como si fuera un rito mágico de de ensa, como poner los dedos en cruz.)

Pero sigue ahí.

(Ahora, con incredulidad en la voz.)

¿Por qué? ¿Qué quieren? Una persona me mira a los ojos amistosos. Tiene aspecto amistoso. Y me está mirando. Vuelve la cabeza por encima del hombro derecho. Y sonríe. Pero... pero...

DOCTOR:

¿Le veía usted con claridad?

BARNEY:

Sí, desde luego.

DOCTOR:

¿Cómo era su rostro? ¿Qué le recordó a usted?

BARNEY:

Era redondo.

(Hace una pausa momentánea. Luego sigue.)

Me hizo pensar... me hizo pensar en un irlandés pelirrojo. No sé por qué.

(Otra pausa. Luego, sigue.)

Sí, creo que sé por qué. Porque los irlandeses suelen mostrarse hostiles a los negros. Y cuando veo un irlandés que me parece amigo me acuerdo pensando que también yo tengo que ser amable con él. Y creo que éste que me mira por encima del hombro es amigo.

DOCTOR:

Dígame que le mira por encima del hombro. ¿Estaba, entonces, de espaldas a usted?

BARNEY:

Sí. Estaba de cara a una pared.

DOCTOR:

¿Y usted le vio por la ventana? Dijo que había una hilera de ventanas.

BARNEY:

*(Procurando hablar con mucha precisión)*

Había una hilera de ventanas. Una enorme hilera de ventanas. Sólo estaban divididas por columnitas... o por estructuras, por esto no formaban una sola ventana continua. Y el rostro más grande.

*(Comienza a decir la palabra «jefe».)*

Parece un nazi alemán. Es un nazi.

*(En su voz se nota un tono interrogante.)*

DOCTOR:

Es un nazi. ¿Llevaba uniforme?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Qué clase de uniforme?

BARNEY:

*(Con cierta sorpresa)*

Pues tenía una bufanda negra arrollada al cuello que le caía sobre el hombro izquierdo.

*(En pleno trance, repite sus palabras con ademanes.)*

DOCTOR:

Por sus ademanes, se diría que la lleva usted puesta.

BARNEY:

*(Casi como hablando consigo mismo)*

Pero no lo había notado hasta ahora.

DOCTOR:

¿Dice usted que llevaba una bufanda negra en torno al cuello?

*(Otro tanteo a fondo.)*

¿Cómo pudo ver esas figuras tan claramente a tanta distancia?

BARNEY:

Es que les miraba con los gemelos.

DOCTOR:

¡Ah, ya! ¿Tenían rostros como los de la gente? Dijo usted que uno parecía un irlandés peón.

BARNEY:

*(Describe la escena muy lenta y cuidadosamente)*

Los ojos eran olivos. Oh! Sus ojos eran olivos pero como los de los cielos. No, en absoluto.

*(Bruscamente.)*

Tengo la impresión de que soy... (cabeza) exactamente, un conejo.

DOCTOR:

¿Qué quiere decir?

BARNEY:

*(Rememora una escena de su vida pasada, una escena que pasó como un relámpago por su mente cuando estaba en el campo oscuro de Indian Head. Ese tipo de reminiscencia demuestra el impacto de las primeras experiencias en las experiencias presentes, cuando ambas son emocionalmente similares.)*

Estaba cazando conejos en Virginia. Y este conejo tan mono se metió en un arbusto no muy grande. Y mi prima Marge estaba a un lado del arbusto y yo, al otro, con un sombrero. Y el pobre conejo se creía seguro. Y me hizo gracia porque estaba precisamente detrás de un tallo fino, que, para él, era el equivalente de la seguridad más completa. Hasta que yo caí sobre él y le cubrí con el sombrero capturando al pobre conejo que se creía a salvo.

*(Hace una breve pausa, meditando.)*

Tiene gracia haber pensado en esto... y precisamente en aquel campo.

*(Repite esta frase, como para sus adioses.)*

Me siento como si fuera un conejo.

DOCTOR:

¿Y qué estaba haciendo Betty entretanto?

BARNEY:

No la oigo.

*(Mas adelante en uno de sus muchos viajes al lugar del secuestro, los Hill comprobaron esto, era difícil oír a la distancia aproximada que mediaba entre Barney y el coche.)*

DOCTOR:

¿Gracias a Betty como me ha guiado a ver ahora?

BARNEY:

No. No me acuerdo. No sé.

*(Es un intento de eludir la respuesta en estado hipnótico, pero tiene que acordarse, porque sigue hablando como si se diera cuenta de ello.)*

No, no grité.

DOCTOR:

De lo contrario, se acordaría usted.

BARNEY:

*(Sus pensamientos parecen fijos en el objeto volante no en lo que está diciéndole el doctor.)*

No, no grito. Este ser extraño me está diciendo algo.

DOCTOR:

¿Diciéndole algo? ¿Como? ¿Cómo consigue comunicarse con usted?

BARNEY:

Se lo noto en la cara. No, sus labios no se mueven.

DOCTOR:

Contésteme. Le está diciendo algo.

BARNEY:

*(Su voz comienza a alterarse de nuevo por la emoción, es una emoción intensa.)*

Y me está mirando. Y sólo me que esto. «No temas» No soy un conejo, voy a estar... voy a estar a salvo de todo. No me dijo que yo era aquel conejito.

DOCTOR:

¿Qué le dijo?

BARNEY:

*(Como repitiendo algo que le han dicho.)*

«Sigue donde estás». Y sigue mirando. Y sigue donde estás. Y sigue mirando, no hagas otra cosa, límitate a seguir mirando.»

DOCTOR:

¿Le oía usted decirle esto?

BARNEY:

Me quité los gemelos de los ojos porque, si no, tendría que seguir allí, inmóvil.

DOCTOR:

¿Le oyó usted decirle esto?

BARNEY:

No, no, no lo oí.

*(El temblor de su voz aumenta.)*

DOCTOR:

¿Usted lo sintió en vez de oírlo?

BARNEY:

*(Con mucha firmeza.)*

Lo sé.

DOCTOR:

¿Sabe usted que fue eso lo que le dijo?

BARNEY:

Si. «Sigue donde estás» Eso fue lo que me dijo.

*(Su voz tracciona ahora un terror intenso.)*

¡Me está golpeando en la cabeza!

*(Vuelve a gritar.)*

¡Tengo que escapar, tengo que escapar de aquí!

DOCTOR:

*(Rápida y firmemente.)*

Muy bien. Muy bien. Tranquícese.

BARNEY:

*(Aún sin aliento.)*

Tengo que escapar.

DOCTOR:

Tranquícese. ¿Y cómo está usted tan seguro de que fue eso lo que le dijo?

BARNEY:

*(Habla con miedo ahora.)*

¡Sus ojos. ¡Sus ojos. ¡Nunca vi ojos como aquellos!

DOCTOR:

Dijo usted que eran amistosos.

BARNEY:

No la mirada del jefe. Dije que era amistoso el que me miraba por encima del hombro.

DOCTOR:

¿Y cómo advirtió que el otro era el jefe?

BARNEY:

*(De nuevo con su voz monótona y circunspecta.)*

Porque todos se movían de un sitio para otro, todos estaban en pie, mirándose. Pero todos se movían de un sitio para otro. Los mandos del objeto estaban... iban a un agujero o algo que parecía un tablero. Y éste de la chaqueta negra y brillante y la bufanda era el único que seguía junto a la ventana.

DOCTOR:

Tenía los ojos oblicuos. ¿Y que le recordó este detalle?

BARNEY

No sé. Nunca he visto ojos oblicuos como aquellos.

*(Hace cuidado con sus ademanes, tratando de describir los ojos.)*

Al comienzo eran redondos. Y luego, se volvían así y así.

Y luego así para arriba, así. ¿Cuanto que se los dibujó?

DOCTOR

¿Quiere dibujarlos?

BARNEY

Si

DOCTOR

Voy a darle un lápiz y un bloc.

*(Se lo da.)*

Ahora, pídeme abrir los ojos y dibujar lo que quiera. Puede dibujarlo ahora. Empieza.

*(Profundamente hipnotizado, el paciente puede abrir los ojos sin que el trance ceda en absoluto. Cuando despierta, no le queda recordado alguno de lo que ha hecho a menos que el hipnotizador le ora o recorra. Barne, Hill no es buen dibujante, y el trance en que es inducido tampoco le facilita la tarea. Hace un esbozo sencillo, pero claro, y se lo entrega al doctor. Luego, continúa hablando.)*

BARNEY

Estoy conduciendo.

DOCTOR

¿Está de nuevo en el coche?

BARNEY

Si

DOCTOR

¿Ya dejó los gemelos?

BARNEY

Los dejó en el asiento.

DOCTOR

Si y, acto seguido, salió al coche. ¿Habó con Betty?

BARNEY

Estoy tratando de calmarme. Me estoy diciendo a mí mismo: «No lo olvides, tienes que mostrarte fuerte, sabes conducir.» A Betty le dije que mirase. El objeto aún seguía dando vueltas en torno a nosotros. Lo sentía, sentía su proximidad. Lo vi cuando pasamos junto a él. Cuando bajó del coche, estaba dando

vueltas, de modo que seguía cerca de nosotros. Estoy seguro de que seguía cerca de nosotros.

*(Con convencimiento en la voz.)*

Si... Ahí fuera, pero no sé dónde.

*(Con auténtica sorpresa.)*

Es curioso.

DOCTOR

Si. Hable un poco más alto.

BARNEY

*(Obedece. El asombro que se nota en su voz aumenta considerablemente.)*

Conozco la carretera n.º 3.

*(Ahora, se produce otro crescendo en su voz.)*

«Esos ojos, esos ojos. ¡Los tengo clavados en el cerebro!

*(Quejumbrosamente.)*

Por favor, ¿puedo despertar?

*(Con este ruego, trata de liberarse de su angustia.)*

DOCTOR

*(Tranquilízate foramente.)*

Si ya dormías un poco más. Acabáremos en seguida.

BARNEY

*(Su voz se vuelve ahora soñadora y pensativa.)*

De acuerdo, de acuerdo. Es curioso, ¿verdad? Tanto bos qué... La perra está. Sigue en el coche. ¿Verdad que es curioso? Sigue en el coche.

DOCTOR

¿No ladra?

BARNEY

*(Sorprendido por la posibilidad de decir.)*

No sigue allí, como si nada.

DOCTOR

¿Y Betty?

BARNEY

*(La tranquila sorpresa que expresa su voz va en aumento, pero sus temores han cedido algo.)*

No sé.

DOCTOR

¿No dice nada?

BARNEY

*(Está reviviendo la escena con gran intensidad. No parece oír lo que dice el doctor.)*

No, no comprendo. ¿Están robándonos? No... no... no sé.

DOCTOR:

¿Y por qué piensa que están robándoles?

BARNEY:

*(Hace una pausa significativa. Luego.)*

Sé lo que estoy pensando pero no quiero decirlo.

DOCTOR:

Pero a mí sí puede decirme. A mí puede decirme, ahora.

BARNEY:

*(Completamente dominado por el terror.)*

Sí... son hombres! Hombres con guetieras oscuras. Y yo no tengo a nadie, no tengo nada.

*(Con mucho asombro, ahora.)*

No sé.

*(Ante el terror.)*

¿Es un accidente lo que veo en la carretera? ¿Qué es esa luz roja? ¿Esa luz roja brillante?

DOCTOR:

¿Roja brillante?

BARNEY:

Sí. Entre naranja y rojo.

DOCTOR:

¿Qué es? ¿Dónde está?

BARNEY:

Allí abajo, carretera abajo.

DOCTOR:

¿Carretera abajo?

BARNEY:

*(Reviviendo la escena, más que respondiendo al doctor.)*

Y no tengo nadie para sentir miedo. Pero no quieren hablar.

DOCTOR:

¿No quieren hablar con usted? ¿Quiénes?

BARNEY:

Los hombres.

DOCTOR:

¿Están en el objeto volante?

BARNEY:

No en la carretera.

DOCTOR:

¿Hay hombres en la carretera?

BARNEY:

Sí. No quieren hablar conmigo. Son sus ojos tan sólo los que hablan conmigo. No... no... no comprendo esto. Son sólo sus ojos. Sólo ojos, nada más.

*(Ahora, había como si estuviera pasando a otro estado consciente distinto, casi catatónico. Como si sus ojos estuvieran fijos, concentrados por completo en otro par de ojos. Luego bruscamente, vuelve a hablar con extraordinario alivio en la voz.)*

Lo sé. Lo sé.

*(Como meditando.)*

Sí, esto es lo que tiene que ocurrir.

*(Re monótonamente, como tranquilizándose a sí mismo, y bajo.)*

Ya sé lo que es. Es un gato salvaje. Un gato salvaje subido a un árbol.

*(El alivio que se nota en su voz es grande como si buscara algo que tenga una base real, como si buscara algo que explique un fenómeno insólito. Luego, ya no se muestra tan seguro.)*

No. No. Ya sé lo que es. Es el gato de Cheshire que sale en Aftica en el País de las Maravillas. 'Pso' Eso no tiene por qué asustarme. También desapareció y ya sólo quedan los ojos. Todo va bien. No tengo miedo.

DOCTOR:

Usted no vio esto...

BARNEY:

Sí que lo vi.

DOCTOR:

¿Lo vio? ¿Y ve todavía a ese hombre?

BARNEY:

*(Parece sumido de nuevo en sus propios pensamientos.)*

Los ojos me están diciendo: «No tengas miedo.»

DOCTOR:

¿Los ojos de... jefe?

BARNEY:

Al jefe ni siquiera le veo.

DOCTOR:

Si los ojos continúan,

BARNBY:

*(Con actitud breve)*

Sólo veo esos ojos

DOCTOR:

Los ojos pues.

BARNBY:

Ni siquiera me asusta que no estén unidos a un cuerpo. Están ahí, solos. Están junto a mí, apretándose contra los míos. Llene gracia no tengo miedo

DOCTOR:

Bueno, veamos ¿qué le pasó al objeto volante?

BARNBY:

No veo ningún objeto volante.

DOCTOR:

¿Desapareció?

BARNBY:

Es así. No ha desaparecido. Pero no lo veo. Estoy ahí, solo. *(Esto, narrando, no, sirviendo al doctor, pero me que le dar la corriente de narrar, vivir con sus pensamientos y sus revelaciones y tratar de conservar la que quisiera y a pesar de todo sin darle demasiadas instrucciones, permitiendo expresarse a su gusto.)*

DOCTOR:

¿Y dónde estaba usted? En el coche?

BARNBY:

No. Con en el aire. Como lo estoy en el aire

*(Su voz parece ahora venir de lejos.)*

¿Qué ray... Estaba. Eso, flotando. Qué... qué... puedo volver al coche. *(Barnby, como antes.)*

DOCTOR:

Pero ¿flotando de verdad o se lo parecía?

BARNBY:

Me lo parecía

DOCTOR:

¿Sigle usted fuera del coche?

BARNBY:

No

DOCTOR:

¿En el coche, entonces?

BARNBY:

No, en el coche, no. Ni siquiera estoy cerca del coche. No estoy entre los árboles. No estoy en la carretera.

DOCTOR:

Pues ¿dónde están esos nombres?

BARNBY:

No sé.

DOCTOR:

¿En la carretera?

BARNBY:

No sé.

*(Insiste, frívolamente.)*

Estoy flotando, eso flotando.

*(Ahora, parece como suspendido en el aire. En este momento, se expresa como si estuviera hablando directamente a Betty.)*

¡Je, e, Betty! Es lo más divertido que te puedas imaginar. Betty. Nunca creí en platillos volantes, pero la verdad, no sé... Es lo más misterioso que hay. Si bueno creo que lo mejor es no hablar de esto con nadie, es demasiado ridículo. ¿No te parece? ¿De dónde vendrá esa gente? ¡Je! Me gustaría tener a... Me gustaría haberme ido con ellos.

DOCTOR:

¿Le gustaría haberse ido con ellos?

BARNBY:

Si. Fijese qué experiencia tan interesante, ir a un planeta lejano!

*(Una pausa. Reflexión. Luego.)*

Quizás esto pruebe la existencia de Dios.

*(Otra pausa breve.)*

¿No es cierto que tiene gracia? Ir a buscar a Dios a otro planeta.

*(Luego, como si estuviera hablando directamente a Betty.)*

¿Estabas asustado? Yo no. No, yo no estaba asustado. No estaba asustado de verdad. Es ridículo que tú y yo estemos aquí hablando de esto mano a mano.

*(Ahora el tono de su voz cambia como si hubiera pasado mucho tiempo. Algo muy inquietante está siendo omitido. Esto parece resultado del apagón producido por la amnesia.)*



Bueno. ., se diría que estamos llegando a Portsmouth un poco más tarde de lo que yo había previsto ..

*(Su voz se pierde. El doctor aguarda un momento, decide dejar la solución de esto hasta que le sea posible aquilatar el efecto que la sesión ha producido en el paciente.)*

DOCTOR:

Bueno. Aquí paramos. Ahora, puede usted sentirse tranquilo y a gusto. Esta vez, olvidará todo lo que hemos hablado, hasta que yo le diga que lo recuerde de nuevo. Lo olvidará todo, todo lo que hemos hablado hasta que yo le ordene recordarlo.

*(La repetición es intencionada, para dar más fuerza a la orden.)*

Esto no le angustiará no le preocupará. No estará usted inquieto. Seguirá tranquilo y descansado y no experimentará dolores ni angustias. Recordará lo que yo quiero que recuerde, hará lo que yo quiero que haga. Olvidará lo que ha recordado hasta ahora y sólo lo recordará cuando yo se lo diga. Ahora, descanse. No experimente dolores ni angustia. Muy bien. Barney, puede despertar ahora, se sentirá usted descansado y tranquilo.

*(Barney abre los ojos, un poco confuso aún. Pero vuelve rápidamente al estado consciente.)*

BARNEY:

*(Mirando su reloj de pulsera.)*

¡Dios mío! ¡Las nueve y nueve. ¿No vinimos aquí a las ocho y diez?

DOCTOR:

Sí.

BARNEY:

¿Dónde he estado?

DOCTOR:

Aquí, conmigo.

BARNEY:

¿Dónde están mis cigarrillos? ¿No me disponía a coger un cigarrillo?

DOCTOR:

Volvíó usted la cabeza hacia allá. Coja uno, ahora, si quiere.

BARNEY:

Creí que había entrado aquí y que usted me dijo que me sentara. Usted me dijo que me sentara en esta silla. Entonces, iba yo a coger un cigarrillo pero no llegué a cogerlo.

DOCTOR:

*(Observa cuidadosamente las reacciones de Barney para cerciorarse de que ha salido completamente del trance.)*

¿Como se encuentra?

BARNEY:

Muy bien.

DOCTOR:

Me alegro. ¿Sabe lo que ha ocurrido aquí?

BARNEY:

Usted me hipnotizó. Ya sé para qué lo hizo, pero ..

*(Se produce una pausa.)*

DOCTOR:

Vaya, todo va bien. Continuaremos la semana próxima. Dentro de una semana ..

Había tenido lugar la primera exploración de lo desconocido. Pero apenas había sido posible penetrar el velo amnésico. Ninguno de los tres sospechaba siquiera qué sucedería después de esto: por ahora el único que sabía lo que había sido descubierto ya era el doctor.

Durante el transcurso de esta sesión, Betty estuvo aguardando con cierta inquietud en la salita de espera. Había fingido que hojeaba un ejemplar del *New Yorker* y, luego, otro del *McCall's Magazine*, pero no se fijaba en lo que leía. El cuarto de espera del doctor Simon está junto a la entrada. Aunque el despacho está a prueba de ruidos Betty advertía que Barney sufría crisis emocionales de cuando en cuando, al llegar a puntos cruciales de la experiencia. Comprendiendo que esto tenía que ocurrir el doctor había citado a los Hill a una hora en que no tenía clientes.

Como el edificio estaba completamente silencioso las dos crisis principales de Barney parecieron más ruidosas por causa del silencio remante y por la intensa atención que Betty prestaba a cuanto pudiera suceder.

Lo sentí en mí misma de tal manera que me quedé allí sentada llorando todo el tiempo —recuerda Betty Hill—, y seguí sentada allí, preguntándome cómo se encontraba Barney cuan-

do saliera de la consulta. Oí dos crisis grandes, la segunda menor que la primera. El resto del tiempo me pareció relativamente tranquilo. Así, pues, esperé, esperé a que saliera y la verdad es que me quedé sorprendida cuando salió, porque tanto él como el doctor estaban sonriendo, parecían completamente a gusto y esto me sorprendió. Por ese motivo me dije que lo mejor sería no decirle a Barney que le había oído llorar y gemitir. Me hice la tonta y le pregunté qué había ocurrido. Le pregunté si se encontraba mal y me dijo que no, que se encontraba muy bien. «No hay motivo de inquietud» me dijo.

Barney no recordaba nada de lo ocurrido durante la sesión, excepto a algunas impresiones vagas e inciertas. Le parecía que sólo había estado hipnotizado algunos minutos. No sentía la menor inquietud o molestia y la única prueba de que la sesión había durado más de hora y media la daba su reloj.

En el acto, mostró curiosidad por saber qué le había ocurrido durante la sesión, pero, naturalmente, no podía conocerlo hasta que el doctor le diera la orden de recordarlo. No se notaba ninguna sensación relacionada con el tiempo omitido.

De vuelta a Portsmouth, pararon en el restaurante llamado «International Pancake House», local brillante situado en la carretera n.º 1, que conduce a New Hampshire, cerca de Saugus.

Fidieron un abundante desayuno. Betty seguía preguntándole cómo se sentía, y aunque ella también había sido hipnotizada durante las sesiones de prueba, experimentaba gran curiosidad por conocer con todo detalle la reacción de Barney después de una sesión en toda regla. Barney la tranquilizó le dijo que no se inquietara, y Betty no le dijo que había estado llorando durante casi todo el tiempo que él había pasado en el despacho del doctor.

Barney se sintió completamente a gusto hasta que llegaron a su casa, en Portsmouth. Entonces, empezó a experimentar un miedo espantoso a algo, a algo completamente vago e indefinido, a algo que le producía una vaga sensación de culpabilidad. Esta sensación le llenó de terror, porque era como si alguna cosa dura le apretara la cabeza. No lo relacionó directamente con la hipnosis. Dice que era como si tuviese algo enterrado en el subconsciente, que tratara de salir a la conciencia. Se sintió tan inquieto que decidió llamar al médico para consultarle sobre ello; pero luego, cambio de idea y prefirió esperar. Persistía en

su mente la idea de que era mejor no seguir adelante con el programa A, por lo menos, pedir al doctor que siguiese con Betty y le concediese cierto descanso a él. Pero sus temores fueron desvaneciéndose y el deseo, urgente, más bien, de llegar a penetrar en el misterio, volvió a dominarle.

## CAPITULO VI

Cuando, aquel sábado por la mañana Barney Hall salió de la consulta después de su primera sesión, el doctor Simon dictó lo siguiente en su magnetofono.

Durante las partes exposivas de las revelaciones del paciente noté una acentuada emoción muy pronunciada. Las lágrimas le corrían por las mejillas se abalanzaba a la vitrea y su rostro se agitaba de manera angustiosa. Cuando me explicó cómo eran los ojos hizo un trazo en el aire con las manos y alando de describir la forma de aquellos ojos que se dobló por el eje. De hecho, lo que dibujó es una curva que representa la parte izquierda del rostro y trazó el ojo en ella sin más detalles. Cuando le pregunté qué ojo era, pareció algo confuso. Luego dibujó el resto de la curvatura y puso también el otro ojo y el giro con la visera. Y luego, como si se le hubiera ocurrido en aquel momento trazó la mandíbula. Mrs. Hall me condujo por medio de sugestión posthypnótica para que se dispusiera cuando le llegara el momento de ser interrogada. Estuvo en la sala de espera durante todo el tiempo que duró la sesión.

Esta primera sesión puso en evidencia que Barney sólo había rozado parcialmente el umbral del cuarto estado de su mente consciente sobre lo sucedido aquella noche en Indian Head. Todavía no disponían más que de una descripción vaga e imprecisa, como vista en sueños del enorme objeto volante que se había echado sobre ellos una extraña sensación de estar con o flotando un accidente, aún sin detalles en la carretera, y figuras en malac-

de la cámara sin que se supiera por qué estaban allí. Durante todo el período crítico del incidente, la descripción de Barney era clara y bien definida, atenta a los menores detalles. De pronto, en el momento en que se vio de nuevo en Indian Head, su descripción se volvió vaga y fragmentaria, como a ella el Patient había dado puntos de resistencia uno en el momento en que se había llevado los guantes a los ojos, precisamente después de que se pusiera en marcha el coche y que el objeto visto se elevó sobre el horizonte, y a un punto aún más alto cuando el coche, un costurero. El relato de Barney saltaba de aquel momento en que vio que llegaban a Portsmouth más tarde de lo que había previsto.

Durante todo el relato en el que Barney había insistido en una firme resistencia a creer en los objetos volantes no había dudas. Como el mismo Barney dijo más tarde la posibilidad de que aquel objeto fuera una ilusión óptica o mental propia de su memoria. Su resistencia a creer en la existencia de tal fenómeno era profunda, aunque su actitud ambivalente en relación con el no podía menos de sorprender al doctor.

El doctor Simon estaba orientando su tratamiento hacia el recuerdo de las experiencias del paciente y los pensamientos a que estas le hacían lugar. Su finalidad no era comprobar si tales experiencias eran o no reales o irreales. Que las experiencias fueran ciertas en el sentido absoluto del término tenía mucha importancia a ojos del doctor que su existencia como parte del pasado o presente mental de su paciente. En el transcurso de la investigación, persistió en poner a prueba la existencia de objetos volantes naturalmente, pero aun no se podía llegar a una conclusión definitiva. Todavía le faltaban muchas pruebas y datos, sobre todo de Betty Hall, cuya versión del suceso aun no había oído.

El suceso en sí no era tema precedente o, mejor dicho, no tenía ninguno. En consecuencia que cortaba la cadena de las figuras que Barney recordaba haber visto en ella y las extrañas reacciones de Barney durante la segunda mitad de la sesión requerían nuevos tanteos como también cualquier posible fantasía o deterioración de los hechos.

Los recuerdos que hizo Barney al doctor Simon, pudiendo que le permitiera disputar, tuvieron lugar precisamente en los momentos en que surgían emociones violentas y en que los recuer-

dos eran, probablemente, dolorosos. Muchos casos semejantes indican que la resistencia del paciente a la probada son intentos de soslayar el obstáculo que impide la salida a la memoria consciente. Solo la tenacidad del hipnotizador puede vencer esa resistencia.

La decisión del doctor de mantener a Barney en trance a pesar de la intensa abyección o expresión emocional, se basó en su cálculo de la capacidad de resistencia mental de su paciente.

El 27 de febrero de 1964, los H.J. llegaron puntualmente a la cita. Betty fue sometida a una inducción cuyo objeto era reforzar su preparación para cuando le llegase el turno, y Barney comenzó su segunda sesión. Antes de ponerse en trance, el doctor Simon le hizo algunas preguntas generales.

DOCTOR,

Veamos, Mr. Hill, ¿cómo se ha encontrado estos días?

BARNEY

Por lo menos, físicamente, me he encontrado bien. Pero he sentido inquietudes.

DOCTOR

Explíquelas,

BARNEY

Le diré. La semana pasada cuando me fui de su despacho, comencé a sentir algo parecido a recuerdos vagos de oír o ver algo, y eso me empezó a inquietarme mucho.

DOCTOR

¿Y qué recordó usted?

BARNEY

Pues recordé «ojos». Y pensé que esos «ojos» estaban como algo. Y me alarmé, porque creí que mi columna cervical pegó. Pensé llamarle a usted cuando llegué a casa, pero luego, no lo hice. Y mi mujer y yo fuimos a casa de unos amigos, de visita y esto me dio algo la tensión que sentía.

DOCTOR

¿Es eso lo único que recuerda?

BARNEY

De importancia lo único. Otra cosa interesante que pareció ocurrirme es que comencé a recordar pequeños detalles sueltos del viaje, lo cual me parece interesante porque, hasta el mo-

ces, nunca había pensado en aquellas cosas. No había pensado en ellas en absoluto. Por ejemplo, nos paramos en el Estado de Nueva York y compramos una caja con seis latas de cerveza y Betty y yo la llevamos al cuarto del motel. Pensé también que podría nos llevar la portina al cuarto y la llevé al cuarto de baño y la até con una correa larga porque el cuarto de baño tenía el suelo de azulejos. Así, si hacía sus necesidades no mancharía la alfombra. Y esos detalles parecieron volverme a la mente.

DOCTOR.

Al parecer, son cosas que usted no me contó porque naturalmente, no las recordaba usted. Pero le dije que lo recordase todo y, a pesar de mi orden, parece haberse olvidado usted de estas cosas.

BARNEY.

Ya.

DOCTOR.

Porque cuando el paciente está en trance recibe orden de recordar, y todo, y esas cosas pueden parecer detalles sin importancia. Pero usted no me las dio. Me refiero a las que ha mencionado ahora. ¿Usted se refiere a que sentiera usted cierto recordamiento por no haberme las contado antes, probablemente, causas de importancia. Y, a propósito, ¿cómo usted mucho durante el viaje?

BARNEY.

Solo cerveza.

DOCTOR.

¿Las seis latas entre ustedes dos?

BARNEY.

Sí. Bebimos una a cada uno el domingo por la noche al acostarnos. Y nos dejamos las cuatro latas que quedaron.

DOCTOR.

Comprendo. O sea que no bebieron mucho durante el viaje, ¿verdad?

BARNEY.

No.

DOCTOR.

¿Y le olvidó usted la inquietud de que me hablaba, a medida que transcurría la semana?

BARNEY.

Sí, más o menos. Sí de sí. Anoche, se me agudizó la sensación pasada el sábado por la mañana al levantarme sentí como náuseas, como expectación inquietud por venir aquí. Y, anoche me ocurrió lo mismo.

DOCTOR.

Esta experiencia le tiene bastante preocupado. Pronto comenzará a preocuparse cada vez menos. Querrá usted perfectamente bien. No tenía motivos de inquietud acerca de su cordura.

*(Estas frases tranquilizadoras podrían tener fuerza hipnótica, ya que el contacto repetido entre el doctor y el paciente aumenta el poder de persuasión de éste. Las palabras de Barney contenían también una advertencia de que el material reprimido tendría que ser manipulado con gran cuidado, pues amenazaba con aflorar a la consciencia prematuramente en ausencia del doctor... En el futuro, éste tendría que adoptar ciertas precauciones para reforzar la amnesia hasta que el caso estuviera más claro.)*

Pero, dígame: ¿qué piensa usted sobre el asunto de los «ojos»? ¿Qué le parece? ¿Lo relaciona usted con alguna otra cosa? ¿Le sugiere algunas ideas?

BARNEY.

No, nada de eso. O mejor dicho, lo relaciono con cierta sensación de aviso, de haber sido advertido. Ese es el único efecto que me produce.

DOCTOR.

¿Tiene usted la sensación de haber recibido una advertencia?

BARNEY.

Sí, eso.

DOCTOR.

¿Ha tenido usted esa misma sensación alguna otra vez?

BARNEY.

No, nunca, es la primera vez que me ocurre una cosa semejante.

DOCTOR.

¿Y le parece que los ojos tiene algo que ver con la hipnosis?

BARNEY.

No, no lo creo.

DOCTOR.

Bueno, usted quiere que me dedique ahora a Betty y le deje reposar un poco a usted, ¿no es eso?

*(El doctor se refiere a unas palabras de Barney en este sentido al entrar en la cámara.)*

BARNEY:

Sí, es lo que me gusta a que hiciera.

DOCTOR:

¿Recuerda los ojos como parte de la sesión de hoy, o los bien como algo que revoloteaba en torno a usted?

BARNEY:

Los ojos parecían estar siempre delante de mí.

DOCTOR:

Bueno, pues fue lo último de lo que hablamos la vez pasada. Fue el sábado pasado y adelantamos bastante. Procura que vuelva a sentir usted angustia. Ahora, vamos a separar.

*(Se dispone de nuevo a sumir a Barney en un profundo trance hipnótico.)*

Usted no recuerda ahora donde lo dejamos la última vez. Relanemos parte del camino y es probable que volvamos a mencionar algunas cosas. Empezaremos un poco antes de cuando salieron a relajar los ojos.

*(El doctor dice las palabras como las Los ojos de Barney se cierran inmediatamente y se ve de nuevo la cámara sobre el pecho.)*

Está usted más dormido, cada vez más profundamente dormido. Completamente tranquilo y más profundamente dormido, más profundamente dormido, más profundamente dormido, cada vez. Está usted sumido en un profundo sueño. No experimenta usted ningún temor, ninguna angustia. Y, ahora, ningún recuerdo le causará la menor inquietud. Pero lo recordará usted todo. Lo recordará usted todo. Todas sus sensaciones y todas sus acciones. Ninguna de ellas le inquietará ahora porque está tan aquí, con nosotros. No le inquietarán lo más mínimo y yo estoy aquí, con usted.

*(La repetición tiene por objeto reforzar las órdenes. Puede ser necesaria, y puede no serlo.)*

Su sueño es más y más profundo. Se encuentra usted completamente a gusto. Más profundamente dormido cada minuto que pasa. Ahora, recordará usted todo lo que hemos dicho ya sobre su viaje desde Montreal, retrocederá usted un poco en sus recuerdos, hasta antes de cuando vio aquellos ojos. Y puede empezar contándome la experiencia que tuvo con el objeto volante. Puede empezar desde un poco antes de que los viáramos.

coniente a partir de cualquier recuerdo nuevo que venga a su memoria.

BARNEY:

*(Su voz es de nuevo monótona e insulsa. Es á compás, también, frías y hipnotizado.)*

Estoy recordando ahora que me encontré en el bosque en el coche apartado. Y tengo a Delsey. Y estoy dando un paseo con ella en torno al coche. Y Betty me había dicho que parara para que Delsey padiese dar su paseo. Y Betty está en pie junto a la parte izquierda del coche, y mirando al objeto volante con los gemelos. Y yo estoy ahí, mirando en ambas direcciones de la carretera, porque quiero que lleguen otros coches. Y doy a Betty la correa de la perra y le digo que me deje los gemelos, que quiero mirar con ellos. Y sólo veo un avión que vuela por el cielo. Y le digo que es un avión que regresa a Montreal, de donde acabamos de salir nosotros. Y quiero darme prisa y volver al coche y volver a Portsmouth. Y Betty suelta al coche y dice: «¿Verdad que es curioso?» Y yo empiezo a conducir, y ella dice: «Por ahí va todavía.» Y yo me digo que en efecto, es extraño, y pienso que tiene que tratarse de una avioneta. Y lo curioso es que no hace ruido. Y quiero darme prisa y perderle de vista de una vez, porque es extraño, este extraño objeto que no nos deja solos. Y estoy completamente convencido de que nos ve. Y va es noche cerrada y me siento incómodo.

DOCTOR:

¿En qué sentido se siente usted incómodo?

BARNEY:

Pues advierto que es fácil localizar mi coche, los faros son muy luminosos y la carretera está muy oscura. Y sé que este objeto está dando vueltas por el cielo. Me recuerda a una mosca volando sin rumbo por el cielo, sin trayectoria definida como cuando se pone a revolotear en torno al sitio donde ha decidido posarse. Y pienso que ese objeto revolotea alrededor de nosotros de esa manera. Y Betty vuelve a decirme que pare. Y paro. Y digo: «Betty, ¿qué vas a hacer? ¿Quieres hacerme ver cosas que no existen?» Y no sé cómo muy irritado porque estoy convencido de que es un avión, algo perfectamente explicable. Y creo siento más bien, que está tratando de convencerme de que me equivoco. Y eso me irrita.

*(En la conversación normal Barney casi nunca comienza sus*

frases con la computadora. «Aquí sin embargo parece hacerlo con un avión, así en vuelo horizontal».

DOCTOR:

¿Y qué le contestó ella?

BARNEY:

Betty me respondió: «Pues, en orces, ¿por qué vista de cosa tan rara? ¿Por qué no se alja? ¿Qué es lo que hace?».

DOCTOR:

Bueno, esto no le causará a usted la menor inquietud. Va usted a contarme lo que pasó en aquel momento, pero no le inquietará en absoluto. Bien, ¿sí?

BARNEY:

Yo dije, «Betty, no puede ser». Estaba pensando, aunque no se lo dije a Betty, mi cabeza estaba pensando: «No puede ser un avión».

(Advierte cuánto le preocupa a Barney la verdad y la exactitud de lo que dice, asegurándose siempre de que no dará al doctor nada que sea incorrecto.)

Por eso me sentí molesto, porque Betty me estaba diciendo que el objeto no hacía lo que hacen los aviones normales. Yo, no sé cómo, lo advertí y no quería que ella me lo dijera.

DOCTOR:

¿Le parecía a usted que no se moviera como un avión corriente?

BARNEY:

Sí exactamente.

DOCTOR:

¿De qué manera?

BARNEY:

Volaba de una forma rara. No seguía una trayectoria definida. De pronto, se la veía volar arriba.

(Este hecho sale a relucir corrientemente en los informes sobre apariciones de objetos volantes no identificados.)

DOCTOR:

¿Se levantaba de pronto verticalmente?

BARNEY:

Se levantaba, de pronto, de una manera vertical y, luego, volaba un poco horizontalmente. Y, entonces, cesaba también en vertical. Y cuando el objeto hacía esto yo notaba que la fila de luces parecía inclinarse y volverse a enderezar, según

la posición en que yo imaginaba que tenía que estar el objeto, así en la posición en que tenía que estar.

DOCTOR:

¿Como si se inclinase al virar?

BARNEY:

Sí, como si se inclinase. Pero la palabra «inclinarse» no cuadra aquí, porque no expresa con exactitud lo que intento explicar. Porque si se tratase simplemente de que se inclinaba, yo podría creer que se trataba de un avión. Los aviones también se inclinan. Lo que hacía era cambiar de posición, no inclinarse durante un viraje. Lo que hacía era pasar del vuelo horizontal al vertical.

(Otro detalle corriente en informes sobre objetos volantes no identificados.)

DOCTOR:

¿Y cómo describía usted su forma?

BARNEY:

No podría describirla.

DOCTOR:

Mas o menos un avión corriente aunque sea una avioneta, tiene que parecerse por la forma, a un cigarrillo puro. Hasta los helicópteros de gran tamaño lo parecen.

BARNEY:

Sí. La fila de luces parecía seguir una línea semejante a la forma de un puro, pero era una línea derecha y apaisada.

(Muchos informes sobre objetos volantes no identificados que existen en los archivos del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos y también en los de las Fuerzas Aéreas hablan de objetos que tienen forma de cigarrillo puro cuando están a gran distancia, pero que a medida que van acercándose parecen discos grandes vistos lateralmente.)

DOCTOR:

¿No pensó usted que el objeto era redondo, como los famosos platillos volantes?

BARNEY:

No no me lo parecía.

DOCTOR:

Entonces, tenía que guardar cierta semejanza con los aviones corrientes, ¿no?

BARNEY:



En el momento a que nos estamos refiriendo, sí.

DOCTOR:

¿Quiere usted decir que después cambió de forma?

BARNEY:

Sí. Mientras descendíamos por la carretera me producía una vaga impresión de que estaba girando.

DOCTOR:

¿Como una peonza?

BARNEY:

Como una peonza.

DOCTOR:

Bueno veamos. Cuando habló usted de esto antes, dijo que vio unas luces en la carretera. Me parece recordar que eran luces rojas. ¿Le suena esto? Luces en la carretera, como si hubiera hombres trabajando en la carretera.

BARNEY:

Sí pero eso ocurrió más tarde.

DOCTOR:

Ya bueno, siga entonces como mejor le parezca.

BARNEY:

Yo seguía mirando. Me paraba y, luego, seguía adelante. Y Betty me decía que parase de nuevo. Paramos varias veces.

DOCTOR:

¿Y era sólo para mirar otra vez?

BARNEY:

Sí, nos parábamos para mirar. Y cuando vi el fantasma en la montaña, ante nosotros, pero lejos, me di cuenta de dónde estaba y me dije que tarde o temprano tendríamos que pasar junto a «El Viejo de la Montaña». Y el objeto parecía haber aumentado la velocidad y dirigirse a la derecha de «El Viejo de la Montaña». Y entonces yo iba por la izquierda. Y cuando llegó adonde estaba la figura de «El Viejo de la Montaña» me detuve de nuevo para fijar me bien en el objeto volante y vi que aún seguía allí. Y cuando nos parábamos, él se paraba también. Esto me pareció muy extraño.

*(Su voz se va haciendo más intensa, como si estuviera viendo de verdad lo que describe.)*

Y se movía, bueno, yo no le veía moverse. Seguí conduciendo y Betty dijo: «Se mueve otra vez por detrás de las montañas». Y yo me acercaba a un claro donde vi a dos anguitas a mi dere-

cha. Y advertí que estaba cerca de Indian Head. Y al acercarme al claro vi el objeto volar a lejos, pues aminoré la velocidad. Y entonces, volví a mirar a la carretera para seguirlo. Y Betty estaba excitadísima. Dijo: «Barney, tienes que parar el coche. Mira lo que está haciendo».

*(El doctor le quita a que repita esta historia, para comprobar si se contradice en algún detalle.)*

Y aminoré la velocidad del coche y miré por el parabrisas. Y del lado de Betty, el objeto parecía como si fuera a echarse literalmente contra el parabrisas. Me bastaba levantar un poco la vista para verlo. Era muy seguro de que yo sólo iba a ocho kilómetros por hora, porque tuve que aminorar la velocidad y dije: «¡Qué raro es esto!». Empecé a pasar revista a todo lo que había pensado desde que empecé a ver este objeto: primero un objeto que sería una avioneta. Luego un avión de pasajeros. Después un avión militar cuyo piloto estaba intentándose a costa nuestra. Y pude en serio y busqué por el suelo del coche y cogí la llave inglesa que estaba a mi izquierda, y la cogí con toda mi fuerza.

DOCTOR:

Ya había sacado usted la llave inglesa de la caja de las herramientas, ¿no?

BARNEY:

Sí. Y la cogí y me la puse al cinturón. Y salí del coche llevando los gemelos y estuve allí un momento, con la mano apoyada en la puerta y el brazo derecho contra el techo del coche. Y miré. Y antes de poder alcanzar los gemelos a los ojos, en el mismo instante de levármelos a los ojos, noté que todo el coche vibraba de arriba a abajo a la velocidad del motor. Por eso me aparté. Y el objeto cambió de dirección, describiendo un arco. Y pensé: «Notable, ha descrito un arco perfecto». Pero continuó acercándose, situándose frente a mí y balanceándose, sin cambiar de postura, ahora balanceándose simplemente frente a mí.

*(El doctor le quita esto es frecuente en informes sobre objetos volantes no bien fijados, éstos a poca altura.)*

Y se puso a mi izquierda. Y yo continué mirando y comencé a cruzar la carretera, moviendo la cabeza y entrecerrando los ojos, diciéndome que aquello era inexplicable por lo menos para mí.

*(Barney le quita ahora al doctor o no le quita la primera sesión en que trató su primera crisis emocional. Pero, ahora,*

*está tranquilo, no está agitado como entonces, en parte gracias a la orden que le dio el doctor al inducirle el trance.*

Y yo pensaba que si miraba para otra parte y luego volvía a mirarle, quizá ya no le vería. Y seguí cruzando la carretera hacia la parte delantera de mi coche que estaba aparcado al otro lado. Y seguí mirando con los gemelos cada vez que me paraba y fijándome bien. Y pensé: «¡Que interesante! Ahí está el piloto misterioso, y me está mirando». Y, entonces, le miré y él me miró. Y había otros que también me miraban a mí, y pensé que se trataba de uno enorme globo dirigible, y pensé en todos aquellos nombres que estaban alineados a lo largo de la ventana de este enorme globo dirigible, mirándome. Luego se apartaron hacia el fondo y yo seguí mirando a aquel hombre, el único que seguía ahí y seguí mirándole y mirándole.

*(El contraste entre esta descripción, segunda y fría y la anterior, es notable.)*

DOCTOR:

¿Es ése el hombre a quien usted llama el jefe?

BARNBY:

Su vestido era distinto del de los otros. Y me acordé de la Flota y de los submarinos, y pensé que los que se apartaron hacia el fondo iban de azul, pero este otro llevaba una guerrera negra brillante y se tocaba con un gorro.

DOCTOR:

¿Recuerda usted si los matones que vio durante el viaje llevaban chaquetas negras y brillantes, como suelen?

BARNBY:

No, no las llevaban.

*(El doctor está cerciorándose de que, en aquel momento, en la mente de Barney no estaba influyendo ninguna experiencia de Montreal. ¿Podría ser que un eco de los matones que vio allí se reflejara en esta descripción? Atribos representan ahora para él un posible peligro, y le atenorizaban de modo que el piloto se convertía en una especie de cometa de ionización.)*

DOCTOR:

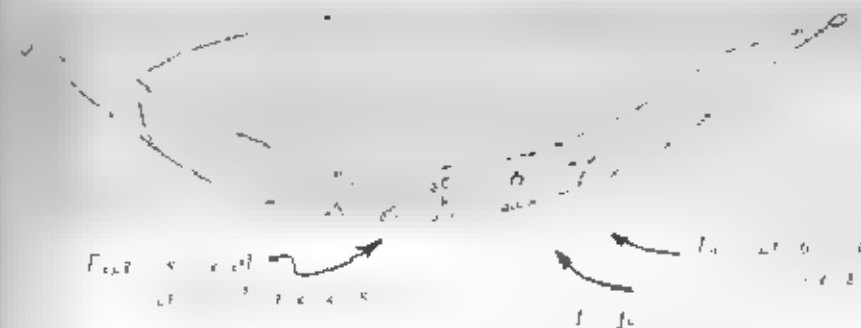
¿No había ningún parecido entre ellos y este jefe?

BARNBY:

No. Aquellos canadienses de Montreal iban vestidos normalmente. Sólo que llevaban melena, la llevan todos. Y creo que sería a matones por cómo llevaban el pelo.



LEO como lo vio Betty H. la primera vez.  
Código de dibujo de Betty H.



LEO como lo vio Barney H. con gorras y matones «Atribos» y luces rojas. Código de dibujo de Barney H.

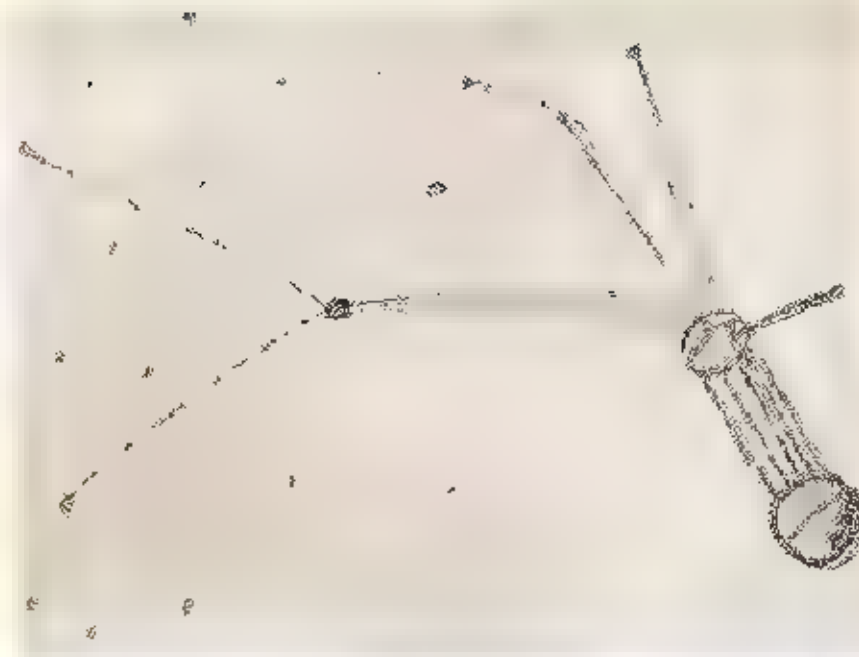


Dibujo de Barney Hill hecho después de que el raptamiento hipnótico basase los recuerdos reproducidos permitiendo recordar el lugar concreto donde posiblemente se raptó. Los puntos significan «gente en la carretera» vista por él. El círculo redondo que figura en el claro de bosque representa la posición aproximada de la nave espacial.

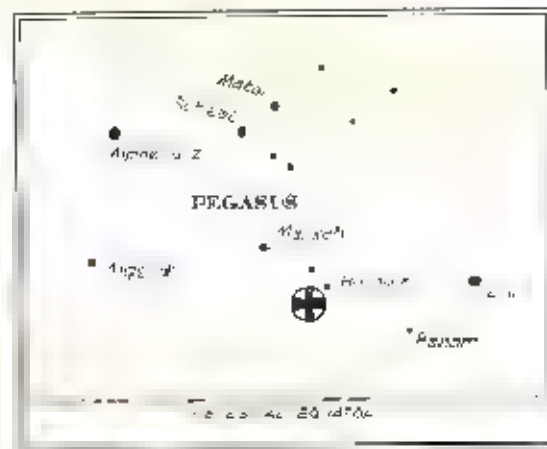


Barney Hill hipnotizado, dibujó «ruidos» y bocetos de «efes» de los supuestos raptos. Más tarde al escuchar las cintas magnetofónicas de su propio relato un incidente pareció simularse en una especie de trance hipnótico y dibujó el boceto «boceto» más completo. Dijo que los ojos eran alargados y que los labios parecían carecer de músculos.





El prototipo de la H. es un mapa que se había diseñado en efecto, y el dibujo de la H. es una copia de este. Mas tarde, cuando se me dio a conocer lo que se había examinado, me di cuenta de que las líneas representaban las constelaciones regulares y las puntuas las constelaciones especiales. En efecto, el mapa que se me dio en New York Times, para el mapa que representaba las constelaciones especiales.



DESDE EL FONDO DE LA H. se ve una gran cantidad de estrellas, y se ve que las líneas representan las constelaciones regulares y las puntuas las constelaciones especiales. En efecto, el mapa que se me dio en New York Times, para el mapa que representaba las constelaciones especiales.

DOCTOR:

Siga habiéndome del jefe.

BARNEY:

Le miré y él me miró. Y pensé: «Este no me hará daño.» Y quería volver adonde estaba Betty para hablar con ella de aquella cosa tan curiosa que estábamos presenciando. Y seguí mirándole y luego, volví al coche. Y dije: «Betty, ¿estabas preocupada?» Y ella me dijo: «¿Por qué no volviste? Estaba llamándote a gritos para que volvieras, ignoraba qué podías estar haciendo al otro lado de la carretera».

DOCTOR:

¿Y usted no la oyó gritar?

BARNEY:

No. No la oí gritar. Y pensé que estaría sentada en el coche, esperando. Pero me dijo que se había echado sobre el asiento, para poder abrir la puerta y llamarme y hacerme volver al coche.

(Las frases franquizadoras del comienzo del trance parecen haber reducido el terror que este recuerdo produce a Barney.)

Volví al coche y comencé a conducir por la carretera. Y conduje varios kilómetros sin darme cuenta de que ya no estábamos en la carretera número 3.

(Aquí, por primera vez, comienza a abrirse la puerta del cuarto oscuro. El telón cae siempre cuando Barney llegaba al campo de Indian Head. A partir de entonces, solo se entreveía algo cuando comienzan a alejarse del objeto. Betty, por su parte, nunca podía pasar de allí, excepto, pensaba ella, admitiendo que sus sueños fueran realidad.)

BARNEY:

Y no conseguía comprender esto porque la carretera era recta. Y miré y vi que me estaban haciendo sentir de que me detuviera. Y pensé: «¿Habrá ocurrido un accidente?» Por lo menos, según la ley inglesa, la tendré al alcance de la mano.»

DOCTOR:

Permítame que le interrumpa. ¿Qué vio usted en la carretera?

BARNEY:

Ví un grupo de hombres. Y estaban en pie en plena carretera. Y el trozo de carretera estaba muy iluminado, casi como si fuera de día, pero no era como la luz del día. No era luz blanca, sino una iluminación brillante.

(Otro de aquellos que se lee en muchos informes de objetos no-



Sólo una De las amígdalas.

DOCTOR:

¿Y se siente ahora como entonces?

BARNEY:

Creo que sí, pero tengo los ojos cerrados y sólo veo cuadros mentales. Y no siento dolor Y experimento una ligera sensación. Siento frío en la ingle.

DOCTOR:

¿Es la misma sensación de cuando le operaron?

BARNEY:

Ahora no me están operando. Estoy echado sobre algo y me parece que el médico me está poniendo algo en una oreja. Siento yo muchacho, el médico me puso algo en la oreja y yo le miré y él me explicó que se podía ver en el interior de mi oreja iluminándolo con lo que me había metido en ella Y pienso en esto Y me parece que el médico no me hizo daño y tendré mucho cuidado y me estaré muy quieto y haré todo lo que me manden y, entonces, no sufriré daño alguno.

*(Hace una pausa.)*

DOCTOR:

Continúe.

BARNEY:

Es que no recuerdo más.

DOCTOR:

¿Estaba usted pensando en esto cuando iba en coche por la carretera?

BARNEY:

Pensaba en esto cuando estaba echado en esta mesa.

DOCTOR:

¿Dónde estaba usted echado?

BARNEY:

Yo creía que en el interior de algo Pero no me atrevía a abrir los ojos. Me habían dicho que los tuviese bien cerrados.

DOCTOR:

¿Quién se lo dijo?

BARNEY:

El hombre.

DOCTOR:

¿Qué hombre?

BARNEY:

El hombre que vi con los gemelos.

*(Habla con tono normal, y está seguro de sí mismo como si el médico tuviera que saber todo lo que él está diciendo.)*

DOCTOR:

¿Era ese hombre uno de los que estaban en la carretera?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Y qué hicieron, mientras, los hombres que estaban en la carretera?

BARNEY:

Me cogieron y me llevaron por esa rampa.

DOCTOR:

¿Le llevaron en vao por la rampa?

BARNEY:

Estoy seguro de que subí por algo y de que me arrastraban los pies Y este hombre me dirigió la palabra y estoy seguro de que rió su voz y de que me miraba cuando yo estaba en la carretera.

DOCTOR:

¿O sea que esto ocurrió después de estar en la carretera?

BARNEY:

Esto ocurrió después de estar yo en la carretera en Indian Head. Me pareció que habíamos recorrido ya bastante distancia desde Indian Head, pero me perdí y de pronto, me encontré en el bosque.

DOCTOR:

Se perdió usted después de Indian Head, ¿no?

BARNEY:

No estaba en la carretera n.º 3 y no acababa de explicarme por qué.

DOCTOR:

¿Indian Head se sitúa antes o después de que vieran el objeto volante?

BARNEY:

Vi el objeto volante en pleno cielo, en Indian Head. Y después de Indian Head, cuando el coche durante varios kilómetros. Creo haber conducido durante muchos kilómetros. Y la carretera no es la carretera n.º 3. Es una que cruza una zona muy boscosa. Y es ahí donde me bajan.

DOCTOR:

¿Dónde le bajan?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Cuántos eran?

BARNEY:

Creo que vi un grupo de seis hombres. Porque tres de ellos vinieron hacia mí y otros tres no.

DOCTOR:

¿Cómo iban vestidos?

BARNEY:

Fue entonces cuando me dijeron que cerrase los ojos. Y cerré los ojos.

DOCTOR:

Pero, ¿no los vio antes de cerrar los ojos?

BARNEY:

Iban vestidos de oscuro. Y todos vestían igual.

DOCTOR:

¿Eran hombres blancos?

BARNEY:

No sé de qué color eran. Pero sus rostros no parecían distintos de los de los hombres blancos.

DOCTOR:

¿Llevaban uniforme?

BARNEY:

Antes de cerrar los ojos, pensé en las guerreras de la Marina.

DOCTOR:

¿Le dijeron alguna otra cosa, además de mandarle cerrar los ojos? ¿Le dijeron por qué le habían hecho parar?

BARNEY:

No me dijeron nada. No me contaron nada.

DOCTOR:

¿Había algún vehículo cerca?

BARNEY:

No vi ninguno.

DOCTOR:

¿No vio usted ningún vehículo?

BARNEY:

Me dijeron que cerrase los ojos porque todos o os acercarse a los míos.

(El fragmento de la primera susurra donde piensa en un gato salvaje o en el gato de la estufa, posiblemente.)

Y sentí como si esos o os se me araban por los míos.

DOCTOR:

¿Eran esos o os los mismos del jote que vio usted con los gemelos?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Cree usted que se trataba de la misma persona?

BARNEY:

Entonces yo no pensé en nada. No pensé en el hombre que vi en el interior del coche cuando aún estaba. Como le digo, vi los ojos y no pensé en nada más. Me puse a cerrar los míos.

(Su voz por un momento se detiene cada vez que menciona los ojos.)

Y me dije de golpe y puse la cabeza inquietada en tierra y dos de los hombres me ayudaron a salir. Y yo no anévalo. Tuve la impresión de que me movían a desah. Y no fue muy lejos o por lo menos tuve la impresión de que en seguida empezamos a subir por una rampa o algo parecido. Mis ojos seguían herméticamente cerrados y tenía ahogado.

(Otra pausa. Luego.)

No es eso lo que yo quería decir.

DOCTOR:

Intente decirlo otra vez.

BARNEY:

No quería abrir los ojos. Era más cómodo tenerlos cerrados.

(Barney al fin se da cuenta de su deseo de liberarse de la experiencia.)

DOCTOR:

¿Le sujetaban esos hombres?

BARNEY:

Estaba a punto de y yo me sentía raro porque sabía que me tenían sujeto, pero no podía.

DOCTOR:

¿Es eso lo que quiso decir la otra vez, cuando dijo que le parecía estar flotando?

BARNEY:

Me parecía que flotaba, que estaba suspendido en el aire. Estaba pensando en bajarme del coche y no se me había ocurrido que esos boticantes, cuando me ayudaron a bajar del coche, que no iba a sentir su contacto. Y sólo advertí que no los sentía cuando subimos por la rampa. Y entonces me da cuenta de que no los notaba. Por la postura de mis brazos, parecía que estaban agarrados por alguien. Pero mis pies no ayudaban. Y quiero echar una ojeada. Quiero mirar. Quiero mirar.

*(Esta es la misma sensación de la primera sesión, aclarar ahora.)*

DOCTOR:

¡Sí, continúe. Esto no le inquietara, ahora. Puede continuar.

BARNEY:

Abrí los ojos.

DOCTOR:

Abró usted los ojos. ¿Y qué vio?

BARNEY:

Vi que estaba en la sala de operaciones de un hospital. Todo era azul pálido. Azul celeste. Y cerré los ojos.

DOCTOR:

¿Recuerda usted la sala de operaciones en que le contaron las amígdalas?

BARNEY:

Recuerdo el hospital y estaba allí porque creí que tenía apendicitis. Y estuve allí durante trece o catorce días. No fueron trece días.

*(Barney vuelve a mostrarse preocupado por expresarse con absoluta exactitud, aun en los detalles de poca importancia.)*

Y yo sola pasearme por el corredor y asomarme a la sala de operaciones. Y pensé en esto. No fue la vez que me operaron las amígdalas.

DOCTOR:

¿Era azul la sala de operaciones del hospital?

BARNEY:

No. Había luces brillantes.

DOCTOR:

¿Luces brillantes?

BARNEY:

Luces brillantes. Como bombillas eléctricas. Pero este cuarto

no era como aquél. Era immaculado. Me asombré de lo limpio que estaba todo. Y cerré los ojos.

DOCTOR:

¿Tuvo la impresión de que iban a operarle?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Creyó que estaban atacándole de alguna manera?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Creyó que iban a atacarle de alguna manera?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

Dijo que sentía frío en la ingle.

BARNEY:

Estaba echado en una mesa y me pareció que alguien estaba tocándome la ingle con una taza y de pronto, paró. Y me dijo: «¿Qué cosa más rara!»

DOCTOR:

Haga el favor de hablar un poco más alto.

BARNEY:

Me dijo: «¿Qué cosa más rara! Si me estoy callado y completamente quieto, no me harán ningún daño.»

*(De nuevo el rito mágico.)*

Y todo terminará. Y me estaré así, fingiendo que estoy en cualquier sitio y pienso en Dios y pienso en Jesucristo. Y me bajo de la mesa y estoy sonriendo de oreja a oreja y me siento aliviadísimo. Y estoy andando y están gaudome. Y tengo los ojos cerrados y abro los ojos y éste es el coche. Y las luces están apagadas y el motor en silencio. Y Daisy está debajo del asiento. Y me inclino y la toco, y la perla está hecha un villo debajo del asiento y yo me siento al volante y me recuesto en el respaldo. Y veo a Betty que viene por la carretera y entra en el coche y yo le sonrío y ella me corresponde con otra sonrisa. Y los dos parecemos tan contentos y nos sentimos felices de verdad. Y yo me digo que en el fondo, no nos ha ido tan mal. Qué raro. No tenía motivo para sentir miedo. Y miramos y vemos la luna rela-



ciente Y me eché a reír y digo: «Bueno, adelante» Y me siento aliviado.

DOCTOR:

¿Quiere decir que el objeto volante se había ido ya?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Se había ido?

BARNEY:

Se estaba yendo.

DOCTOR:

¿Yéndose? ¿Le veía usted irse?

BARNEY:

Era una pelota enorme, reluciente. Color naranja. Era una pelota reluciente preciosa. Y se iba. Se iba. Y nos quedamos en la oscuridad. Y yo encendí las luces del coche y me puse por la carretera. Y me pareció que había una curva en la carretera. Y puse el coche en marcha y vi una luz roja pendiente y enorme, seguí conduciendo hasta llegar a la carretera número 3 porque íbamos por una carretera de cemento. Y pensé: «¡Santo cielo! ¡Ojalá diéramos con un restaurante donde pudiéramos tomar una taza de café!» Y Betty y yo nos sentimos muy alegres. Verdaderamente me sentía alegre de verdad, como cuando uno se siente bien y a gusto, aliviado.

DOCTOR:

¿De qué se notaba usted aliviado?

BARNEY:

Me siento aliviado porque me parece que he estado en una situación apurada y he salido de ella sin sufrir el menor daño o inconveniente. Y me siento aliviado de verdad.

DOCTOR:

¿Y el objeto volante había desaparecido?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Para no volver?

BARNEY:

Betty estaba riendo y dijo: «¿Crees ahora en los platillos volantes?» Y yo dije: «Betty, hija, no digas tonterías. Claro que

creo en ellos.» Y oímos un ruido, como un «bip-bip». Y el coche continuaba. Y yo me calmé.

DOCTOR:

Oyó un «bip-bip».

BARNEY:

Oí un ruido como: «Bip-bip-bip-bip-bip-bip-bip».

DOCTOR:

¿Tenía la radio del coche puesta?

BARNEY:

No. La radio no estaba puesta. Era tan tarde que supuse que no encontraría ninguna emisora. Por eso al salir de Canadá la desconecté. La puse en Quebec porque pensé que tendría cierta gracia oír la Radio canadiense que lo dice todo en francés. Y la música también en francés a su vez. Pero cuando salimos de Montreal, o que yo quería ir a volver a casa de una vez. Y apagué la radio. No suelo poner la radio cuando conduzco.

DOCTOR:

Volviendo a los ruidos. Los oyó de nuevo. Le sonaron como los de la radio, cuando se oyen señales telefónicas? ¿A qué se parecen?

BARNEY:

(Rápidamente incise amen e.)

Hacían así: «Bip-bip-bip-bip». Sonaban como si hacían «bip-bip».

DOCTOR:

Bueno, ¿y qué hizo usted, entonces? ¿En qué se basó entonces?

BARNEY:

Pensé que aquel «bip-bip» era raro. Y al primer «bip» o al segundo, toqué el volante con las puntas de los dedos, porque me pareció sentir una vibración al oír el «bip». Y como continuaba oyéndolo, Betty volvió la cabeza y yo amortigué la velocidad hasta parar el coche. Y dije a Betty: «¿Se mueve algo en el coche?».

DOCTOR:

¿Dijo ella que también oía los «bip-bip»?

BARNEY:

Dijo: «¿Qué ruido es ése?» Y los dos miramos hacia atrás y Daisey se había subido al espacio del asiento y tenía las orejas tensas y el «bip-bip» seguía sonando. Y dije: «¿Crees que ese objeto todavía está por aquí?» Le llamé «objeto» pero Betty lo llamaba «platillo volante». Y como nadie nos respondió los dos

pensámos: «Qué cosa más rara.» Y pensé: «¡Esto sí que es extraño!» ¿Podría hacer yo que el coche haga este ruido? Para comprobarlo, aceleré y luego, ammore la velocidad rápidamente. Y fui al lado derecho de la carretera y, después, al izquierdo. Y frené en seco y aceleré, luego, de pronto. Pero no conseguí que el coche hiciera aquel ruido. Y seguimos carretera adelante. Y vi el aviso: «A Concord, Dieciséis millas.»<sup>1</sup> Y fuimos a Concord y bajamos por la carretera n.º 4.

DOCTOR:

¿Y los «bip-bip» les siguieron hasta allí?

BARNEY:

No. No volvimos a oírlos más.

DOCTOR:

¿Dejaron de oírlos cuando se metieron por la carretera de Concord?

BARNEY:

No. De años de oírlos bastante antes de llegar a la carretera principal. Porque la carretera n.º 3 también es de cemento y fue allí donde oímos el «bip-bip». Y lo oímos dos veces, al subirme corriendo al coche, y cuando volví al coche y comencé a conducir de nuevo. Y pregunté: «¿Qué será esto, Betty?» Y no volvimos a oírlo.

*(Sus recuerdos vuelven a ir a Indian Head.)*

DOCTOR:

¿Lo oyó ella también?

BARNEY:

Sí, también ella lo oyó. Y no volvimos a oírlo hasta que penetramos en la zona boscosa y entramos de nuevo en la carretera n.º 3. Y ella me preguntó si yo creía ahora en platillos volantes y yo no quise decir lo que realmente pensaba.

DOCTOR:

¿Y qué pensaba usted?

BARNEY:

Pues pensaba que lo que habíamos visto era distinto de todo cuanto había visto hasta entonces.

DOCTOR:

Se refiere también a la sala de operaciones y a la gente que vio en ella, ¿no?

<sup>1</sup> Unos veinte kilómetros.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Le dio miedo pensar que le hubieran raptado?

BARNEY:

No se me ocurrió esa palabra. Sólo la empujé débilmente. No tuve la impresión de que me hubieran raptado. Pero cuando puse en raptos los recuerdos con violencia.

DOCTOR:

¿Y usted no sufrió ningún...?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Y no se le ocurrió ninguna explicación?

BARNEY:

Lo que yo quería era llegar a casa y mirarme la ingüe.

DOCTOR:

Quería mirarse la ingüe. ¿Entonces, acaso que le hubiesen hecho algo malo en ella?

BARNEY:

Quería mirármela. Pensé que era una prueba de que en efecto, me había sucedido algo. Y me sentía inseguro. Y vacilaba, y me decía que no podía ser. Y luego, me corregía a mí mismo: «Pues ocurrió, ya lo creo que ocurrió.» Y me puse a pensar: «Cuando llegue a casa y me mire la ingüe, tocaré lo que me tocó y veré si queda huella.» Eso es lo que pensé.

*(Pero esta idea desapareció por completo cuando Barney volvió a la posesión plena de sus facultades mentales. Cuando llegó a casa, se miró la ingüe, pero sin recordar el motivo que tenía para hacerlo.)*

DOCTOR:

Muy bien. Siga.

BARNEY:

Llegamos y entré en casa. Y estaba demasiado fatigado para descargar el equipaje. Y fue Betty quien lo sacó del coche. Y cogió a Daisy y la dejó que fuera a hacer sus necesidades en la hierba y, luego, la entró en casa también. Y yo fui al cuarto de baño y estaba diciéndome que algo se ceñía en torno a mí. Me acerqué a la ventana y me puse a mirar el cielo nocturno, y fui a la puerta trasera y la abí y mire al cielo. Y pensé: «Algo se agita en torno

a mí, por aquí, en algún sitio.» Y Betty y yo nos acostamos, charlando. «No es cierto que es extraño lo que ha pasado, sea lo que sea? Y no conseguía recordar nada de lo ocurrido, excepto que me encontraba en Indian Head cuando comenzó a ocurrir. Y nos acostamos. Y al despertar decidimos no contárselo a nadie y hablar de ello únicamente a solas, los dos. Y dije: «Pero, Betty, ¿por qué no hacer un croquis de lo que has creído ver? También yo haré uno.» Y los dos hicimos dibujos y resultaron idénticos. Y Betty llamó a su hermana y se lo contó.

DOCTOR:

Dijo usted algo sobre unas manchas que vio en el coche.

BARNEY:

Betty volvió de hablar por teléfono y dijo: «¿Dónde está la brújula? ¿Dónde está la brújula? Y cuando Betty hace esas cosas me irrita en el acto. Y dije: «No sé de que estás hablando, Betty.» Y ella dijo: «¡La brújula! ¡La brújula! ¿Dónde está la brújula? Y le respondí: «En el cajón donde es á siempre.» Y, entonces, ella cogió la brújula y yo me sentí irritado porque cuando Betty se excita de esta manera no se le ocurrió abrir el cajón y coger la condenada brújula. Y salió de casa y yo me asomé a la ventana de la alcoba, que es la ventana frontera de la casa, y pensé: «Todo esto está sentándole mal a Betty y es preferible que lo olvidemos cuanto antes mejor y dejemos de pensar en ello.» Y Betty entró en la casa haciendo mucho ruido y dijo: «¡Barney! ¡Ven, ven, rápido!» Y yo saí y miré la brújula cuando ella la puso junto al coche. Y dije: «Esto es ridículo, Betty. Después de todo, el coche está hecho de metal y cualquier metal atrae a las brujas y las hace reaccionar de esta manera.» Y ella dijo: «Pero mira lo que hace, y mira las manchas que hay en el coche.» Y miré y vi que eran manchas grandes, manchas relucientes, en la parte trasera del coche. Y pensé: «¿Qué puede haberlas causado?» Y me puse a limpiar una de las manchas y Betty dijo: «No lo toques.» Y yo dije: «¿Y cómo sabes tú si esto tiene importancia?» Y, entonces, puso la brújula junto a una mancha, y la brújula se volvió loca y si la ponía a una cierta distancia de cualquiera de las manchas o la ponía en una parte del coche donde no hubiera manchas, la brújula se calmaba. Y esto me pareció incomprensible. Y yo sabía que no sabía nada sobre brújulas. Y dije a Betty: «Esto no es nada. Esta brújula es mala, no hay ningún motivo de alarma.»

DOCTOR:

¿Y cómo se le ocurrió a ella ir a por la brújula?

BARNEY:

Y entonces, lo ignoraba.

DOCTOR:

¿Y qué averiguó usted?

BARNEY:

Betty me dijo luego que, hablando con su hermana, ésta le dijo que fuera a por una brújula y comprobara si el coche estaba magnetizado, o algo por el estilo. Y por eso ella...

DOCTOR:

¿Dice usted que esas manchas volvieron loca a la brújula?

BARNEY:

Si poníamos a brújula donde no hubiera manchas, la aguja quedaba quieta.

DOCTOR:

Dice usted que las manchas eran relucientes. ¿Qué quiere decir con esto concretamente? ¿Cambió el color del coche, o qué?

BARNEY:

Quedó muy pulido.

DOCTOR:

¿Como si alguien le hubiera pulido cuidadosamente?

BARNEY:

Sí, donde había manchas.

DOCTOR:

¿Qué tamaño tenían?

BARNEY:

Aproximadamente como medios dólares, dólares de plata.

DOCTOR:

¿Trató usted de borrarlos? ¿O trató de lavar el resto del coche?

BARNEY:

Deje de pensar en las manchas.

DOCTOR:

¿Estaba polvoriento el resto del coche?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y no trató usted de pulirlo o limpiarlo para ver si se volvía tan reluciente como las manchas?

BARNEY:

Había llovido...

*(Llovió por la tarde y también la noche del día que regresaron a Portsmouth)*

Y la lluvia quitó algo el polvo, pero las manchas siguieron donde estaban, y no hice nada por borrarlas.

DOCTOR:

¿Cabría la posibilidad de que esas manchas fueran consecuencia de la lluvia que limpió el polvo del coche?

BARNEY:

No, las manchas eran brillantes y completamente redondas.

DOCTOR:

Bueno, ¿y usted qué hizo? ¿Las dejó donde estaban?

BARNEY:

Exacto.

DOCTOR:

¿No lavó o frotó el coche más tarde?

BARNEY:

Era el coche de Betty y es ella quien lo lava. Supongo que lo habrá lavado. No volví a pensar en el asunto.

DOCTOR:

No lo sabe. Bueno. ¿Cuánto tiempo duraron esas manchas?

BARNEY:

Dejé de pensar en ellas. No sé. Dejé de pensar en las manchas.

DOCTOR:

¿Ignora cuándo desaparecieron? ¿No sabe siquiera si desaparecieron?

BARNEY:

Sí, ya no están.

DOCTOR:

Muy bien. Dejaremos de hablar de ellas, ahora. Usted ya no pensará más en lo que hemos hablado hoy hasta que yo le ordene recordarlo. No le inquietará a usted en absoluto. Ni siquiera pensará en ello. Los ojos no le inquietarán. Todo va a pasar de poca, todo está tranquilo, todo está como debe estar. No hay ningún motivo de inquietud ni de preocupación. ¿Entendido?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Se encuentra usted bien, ¿de verdad?

Mrs. J. J. Jones, 1234 Main St., New York City, N. Y. 10001. Tel. 1-234-5678. (Circulo de los nombres en la pagina este)

DELANTE



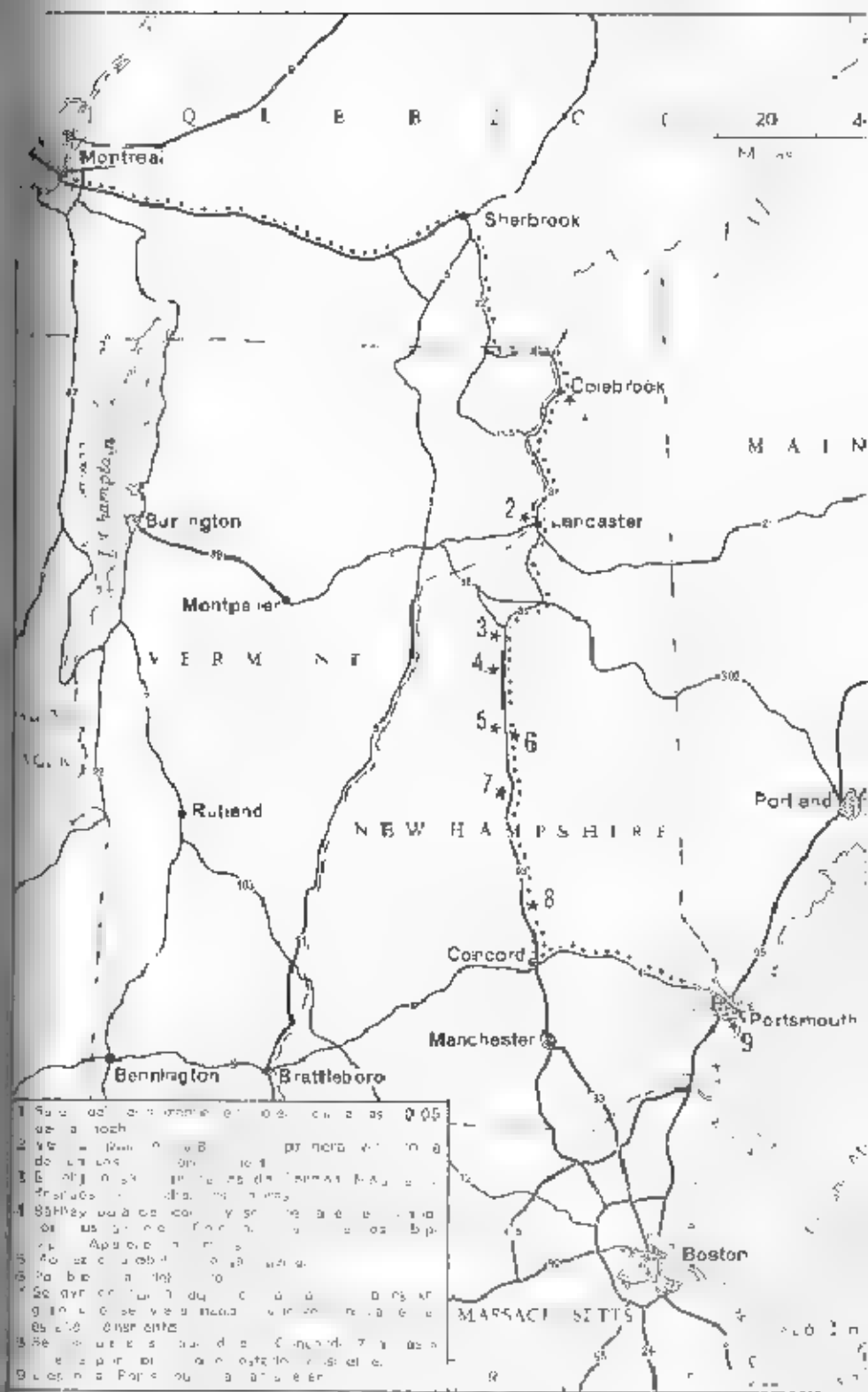
4.34  
1.34/1.10

4.44  
5.11

6.12  
7.11

ATRAS

Boceto de E...  
de ...  
las sesiones ...  
extraer más recuerdos ...





Edward Bernheim

Edward Bernheim y Simon



ALBERTO GARCÍA

Barney y Betty, el día de su sesión  
hipnótica a bordo

BARNEY:

Sí, bien.

DOCTOR:

Y tranquilo. Y no siente la menor preocupación ni la sentirá. Todo irá a pedir de boca. Y usted y Betty volverán aquí dentro de una semana, como vinieron hoy. ¿Se encuentra perfectamente, ahora?

*(El doctor está asegurando a Barney por partida doble de que al volverá a enfrentarse con los mismos problemas que la semana anterior.)*

BARNEY:

Sí, muy bien.

DOCTOR:

Se encuentra usted muy bien. No sentirá preocupación alguna. Todo esto no afectará en absoluto a su mente. Es una experiencia de la que volveremos a hablar para esclarecerla por completo. De manera que no sienta miedo ni inquietud. No pensará usted en esto, no volverá a molestarle más. Todo cuanto hemos hablado en estas sesiones se apartará por completo de su mente, no le causará ninguna inquietud, no le atormentará. Se sentirá usted tranquilo y a gusto. Sin dolores, sin angustia. Todo irá a pedir de boca.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Ahora, puede irse.

*(Barney despierta inmediatamente, sintiéndose tranquilo y bien. No guarda ningún recuerdo de lo ocurrido durante la sesión.)*

Al comenzar la sesión del 29 de febrero, Barney no se sentía seguro de si el doctor iba a acceder a su petición de que siguiese con Betty y le dejase a él descansar un poco del esfuerzo mental que le había costado la primera sesión. Realmente, él esperaba a medias, en el mismo instante de sumarse en el trance que el doctor se limitaría a hipnotizarle para reforzar su susceptibilidad hipnótica con vistas a futuras sesiones. Cuando miró el reloj al final de la segunda sesión, se sintió sorprendido al ver que ya eran casi las diez, o sea que habían pasado casi dos horas. Se sintió sobresaltado porque aunque ya habían llegado a una tes-

tura en la que aceptaba la posibilidad de perder contacto con la realidad durante una hora aproximadamente. estaba seguro de que tendría que haber intervalos de consciencia, por breves que fueran, si el trance duraba tanto tiempo.

Se notó muy tranquilo y a gusto al salir del trance, y creyó recordar que había conocido todo lo ocurrido hasta el momento de llegar a Indian Head aunque fuera en estado hipnótico. Se daba cuenta vagamente del tono de voz del doctor pero de esto no conservaba un recuerdo claro.

En realidad — como Barney más tarde — no guardaba ningún recuerdo concreto sobre lo ocurrido durante las sesiones propiamente dichas, en estado hipnótico. Pero me pareció que mi memoria se fortalecía muchísimo a consecuencia de las sesiones hipnóticas como si, de pronto, pudiera decir: «Betty ¿recuerdas el color de la sombra del motel en que paramos en Montreal? Pues era azul pálido» cosas así. O que hubiera adivinado al radiador del retrete. Recordaba cosas de este tipo. Y también recordaba en estado consciente, por supuesto detalles como los números de las carreteras por donde habíamos ido. Y después de la segunda sesión recordé también que habíamos parado en este restaurante tan raro que parecía una granja antes de llegar a Montreal. Y la escena que evocó mi memoria era tan vívida. Un ambiente muy curioso y grato precioso. Una gran chimenea, toda la pared era una chimenea. Nos dieron un desayuno estupendo, el tipo de desayuno que se da a los leñadores — panes de jamón y, encima, tres o cuatro huevos si los pedías. El recuerdo me vino a la memoria clarísimamente. Es decir, que la parte consciente del viaje me volvió a la memoria con más claridad que nunca, aunque seguía sin tener idea de lo ocurrido durante el período de tiempo bloqueado por la amnesia.

Después de esta segunda sesión, comencé a tener sueños. Tuve unos sueños raros, comencé a soñar por primera vez en mi vida con objetos volantes no identificados. Y leí un libro sobre un médico que había estado en un campo de concentración en Alemania y que estaba lleno de angustia y comencé a imaginarme como si fuera el doctor Simon, y este libro me llenó de angustia a mí también, porque, en cierto modo el doctor Simon se había convertido en una especie de amigo íntimo. Se había convertido en algo más que un amigo íntimo porque lo apreciaba de verdad y no quería que sufriese daño alguno.

## CAPITULO VII

Terminada la segunda sesión el doctor Simon pasó revista al caso que ahora comenzaba a ser iluminado por verdaderas revelaciones pertenecientes al período amnésico. El caso estaba empezando a dividirse por sí solo en dos fases separadas: el primer encuentro, que tal y como había sido contado, tuvo lugar en Indian Head, y el segundo, que, según todos los indicios, ocurrió en un trecho boscoso de una ruta que sale de la carretera n.º 3, en este segundo encuentro también intervino un obstáculo que cortaba el paso al coche, y la curiosa narración del rapto a bordo de la nave espacial era parte de él.

Lo revelado en las dos sesiones en que participó Barney parecía indicar que éste había sido sometido a un intenso choque emocional al enfrentarse con un objeto no identificado, real o imaginado como real. La segunda experiencia, o sea el rapto, carecía de precedente o confirmación en los informes considerados como fidedignos sobre objetos volantes no identificados y, por lo tanto tenía que ser clasificada como mucho menos probable o incluso como irreal. Habría que disponer de muchos más datos para que la balanza se inclinase convincentemente del lado de la probabilidad por lo que se refería a esta segunda experiencia que parecía más bien una especie de reflejo de la primera.

Antes de seguir con Barney, el doctor Simon decidió comenzar con Betty y bucear en su memoria. El doctor manejaba conjeturas lógicas y datos, con los que trataba de comprobar y decidir en nuevos datos que eran siendo aceptados o rechazados sobre la marcha. El médico ha de ser escéptico, pero debe poseer



hipnosis prácticas, con las que pueda aquilatar la validez del material revelado por el paciente.

El doctor Simon no sentía interés alguno por la parte de caso relacionada con el objeto volante no identificado en sí, sino le interesaba como parte integrante de la experiencia de los hipnóticos. Su impresión, cuando comenzó a tratar a Betty Hill la semana siguiente, era que el primer accidente pudo muy bien haber tenido lugar, pero el segundo era poco probable.

Mientras se dirigía a casa del doctor para someterse a la primera sesión Betty Hill, no se sorprendió, que sentía a veces impaciencia por comenzar aquella nueva experiencia. Había aguardado a Barney durante dos largas sesiones sentada sola e inactiva, no se iría, ni a la si misma víctima de crisis como las que indicaban los cambios ruidos que había escuchado durante la primera sesión y de las que todavía no había hablado a su marido.

En la consulta del doctor Simon el 7 de marzo de 1962, se invitó al ceremonial. Esta vez fue Barney quien tuvo de reforzar sus aptitudes hipnóticas y Betty quien se quedó en el cuarto para someterse a la hipnosis propiamente dicha. Betty no estaba segura de si el doctor la hipnotizaría inmediatamente o de si la sometería antes a un interrogatorio en estado consciente.

Llevaba consigo, en su cuaderno de notas, una copia de la narración de allada de sus sueños. Mientras Barney conducía ella le preguntó si sería buena idea enseñarse a al doctor, pero Barney le aconsejó esperar a que el doctor mismo se la pidiera. Barney se mostraba muy inquieto y confuso sobre los sueños de Betty, no le gustaba pensar en ellos ni encontraba bien que se preocupasen tanto. En una palabra no creía que fueran la menor base real. Aunque nunca se lo había dicho a Betty él no quería que el doctor Simon se diera a mirar por aquellos sueños; por lo tanto su descripción detallada siguió guardada en el cuaderno de notas de Betty mientras esta se preparaba para comenzar la sesión.

Betty recuerda claramente haber oído las palabras convenidas que fueron pronunciadas por el doctor al comienzo de esta larga sesión el 7 de marzo.

—Siempre que el doctor las decía, recordaba Betty, yo sentía la mas completa calma. Era como si alguien, de pronto, me diese una orden. En cuanto el doctor dice las palabras, todo lo demás, sea lo que sea, se cancela de pronto. Estaba pagando un cigarrillo y durante un instante fui me di cuenta de que era el procedimiento y que era la cosa lo que yo quería hacer, pero inmediatamente no podía hacer. La verdad es que cuando le van a hipnotizar a uno, el truco no llega inmediatamente, es como cuando uno está durmiéndose como flotando en el aire, sumergido se gradualmente en el sueño. Es imposible de tener este proceso, pero una vez que se intenta.

Betty oyó las palabras dadas una. Pero le pareció que en el acto llegó un silencio a los ojos tras palabras del doctor: «Puede despertar Betty». Las estas palabras y aquellas transcurrió mas de una hora desde la casa, Betty volvió a revivir plenamente y recordó el momento ocurrido en Cannon Mountain. Lo que recordó en este tiempo no le fue revelado a ella hasta algunos segundos después.

Doctor:

*(Los ojos de Betty se cierran. Asiente con la cabeza.)*

Is a sus ojos dormida profundamente dormida, profundamente dormida. Completamente dormida. Muy tranquila, descansada, con el cuerpo dormido profundamente. Completamente dormida profundamente dormida.

*(Al repetir estas órdenes, el doctor refuerza la inducción hipnótica que Betty ha ido recibiendo a través esas semanas. Esto basta para ponerla en el estado hipnótico necesario.)*

Ahora volvemos al momento de sus vacaciones, en septiembre de 1961, en que vieron a las cascadas de las Cataratas del Niágara, cuando le mostraron a Betty lo que hicieron y lo recordará todo tal como lo hicieron y todas sus experiencias, todas sus sensaciones y me lo irá diciendo todo, con todo detalle. Veanos que en este momento de las cataratas del Niágara y van hacia Montreal. Vuelven de una serie de vacaciones, de placer. Cénteme todo cuando vienen y cuando vienen tanto us como su marido.

Betty:

*(Su voz es tranquila y serena, que la de Barney, que parecía sin vida, pero el tono de voz que se oye es tan poderoso como el de ella.)*



DOCTOR

¿Eran colores como los que suelen verse o eran?

BETTY

Sí, eran colores brillantes, vivos. Parecía luz color naranja brillante, casi un rayo de luz roja. Y había otro que parecía azul bueno, como una luz de coche de la policía, como dijo usted. Ya me entiende, era algo así porque la luz del coche gira y cambia. Aunque dé la impresión de pertenecer a un solo color se dispersa. Todas esas distintas clases de luz parecían pertenecer al mismo destello, destello de ese tipo.

DOCTOR

¿Había otros colores, además del rojo, el ámbar y el verde?

*(El doctor alude aquí a las luces usadas normalmente en América por aviones, vehículos y semáforos.)*

BETTY:

Como azul y emitía destellos. Destellos, destellos, destellos. En toda mi vida había visto nada parecido. Y se movía con mucha rapidez. Nunca he visto un satélite, pero siempre pensé que los satélites se mueven como estrellas fugaces aunque quizá no sean tan rápidos. Pero éste no iba con tanta rapidez. Bueno, cuando lo vi cruzar la cara de la luna me quedé impresionadísima y seguí mirándolo. Pero, luego, traté de convencer a Barney de que lo mirara también. Quería que lo viese antes de que terminara de cruzar el rostro de la luna. Pero él no hacía más que decir: «Si sólo es un satélite.»

DOCTOR

¿Se refiere usted a satélites como «Telstar» o «Eco», o a otra clase?

BETTY

Sí, a esos. Y Barney dijo que sólo era un satélite, y él estaba junto al coche y cuando yo fui allí, el objeto había terminado de cruzar la cara de la luna. Y, entonces, Barney lo miró durante unos segundos y me devolvió los gemelos sin hacer ningún comentario.

DOCTOR

¿Dijo usted que le pareció que tenía una forma rara?

BETTY:

Sí.

DOCTOR

¿Cómo describiría usted su forma? ¿Era redonda? ¿O parecía a algún objeto conocido? ¿A un avión?

BETTY:

No. No era como un avión. Sólo se me ocurrió compararla con un cigarro puro.

DOCTOR:

¿Un cigarro puro?

BETTY:

Sí, porque era largo y no tenía alas. Y se movía como ladeado. Sí, eso un cigarro puro. Lo de izquierda a derecha. Era igual que si puséramos un cigarro puro contra la faz de la luna, con todas esas luces relampagueando en torno a él. Entonces Barney lo miró y yo cogí los gemelos y miré de nuevo y se los devolví. Y fui a buscar a Delsey y la llevé al coche y me subí también yo en el coche. Y, entonces, Barney vino y se subió al coche y dijo, «Nos han visto y vienen hacia nosotros.» Y yo me eché a reír y le pregunté si había estado viendo alguna película fantástica en la televisión. Y entonces él no dijo nada.

DOCTOR

¿Por qué mencionó usted la televisión?

BETTY:

Porque la idea de Barney era fantástica.

DOCTOR

¿Ha visto usted cosas fantásticas en televisión, con frecuencia?

BETTY

No sé. Cuando pongo el televisor no es para ver esas cosas, pero la gente habla de programas fantásticos y es esa la impresión que tiene una. Y por eso, cuando Barney me dijo que los habían visto y que se acercaban a nosotros, pensé que su imaginación se había desbocado.

DOCTOR:

¿Tenía a los gemelos en aquel momento?

BETTY

Le acé en pie al borde mismo de la zona de aparcamiento, mirando aquel objeto mientras yo cogía a Delsey y la llevaba al coche. Y me senté y espere a que terminara de mirar. Y fue entonces cuando volvió y me dijo que el objeto venía hacia nosotros.

DOCTOR:

¿Mió usted para comprobarlo?

BETTY:

No en aquel momento no Pensé que aquello — pues eso que me daba igual. Bueno, pues Barney siguió diciendo que se estaba acercando hacia nosotros, de modo que me dije «Bueno, no sé por qué se le habrá ocurrido esa idea». Pero la verdad es que también yo empecé a sentir curiosidad por averiguar el motivo de lo que decía Barney. Cogí, pues, los gemelos y, al principio no daba con el objeto pero, luego lo vi. Y vi que se nos estaba acercando, echándosenos encima. Y aun estaba lejos, lejos. Y aun que se nos acercaba, seguía pareciendo una estrella. Era como un objeto de luz sólida. Y entonces, cuando me quitaba los gemelos de los ojos y lo miraba, volvía a parecerme como una estrella corriente que se está acercando.

*(Esto se parece a muchos informes sobre objetos volantes no identificados que hay en los archivos del Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos y en los de la Aviación.)*

Pero cuando volvía a mirarlo con los gemelos, me parecía, naturalmente, mucho más grande. Pero volaba de una forma muy rara. Y esto era lo que más me intrigaba.

DOCTOR:

¿Cómo volaba?

BETTY:

Ya sabe usted cómo vuelan los aviones, ¿no? En línea recta. Pues este objeto no volaba así. Daba vueltas, giraba. Y se lanzaba un poco en línea recta, muy poco y, luego, se ladeaba y ascendía.

DOCTOR:

Veamos. Dice usted que, por la forma, parecía un cigarro puro.

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Volaba como volaría un cigarro puro? ¿Como una flecha?

BETTY:

Eso parecía.

DOCTOR:

¿Qué hacía cuando se ladeaba? ¿Cómo se ladeaba?

BETTY:

Pues así. Coja usted un puro y póngalo en la mesa, caído. Luego, lo levanta por un extremo y vuelve a dejarlo caer. Así es

como se ladeaba. Y, mientras tanto, daba la impresión de estar girando sin cesar.

*(Otros informes confirman que la forma de cigarro puro, como en el caso de Barney, es la de un disco visto de perfil.)*

DOCTOR:

¿Como si girase en torno a un eje?

BETTY:

Sí. Primero se lanzaba en línea recta y, luego de repente, crecía, también en línea recta. Y, luego descendía perpendicularmente, se daba caer como un plomo. Eso parecía el sistema de vuelo. No lo hacía siempre de una manera precisa e igual. Era como si sufriese una sacudida. Así, no de una manera suave. Y a medida que se acercaba, parecía aumentar la frecuencia de esas sacudidas. Y nos siguió durante bastante rato. Y era Barney quien contaba, mientras yo no hacía más que mirar el objeto y ver cómo volaba. Y pensé: «A lo mejor son los movimientos del coche lo que me hace creer que se mueve de esta forma.»

DOCTOR:

¿Lo que le hace ver a usted las sacudidas de que habla?

BETTY:

Sí. Pensé que a lo mejor ese efecto era debido a las vibraciones del coche. Entonces empecé a decirle a Barney que parara el coche para comprobar si de verdad volaba así. Y él lo paraba y decía que no lo veía volar de esa forma pero yo sí. Y por eso me puse a compararlo con otros objetos — con una estrella, para ver si daba la misma impresión, pero no la daba. Empecé a tratar de resolver este asunto. Me dijo: «Nada vuela de esa manera, de modo que soy yo me estoy convenciendo a mí misma de que vuela así.» Y eso lo que yo miraba estaba como debía estar. Sólo este objeto no parecía normal. Seguimos parando el coche y mirando el objeto y volviendo a arrancar. Y así llegamos a Cannon Mountain que es donde está el funicular.

DOCTOR:

*(Tiene que reanudar el magnetófono.)*

Muy bien. Ahora, nos detendremos. No volverá usted a oír absolutamente nada hasta que yo vuelva a hablarle. Estará usted completamente tranquila y en reposo.

*(Reanuda el magnetófono.)*

Muy bien, Betty. Continúe ahora su relato donde lo dejó.

*(Ella continúa exactamente donde lo dejó.)*

BETTY:

llegamos a donde está el fanal de Cannon Mountain y allí, en la cima, hay una zona iluminada. Creo que la luz es de un restaurante. Y mientras yo miraba, las luces se apagaron.

*(Otros informes confirman desarreglos eléctricos causados por objetos volantes no identificados como apagones de luces, de radios, de radios y de televisores)*

No sé si se debiera a que el objeto se acercó por el valle, entre dos montañas, o a que apagó las luces. Y esto me dejó parpadeando porque seguía buscándolas con la vista. Y, entonces, pensé: «Bueno, quizá se está alejando, quizá nosotros no le estamos viendo». Pero cuando salimos, junto a «El Viejo de la Montaña», volvimos a verlo. Pero parecía como si fuera dando saltos por la cima de la montaña. Y descendió un poco al otro lado y, entonces, se perdieron de vista. Y yo no hacía más que preguntarme por qué motivo nos estaría siguiendo. Y también me preguntaba si ellos sentían tanta curiosidad por nosotros como nosotros por ellos.

DAVID:

¿Dice usted «ellos»?

BETTY:

Bueno, quiero decir que suponía que había alguien en el interior del objeto, alguien capaz de controlar su vuelo. Y por eso, cualquiera que fuese el que estaba dentro tenía que ser «ellos». Yo me sentía llena de curiosidad y experimentaba la sensación de que alguien estaba allí dentro viendonos en cierto modo, el asunto era muy extraño. Y yo ignoraba lo que iba a ocurrir, pero sin embargo no tenía miedo. Sólo sentía curiosidad. Y tenía la sensación de que algo estaba a punto de suceder, pero no sabía lo que era. Y es eso que no estare diciendo a la hora de estar cuando ocurrió. Y así seguimos en el coche, circulando hacia el paraiso en un lugar donde hay muchos árboles y allí perdí de vista el objeto. Cuando llegamos al torrente, Barney aparcó el coche a la derecha, en un vano de la carretera. Y nosotros y los otros salimos otra vez. Pero allí había demasiados árboles, así que fuimos esperando llegar a algún trecho de la carretera donde donde pudiéramos verlo como es debido. Y entonces, fuimos juntos al torrente, en un lugar situado entre el torrente y el Indian Head, o quizás un poco más allá del torrente, o un poco

más allá de Indian Head, donde había un motel. Era como una serie de casetas, unas casetas pequeñas y de aspecto bonito, y el interior del motel estaba apagado, pero en un extremo vios un chabot con una luz encendida. Y había un hombre en el porche a la puerta. Y yo dije y pensé: «Si quiero, puedo zafarme de todo esto ahora mismo. Nos basta con entrar aquí con coche y todo y ese objeto tendrá que irse sin nosotros. Y se acabó todo. Es decir, que, sólo lo que queremos es escapar de la tormenta. Es una vía de escape». Y estaba pensando esto y no dije nada más de ello a Barney. Sólo se me ocurría pensar que ignorábamos lo que nos esperaba, pero yo estaba lista para lo que fuera. Y Barney estaba irritándose pero lo hacía a propósito, porque estaba convencido de que yo quería hacerle ver visiones. Me dio la impresión de que quería negar la existencia de lo que estábamos viendo con nuestros propios ojos, que no quería confesar que el objeto estaba allí, a pesar de que paraba el coche para verlo. No acababa de comprender lo que sucedía. Ahora, el objeto estaba bastante cerca, y me fijé en que ya no giraba, porque vi que tenía luces a un lado y esto daba la impresión de que estuviera parpadeando parpadeando. Pero luego, de pronto, dejó de parpadear. Y comprendí que sólo tenía luces a un lado. Y, luego, de pronto el objeto avanzó en línea recta y empezó a dar vueltas delante del coche. Bueno, yo estaba mirando y cuando empezó a hacer esto. Y estaba delante de mí al otro lado del parabrisas, precisamente enfrente de mí. Y yo le miraba con los gemelos y vi una doble fila de ventanas. Y entonces, mientras lo miraba, me puse a pensar que si las ventanas estaban a este lado el otro estaría oscuro. Y éste es el motivo de que parpadee. Y mientras yo estoy aquí sentada me siento llena de asombro ante tales cosas. Y, de pronto, a un lado, al lado izquierdo del objeto, comienza a brillar una luz roja. Y, luego, al lado derecho, sale otra luz.

DAVID:

¿Dijo que al lado izquierdo y al derecho?

BETTY:

Yo estaba enfrente del objeto,

DAVID:

Mirando a través del parabrisas.

BETTY:

Yo estaba mirando a través del parabrisas, precisamente enfrente de él.

Doctor:

¿Y a qué distancia calcula usted que es a la?

Barney:

Es imposible calcularlo. Sin los gemelos no se veía con bastante claridad. Sin ellos, sólo veía una flama de luz. Y cuando vi la segunda luz, como dije recordé dos veces a Barney que parase. Y él no hacía más que contestar: «Pero si no es nada, ya verás como desaparece». Y yo le dije una y otra vez: «Barney! Te digo que pares, párate en el coche. Barney, y ¡tan pronto como se asombrase!» Y él sólo me respondió: «Bueno, muy bien, dame los gemelos». Y lo miré y yo le dije: «¿Lo ves? ¿Lo ves?» Y él dijo: «Es un avión o algo parecido». Y yo le respondí: «¿Qué avión? Pero ¿viste alguna vez un avión con tres ruedas?» Y Barney seguía riendo. Después me devolví los gemelos y yo me puse a mirar. Y él me dijo que no le había podido ver bien. Abrió la portezuela del coche. No lo quería poner fue burlar el cristal de la ventanilla de la puerta del lado del volante y trató de asomarse hacia fuera y mirar el avión volando, por encima del techo del coche.

(La voz de Barney se ha quitado mucho de pronto, pero continúa siendo directa y seca.)

Pero el motor del coche seguía vibrando. Barney dijo: «Bueno.» Y bajó. Abrió la portezuela del coche y bajó. Puso un pie en la carretera y el otro seguía en el interior del coche. Y estaba así, con la portezuela del coche abierta, pero apoyándose con la el coche. Y seguía riendo y yo le dije: «Barney, no luzo más que bajar. Y bájate de un salto y se a qué del coche. Y yo me dije: «La verdad es que este tipo no es el más a propósito para aparcar el coche, porque estamos en plena carretera. No estamos ni a la derecha ni a la izquierda del tráfico, sino en el mismo centro. Y a estas horas... de falta de coches». Y me dijo: «Bueno, y es mientras él se acerca a ver esa cosa, yo iré a ver si vienen coches en alguna dirección por si tengo que aparcar el coche del centro de la calle. Mira, por favor, míralo. Vete a la traseña y por las delanteras y me dirás la altura. Me que le va a mucho tiempo. ¡Ah! sentado esperando. Y mira eso. Y está ahí. No hay a taras ni nada. ¡Ah! mira, mira que Barney estaba a bastante distancia del coche y que aún seguía andando más.

(Al ver por primera vez el avión, se a pararse y mirar en la voz de Barney. Después se reanuda el diálogo con el mismo instante

y volver en que ocurrirá el accidente que... del... la cosa... (voz de Barney.)

Me asome... les le el... (voz de Barney.)

¡Barney, vuelve... (voz de Barney.)

(La voz de Barney, que se oye... La voz de Barney, que se oye...)

¡Barney, vuelve, Barney, vuelve... (voz de Barney.)

¡Esta vez... el... (voz de Barney.)

¡Si ese avión no viene, te lo... (voz de Barney.)

Pero ¿qué te pasa? (voz de Barney.)

(Esta vez... el... (voz de Barney.)

Y yo estoy... (voz de Barney.)

¿Qué te pasa? (voz de Barney.)

(Vuelve a decir... (voz de Barney.)

Empere a salir del coche. Me... (voz de Barney.)

volante... la puerta... (voz de Barney.)

del asiento... (voz de Barney.)

cuando comenzaba a bajar... (voz de Barney.)

como un... (voz de Barney.)

(El avión es la forma de decir... (voz de Barney.)

Hampshire.)

Y cuando le vi... (voz de Barney.)

alegre de haberlo hecho... (voz de Barney.)

del coche y... (voz de Barney.)

dice a Barney: «No creo que estén allí, no veo nada, todo está oscuro. Lo he visto.» Así pues, volvi a meter la cabeza en el coche y pensé: «Bueno, pues a lo mejor están detrás.» Y volví a mirar al cristal. Y mire por la ventanilla trasera y tampoco vi nada. Y, de pronto, comenzamos a oír aquel «bip-bip-bip-bip-bip». Y Barney dijo: «¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Qué es ese ruido?» Y yo respondí: «No sé.» Y lo único que me recordaba aquel ruido era el que hacen las señales eléctricas ya sabes usted. Bip-bip-bip, bip-bip-bip...

*Ahora, su voz vuelve a su sequedad anterior. Y Betty analiza de manera realista las posibles causas del fenómeno.)*

Me dije: «¿Al diablo! ¿Por qué no habré aprendido el morse? Quizá esto sea un mensaje en morse y no lo entiendo.» Luego, me dije que quizá fuera algo eléctrico. Una corriente eléctrica quizá. Toqué con la mano el metal del coche y por mucho que toqué no me dio ninguna sensación, pero todo el coche vibraba. Ya me comprende, una vibración ligera. Y me dije: «La verdad es que esto es raro.» Él... él no había... bueno no sé. Se oía «bip-bip» pero no oía calambres. ¿Qué ocurrió después?

*(La miraculosidad del detalle desaparece en el caso de Betty en el mismo instante y fijar que en el de Barney, Betty sigue hablando, pero llena de perplejidad, como si estuviera tanteando. Betty no algo olvidado.)*

Vamos a toda velocidad. Y yo seguía esperando a que Barney me dijera lo que había visto en la carretera.

*(Deja de hablar, sus húsquedas son infructuosas.)*

DOCTOR:

*(Después de esperar bastante tiempo.)*

¿Cuánto tiempo dice que estuvo Barney fuera del coche cuando salió a la carretera? ¿Cuánto tiempo, exactamente?

BETTY:

A mí me pareció mucho tiempo.

DOCTOR:

Si, ya, pero, ¿cuánto?

BETTY:

No sé. Yo diría... no sé por qué, pero yo diría que unos cuatro o cinco minutos.

DOCTOR:

¿Cuatro o cinco minutos.

BETTY:

Si. No recuerdo haber mirado el reloj, de pasera, y, además, todo estaba oscuro. Y oí el «bip-bip».

DOCTOR:

¿Volvió usted a ver el objeto?

BETTY:

Estoy tratando de verlo. De cuando en cuando veo algo que parece a la ventanilla, pero tengo la cabeza completamente oscura.

*(Otra pausa. Esta muestra de nuevo.)*

Pero casi puedo recordar.

DOCTOR:

Si, claro que puede.

BETTY:

*(Es evidente que está haciendo enormes esfuerzos por recordar.)*

En este momento no consigo llegar más allá de «bip-bip».

*(Tampoco podía Barney cuando llegaba a este momento.)*

DOCTOR:

Si puede. Todo va bien ahora. Puede ir más allá.

*(Ahora, se produce una pausa larga. Betty respira profundamente, pero no emite ningún otro ruido.)*

Si, adelante, todo va bien.

*(Ahora, Betty comienza a llorar. Sus sollozos son breves y rápidos, como si tratara de contenerlos.)*

Muy bien. Todo va muy bien. No tiene necesidad de angustiarse demasiado.

BETTY:

*(Otra larga pausa. Luego, respira profundamente, como si se hubiese formado a sí misma a oír mentalmente una recitación. Habla con mucha rapidez, sin pararse a respirar, como si no quisiera decir lo que está haciendo.)*

Seguimos por la carretera. No sé dónde estamos. No sé ni siquiera cómo hemos llegado a donde estamos. Barney y yo, conduciendo no sé cuánto tiempo. No sé cuánto tiempo.

*(Las palabras se oye entre sollozos agudos y breves.)*

Y ni siquiera me he hablado. Yo estaba sentada en silencio presintiendo que algo está a punto de ocurrir. La verdad es que apenas tengo miedo. Excepto a la misma en este momento. A la... sí, lo tengo. Pero, empujando no lo tengo.

*(Deja de hablar. Luego, comienza a llorar.)*

DOCTOR:

(Después de una larga pausa.)

¿Por qué lloras y dice que no está asustada?

BETTY.

Es oy asustada ahora. Pero no lo estaba. No. No lo estaba. Estaba asustada cuando vi a aquellos hombres en la carretera.

DOCTOR.

¿Hombres en la carretera?

BETTY.

(Prorrumpe en un grito de angustia.)

Jamás he sentido tanto miedo.

DOCTOR.

(Con mucha calma.)

Veamos, hablemos de esos hombres que vio en la carretera. Ahora, todo va bien,

BETTY.

(Empieza a hablar pero sus sollozos son tan fuertes que no consigue decir nada.)

DOCTOR.

Aquí está usted segura. Hableme de esos hombres que vio en la carretera.

BETTY.

(Su voz tiembla, respira rápidamente.)

Ibamos por la carretera. Lía una carretera de alquitrán. Y de pronto... sin ningún aviso ni razón alguna. Barney hizo un viraje brusco, los frenos chirriaron, paró al bruscamente y torció de pronto, a la izquierda, saliendo de la carretera. Y nos adentrarnos por otra carretera secundaria fuera de la principal. Yo me preguntaba por qué haría aquello, meterse por allí. Él no decía nada ni se movía mucho la boca. Entonces, me dijo: «Quizá nos hemos perdido pero, qué más da, ya saldremos del paso de alguna manera.»

(Aun parece hablar con dificultad.)

Y seguimos adelante. Y llegamos a una curva brusca. Había árboles. Había muchos árboles a mi lado de la carretera. Ignoro si los habría también del lado de Barney.

(Notese el deseo de decir las cosas con absoluta exactitud.)

Pero... pero había aquellos hombres en pie, en medio de la carretera. Y yo no sentía demasiado miedo al verles. Estaban allí, en pie y me dijo: «Después de todo no son tan terri-

cos.» Había... ¡Oh, no sé lo que había! Y era sólo... No me sentí demasiado asustada cuando les vi. Y era... No pude verlos tan bien como hubiera querido.

(Reflexiona un momento. Luego, prosigue.)

Pero, entonces se me ocurrió pensar... ¿Tenían coche? ¿Se les ha averiado el coche? ¿Qué están haciendo allí? Y Barney, como es natural, tuvo que frenar. Y entonces bajó del coche y aquellos hombres se acercaron al coche. A mitad de camino, se separaron. Continuaron en los grupos. Y cuando les vi hacer esto me asusté de verdad. Y el motor del coche empujó. El coche quedó completamente quieto. Y los hombres siguieron intercambiándose.

(Una breve pausa. Luego.)

Y cuando comenzaron a hacer esto me asusté de verdad. Y el motor del coche dejó de vibrar. Y cuando empezaron a acercarse, Barney trató de poner de nuevo el coche en marcha. Ya sabe usted que a veces el motor de los coches se niega a arrancar, por mucho que uno haga. Pues Barney no consiguió poner el coche en marcha. No conseguía poner el coche en marcha.

(Rompe a llorar de nuevo. Sus últimas palabras apenas son inteligibles.)

DOCTOR.

¿Y qué hizo?

BETTY:

Trató de poner el coche en marcha pero no había manera. Y los hombres se nos acercan más y más. Y yo pensé: «Si abro la puerta del coche puedo escapar corriendo a los bosques, escondirme.» Y estoy pensando hacer esto y alargo la mano para abrir la portezuela, y los hombres se adelantan y me abren la puerta.

(Solloza mucho.)

Y abren la puerta del coche. Y este... este hombre... los hombres detrás de nosotros... y

(Los sollozos dificultan la comprensión de sus palabras.)

DOCTOR.

No oí las últimas palabras.

(Tratando de dominarse.)

Los hombres, junto a la puerta del coche. Y aquí viene uno...



dos. tres hombres. Y uno de ellos. Otros dos detrás de él. Y uno de los hombres a larga la mano.

*(Deja de hablar otra vez)*

DOCTOR:

Continúe.

BETTY:

*(Larga pausa. Respira profundamente.)*

No. no sé lo que ocurre.

DOCTOR:

Ahora, lo recuerda usted todo. ¿Qué aspecto tenían esos hombres? ¿Vio usted sus rostros?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Cómo iban vestidos?

BETTY:

Todos igual. no sé cómo.

*(Vuelve a prorrumpir en gemidos, aunque esta vez, se domina mejor.)*

DOCTOR:

¿Van de uniforme o visten ropa corriente?

BETTY:

Parecía más bien un uniforme.

DOCTOR:

Un uniforme. ¿Se parecía a algún uniforme que usted conozca?

BETTY:

No. no sé.

*(Vuelve a sumirse en completo silencio.)*

DOCTOR:

*(Aguárda bastante rato. Luego, dice:)*

Muy bien. su memoria es muy buena. No tiene por qué estar asustada. Ahora lo recuerda usted todo. Dígame todo lo que ocurrió.

*(Otra larga pausa.)*

¿En qué piensa usted, ahora?

BETTY:

Pienso en que estoy dormida.

DOCTOR:

¿Dormida en el coche?

*(Este es el momento en que Barney se volvió vago y difuso...)*

*(Esta vez, se volvió vago y difuso...)*

Pienso que estoy dormida y que voy a despertar. No puedo estar dormida. Trato de despertar. Pero no puedo. Y vuelvo a dormir. Lo intento. Intento despertar. *(Larga pausa. Luego:)*

¡Y, por fin, me despierto! Y voy andando por el bosque. Y abro los ojos, sólo un momento, y los vuelvo a cerrar en seguida.

*(Comienza a sollozar violentamente.)*

Pero, aunque estoy dormida, a veces tengo este hombre a mi lado y a un hombre al otro. Y delante de mí, hay dos hombres. Y miro a mi alrededor. Y veo un camino, y veo árboles.

*(Dice más cosas, pero los sollozos cubren por completo sus palabras.)*

Y miro a esos hombres. Y me vuelvo. Y Barney está detrás de mí.

*(Vuelve a guardar silencio.)*

DOCTOR:

¿Barney detrás de usted?

BETTY:

Hay una pareja de hombres. Detrás de mí luego está Barney. Hay un hombre a cada lado de él. Y yo tengo los ojos abiertos. Pero Barney sigue durmiendo. Anda y esta con ellos.

*(Continúa sollozando. Luego acaba por dormirse.)*

Y, entonces, empiezo a sentirme furiosa. Y me digo «¿Qué demonios es esta gente y qué quieren hacerme?» Y doy media vuelta y digo: «Barney! ¡Despierta, Barney! ¿Por qué no despiertas?» Y no me hace ningún caso. Sigue andando. Y cuando está un poco más allá me vuelvo otra vez y repito su nombre: «¡Barney! Despierta!» Pero él sigue sin hacerme caso. Y en un momento, el hombre que va a mi lado me dice: «Ah! ¿De modo que se llama Barney?» Y fue entonces cuando miré a aquel hombre y me dije que a él aquello no le concernía, pero no le dirigí la palabra. Entonces, seguimos andando y yo traté de despertar a Barney una vez. Repito una y otra vez: «¡Barney, Barney, despierta!» Pero él no se despierta. Y el mismo hombre me dice otra vez: «¿Se llama Barney?» Y yo seguí sin responderle. Y él me dijo: «No tenga miedo, no tiene usted miedo a ninguno para asustarse, no les hacemos el menor daño. Sólo queremos hacer

ciertos experimentos. Y cuando los experimentos terminen les llevaremos a la casa de Barney y al coche y les despertaremos en él. En seguida estará de vuelta en casa. Comprendo que a su madre, le entaría fagullizarme por que parece que no me fíe de lo que me dice. Y a usted también y seguí a decirle que iba a dormir. Y seguimos durmiendo a dormir y la nev seguía durmiendo.

*(Aunque ha durmido a dormir sus gemelos así se oyen los ruidos de su cuerpo y de sus patas)*

DOCTOR.

¿Qué decía usted que estaba como un sonarabudo?

BETTY.

Sí, exactamente como un sonarabudo.

DOCTOR.

¿Y esos hombres hablaban bien el inglés?

BETTY.

Sólo hablaban uno el que estaba a mi izquierda. Luego más o menos se le acabó el aliento. Tenía como un aspecto extraño. Pero ¿cómo lo decimos? Un hombre práctico y directo. Así me seguían durmiendo y llegamos a un cuarto. Y allí estaba, ¡lástima que hubiese tan poca luz porque si no lo habría visto mejor! Había una rampa para que se suba a la puerta. El objeto estaba en la rampa.

DOCTOR.

¿El objeto estaba en la rampa?

BETTY.

*(De nuevo seca y concisa.)*

Creo que era el mismo que vimos en el cielo. Y había árboles y un camino y también había un claro del bosque. Y ellos me llevaron rampa arriba. No quise entrar en el objeto. Ignoro lo que ocurrirá si entro en él. No quiero entrar. Barney no puede protegerme. Está completamente dormido. Y no quiero entrar en el objeto.

DOCTOR.

Barney está profundamente dormido. ¿Qué hace? ¿A qué por sí solo o le ayuda alguien?

BETTY.

Sí. Hay un hombre a cada lado de él. Cada uno le tiene cogido por un brazo y es como si... Bueno como si... Tiene los ojos cerrados y yo decía que no oye nada. Pero se tiene en pie por sus propios medios. Sin embargo, está como atontado y pa-

rece que ellos le guían le ayudan a seguir adelante. Y él es bastante más alto que los hombres.

DOCTOR.

¿Es más alto que ellos?

BETTY.

Sí. Sí. Mucho más alto. Y cuando llegamos al objeto, me niego a entrar. Entonces, el hombre que estaba junto a mí me ayuda a que siga. Está un poco enfadado conmigo. Dijo «Ándese entre de una vez. Cuanto más tarde en entrar, más tardaremos en terminar. Será mejor que entree para que terminemos de una vez y puedan volver al coche. Tampoco nosotros tenemos tiempo que perder». Y, entonces él y otro hombre me cogen cada uno por un brazo y me siento invadida por una sensación de impotencia. En este momento, poco puedo hacer para resistir. Lo único que puedo hacer es seguirles. Subo por la rampa, entro, y veo un pasillo a la izquierda. Avanzamos por el pasillo y me veo ante un cuarto. Y ellos se paran, con objeto de hacerme entrar en él.

*(Ahora está más tranquila, mucho más tranquila.)*

Estoy en pie en el hueco de la puerta y me vuelvo y miro, esperando que también traigan a Barney. Pero no lo hacen. Se lo llevan pasillo adelante, pasando ante la puerta donde estoy yo. Entonces, dije «¿Qué hacen ustedes con Barney? Tráiganle aquí conmigo». Y el hombre dijo «No, sólo tenemos aparatos suficientes para una persona a la vez en cada cuarto, y si les ponemos allí a los dos a la vez, tardaríamos demasiado. Barney no sufrirá daño alguno y le llevaremos al cuarto contiguo. Y en cuanto hayamos terminado con los dos, les llevaremos de nuevo al coche. No hay motivo de inquietud. Y les va a llevarse a Barney al cuarto contiguo y yo entré en este. Y algunos de los hombres entran en el cuarto conmigo. Entre ellos el hombre que habla inglés. Es un minuto allí, no sé cuántos son, me imagino que formarán parte de la tripulación del objeto. Pero sólo se quedan allí un minuto, y el hombre que habla inglés está con ellos y entra otro hombre. Al nuevo es la primera vez que lo veo. Me parece que es un niño. Y entraron por la puerta.

*(Como le ocurre a Barney, Betty, hipnotizada confunde los tiempos presente y pretérito.)*

.. Y en un rincón hay un taburete, blanco. ¿Es blanco? No sé si es blanco o amarillo cromo, pero es un taburete y me sien-

tan en él. Estoy sentada en un taburete. Y ellos... Llevo puesto un vestido mi vestido azul y me remanjan una de las mangas del vestido y me miran el brazo. A los dos me miran el brazo y, luego, le dan vuelta y me miran aquí.

*(Señala con el dedo una parte del brazo.)*

Y ellos... me frotan, tienen un aparato. Ignoro que es. Traen el aparato adonde estoy yo y lo ponen, no sé qué clase de aparato es. Algo parecido a un microscopio, solo que parece un microscopio provisto de grandes lentes. Y lo ponen en mi brazo. Me parece que están sacando una fotografía de mi piel. Y ambos me miran aquí y aquí a través de ese aparato.

*(Betty señala dónde)*

Y, luego, empiezan a hablar entre sí. Ignoro qué están diciendo. No consigo comprender lo que estaban diciendo. Y luego, cogen algo parecido a una pligadera... sólo que no era una pligadera... y me rasparon el brazo aquí.

*(Vuelve a mimar dónde)*

y saltaron como pequeños... ya sabe lo que quiero decir, como cuando la piel se seca y se vuelve como escamosa... comprendéndose... de pequeñas partículas de piel, ¿no? Y pasaron... Haya algo parecido a un pedazo de celofán o de plástico o de algo parecido, y después de rasparme la piel, depositaron las partículas en ese plástico.

*(Ha vuelto a dormirse por completo. Ahora es a la vez que lo creencia todo como si no hubiera nada que ver con ella)*

Y entonces, el hombre que hablaba inglés los dos se pusieron a hablar inglés. El hombre que me hizo entrar en el objeto fue el que me cogió el que cogió el plástico y lo entono y lo metió en el cajón superior. Y entonces, me pusieron a calentar... La mujer me miraba. No, lo como un dentista, quiero decir como el brazo de una silla de dentista. Ya sabe eso que se sujeta a uno la cabeza. No se me pareció que lo sacaban de detrás del... no sé cómo y me pusieron la cabeza en él.

*(El doctor tiene que hacer otro reajuste. La mujer se levanta momentáneamente y luego, ella continúa hablando.)*

Así, pues, estoy sentada en el taburete, y ese brazo está aquí y mi cabeza reposa en él. Y es que me examina me hace abrir los ojos y me los mira con una luz y me hace abrir la boca y me mira la garganta y los dientes y me mira las orejas y luego, me hace volver la cabeza y me mira en esta oreja y en

luego, coge una cosa que parece una hila o una de esas cosas que se usan para limpiar a los niños pequeños y me lo pone en la oreja izquierda y, luego, lo saca y lo guarda en otro paquete de plástico. Y el jefe lo coge y le da un ola y también lo guarda en el cajón superior.

*(Detiene de hablar un momento como para recordar me en la escena.)*

Así, Y, entonces, me toca el pelo por la parte de la nuca y el resto de la cabeza y arranca la parte de cabellos y se los da al jefe el jefe los envuelve y los guarda, como lo hacen en la estación sanitaria. Luego, coge algo unas tijeras quizá no se a punto fijo lo que es, y con ellas corta como un pelo y se lo da al otro. Y entonces me toca el cuello empieza a tocarme detrás de las orejas, sobre la nuca y por el cuello y, luego, por las axilas y por la espalda y

*(Vuelve a callarse, como para recordar mejor.)*

¡Ah! Y, luego, me quitan los zapatos y me miran los pies y me miran las manos me miran las manos con mucho cuidado. Y él coge... la luz es tan viva que no puedo tener los ojos abiertos todo el tiempo. Además, estoy algo asustada. No es que me interese mucho mirar es, de modo que no cuesta poco estar con los ojos cerrados. Pero a pesar de todo los días no voy a ese tiempo sólo lo necesito para tranquilizarme. Como no es muy fuerte los ojos. Y coge algo y me lo pasa por mi el dedo y la uña y, luego, no sé, probablemente se sentirá la mancha o algo parecido. Lo cierto es que me corta un poco de uña. Y me miran los pies con mucho cuidado, guardan... no creo que me hicieran nada en los pies, se limitan a tocarlos y los dedos también, uno por uno, y por los. Y entonces, el médico que es el que me está examinando dice que quiere hacer unos experimentos que se experimentan mi sistema nervioso.

*(Ahora, él está con ellos.)*

Y estoy pensando que no sé cómo serán nuestros sistemas nerviosos pero espero que no tengan la cara dura de ir por ahí, saltando a gente por las carreteras, como han hecho es a veces. ¡Y me dice que me quite el vestido, me dice que me quite el vestido. Y antes de que tenga tiempo siquiera de levantarme para quitarme el vestido, el médico me ve, o tal vez en la era en

la espalda Bueno, pues el médico corre la cremallera y me quita el vestido Y estoy sin vestido y descalza Y, allí junto al taburete, en medio del cuarto, más o menos, hay una especie de mesa. No es muy alta, diría que de la misma altura que esta mesa de trabajo. Me echo, pues, en la mesa boca arriba, y él entonces trae no sé cómo describirlo. Trae una especie de agujas, todo un montón de agujas, y cada aguja tiene un alambre que sale de ella. Es algo como una pantalla de televisión, ya sabe, cuando no funciona bien parece llenarse de líneas, de lulos. Algo así. Y, entonces, hace que me echo en la mesa y traen las agujas y no me pinchan con ellas. No, no es como cuando le pinchan a uno con agujas, pero lo que hacen es tocarme con ellas. No hace daño.

*(De cuando en cuando, hace una pausa, como esperando a que terminen de tocarla con las agujas.)*

Excepto ¿Dónde era? En algún sitio. No hace más que tocarme y yo siento como si la punta de la aguja me tocara, nada más. No hace ningún daño. Pero, luego, empieza a tocarme detrás de las orejas y allí no sé por qué...

*(Señala diversas partes de su cabeza.)*

Y aquí, también. No sé. Luego me pone la aguja en la rodilla y, cuando lo hizo, mi pierna dio como un salto. Y luego, también en el pie. Junto al tobillo no sé cómo. Y, después, me hicieron volverme de espaldas y me fueron tocando toda la espalda. Me tocan con esas agujas, no sé cómo lo hacen. No sé qué me están haciendo, pero a ellos parece alegrarles mucho sea lo que sea lo que están haciendo. Luego, me dicen que me vuelva de nuevo cara arriba y el médico tiene una aguja larga en la mano. Y veo la aguja. Es la aguja más larga que he visto en mi vida y le pregunto qué piensa hacer con ella.

*(Está comenzando a inquietarse de nuevo.)*

No me hará daño. Y le pregunto qué es y me dijo que quería pincharme en el ombligo. No es más que un sencillo experimento.

*(Solloza rápidamente.)*

Y yo le digo que no que me hará daño que no lo haga que no lo haga. Y me echo a llorar y le digo, «Me duele, me duele, sáquela, sáquela.» Y el jefe se me acerca y me tapa los ojos con la mano y me dice que todo irá bien, que no sentiré nada.

*(Se tranquiliza algo.)*

Y el dolor desaparece. El dolor desaparece, aunque todavía

me escuece donde me pincharon con la aguja. No sé por qué me pincharon en el ombligo con esa aguja. Les dije que no lo hicieran.

*(Otra pausa.)*

DOCTOR:

¿La agredieron sexualmente?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿No?

BETTY:

No. Lo pregunté al jefe. «¿Por qué? ¿Por qué me metieron la aguja por el ombligo?» Y él me dijo que era para comprobar si estaba embarazada. Yo le dije: «No sé qué esperaban averiguar, pero, entre nosotros, no es esa la manera de averiguar si una está embarazada.» Y él entonces, no dijo nada.

DOCTOR:

Muy bien. Lo dejamos aquí. Quedará usted perfectamente descansada, tranquila y a gusto. Perfectamente a gusto cómoda y descansada. Cuando yo la despierte, no recordará absolutamente nada de lo que hemos dicho aquí. No recordará absolutamente nada de todo cuanto hemos dicho hasta que yo le dé la orden de recordarlo.

*(Repite esta última frase, para reforzar la orden.)*

Pero nada de lo dicho la inquietará, no sentirá usted la menor preocupación por ello. Se sentirá a gusto, perfectamente tranquila. Sin dolores, ni angustias. No tendrá miedo ni angustias. Se sentirá a gusto y descansada. Ahora puede despertarse...

*(Betty abre lentamente los ojos.)*

BETTY:

¿Estoy completamente despierta?

DOCTOR:

Está usted completamente despierta. ¿Qué pasó?

BETTY:

¿Despierta? ¿Despierta? Estoy completamente confusa.

*(Ríe suavemente.)*

DOCTOR:

¿Se encuentra bien ahora?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Muy bien. Seguiremos la próxima vez. Dentro de una semana.  
A la misma hora

*(El doctor despule a Betty.)*

Betty despertó de la larga sesión medio adormilada, como si la hubiesen despertado en medio de un sueño nocturno normal. Sin darse cuenta de lo que hacía, empezó a mirar las cosas del despacho del doctor Simon, un poco sobresaltada y vagamente consciente de haberse sentido algo mal.

—Tenía una vaga idea de haber llorado —recuerda—, como la gente que ora dormida y se despierta y comprende, semiconsciente que mientras dormía lloró. Pues ésa es la sensación que tenía yo. En realidad no desperté hasta unos dos días después. Me sentía como entontecida, perpleja, me resultaba difícil concentrar mis ideas. Me parecía que con sólo cerrar los ojos volvería a dormir.

Ya en el coche, Barney preguntó a Betty cómo había reaccionado y ella le dijo que se sentía bien, pero que no quería hablar de ello. Pasaron la noche del sábado con unos amigos, cerca de Boston, pero Betty se sintió exhausta casi todo el tiempo y no estuvo animada.

A pesar de todo, mejoró al cabo de unos días y, como le había dicho el doctor, volvió a sentirse tranquila y bien.

Ni ella ni Barney sabían aún que sus recuerdos coincidían casi por completo con el largo informe que ella misma había escrito sobre sus pesadillas.

## CAPÍTULO VIII

Después de la larga sesión que tuvo con Betty, el doctor Simon dictó lo siguiente.

Esta entrevista transcurrió bastante bien hasta que llegamos al borde de la zona mental, reaccionada con la segunda parte del contacto con el objeto volante entonces a parente comenzó a dar muestra de profunda inquietud. Sus mejillas se llenaron de lágrimas se agitó en la silla. Lo mismo ocurrió con agitación muy pronunciada al referirse al trato de que fue objeto al parecer en el interior del extraño vehículo. Habido el reconocimiento médico que parece haber tenido lugar allí las mejillas de Mrs. Hill se llenaron de lágrimas hasta apareció mucosidad en la nariz. Aunque aceptó sin dificultad un pañuelo de papel que le di consideré que lo mejor era suspender la sesión en aquel punto, aun cuando ella mentalmente todavía se encontraba en la «sala de operaciones», debido al alto grado de agitación que la había invadido. Ambos pacientes han quedado en volver dentro de una semana.

Y así lo hicieron, el 14 de marzo de 1964. Antes de que los Hill entraran en su despacho, donde Betty iba a someterse a la segunda sesión, el doctor Simon dictó unas notas preliminares en el magnetófono.

Los Hill han quedado en llegar hoy a las ocho y media de la mañana. Y el examen de Mrs. Hill con suará a partir del momento en que fue suspendido la semana pasada, cuando le sacaron la agua del ombligo para comprobar si estaba embarazada.

Sin embargo, antes de ponerla en estado hipnótico, el doctor charó un momento con ella.

BETTY:

Creo que debo decirle, antes de que empecemos, que desde que le vi la semana pasada le tengo dos pesadillas.

DOCTOR:

¿Diría usted que fueron sueños o pesadillas?

BETTY:

Yo diría que pesadillas.

DOCTOR:

¿Y cuando tuvo la primera?

BETTY:

El martes por la noche.

DOCTOR:

¿El martes después de la sesión? ¿Y de qué trató?

BETTY:

No recuerdo de qué trató. Recuerdo agua, un lago, creo, y una orilla. Pero no recuerdo nada más de este sueño.

DOCTOR:

¿Y le recordó algo? ¿Algún lago determinado?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Y de qué trató el otro sueño? ¿Se acuerda?

BETTY:

El otro fue que no recuerdo dónde era, que había una luz, y que la luz iba dando saltos a rededor. Y yo veía la luz. Se acercaba dando saltos y, luego, se alejaba de mí. Y yo tenía la sensación de que esa luz representaba un peligro para mí y que iba a tocarme. Brillaría sobre mí, y yo no quería que sucediese tal cosa. Y precisamente cuando iba a tocarme me desperté. Estaba intentando gritar. No sé si grité o no. Pero el hecho es que me desperté.

DOCTOR:

¿Se enteró Barney de ello?

BETTY:

Me asusté tanto que le desperté.

DOCTOR:

¿Duermen ustedes en camas separadas?

BETTY:

No en cama de matrimonio.

DOCTOR:

¿Le despertó usted a propósito?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Entonces, gritaría usted.

BETTY:

Yo creo que no grité.

DOCTOR:

¿Tuvo usted la impresión, ya recuerda, cuando el objeto volante se acercaba a ustedes de que este sueño era parecido a esa experiencia o de que era distinto?

BETTY:

Era como una luz de linterna. Y, luego, empezó a dar saltos en torno a mí. Era una luz pequeña.

DOCTOR:

Pequeña. ¿No se parecía a la de un reflector móvil?

BETTY:

Sí, podía ser como la de un reflector móvil.

DOCTOR:

¿Como la luz móvil de una sala de operaciones? ¿Algo así?

BETTY:

Era más pequeña.

DOCTOR:

¿Como una de esas luces que algunos médicos llevan sujeta a la cabeza con un pequeño espejo?

BETTY:

Creo que mayor. Yo diría que tendría de trece a dieciocho centímetros.

DOCTOR:

Muy bien. Pero aparte de esto, todo ha ido bien, ¿no? ¿No ha sentido inquietudes o angustias a consecuencia de la sesión anterior? ¿O acaso no recuerda nada de ella?

BETTY:

Creo que sí recuerdo algo.

DOCTOR:

¿Qué cree usted recordar?

BETTY:

Recuerdo que lloré, y creo recordar... No... creo que re-

cuerto haber estado sentada en el coche, mirando a Barney, que estaba en la carretera. Y recuerdo haber visto hombres en plena carretera.

DOCTOR:

¿Vio usted hombres en la carretera? ¿Se los imagina usted, ahora?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Qué aspecto tenían?

BETTY:

No les vi con la suficiente claridad como para poder describirlos.

DOCTOR:

¿Parecían norteamericanos corrientes?

BETTY:

No. Eran distintos, tenían algo distinto.

DOCTOR:

¿En qué eran distintos?

BETTY:

No sé.

DOCTOR:

¿Había algún vehículo en la carretera? ¿Un coche? ¿Una motocicleta?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Solo vio hombres en la carretera? ¿Llevaban algún vestido o traje especial? ¿Un uniforme? ¿Algún tipo de vestidura con elementos comunes?

BETTY:

Creo que todos iban vestidos igual, pero no consigo imaginármelo, no sé describir cómo iban vestidos.

DOCTOR:

¿Tiene usted alguna idea de por qué estaba llorando? Dice usted que recuerda, que cree recordar haber llorado.

BETTY:

¿Que por qué lloraba? Pues porque tenía miedo.

DOCTOR:

¿Y de qué tenía usted miedo?

BETTY:

Tenía miedo porque comprendía que estaba a punto de suceder algo e ignoraba lo que era.

DOCTOR:

Muy bien. Sigamos.

*(El doctor dice la palabra convenida. Los ojos de Betty se cierran inmediatamente.)*

Profunda, profunda, profundamente dormida, hondamente dormida. Está usted completamente tranquila muy, muy muy, muy profundamente dormida. Cada vez más y más profundamente dormida. Más y más profundamente muy, muy, muy profundamente dormida. Se siente usted a gusto descausada. Sin experimentar miedo ni angustia, muy muy profundamente dormida. Ahora, volveremos adonde estábamos hace una semana justo donde interrumpimos su experiencia. Justa y exactamente donde nos detuvimos. ¿Dónde está usted, ahora?

BETTY:

*(Susuda en profundo trance.)*

Estoy en la mesa, echada, y el jefe... Me han hecho daño al meterme una aguja en el ombligo. Y el jefe me había pasado la mano sobre los ojos y cuando hizo esto todo el dolor... Ya no sentí más dolor. El dolor se fue. Y me sentí muy bien y le quedé agradecida porque me había quitado el dolor.

DOCTOR:

¿Tenía la aguja algo especial fijo a ella? ¿Algo parecido a un tubo o a un alfiler?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Qué era?

BETTY:

Era una aguja larga. Yo creía que parecía una de esas agujas que se utilizan para dar inyecciones o para extraer sangre y para lo que sea no sé.

DOCTOR:

¿Tenía una jeringa?

BETTY:

Tenía algo. Y tampoco sé por qué no hicieron eso. Era como un experimento. Y yo no quería que se hicieran. Dijo que me



haría daño, y el jefe me aseguró que no. Cuando me pasó la mano por los ojos, cesó el dolor.

DOCTOR:

¿Pincharon muy profundo?

BETTY:

Era una aguja larga. No sé, yo pensé. No miré, pero diría que la aguja tendría unos nueve o diez centímetros de longitud, quizá más de un decímetro.

DOCTOR:

¿Di o usted que tenía algo fijo a ella? ¿Que era? ¿Como un alambre o un tubo?

BETTY:

Como un tubo. Y no me pincharon durante mucho tiempo. Sólo un segundo.

DOCTOR:

¿Y qué clase de dolor experimentó? ¿Como el que se siente cuando le pinchan a uno en el brazo con una aguja? Me imagino que querían extraer sangre o algo parecido.

BETTY:

No, no era así. Era un dolor tan agudo. Era. Me parece que me puse a gemir y que no podía permanecer quieta.

DOCTOR:

¿Había una luz?

BETTY:

El cuarto estaba muy bien iluminado.

DOCTOR:

No, me refiero a una lucecita móvil.

BETTY:

Sí. Había una luz detrás de mi hombro izquierdo. Como un proyector.

DOCTOR:

¿Muy grande?

BETTY:

No, como una de esas luces de mesa de escritorio. No sé. Tendría cerca de trece centímetros.

DOCTOR:

Muy bien, continúe.

BETTY:

Pues me senti agradecida al jefe por haberme quitado el dolor. Y él parecía muy sorprendido. Y, entonces, me dijeron que

ya se habían acabado los experimentos. Y el jefe me ayudó a incorporarme. Me cogió por el brazo y yo di media vuelta para sentarme en la mesa.

DOCTOR:

¿Qué clase de mesa era? ¿Era una mesa de operaciones? ¿Como las que se ven en las consultas de los médicos?

BETTY:

Era como una de esas mesas en que se echa una para que el médico la reconozca. No exactamente como las que ven en ciertos médicos, no sé si todos los médicos tendrán el mismo tipo de mesa, pero era más bien como una mesa larga, pero no muy larga. Creo que era como una de esas mesas para reconocer al paciente, pero sin nada de particular. Era ligera. Bueno, no sé Blanca o de metal. Era metal, estoy segura. No era plástica, ni mucho menos. Así, eso era. Y es que me reconoció, me ayudó. Me ayudó a bajar de la mesa y yo di media vuelta. Y me dio mis zapatos y yo me los puse y, entonces, me bajé del todo. Y ahi estaba el vestido y me lo puse. Iba a caer yo misma la cremallera, cuando él la cogió y la cerró. Y yo entonces, dije: «Ahora, puedo irme. Puedo irme al coche.» Y él dijo: «Aún no han terminado con Barney.» Y, entonces, empecé a sentirme preocupada y le pregunté por que tardaban tanto con Barney. Y él me respondió que con él tenían que hacer algunos experimentos más, pero que terminarian en un momento. Y, ah, sí, vi un pequeño armario, y el médico el que me había reconocido se había ido del cuarto. Estábamos solos, el jefe y yo.

DOCTOR:

Ah! ¿Dice usted que allí había un médico?

BETTY:

El que me reconoció: el que hizo los experimentos conmigo. Pues se había ido. Así, pues, el jefe y yo estábamos solos. Yo le estaba agradecida porque me había quitado el dolor y porque él no me producía ningún miedo. De modo que me puse a hablar con el jefe. Y le dije que aquello había sido una experiencia para mí. Que nadie me creería a más si lo contaba. Era increíble. Y que la mayoría de la gente no sabía que seres como yo vivían de verdad. Y que lo que yo necesitaba era una prueba de que todo aquello había ocurrido de verdad. Y él se cenó a reír y me preguntó que clase de prueba quería. ¿Qué me gustaba llevarme? Y dije: «Algo que pudiera llevarme y enseñar a la

gente, porque, entonces, me creerían.» Y me dijo que mirase y viera si encontraba algo de mi gusto. Y miré... No había muchas cosas en aquel cuarto. Pero vi un libro en el armario. Un libro bastante grueso. Entonces, cogí el libro y le dije: «¿Puedo llevarme esto?» Y él me dijo que se lo llevase el libro, y yo lo hice. Tenía páginas y estaban escritas. Pero la escritura era completamente distinta de todas las que conozco. Parecía casi como... No sé. No era un diccionario quizá fuera un... Tenía el... La escritura no cruzaba la página una de arriba abajo.

DOCTOR:

¿Se parecía a algún idioma conocido? ¿O era inglés?

BERTY:

No no era inglés.

¿Se parecía a...? ¿Qué idiomas conoce usted cuya escritura vaya de arriba abajo?

BERTY:

Conocer no conozco ninguno, pero reconozco la escritura, aunque no sé leerla, japonés.

DOCTOR:

Japonés. ¿Parecía japonés. Me refiero a aquella escritura.

BERTY:

No.

DOCTOR:

¿Estaba escrito a mano o impreso?

BERTY:

Era diferente. No sé, porque era... Quiero decir que no se veía lo que era. Aunque he visto escritura japonesa, esta escritura era de líneas muy claramente alineadas y algunas eran muy finas, otras, regular, y otras muy gruesas. Tenía algunos puntos. Tenía líneas rectas y líneas curvas. Y el jefe se echó a reír y me preguntó si me creía capaz de leer aquello. Y yo le dije que no. Él se echó a reír de nuevo y yo le dije que no me importaba porque no quería llevarlo para leerlo, sino para que me sirviera de prueba de lo que me había ocurrido. Y él, entonces, me dijo que bueno, que me lo llevara. Y yo lo cogí y quedé encantada. La verdad, aquello era más de lo que yo había esperado. Y yo estaba alucinando que nunca había visto nada parecido a aquel libro y que estaba contentísima de que me lo hubiera dado. Y que, quizá con el tiempo, fuese capaz de leerlo. Y fue entonces cuando le pregunté de donde era él. Porque le dije era

cienta que no era de la Tierra, y yo quería saber de dónde había venido. Y él me preguntó si yo sabía algo sobre el Universo. Y le dije que no. No sabía prácticamente nada. Y le dije también que, en la Universidad, me habían enseñado que el Sol era el centro del sistema solar y que en él había nueve planetas. Y que, luego, por sup. esto, nuestro continente había surgido... algo. Y le dije, también, que había visto en persona... que en una ocasión le vi, a Harlow Shapley, que había escrito mi libro. Y que había visto fotografías tomadas por él en las que se veían millones y millones de estrellas de Universo. Pero que eso era todo lo que sabía. Entonces, él me dijo que era una lástima que yo no supiese más sobre este tema y le conté que estaba de acuerdo con él. Y él fue al otro extremo del cuarto a la mesa, e hizo algo. abrió algo que yo era un cajón, no era como un cajón hizo un movimiento y el metal de la pared se abrió. Y sacó un mapa y me preguntó si había visto alguna vez un mapa como aquel. Y yo crucé el cuarto y me incliné sobre la mesa. Y lo miré. Y era un mapa un mapa oblongo. No era cuadrado. Era mucho más ancho que largo. Y había muchos puntos en él estaban esparcidos por toda su superficie. Algunos eran pequeños, como puntas de alfiler. Y otros eran del tamaño de una moneda pequeña. Y había líneas, había líneas de algunos de los puntos. Eran líneas curvas que unían un punto con otro. Y había un gran círculo y muchas líneas que salían de él. Muchas líneas iban a otro círculo situado muy cerca pero no tan grande. Y estas líneas eran gruesas. Y yo le pregunté qué querían decir y él me dijo que las líneas gruesas eran rutas comerciales y luego las otras líneas, las otras líneas, las líneas de trazado continuo, eran rutas hacia lugares adonde iban de cuando en cuando. Y me dijo también que las líneas de puntos seguidos eran rutas de expediciones.

Y, entonces, le pregunté de dónde era él y me dijo: «¿Cuál es su lugar en el mapa?» Miré y me eché a reír y le dije: «No sé.» Entonces, él dijo: «Si no sabe en que lugar del mapa está, de

Harlow Shapley nació en 1885, estudió en la Universidad de Harvard y después en Princeton donde trabajó con Robert H. Dicke. En 1913 fue nombrado profesor de astronomía en la Universidad de Harvard, donde sus estudios se centraron en la evolución de las estrellas. En 1918 publicó su libro más importante, "The Milky Way and the Universe", donde expone sus ideas sobre la evolución de las estrellas y sobre las órbitas de las estrellas próximas. En 1920 publicó su libro más importante, "The Milky Way and the Universe", donde expone sus ideas sobre la evolución de las estrellas y sobre las órbitas de las estrellas próximas. En 1920 publicó su libro más importante, "The Milky Way and the Universe", donde expone sus ideas sobre la evolución de las estrellas y sobre las órbitas de las estrellas próximas.

poco le servía que yo le diese en cuál estoy yo. Y puso el mapa — el mapa entro aquí — lo puso en el lugar de la población. La casa de donde lo había sacado y corrió. Me sirvió algo útil para él porque no había conseguido localizar la tierra en el mapa. Le pregunté si quería volver a desmenuzarse un mapa y él me dijo que no. Le dije que si había la tierra, y él se corrió a mirar. Yo y yo pensé: «Bueno, por lo menos algo de eso es útil. Es un queso.» Volví al armario y puse el mapa en el vestíbulo. Y, de pronto, como si algo fuera. Algunos hombres de la tripulación volvieron. Los acorralaba en muchos. Estaban muy excitados y yo le pregunté al jefe qué pasaba. Le había ocurrido algo a Barney? Desde luego, era algo que tenía que ver con Barney. El médico me hizo abrir la boca y me movió los dientes. Y empezaron a tirarme de ellos. Les pregunté qué querían hacerme.

DOCTOR:

¿Qué hacían con sus dientes?

BETTY:

Pues tiraban de ellos, tiraban. Y estaban todos muy excitados. (Se echa a reír.)

El médico me dijo que no lo iban a sacar. Los dientes de Barney se desprendieron y los dientes, no. Entonces me eché a reír con todas mis fuerzas y les dije que Barney tenía dentadura postiza, y yo no, que por eso los dientes suyos se le podían. Y ellos me preguntaron: «¿Qué son dentaduras postizas?» Y yo dije que la gente, a medida que envejece, va perdiendo los dientes y, entonces, hay que ir al dentista a que los extraiga y ponga otros postizos en su lugar. O, a veces, alguien — Barney tuvo que ponerse denadura postiza por causa de una herida que tenía en la boca. Por eso tuvo que sacarse los dientes. Y el jefe dijo: «¿Y eso le ocurre a mucha gente?» Pa' eso, se llama que no creía lo que yo estaba diciendo. Y yo dije: «Pa' eso pasa a casi todo el mundo cuando envejece.» Y él dijo: «¿Envejece? ¿Qué es envejecer?» Y yo dije: «Tener mucha edad.» Y él preguntó: «¿Qué es mucha edad?» Y yo respondí: «Depende, pero a medida que la gente envejece se van produciendo cambios en ellos sobre todo, cambios físicos. La edad comienza a dominarles.» Y él preguntó: «¿Qué es edad? ¿Qué quiere decir edad?» Y yo dije: «Edad es el tiempo que vive la gente.» Y él preguntó: «¿Cuánto tiempo?» Y yo respondí: «Creo que la vida humana suele durar, como

así, unos cien años aunque la gente puede morir. La mayoría muere antes por enfermedad o accidentes o cosas así. Y creo que lo que puede llamarse la longitud normal de una vida es unos sesenta y cinco años.» Y él entonces dijo: «¿Sesenta y cinco o setenta qué? ¿Qué quiere decir?» Yo dije: «Años.» Él preguntó: «¿Qué es un año?» Y yo respondí que no sabía cómo explicarlo o con claridad, pero que los años son conjuntos de horas, y los días o son de horas y las horas, de minutos y los minutos, de segundos. Y añadí que yo pensaba que al principio, el tiempo tenía que ver con la rotación de la tierra y de la posición de los planetas y de las cosas así y de eso. Y yo dije: «Vista mi reloj de pulsera y le mostraré cómo funciona. Le muestra a medianoche, de medianoche a mediodía. Pero no entiendo lo que le estaba diciendo. Y yo no podía — no sé —

DOCTOR:

¿Acaso no entendía el inglés?

BETTY:

Si. Lo entendía. Por eso, cuando me preguntó qué comemos nosotros, y yo le dije que comemos carne, papas, verduras, leche, él me preguntó: «¿Qué son hortalizas?» Y yo dije que hortaliza es palabra muy amplia y comprende una serie de alimentos de cierta clase que come la gente, pero que no podía explicarle con exactitud lo que son porque hay muchas clases de cosas que se conocen genéricamente por hortalizas. Y él dijo que tenía que haber alguna hortaliza concreta que me gustase. Respondí que sí, que muchas pero que la que más me gustaba se llamaba calabaza. Y, entonces, él preguntó: «¿Cómo es la calabaza?» Y yo respondí que suele ser de color amarillo. Y él dijo: «¿Qué es amarillo?» Y yo dije: «Voy a enseñárselo.» Y miré por el cuarto pero no vi nada amarillo. Y yo tampoco estaba puesto nada amarillo. Y era difícil hablar de legumbres porque no podía explicarle lo que eran. Y dije: «No puedo no sé cómo explicarlo, no sé ni donde está la tierra en su mapa. No sé, ignoro todas esas cosas que me pregunta. Soy una persona de muy pocas luces por lo menos cuando hablo con usted. Pero, en este país, hay mucha gente que no son como yo y a quienes encantaría hablar con usted y que contestarían con gusto a todas sus preguntas y quizá si accediera a volver, todas sus preguntas recibirían respuesta. Pero si volviera no sabría cómo dar con el go.» Y él entonces, rió y dijo: «No se preocupe, si decidimos

volver saber más perfectamente cómo vivir con cada uno siempre o callamos a nuestros más íntimos.» Y yo dije: «¿Qué quieres decir?» Y él se limitó a mirar. Y entonces veo venir a Barney Sacan a Barney del cuarto. Oigo a los hombres que vienen por el pasillo y digo: «Ya viene Barney.» Y él dice: «Sí, ahora ya pueden volver al coche.» Y luego él dice y Barney se acerca, me tiene los ojos cerrados.

*(Betty vuelve a ver.)*

Se ha perdido muchas cosas. Me preguntó si son esas las que le obligan a tener cerrados los ojos. Y yo es hora de volver al coche, y el jefe dijo: «Venga vamos a llevarlos al coche, les acompañamos.» Y yo dije: «Bueno pero me gustaría saber de verdad si tienen intención de volver.» Y él dijo: «Ya verémos.»

*(Hace una breve pausa. Luego.)*

Y estamos de nuevo en el pasillo. Barney está detrás de mí y tiene los ojos cerrados, y un hombre a cada lado. Y cuando yo ya empiezo a bajar la rampa como de los otros hombres, no el jefe sino algunos de los otros se ponen a hablar. No sé lo que están diciendo pero parecen muy excitados. Y entonces el jefe se me acerca y me quita el libro. Y yo exclamo: «¡Oh!» Y estoy tímida.

*(Parece muy triste casi llora.)*

Y yo digo: «Me prometió que me daría este libro.» Y él dijo: «Sí, ya se pero los otros no quieren.» Pero yo dije: «Es mi única prueba.» Y él dijo: «Precisamente por eso. No quieren que ustedes sepan lo que ha ocurrido, quieren que se les olvide por completo.»

*(Ahora Betty habla como si estuviera dirigiéndose a él mismo.)*

Pues voy a olvidarlo. Pues le llevé el libro pero no podrá nunca, nunca, nunca obligarme a olvidarlo. Lo recordaré todo, todo, cueste lo que cueste. Y él me dijo: «Quizá lo recuerde, no sé pero espero que no, que lo olvide. Y aunque usted lo recuerde, dará igual, porque Barney no lo recordará. Barney no recordará absolutamente nada de todo esto. Y aunque usted recuerda algo él no recordará de manera distinta y lo único que conseguirán ustedes dos es atarse al hilo que acaba en por no saber qué hacer. Así pues aunque lo recuerden, casi sería mejor para ambos que lo olvidasen.»

*(De nuevo, a punto de llorar.)*

Y yo dije: «¿Por qué? ¿Me vendrá con amenazas? Porque le voy a decir que a mí no me asusta porque no lo olvidaré, porque me acordaré sea como sea.» Y él, entonces dijo: «Venga vamos a volver al coche.» Y yo es ahora, al final de la rampa, no tan lejos todavía. Se habían llevado a Barney mientras yo hablaba con el jefe. Y dije: «Me gustaría decir alguna palabra de todo esto, porque es la cosa más increíble que ha ocurrido desde que el mundo es mundo.» Avanzamos, y el camino a la distancia no era grande. No parecía tan largo como al venir. Y él dijo: «Ahora vamos a decirles.» ¿Por qué no se quedan fuera del coche y ven cómo nos vamos?» Y yo dije: «De acuerdo me gustaría si es que no corremos peligro.» Y él dijo: «No, están ustedes a bastante distancia.» Y dijo que se iba a ir a haberme asustado tanto al principio. Y yo dije: «Ha sido una experiencia nueva, y yo ignoraba lo que estaba ocurriendo. Pero ahora no sentía el menor miedo. Ha sido una experiencia sorprendente y, no sé, a lo mejor la olvidó pero añoraba la sensación de poder volver a verle algún día.» A lo mejor se acordará a veces y otra gente podría responder a sus preguntas. Y él dijo: «No intentaré.» Y, entonces, todos dieron la vuelta y empezaron a alejarse. Y yo me acerco al coche y veo a Barney. Abro la puerta y digo: «Sal y mira cómo se van.» Barney aún está adormado pero tiene los ojos abiertos y ahora parece en estado normal. Delsey está sentada en el asiento y la acorralo y veo que todo su cuerpo está temblando. La levanto del asiento y empuzo a ella hacia el fondo. «No tengas miedo. Déjalo ir y por qué es tan asustado.» Me apoyo contra el coche y Barney se baja y se pone a mi lado. Y veo a la vez cómo se van los otros, no quiero ir al lugar tembloroso. Y el otro empieza a hablar, se vuelve más y más brillante.

*Delsey:*

¿Qué es lo que se vuelve más brillante?

*Barney:*

El jefe.

*Docena:*

¿El jefe que vio usted antes en el film?

*Barney:*

Sí, es lo que él era es no lo que era pero él me da la impresión de estar vivo y como si estuviera vivo y como si estuviera vivo.

*(Las taras, Betty y Betty, cuando esto ocurre se lo que*

*vieron hubiera sido una enorme luna que les dio la impresión de estar tocando el suelo.*

Ahora, de vueltas y desvuelve y parece caer ¡pum! Y se va alejando más y más. Y yo le digo a Barney «Bueno Barney ¿qué? Ah, les ves se van y lo que hemos visto no nos ha perjudicado. Volvamos al coche y sigamos hacia Portsmouth» Y él sube al coche y se pone al volante porque es él quien conduce. Yo entro por el otro lado pongo a Daisy dentro en el suelo y le acaricio la cabeza, diciéndole que sea una buena perrita. Y Barney pone el coche en marcha y arrancamos. Y yo me siento muy contenta y dije, «Bueno, Barney, no me dirás ahora que no crees en los platillos volantes.» Y Barney dijo «No seas tonta Betty.» Y creo que está bromeando, pero de pronto volvemos a oír un «bip-bip» en la parte trasera del coche.

DOCTOR

¿Es la segunda vez que oyen ese ruido?

BETTY.

Si. Y dije, «Supongo que este es su último adiós se van, no sé adónde, pero se van. La verdad es que es fantástico. Imagina que ahora se nos olvidase.»

DOCTOR:

¿Y qué se dijeron ustedes dos, ahora?

BETTY.

Pues cuando Barney dijo, «Betty, no seas tonta» ignoraba yo si bromeaba o hablaba en serio. Así pues no contesté nada. Y él dijo, y por eso ahora sé que sabe lo que estoy pensando: «Asómame y mira si les ves.» Claro ¿cómo va a asomarse él para ver una cosa cuya misma existencia niega? Por eso me asomo yo. Miró y sigo mirando de cuando en cuando durante todo el viaje de regreso, a ver si valgo a divisarlos. Y no hago más que preguntarme «¿De dónde han ido?» «¿A dónde se habrán ido?» Pero sigo teniendo la sensación de que están cerca y no hago más que mirar a ver si los veo, no hago más que mirar con los gemelos.

*(Otra larga pausa. Le go.)*

Más allá en Concord, al norte de Concord no nos detuvimos pero aminoramos la velocidad fuimos muy despacio y yo miraba con los gemelos pero no los valgo a ver. Pero seguí buscándolos durante todo el viaje de vuelta. Seguimos arretrera a la familia y yo dije «No lo creen nosotros mismos nadie lo cree.» Al día siguiente, ¡terrible! Es demasiado extraño, la gente pensa-

que estamos locos. Quiero decir que si empezamos a hablar de platillos volantes la gente piensa «¿va a entenderse?», que son hilos. Pero esto que hemos visto es algo más que un platillo volante que va por el cielo.» Yo creo que lo que quería decirme de ello, casi o a mejor. ¿Qué sacaría con recordarlo? Pero me preguntaba a veces: ¿Voy a olvidarlo por completo y hasta me asomo a la ventana de la cocina cuando estoy en casa.

*Betty repite los detalles del regreso ya de día. Como sacaron a Betty del coche se bañaron y exhaustos se echaron a dormir. Luego,*

DOCTOR:

¿Su memoria es buena ahora. ¿Contó usted alguna vez su experiencia a Barney? Me refiero a lo que pasó con el objeto volante.

BETTY.

No.

DOCTOR:

¿Un poco le habló él a usted de lo que le ocurrió en el volante?

BETTY:

No recuerdo que mencionase siquiera haber estado dentro del.

DOCTOR:

Y bien, prosiga.

BETTY.

Ahora, me parece muy raro que nunca habléramos de ello. (Meses más tarde después de terminado el tratamiento, los tres resumieron sus ideas sobre esta cues con comparación con sesiones hipnóticas, después de las cuales no recordaron absolutamente nada de lo que habían dicho en ellas hasta que recibieron orden del doctor de recordarlo.)

Porque lo normal hubiera sido cambiar impresiones. No lo cambiando la verdad. Lo que dijimos fue, «¡Que experiencia fantástica!» Y esto es cuanto nos dijimos.

DOCTOR:

¿Le usted que tuvieron dos experiencias. Una consistió en la aparición del objeto y en el descubrimiento de que en su interior había gente. La otra experiencia fue única en el objeto. ¿Le usted que tuvieron dos experiencias casuales?

BETTY.

Pero a mi modo de ver, la primera fue de muy poca importancia. De hecho, lo único que vi fue que el objeto estaba y se situaba sobre nuestro coche. Y la verdad es que apenas pude verlo. La otra parte de nuestra experiencia fue mucho más impresionante ante un punto de comparación.

DOCTOR:

¿Y por qué decidió usted no hablar de eso?

BARRY:

Porque quería complacer al jefe, porque me había dicho que lo necesitaba.

DOCTOR:

Quería usted complacer al jefe.

BARRY:

Me había dicho que lo olvidara. Esa fue la decisión que tomé.

¿Y por qué tenía usted tanto interés en complacerle?

BARRY:

No lo sé.

DOCTOR:

¿Le gustaría preguntarse por qué Barney tampoco habló mucho de ello? ¿Cree usted que también él quería complacer al jefe?

BARRY:

Quizá. Porque estoy convencido de que estaba seguro de que tenía los ojos cerrados. Pero creo que no podía perderlo completamente a conciencia de lo que estaba ocurriendo.

DOCTOR:

¿Qué le hicieron a él?

BARRY:

Le hicieron algo que le forzó a tener los ojos cerrados. Y tenían que sostenerle cuando nos llevaron al sótano. Y, antes de salir, también le iban guiando, pero creo que se podía ir todo andando con sus propios pies.

*(Hace una pausa.)*

DOCTOR:

Siga.

BARRY:

Quizá fuera también, en parte, el miedo a recordarlo. Algo raro que a note en su mente de decirme que lo mejor era olvidar. Era casi como una impresión. Era casi como una sensación. Y también es posible que yo quisiera olvidarme de ello. No sé.

He decidido que yo quería olvidarlo también, pero creo que esto es una racionalización a posteriori de la situación. La verdad es que no sé si quería olvidarlo de verdad. Mas bien era que no podía seguir recordarlo. Me acordaba de cosas aisladas, pero de otras no. Era, sin duda, la parte comprendida entre los dos alumbros.

*(De nuevo, después del tratamiento, hablando con el autor de este libro, cuando sus mentes hubieron recibido permiso para pasar revista a todo lo revelado durante las sesiones hipnóticas y grabado en cinta los Hill llegaron a la conclusión de que la primera serie de «bip-bip» pareció parecerles en un espacio sereno ante el hipnótico que luego, se hizo más profundo cuando llegaron al obstáculo que cerraba el paso en la carretera. La segunda serie pareció volverlos a estar conscientes de que recuerdan que siguieron como atormentados durante casi todo el trayecto de vuelta a Portsmouth.)*

BARRY:

Es muy difícil de entender. Parece que lo peor es la parte que se desarrolla entre Indian Head y el lugar donde nos detuvimos en la carretera. Quiero decir que esa es la parte que yo me creía en el deber de olvidar.

DOCTOR:

¿Y por qué lo consideraba usted un deber?

BARRY:

No lo sé. Pero al principio, oímos el «bip-bip» y luego, ya no recordé nada. Recuerdo vagamente que Barney se salió de la carretera por el lado hasta que vimos a aquellos hombres en pie, en medio de la carretera.

DOCTOR:

¿Cómo pudieron verlos? ¿Tenían luces?

BARRY:

Vea las formas de los coches. Vea, cuando uno conduce por la noche y hay un grupo de gente, algo en la carretera, y uno lleva los faros encendidos entonces se les ve. No podíamos pisar. Pero no recuerdo nada a partir de ese instante. No sé hasta dónde fuimos. Aquí tiene que haber pasado en ese periodo. Aunque no sé exactamente cuánto más que para el paisaje.

DOCTOR:

*(La escena la pospone para decirle se trataba de un sueño.)*

¿Pudieron ustedes verlo también?

BETTY:

¿Dormir? No, no creo. Quiero decir que lo sabría si hubiéramos parado para dormir. No tengo idea de lo que ocurrió hasta que vimos a los hombres en la carretera. Y, entonces, pasó todo esto. Y, sin embargo, vimos a los hombres. Luego volvimos a oír el «b-p-b-p». Sé muy bien que yo quería ir a verlo.

DOCTOR:

¿Estaba usted preocupada cuando Barney sacó a Dulse del coche antes de esto?

BETTY:

No. Entonces, no estaba preocupada. Miraba si se acercaban otros coches.

DOCTOR:

¿Cabía la posibilidad de que se durmiera usted en el coche mientras Barney salía con la pila?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Y cuando Barney se fue solo y usted se quedó en el coche?

BETTY:

Ah, eso fue cuando el objeto estaba volando sobre nosotros, cuando Barney bajó del coche y fue hacia él.

DOCTOR:

¿No se quedaría usted dormida mientras él estuvo fuera?

BETTY:

No.

DOCTOR:

Muy bien. Vimos a la mañana siguiente usted sintió no haber tenido un aparato que comprobara la radiactividad. ¿O le había ocurrido?

(Betty relata detalladamente la larga historia de cómo descubrió las manchas fluorescentes en el coche televisor a la Base Aérea de Pease, observó la reacción de la aguja de la trifluorita ante las manchas fluorescentes y llamó a su hermana Rebecca que, lavando el coche, algo más tarde las manchas no desaparecieron, sino que, al contrario, se volvieron más fluorescentes. Cuenta que escribió al Comité Nacional de Investigación de Los Ómnibus Aéreos en Washington, y que sintió deseos de averiguar al instante qué pasaba sobre los objetos volantes no identificados. Al terminar su relato, el doctor da por terminada la sesión por ella y

llama a Barney con objeto de comparar las experiencias de éste con las de las revistas por Betty.)

DOCTOR:

Después de poner a Barney en trance Betty naturalmente, ha salido del cuarto.

Veamos Barney. Quiero revisar con usted algunos detalles de su experiencia: me refiero a cuando según parece, le llevaron al interior del objeto volante. Ahora, ha salido usted ya de él y se encuentra perfectamente bien y tranquilo. Pero se encuentra de nuevo en la carretera. Hágame de esos hombres.

BARNEY:

(Con la voz monótona con que habla en estos casos. Es importante recordar que en Barney, ni Betty conocen su propia versión del incidente ni la del otro.)

Vamos por la carretera y me hacen señales con la mano.

DOCTOR:

¿Señales?

BARNEY:

Sí. No levantaban la mano a pagaban. Era un movimiento para indicarme que me parase.

(Luego, concretó que movían las manos a un lado y las hacían girar.)

DOCTOR:

¿Había algún vehículo allí?

BARNEY:

No, no había ninguno.

¿Que luces había? ¿Las de los faros del coche?

BARNEY:

Sólo había una luz amarillenta.

DOCTOR:

Una luz amarillenta.

BARNEY:

Y yo veía la luz amarillenta. Y empecé a ponerme a bajarre del coche y puse un pie en tierra. Y había dos hombres a mi lado, ayudándome a bajar. Y me sentí muy bien, pero, al mismo tiempo, muy asustado.

DOCTOR:

¿Se identificaron unos a sí mismos de alguna manera?

BARNEY:

No, no dijeron nada.

DOCTOR

¿Dijeron lo que querían?

BARNEY

No dijeron absolutamente nada. Y yo me daba cuenta de que estaba andando o moviéndome carretera adelante a partir de donde había dejado el coche. Y veía una rampa. Y entonces cerré los ojos.

DOCTOR

¿A dónde condujo la rampa?

BARNEY

A una puerta. Una puerta de forma rarísima. Como la puerta de un extraño vehículo. Y entré. Y oí una voz como la vez que había oído en la carretera en Indian Head. Ahora me daba cuenta de que no me harían ningún daño. Y yo seguía con los ojos cerrados.

DOCTOR

¿No lo oyó usted en aquel momento?

BARNEY

Eso es precisamente lo que no conseguía comprender.

DOCTOR

¿Pensó usted que el objeto volante le estaba hablando a usted?

BARNEY

Sí.

DOCTOR

¿Era esa la voz que usted oía en?

BARNEY

Sí.

DOCTOR

¿De dónde le parecía que la oía usted?

BARNEY

Eso era lo que no acababa de comprender.

DOCTOR

¿Cree usted que el jefe se lo estaba transmitiendo o algo por el estilo?

BARNEY

Sí. Fue por aquel pasillo, tan sólo unos pasos y vi otra puerta.

DOCTOR

¿Lo guiaban ellos?

BARNEY

Me agarraron cogido por ambos lados. Y entré. Y me parecía que

mis pies tropezaban con un obstáculo que había en la base de la puerta.

DOCTOR

¿Estaba Betty allí?

BARNEY

No. Betty no estaba conmigo. Y vi esta mesa y comprendí que tenía que ir a ella. Me llevaron. Me llevaron a la mesa. Y comprendí, no sé cómo, que tenía que echarme en la mesa.

DOCTOR

¿Qué aspecto tenía la mesa? Era una mesa de operaciones? ¿O una mesa de reconocimiento?

BARNEY

Parecía una mesa de operaciones.

DOCTOR

Una mesa de operaciones. ¿Qué diferencia hay entre una mesa de operaciones y una de reconocimiento?

BARNEY

O quizá fuese una mesa de reconocimiento. No lo sé. La verdad. Sólo sabía que tenía fuerzas para sostenerme. Y era muy sencilla. Ningún aparato, única y exclusivamente para que uno se echara encima. Y, una vez echado, mis pies sobresalían por el otro extremo. Y noté que me quitaban los zapatos. Y oía un ruido semejante a un zambido que parecían estar haciendo a los hombres. Y yo tenía mucho miedo de abrir los ojos. Me habían dicho que los tuviera cerrados y que en seguida terminarían conmigo. Y yo me daba cuenta de que estaban examinándome con las manos. Me miraron la espalda y notaba que me tocaban la piel de la espalda. Como si estuvieran contando los huesos de la columna vertebral. Y noté que me tocaban la base de la columna vertebral como si me la oprimieran con un dedo. Con un dedo, tan sólo.

DOCTOR

¿Le dijeron algo?

BARNEY

Lo que yo oía era un sonido bajo casi un zumbido.

¿Le dijeron algo como: *termina, termina*?

Y entonces, me hicieron dar la vuelta y volaron a mirarme. Y me agarraron a los brazos y me tocaron el interior con dos dedos. Y, entonces, se como si entrara más gente en el cuarto. Y oía ruido de pies moviéndose por la parte izquierda de la mesa.



en que yo vacía. Y alguien me arañó muy ligeramente como con una astilla, en el brazo izquierdo. Y entonces esa gente se fue. Y yo me quedé allí creo que con tres nombres. Pero los dos que me habían traído, él y el otro que parecía seguirles. Había más de una persona en el cuartito. Pero parecía que sólo uno estuviera moviéndose continuamente en torno a mi cuerpo. Entonces, me pusieron los zapatos y pude bajar de la mesa. Y creo que me sentía muy bien porque comprendí que habían terminado. Y me llevaron a la puerta y mis pies volvieron a tropiezar con lo que había en el umbral. Pero salté por encima de él y seguí camino de la rampa. Y bajé por la rampa y abrí los ojos y seguí andando. Y, entonces, vi mi coche que tenía los faros apagados. Y estaba lejos, en la carretera y todo estaba muy oscuro. Y no conseguía explicarme lo ocurrido porque yo no había apagado los faros. Y abrí la puerta, miré si veía a Davey y subí al coche. Y me senté encima de la laveta inglesa, la quité del asiento y la puse en el suelo del coche. Y Betty venía por la carretera y se acercó y abrió la puerta del coche.

DOCTOR:

¿Estaba sola?

BARNEY:

Estaba sola. Y no de aya de sonreír. Y yo pensé que, probablemente, habría bajado un momento a dar una vuelta por el bosque. Y ella subió al coche y dijo: «La verdad es que nadie nos va a creer.» O dijo algo parecido porque yo contesté: «No, nadie es ridículo, nadie lo creerá.» Y yo estaba pensando en lo que había ocurrido y en que estábamos allí sentados, mirando la carretera, y vimos que esa cosa se volvía cada vez más brillante y dijimos: «¡Santo Dios! ¿Empezará todo otra vez?» Y desapareció. Y, entonces, encendimos los faros y el coche arrancó y avanzamos en silencio carretera adelante. Y yo me dije que habríamos corrido unos treinta kilómetros cuando por fin llegamos de nuevo a la carretera n.º 3.

DOCTOR:

¿Y qué le dijo usted a Betty?

BARNEY:

Betty me dijo: «¿Crees ahora en los planes volantes?» Y yo respondí: «Cala, Betty, haz el favor de no decir tonterías.»

DOCTOR:

¿Le contó usted su experiencia del interior del vehículo?

BARNEY:

Se me había olvidado ya.

*(Luego Betty con el Dr. se consultaron, a pesar de intensos interrogatorios, que sus recuerdos de estas experiencias se les olvidaron después de salir de él o volando. hasta que la hipnosis les permitió recordarlos.)*

DOCTOR:

Se le había olvidado.

BARNEY:

Si.

DOCTOR:

¿Y le habló ella de su experiencia?

BARNEY:

No. No me dijo nada.

DOCTOR:

Así pues, ninguno de ustedes contó al otro lo ocurrido en el interior del objeto?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

*(Advierte que ambos han dicho, en estado consciente, que no recordaban nada de su experiencia, pero, a pesar de todo, continuó tanteando a Barney en estado hipnótico.)*

¿Y por qué no?

BARNEY:

No lo recordaba.

DOCTOR:

Comprendo. Este recuerdo se había desvanecido por completo de su memoria, ¿no? ¿Cree usted que ella vio el objeto?

BARNEY:

No lo sé.

DOCTOR:

¿Todavía no lo sabe?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

Muy bien. Basta por hoy.

El doctor Simon sacó a Barney del trance y lo sacó en tierra por la parte de atrás. En el transcurso de la noche había podido comprobar que Betty recordaba Betty en estado de hipnosis y a ella al despertar de sus sueños. El doctor Simon no sabía qué Barney porque le inquietaban los sueños de Betty y por no querer darle la impresión de una unidad de pensamiento real, había ido a ver a la mujer de que Barney se enamoró por el médico más que éste se lo primera experiencia de Betty había accedido a la memoria hasta entonces con el fin de que no influyeran en la actitud del médico. El doctor Simon examinó sus sueños más adelante, en el transcurso del tratamiento, junto con otros aspectos del extraño caso que requerían un nuevo examen.

Primero, había que considerar el carácter mismo de la experiencia. ¿Era real? ¿Qué parte de una experiencia real, por ejemplo, podía ser tan inquieto y recordado en un estado de trance, lejos de su casa, por causas de control de su propia voluntad? ¿Podría ser exagerado y conscientemente en tales condiciones? ¿Podría ser exagerado y conscientemente en tales condiciones?

Las preguntas se refirieron a la vista. ¿Cómo era posible que dos personas describieran de manera tan parecida un objeto como un peje, con tanto detalle, en estado consciente y por separado? ¿Cómo era posible que contaran tan detallada y simularse su captura por seres fantasmales del tipo de cosas que se veían en toda la Historia a pesar de que ninguno de ambos sabía lo que el otro había visto o revelado en estado hipnótico al doctor? ¿Sería real esto o no lo sería?

Los que tengan el absoluto en la mente y piensen que en estado la gente sólo puede decir la verdad y suprimido que tanto Barney como Betty Hill estuvieron en estado consciente hipnotizados cuando hicieron esas revelaciones no pueden dar malos de creer lo que es os contar. Las pruebas de que los sujetos indican que para el individuo hipnotizado la verdad es la que él cree verdad. Por lo tanto la veracidad de lo revelado por los Hill depende de la firmeza de su fe en ello. La posibilidad de una mentira es pequeña, pero no así la de que el paciente hipnotizado revele una fantasía siempre que él la considere verdadera. La posibilidad de que dos pacientes, por separado, revelen fantasías parecidas es, sin embargo, infinita. ¿Qué pensar, por lo tanto?

La cuestión, ahora, puede ser considerada desde dos puntos de vista opuestos: o los Hill mentaban o decían la verdad. Una mentira en un extremo y la verdad en el otro. Pero ¿qué hay en medio? Una posibilidad: alucinaciones. Es posible que un individuo sea víctima de una alucinación temporal cuando experimenta mucho miedo.

Reduciéndolo a lo esencial, las posibilidades, en este momento, pueden ser expuestas como sigue:

#### 1. EL INCIDENTE FUE TODO MENTIRA.

El doctor Simon no acepta esta posibilidad. Pensa que los Hill son gente sincera y fidedigna, que le contaron lo que ellos consideraban verdad tanto conscientemente como en estado hipnótico.

#### 2. EL INCIDENTE FUE UNA ALUCINACIÓN.

El doctor considera que esto tampoco es probable. No percibió ningún indicio de esto durante las sesiones hipnóticas.

#### 3. EL INCIDENTE FUE UN SUEÑO O UNA ILUSIÓN.

Esto sería teniendo en cuenta y examinado detalladamente particularmente del supuesto de que una experiencia real había podido tener lugar sobre un terreno particularmente sensible y susceptible de modificación y ampliación. Es decir, un terreno en el que se pudieron imprimir impresiones o fantasías que, luego, según experimentadas únicamente de nuevo.

#### 4. EL INCIDENTE OCURRIÓ DE VERDAD. LA CAPTURA O RAPTO TIENE LUGAR.

Este tipo de experiencia nunca ha tenido lugar que se sepa, de manera fidedigna. El caso es considerado como demasiado improbable y mucho de lo revelado se parecía a otras revelaciones de tipo extraño.

La aparición del objeto volante no identificado ante dos personas en estado consciente es una posibilidad perfectamente aceptable si tenemos en cuenta los informes de hombres de ciencia técnicos, personal de las Fuerzas Aéreas, pilotos de avión y técnicos en rada; incluso podría ser considerada probable. Además, la sinceridad de los Hill parecía indudable. Sus revelaciones, tanto en estado consciente como en estado hipnótico, se corroboraban mutuamente.

Entendido casi por completo mentiras y alucinaciones, el doctor comenzó a sopesar la posibilidad de una elaboración autoritaria empezando como base los sueños.

Betty había tenido sueños. Sueños complicados. Sueños que fueran revelados con detalle en esta o en la otra. Cuando se informó a Barney, el doctor había explorado también la posibilidad de que éste se hubiera quedado dormido en la carretera y soñado que le capturaban. Barney estaba convencido de que no se había quedado dormido durante el viaje y el doctor estaba dispuesto a aceptar esto.

Después de las primeras sesiones con Barney el doctor Simon comenzó a dar por supuesto que los sueños y las visiones eran otra de este y que Betty las había absorbido de él. Para confirmar las sesiones siguientes Betty, en estado hipnótico, comenzó de manera notable las experiencias de Barney. Esto parecía no ser sino comprensión consciente, pero se trataba de dos personas ninguna de las cuales sabía lo que la otra estaba haciendo a pesar de lo cual ambas controlaban las mismas reacciones en sí mismas. El primero plantearon problemas hasta después de terminado el tratamiento. Si no era posible aceptar como verídica esta historia consistente, era preciso buscar una alternativa racional que explicara la fase de todos los ataques. El doctor estaba al tanto de muchos contradictorios e inconsistentes para ver así la posibilidad de encontrar una explicación favorable o desfavorable.

Al terminar la segunda sesión hipnótica con Betty parecía que la versión sería precisamente lo contrario de lo que había pasado inicialmente al doctor Simon. Si la totalidad de la experiencia no era cierta, quizá Barney hubiese absorbido un sueño fantasioso de Betty. Barney, al parecer, era el más susceptible a ser inducido. El doctor Simon notó que las experiencias de Barney a partir del rapto estaban todas en la versión de Betty, pero por otra parte muy pocos de los detalles de la versión de Betty estaban incluidos en la de Barney. Los recuerdos de Barney relativos a cuando le llevaron por el bosque eran vagos en comparación con los de Betty. Los detalles de sus conversaciones a bordo del objeto eran mucho más vivos en la versión de Betty que en la de Barney.

Si esta teoría era cierta, sería preciso examinar con todo cuidado la cuestión de cómo los sueños de Betty podrían haber sido absorbidos por Barney.

Para cuando comenzó la próxima sesión el 21 de marzo de 1964, es, sabido siguiente, por la mañana el doctor Simon había llegado a la conclusión de que lo mejor sería suponer que,

tal como fuese, Barney había absorbido los sueños de Betty. Cuando se informó por el doctor que al mismo tiempo, Betty había desarrollado sus sueños hasta convertirlos en algo que ella llegó a particularmente realista. Esta posibilidad le había sido sugerida al doctor Simon por un amigo suyo.

Como lo había hecho con Betty la vez anterior, el doctor echó un ratito con Barney antes de ponerle en estado hipnótico. Al comienzo de la sesión con Barney le dijo al doctor que por primera vez en su vida, había soñado con los volantes no montados, tres noches de la semana anterior: las del domingo, martes y el miércoles. El sueño siempre era el mismo. Barney estaba en tierra, mirando el objeto volar en el cielo, mientras Betty gritaba.

La conversación sobre esto duró varios minutos y Barney contó que había oído con el doctor Stepaens había mencionado, sin darle demasiada importancia, el accidente del objeto y la te, cuando como él estaba a una serie de cincuenta millas que terminaron en la consulta del doctor Simon.

Doctor:

*(Barney aún está en estado plenamente consciente, todavía no ha sido hipnotizado.)*

Además Betty había estado preocupada por sueños y pesadillas, ¿no?

BARNEY:

Sí, eso es.

Doctor:

Es como le digo, ¿no?

BARNEY:

Sí, exactamente.

Doctor:

*(Se dispone a insistir cuanto sea posible en el aspecto objetivo del problema tanto en estado consciente como en la parte hipnótica de la sesión.)*

Y ella le había de esas cosas. ¿Se lo dijo ella en el transcurso de sus conversaciones?

BARNEY:

Sí.

Doctor:

¿Le usted alguna vez testigo de sus pesadillas?

BARNEY:

No nunca.

DOCTOR:

¿Siempre estaba usted dormido?

BARNEY:

Si.

DOCTOR:

Veamos, ¿duermen ustedes en cama de matrimonio?

BARNEY:

Si.

DOCTOR:

¿Se le habla Betty estando dormida?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

Que usted sepa, no habla en sueños.

BARNEY:

No lo sé positivamente, no habla en sueños.

DOCTOR:

No habla en sueños.

BARNEY:

A veces, yo estoy despierto y ella, dormida, y nunca la he oído hablar.

DOCTOR:

Nunca la ha oído hablar en sueños.

BARNEY:

Nunca.

DOCTOR:

Bueno. Veamos, cuando ella le contó sus sueños a usted, ¿cuántos le contó? ¿Qué dijo que había soñado?

BARNEY:

Por ejemplo, me dice que no está segura de si en sus sueños habrá alusiones o referencias al tiempo de un poquito que no recordamos en White Mountains.

DOCTOR:

El tiempo que no recordan. ¿Fue Mr. Holman quien se lo hizo ver?

BARNEY:

Le pareció extraño que no recordásemos nada de un trayecto como el que hay de Ashland a Indian Head que no pasa de cincuenta y seis kilómetros de distancia. Y la verdad es que yo

no recordaba nada. Y pensé que lo que probablemente había pasado es que no hace más que conducir el coche.

DOCTOR:

¿No se le ocurrió a usted que el viaje de vuelta había durado el mismo tiempo?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Solo se le ocurrió cuando Mr. Holman se lo indicó a usted?

BARNEY:

Si. A él le parecía que lo que le contamos sobre aquellos «bip-bip» que oímos en Indian Head era interesante. Y luego seguimos la conversación diciendo: «Y, entonces, cuando llegamos a Ashland, oímos de nuevo el «bip-bip»». Y, entonces él dijo: «¿Qué pasó en el intervalo, o sea, durante esos cincuenta y seis kilómetros?» Y yo, por mucho que me esforzara, no conseguía recordarlo. Entonces me di cuenta de que habíamos conducido bastante tiempo sin que recordásemos que nos hubiera pasado nada o haber pasado siquiera por ese tramo de la carretera n.º 3.

DOCTOR:

¿Vieron algún coche? ¿Gente?

BARNEY:

Ni uno ni otro.

DOCTOR:

¿Quedaron, pues, preocupados por ese tiempo olvidado?

BARNEY:

No. Yo no.

DOCTOR:

Ni Betty tampoco. Muy bien.

(Entonces, el doctor sume a Barney en el trance, con las instrucciones de siempre.)

Y, ahora usted recuerda por completo todas las experiencias de que hemos hablado en este despacho. Todas... Y también todas sus sensaciones. Pero ya no le inquietarán más. Recordará usted todas sus sensaciones y todas sus experiencias. Quiero que vuelva sobre todo ello y hable de lo que le ocurrió en la carretera, cuando le detuvieron unos hombres vestidos de oscuro. Veamos. ¿Por quién se enteró usted de esta experiencia? No le sucedió de verdad, ¿no es cierto?

BARNEY:

*(En profundo trance.)*

Estaba hipnotizado.

DOCTOR.

Estaba usted hipnotizado. ¿Y quién le hipnotizó?

BARNEY.

El doctor Simon.

*(Barney separa al actual doctor Simon, en relación hipnótica con él, del doctor Simon de una sesión anterior.)*

DOCTOR.

Sí, es verdad.

*(El doctor comienza ahora a sondear el alcance de la influencia de Betty sobre Barney. Tiene que ir con cuidado, pues se expone a ejercer demasiada presión sobre el paciente debido al estado de alta adaptabilidad que la hipnosis crea en él.)*

Pero alguna otra persona le ha dicho algo sobre esto. ¿Quién es?

BARNEY.

Betty.

DOCTOR.

¿Y qué le dijo?

BARNEY.

Que había tenido un sueño en el que había sido llevada a bordo de un objeto volante, y que yo estaba en su sueño y que también me llevaban a bordo.

DOCTOR.

¿Cómo le contó eso?

BARNEY.

Sólo a contarlo cuando había visitas en casa. Y, entonces yo le contestaba que era un sueño y nada más que no había motivo alguno de alarma. Betty me contó muchos detalles de sus sueños. Me dijo que había subido a bordo del objeto volante y hablado con sus tripulantes y que éstos le habían dicho que lo olvidaría todo. Y ella había dicho a los tripulantes del objeto volante que no lo olvidaría. Y yo siempre le dije que todas esas cosas no son más que sueños y no hay que creer en ellas, pero ella dice que no que de una manera que ella misma no comprende, siente que existe una relación entre sus sueños y la realidad, porque hasta ahora, ella nunca había soñado con objetos volantes no identificados. Y me decía que la habían pinchado en el ombligo con algo y que esto no me lo decía sólo a mí sino que va vería yo cómo también se lo contaba a Walter Webb a quien

había de la aparición del objeto volante durante el viaje de vuelta. Y, entonces me enteraría, además, de sus sueños. Nunca me contó directamente sus sueños.

*(Barney está corrigiéndose a sí mismo, pues, antes, había dicho que Betty le contaba sus sueños directamente.)*

DOCTOR.

Pero si le dijo algo sobre ellos ¿no?

BARNEY.

Sólo que habían entrado en el cuarto con mis dientes postizos y que estaban muy sorprendidos de que mis dientes pudieran sacarse de la boca y los de ella no.

DOCTOR.

¿Y qué me dice de otras cosas que usted mismo me contó? Por ejemplo, lo que le ocurrió cuando estaban recorriendo.

*(Se lo contó a él.)*

*(De nuevo se plantea la cuestión: ¿recordará sólo Barney lo que Betty le dijo?)*

BARNEY.

No. Eso no me lo dijo ella. Yo estaba echado en la mesa y noté que me estaban examinando.

DOCTOR.

¿Forma esto parte del sueño de Betty?

BARNEY.

*(Con firmeza.)*

Lo que estoy contándole es lo que sucedió de verdad. Por entonces, Betty me hablaba de sus sueños. Yo estaba desorientado y no tenía la menor idea de que eso hubiera sucedido de verdad. Ahora he comprobado que sí.

DOCTOR.

*(Insiste, casi retador.)*

Bueno, tomos estos sueños sobre su entrada en el objeto volante y todos los detalles que me le ha contado se los dijo Betty a usted ¿no?

BARNEY.

No. Betty no me contó nunca esas cosas sólo me habló de lo relativo a mis dientes.

DOCTOR.

Sólo le habló de los dientes.

*(Pausa.)*

¿Y cómo sabe que todo eso ha ocurrido en realidad?

BARNEY:

El doctor Simon me hipnotizó. Me ha hecho recordar lo ocurrido el 19 de setiembre de 1961, cuando salí de Montreal. Le conté lo que me había ocurrido todas las veces que me lo preguntó. Y he hablado con gente a quien nunca había visto hasta entonces. Y sabía muy bien que había visto un objeto volante no identificado, y que había ido hasta Indian Head me había bajado del coche y comenzado a andar hacia donde estaba el objeto volante porque no acababa de convencerme de que pudiera estar allí de verdad. Y, a pesar de todo, no podía hacer que se fuera de allí.

*(Ahora, Barney vuelve a sentirse emocionalmente inquieto.)*

Y me sentía como forzado a acercarme a él... Y rogaba a Dios que me hiciera.

*(Prorrumpa en sollozos.)*

DOCTOR:

Esto no le angustiará, tranquilícese.

BARNEY:

*(Un poco más calmado.)*

Y rogaba a Dios que me permitiera alejarme de allí y volver corriendo al coche. Y eso fue lo que hice. Y los ojos persistían en seguirme mientras volvía junto al coche. Y me sentía muy acongojado, mucho.

*(El doctor le deja que siga contando nuevamente el episodio de Indian Head. Esta vez, no revela ninguna contradicción. Es la misma historia que ha relatado siempre. Luego, Barney continúa adentrándose en el período amnésico.)*

Y seguí conduciendo y conduciendo. Y di una vuelta, sin explicarme nunca por qué. Bueno, pues eso, di la vuelta. Y torcí a la izquierda y me di cuenta de que estaba en una zona desconocida, en la que nunca había estado hasta entonces. Y me sentía muy inquieto y, no sé cómo aquellos ojos me seguían me decían que me tranquilizara, que no me ocurriría nada, que me calmara. Y vi a esos hombres que se me acercaban.

DOCTOR:

Veámos, esos hombres en la carretera... ¿Está usted seguro de que estaban allí?

BARNEY:

*(Con mucha firmeza.)*

¡Ya o creo que estaban allí! Y yo no lo sabía. No lo sabía.

Porque estaba hipnotizado por el doctor Simon, quien me ordenó contar esto. Y lo conté.

DOCTOR:

*(Hriscamente.)*

¿Soyó usted esto?

BARNEY:

No. No lo soyó.

DOCTOR:

Entonces, ¿esos hombres le pararon a usted de verdad?

BARNEY:

Si.

DOCTOR:

Muy bien. Sigamos adelante.

BARNEY:

Me dispuse a bajar del coche y sentí que dos hombres me estaban ayudando y que yo tenía los ojos cerrados.

DOCTOR:

*(Es evidente que Barney se dispone a confirmar lo que ya contó antes.)*

En momento. ¿No le contó esto Betty mientras estaba usted dormido?

A veces, es posible transferir una fuerte sugerencia hipnótica a una persona que está en determinada fase de un sueño normal.

BARNEY:

No. Betty no me contó nunca semejante cosa.

DOCTOR:

¿No tuvo ella sueños de este tipo, y no habló de ello dormida?

BARNEY:

Nunca me ha contado tales cosas. Nunca la he oído contar. Betty a yo que había soñado que ella y yo estábamos dentro de un objeto volante. Pero no me contó cómo habíamos caído en él.

DOCTOR:

Si. Pero ¿no le contó que les habían llevado hasta él?

BARNEY:

Si. Si. Si.

DOCTOR:

¿Y no le contó, también, todo lo que había visto dentro, y cómo había sido detenida por esos hombres?

BARNEY:

No. No me dijo que los hombres a hubieran detenido. Eso no formaba parte de sus sueños.

*(En esto, Barney tiene razón.)*

Eso sólo fue cuando me hipnotizaron..

DOCTOR

Sólo cuando fue usted hipnotizado.

BARNEY:

Sí, fue entonces cuando lo vi.

DOCTOR:

¿Cómo se explica esto? ¿Cómo se explica que sucediera esto? ¿Cree usted que sucedió en realidad?

BARNEY:

Sí que sucedió. No sé qué decir. No quiero recordarlo. Me parece que no lo recordaré.

DOCTOR

¿Quién le ordenó a usted que no lo recordara?

BARNEY:

Se lo dijeron a mi mente, que olvidaría todo lo ocurrido. Fue como si lo imprimieran en mi mente.

DOCTOR

¿Imprimir en su mente? ¿Y quien se lo dijo?

BARNEY:

Yo creía que había sido el hombre que me miró desde el interior del objeto y al que yo también estaba mirando. Y yo creía que había tenido que ser él. Y él me dijo que me tranquilizara, que no tuviera miedo. Y que no me harían ningún daño. Y que me dejarían en paz y podría seguir mi camino. Y que lo olvidaría todo, todo, que no volviera a recordarlo nunca.

DOCTOR

¿Cómo se explica que no supiera usted nada de la experiencia de Betty, mientras ella parece colocar todos los detalles de la suya?

BARNEY:

Yo no estaba en el mismo cuarto que ella. No sé dónde está. Me siento muy tranquilo y a gusto, no sé por qué. Yo creía que terminaría en seguida con nosotros, y que no nos causarían ningún daño.

DOCTOR:

Dijo usted, antes, que ignoraba lo que había sucedido, pero

también dijo que Betty le había contado muchos detalles de lo ocurrido en sus sueños.

BARNEY

Me habló de sí misma. Ignoro lo que le ocurrió a Betty en la carretera, pero nunca tuve fe en sus sueños.

DOCTOR

¿No cree usted en sus sueños? ¿Y por qué no cree usted en sus sueños?

BARNEY:

Nunca había soñado con objetos volantes hasta el domingo pasado. Soñé con ellos a noche del domingo y la del martes y la del miércoles. Y es la primera vez en toda mi vida que sueño con objetos volantes.

DOCTOR:

Me dijo usted hace algún tiempo, que se sintió como dissociado al ver este objeto volante. ¿Qué quiso usted decir?

BARNEY:

Senti que nunca había tenido una sensación como aquella. Y me senti dissociado. Como si mi cuerpo se moviera por un lado y mi cabeza pensara por el otro. Y jamás había tenido una sensación como aquella. Me sentía dissociado. Y nunca había experimentado esta sensación hasta que entré en el despacho de usted. Y usted mandó entrar a un perrito en el cuarto. Y yo quedé hipnotizado y tuve la impresión de que el perrito estaba ahí de verdad.

*(Se está refiriendo a un experimento que hizo el médico con Barney.)*

DOCTOR

Entonces eso fue una alucinación, ¿no?

BARNEY:

Sí, fue una alucinación.

DOCTOR

Entonces neurontrontos del rapto. ¿No podría haber sido también una alucinación?

BARNEY:

*(El doctor no consigue hacerle contradecirse.)*

Ojalá hubiera sido una alucinación.

DOCTOR

*(Insistiendo.)*

¿Y por qué no podría haberlo sido?

BARNBY:

No lo sé.

DOCTOR:

¿Y no podría ser que Mr. Webb le hiciera creer que tenía que haberle ocurrido a usted en ese intervalo de tiempo?

BARNBY:

Mr. Webb no me hizo creer tal cosa. Mr. Webb no trató de hacerme creer que tenía que haberme ocurrido algo.

*(Vemos de nuevo que, en estado hipnótico, el paciente trata de ser escrupulosamente exacto. Fue Hohman quien le hizo creer aquello.)*

DOCTOR:

Bueno, le dijo que había un espacio de tiempo del que no recordaba nada.

BARNBY:

Había un espacio de tiempo, entre Indian Head y Ashland, y yo no hacía más que pensar que recordaba haber salido a la carretera en Indian Head. No recordaba nada más, excepto que eché a correr hacia mi coche, y que arranqué a toda velocidad. Y no recordaba lo que había hecho entre Indian Head y Ashland. Fue Mr. Hohman quien me dijo que tenía que haber hecho algo.

DOCTOR:

¿Se sintió usted «disociado» de esa parte de su experiencia?

BARNBY:

No, no me sentí disociado. Era, sencillamente, que no quería pensar en ello. Me limitaba a decirme a mí mismo que había pasado ese tiempo conduciendo y nada más.

DOCTOR:

¿Y está seguro de que eso ocurrió de verdad?

BARNBY:

Estoy seguro de ello.

DOCTOR:

¿Le hablaron a usted, esos hombres?

BARNBY:

Sólo el que me pareció que era el jefe.

DOCTOR:

¿El que usted creyó que era el jefe del objeto volante?

BARNBY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y de qué idioma se sirvió?

BARNBY:

No me habló con palabras. Me dijo lo que tenía que hacer con pensamientos que mis pensamientos comprendían. Y eso es. Y no entendía cómo podía comprenderle. Y me dijo que no me harían ningún daño.

DOCTOR:

¿Empleó a guisa de telepatía mental?

BARNBY:

No comprendo esta palabra.

DOCTOR:

La telepatía mental consiste en poder comprender los pensamientos de los demás o en que los demás comprendan los pensamientos de uno.

BARNBY:

Yo comprendía sus pensamientos. Sus pensamientos me llegaban dentro, como ahora siento los pensamientos de usted. Es decir, como los siento cuando usted me habla. Y sé que usted está aquí, conmigo, y, sin embargo, tengo los ojos cerrados. Y usted me hace preguntas. Y yo sé que está usted aquí aunque no sé dónde exactamente. Y así es como él me dijo que no me harían daño. Y que me dejarían en paz para que fuera adonde yo quisiera en cuanto me hubieran examinado en este cuarto. Y entonces, no le veía, ni oía sus pensamientos decirme que no recordara nada de todo esto porque no me habían hecho ningún daño y lo que yo quería era olvidar. Y él me ayudó a olvidar diciéndome que era eso precisamente lo que yo quería. Y así me olvidé de todo.

DOCTOR:

Me dijo usted que Betty intentó hipnotizarle en cierta ocasión.

BARNBY:

Cuando estábamos en la carretera en White Mountains y nos paramos por primera vez para ver mejor aquella luz que se movía por encima y se acercaba a nosotros. Yo lo veía claramente y dije: «Es un avión». Y Betty dijo: «Fíjate como va».

*(Barney sigue contando con todo detalle su primera parada en la carretera n.º 1, cuando Betty trata de hacerle ver que aquello es algo extraño y no un avión. Y cuenta que también él lo encontraba extraño, porque no iba sin hacer el menor ruido, pero decía que no quería dearse ni la cabeza excesivamente por Betty. Su*



recuerdo sigue siendo idéntico a los anteriores. Cuando me acordaba que te da la impresión de que pesa a otro coche o a un producto del Estado, el doctor te muestra, ¿se con una pregunta.)

DOCTOR:

¿Quería usted ver gente en la carretera, ¿no?

BARNEY:

No quería ver a esas personas.

DOCTOR:

¿Cuando comprobó que no se hacían daño, ¿se sintió usted mejor?

BARNEY:

Me sentí raro. Y no conseguía recordar. Y, sin embargo, yo sabía que había ocurrido algo. Y me sentía confuso al ver que me encontraba fuera de la carretera n.º 3. Estaba volviendo a la carretera n.º 3 y no comprendía por qué me había alejado de ella. Y, poco a poco, como en un tris, y, a partir de entonces, no dije nada.

DOCTOR:

¿No le hipnotizó Betty?

BARNEY:

No. Betty no me hipnotizó. Y, quería creer que ella se había equivocado sobre el objeto y que, por eso, así me sentía más tranquilo. Y es que seguía viendo ese objeto en el cielo.

(Ahora, Barney repite de nuevo, detalladamente, su parada en Indian Head, indicando que había creído que el objeto tenía que ser un helicóptero, porque, si no, resultaba imperceptible que pudiera permanecer inerte en el aire. Y, sin embargo, no hacía el menor ruido y Barney le oye que confesarse a sí mismo que no podía ser un helicóptero. Barney llega al momento de su narración en que se dispone a bajar a correr hacia el coche.)

Y volví al coche a todo correr. Y, sin embargo, yo sabía que no estaba allí...

DOCTOR:

Sabía que no estaba allí...

BARNEY:

Yo sabía que no podía ser verdad. Tener en la cabeza unos ojos como aquéllos...

DOCTOR:

¿En la cabeza?

BARNEY:

Sí. Aquellos ojos.

DOCTOR:

O sea, ¿que todo eso era un producto de su imaginación?

BARNEY:

No.

DOCTOR:

¿Y por qué no?

BARNEY:

Lo recuerdo de la misma manera que recuerdo lo anterior, hasta que bajé del coche en Indian Head. Recuerdo todo lo que hice. Luego conduje el coche a abajo y fui por North Woodstock y, después, totora a la izquierda. Y Betty me miraba como si estuviera perpleja. Y, a pesar de todo, no me hizo ninguna pregunta sobre lo que hacía. Y adivinaba lo que estaba pensando. Y dije: «Sé que lo que estoy haciendo está bien hecho, sé que vamos por donde debemos ir.»

DOCTOR:

¿Y qué cree usted que estaba ella pensando? Dice que adivinaba lo que estaba pensando Betty.

Está tanteando de nuevo la posibilidad de que las ideas de Betty hubieran sido transmitidas a Barney.

BARNEY:

Yo pensaba que ella estaba pensando que me había apartado de la carretera principal y que...

DOCTOR:

¿Adivina usted con frecuencia lo que piensa Betty?

BARNEY:

A veces, lo adivinamos los dos. A veces tratamos de ver si podemos intuir lo que es pensando el otro. Pero no solemos tener demasiado éxito.

DOCTOR:

Lo intentan ustedes de verdad? ¿Ver si consiguen adivinarse los pensamientos? ¿Lo practican ustedes?

BARNEY:

Verá, cuando yo estaba en Florida ella solía decirme que quería que yo la hipnotizara. Y me dijo que, muchas veces, se echaba en su cuarto y se ponía a decir: «¡Lámateme, Barney!» Y, a veces, yo la llamaba. No es que yo hubiese adivinado en aquel momento que ella lo deseaba, sino que había decidido telefonearla a aquella hora en todo caso. Pero ella decía: «Te-

nes que haberme leído el pensamiento porque yo estaba allí echada, esperando tu llamada.»

DOCTOR:

Podría ser que ella hubiera impreso todas estas ideas de objetos volantes en la mente de usted? Me dijo que Betty quería hipnotizarle.

BARNEY:

Sé perfectamente que Betty no me hipnotizó. Yo quería pensar que me había hipnotizado quería pensar que aquel objeto no estaba allí de verdad. Y por eso dije: «¿Qué estás haciendo, Betty? ¿Tratando de hipnotizarme?» Y desde entonces, dije constantemente que aquello tenía que ser un avión. Quería que ella me dijese: «Tienes razón, es un avión.» Y, mientras seguía la carretera adelante, pero el objeto nos perseguía y eso no acababa de hacerme gracia. Sabía que no es corriente que un avión siga a un coche por la carretera, como nos seguía aquí. Y esperaba que todo fuera una ilusión, no quería que aquella cosa volante estuviera encima de nosotros. Esperaba que no estuviera allí. Y, sin embargo, seguía allí, carretera adelante, siguiéndonos.

*(Barney vuelve a contar detalladamente lo ocurrido en Indian Head, indicando que no podía creer que fuese posible que aquel objeto volase sobre ellos, pero así era, y tenía la impresión de que lo que quería era capturarles.)*

¿Y cómo sabía usted que quería capturarlos?

BARNEY:

Me daba cuenta de que se acercaban muchísimo. Y yo también me estaba acercando a ellos. Y vi como... no era una rampa... sí o, más bien, como un objeto que sobresalía de la parte inferior. Y yo veía esto con mis ojos... me recordaba una escalera, pero, en realidad, no conseguía ver a ciencia cierta lo que era. Lo único que veía era que algo salía de ello. Y las alas que salían a ambos extremos no eran como alas de avión, como esas alas parecidas a las de los murciélagos, de ciertos aviones militares. Salían del cuerpo del objeto como de una vaina.

DOCTOR:

¿Quiere decir que las vio salir del fuselaje?

BARNEY:

Por la forma, no parecía un fuselaje. Y cuando las alas comenzaron a salir, las luces rojas comenzaron a aparecer en el cuer-

po del objeto. Y vi que estaban situadas en los extremos de las alas. Y conseguí romper la atracción y al corriendo hacia el coche.

DOCTOR:

¿Qué forma tenía? Si no tenía forma de fuselaje, ¿qué forma tenía?

BARNEY:

Pues... así. Una forma más o menos oval.

DOCTOR:

A Betty le pareció que tenía forma de puro.

BARNEY:

Cuando subía cielo arriba parecía un cigarro puro, porque creí que sería un avión de pasajeros a causa de su longitud. Pero es que, entonces, estaba a distancia. Y sólo al acercarse vi que lo que me había parecido una línea recta de luces era, en realidad, una serie de luces en curva.

DOCTOR:

Muy bien. Si no tiene nada más que decirme, lo dejamos por hoy. Nada de esto le causará inquietud.

*(Ahora, por primera vez, el doctor permítase a Barney recordar algunas de las cosas que ha contado en estado hipnótico. Este es un paso fundamental en el tratamiento hipnótico.)*

Y, ahora... ahora, recordará usted todas estas experiencias hasta que empiecen a inquietarle. ¿Me comprende? Cuando le haya despertado, podrá usted recordar cualquier cosa que no le inquiete. Recordará que nada de esto va a inquietarle ni a causarle el menor daño. Todo eso ha pasado ya, y gradual, muy gradualmente, según sigamos adelante, irá usted recordando todas estas cosas...

*(Es importante que las órdenes sean perfectamente claras, debido a la tendencia del paciente a obedecerlas literalmente.)*

Pero no le causarán pesadillas, ni ninguna inquietud, y usted irá recordando cada vez más cosas conforme sigamos con el tratamiento. ¿Está claro?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

No experimentará miedo ni angustia, se sentirá completamente a gusto y descansado. Y continuaremos hablando de estas cosas como hasta ahora. Y lo mismo le digo por lo que se refiere a Betty. Recordará usted estas cosas sólo mientras pueda recor-

darlas *sin sentir inquietud ni angustia*. Le volveré a ver dentro de una semana. ¿De acuerdo?

BARNEY

Sí

DOCTOR,

May bien. Ahora, puede despertarse.  
(*Barney despierta al oír esta orden.*)

BARNEY,

Me encuentro muy bien.

(*Una pausa. Luego:*)

Algo me tiene perplejo. Recuerdo haber sido hipnotizado. De ordinario, cuando vengo aquí, sé que he sido hipnotizado, pero no recuerdo nada más. Y, entonces, miro el reloj y me doy cuenta de que han pasado un par de horas. Y, entonces, me digo que parece que hayan pasado, como máximo, diez minutos. Y, y eso recuerdo cosas que... sobre esta sesión, cosas que no recordaba nunca después de las otras sesiones.

DOCTOR:

¿Y qué recuerda, ahora?

BARNEY:

Pues el objeto volante que se nos apareció, como le dije y... Eso... Ciertas cosas me tenían perplejo porque no conseguía acabar de comprenderlas. Solía hablar de ellas con Walter Webb cuando venía a vernos, y hablábamos de la aparición de ese objeto lo que yo vi y lo que vio Betty. Y nos poníamos a hablar como siempre y llegábamos al momento en que vi a los hombres dentro de él volverse para manipular los mandos. Y nunca conseguí ir más adelante. Pero, ahora, casi veo al hombre y recuerdo su aspecto y veo que me mira. Y no tengo miedo. Es decir, no me encuentro horrible. Lo aterrador era la precisión militar de... Como si fuera una persona que sabe perfectamente lo que tiene que hacer y sabe que puede hacerlo y está decidida a hacerlo. Y cuando dije que iban a capturarme, solía recordar que... Pero nunca recordé por qué creía que iban a capturarme.

DOCTOR:

Bueno, ¿y por qué iban a capturarlo?

BARNEY:

No lo sé. ¿Por qué iban a capturarme?

DOCTOR:

Pero, ¿por qué pensaba usted que iban a hacerlo?

BARNEY:

Veamos. Era como si me fueran a seguir allí. Y nunca conseguí entender qué me inducía a ir andando hacia el objeto cuando todos mis sentidos me me decían que no lo hiciera. Y... es muy extraño. Casi increíble.

DOCTOR

Bueno veamos. De ahora en adelante, a medida que sigamos el tratamiento, le ocurrirán a usted algunas cosas extrañas. Y se sentirá usted más consciente que hasta ahora de lo que le ocurre cuando está en estado hipnótico. No le inquietará eso y lo recordará cada vez con mayor claridad, y se irá habituando a ello y no le cogerá ya desprevenido ni le sobresaltará.

BARNEY:

Sí, ya sé. Verá Betty y yo solíamos ir a White Mountains después de la aparición. Eso era en 1962, y algo menos, también, en 1963. Y solíamos ir en coche por las diversas carreteras de la zona montañosa. Nunca llegamos a comprender qué habíamos estado haciendo lejos de la carretera principal. Y es que no podía explicarme por qué pensaba que seguía en la carretera n.º 3. Y, sin embargo, no estaba seguro de estar en la carretera n.º 3. Pero, ahora, sé perfectamente que lo que ocurría es que me aparté de la carretera principal.

DOCTOR:

Ahora recuerda, ¿no es verdad?, que usted y Betty solían hablar de estas cosas, de los sueños de Betty.

BARNEY:

Sí, sí... Betty solía mencionarlos.

DOCTOR,

Y que usted sabía de sus sueños más de lo que recordaba.

BARNEY

Bueno no. Eso, no. Algunas de las cosas que me contó sobre sus sueños, en los que intervenía yo, era, por ejemplo, lo de cuando me quitaron la dentadura postiza. Y yo preguntaba «¿Y qué hacía yo entretanto?» Y ella respondía. «Tú no hacías nada.» Y es que tampoco ella sabía nada más.

DOCTOR

Durante el viaje no se detuvieron a descansar, ¿verdad?  
(*Esta explorando la posibilidad de que Barney y Betty soñaran durante el viaje, si se detuvieron para dormir un rato.*)

BARNEY.

Si. Nos detuvimos. Sí, era a Yo diría que a treinta kilómetros, más o menos de Montreal.

DOCTOR:

Si, pero yo me refería a después de la aparición.

BARNEY:

No, después no nos detuvimos.

DOCTOR:

¿No se detuvieron para comer una chuleta o echar un sueño?

BARNEY:

No. Fue un viaje continuo, sin paradas. Y yo me sentía muy bien. Me sentía estupidamente. Muy descansado después de la noche anterior. Y pasamos un día delicioso, y como podía conducir sin parar desde White Mountains hasta Portsmouth, ni siquiera pensé en parar. No me sentía muy cansado. Pero eso es lo sorprendente, porque, de una manera vaga, me parecía recordar un resplandor rojo en la carretera, y siempre tenía en la mente la sensación de que alguien me ordenaba parar.

DOCTOR:

¿Cómo? ¿Agitando una linterna?

BARNEY:

No. Bueno. Sí... Como si hubiera tenido una linterna en la mano.

DOCTOR:

Esa señal habría producido la impresión de algo rojo que reluciera ¿no?

BARNEY:

No. El brillo no venía de un objeto que tuviera en la mano el que me hacía la señal de parar.

DOCTOR:

Ya. ¿Venía de otro sitio?

BARNEY:

Brillaba con mucha fuerza.. Yo pensé: «¡Oh, Dios, no puede ser la aurora!»

DOCTOR:

Aquella noche, la Luna era grande, ¿no?

BARNEY:

Pensé que quizá fuera la Luna. Pero aquella cosa estaba allí mismo en la carretera. No conseguía explicármelo. Después, he buscado el sitio una y otra vez, diciéndome: «¿Cómo puede ser que la Luna brille de esta forma en la carretera?» Y nunca di

con un sitio donde el terreno coincidiera con mi recuerdo. La cosa estaba posada en el suelo y era como... Y yo seguía recordando a aquel hombre que me hacía señal de parar. Y, entonces, nada, no recordaba más. Y, ahora recuerdo.

DOCTOR:

Muy bien. Entonces, continuamos el sábado próximo. Ahora, quiero hablar un rato con Betty.

BARNEY:

De acuerdo.

La parte de la sesión dedicada a Barney había terminado. Por primera vez las cosas olvidadas estaban empezando a volver a su memoria consciente. También a Betty le sería permitido recordar las cosas que no la inquietasen después de la sesión de aquel mismo día.

Pero las preguntas seguían sin respuesta y la solución definitiva de, acaso, aún parecía muy lejana.

## CAPITULO IX

La sesión del 21 de marzo continuó después del interrogatorio de Barney, cuando Betty entró de nuevo en la estancia. Betty se sumió en estado hipnótico con rapidez y sin dificultad como siempre, de nuevo recibió instrucciones de recordar no sólo los detalles de lo ocurrido, sino también las impresiones y sensaciones que tuvo en relación con esos detalles.

DOCTOR.

*(Betty está ahora completamente hipnotizada.)*

Veamos. Quiero hacerle preguntas sobre lo que experimentó usted al pensar que había sido levada a bordo de este objeto volante. Cuando ustedes vieron el objeto en cuestión, Barney vio, también, a hombres en su interior al mirar con los gemelos. ¿Vio usted a esos hombres?

BETTY.

¿O sea, cuando Barney bajó del coche y fue corriendo hacia el objeto?

*(Se refiere a la parte de la experiencia nocturna que tuvo lugar en Indian Head.)*

DOCTOR.

Sí. ¿No vio usted hombres en el interior de este objeto?

BETTY.

No. Ninguno.

DOCTOR.

¿Fue él quien se los describió a usted, ¿verdad?

BETTY.

Sí.

DOCTOR:

¿Y cómo se los describió?

BETTY:

Dijo que llevaban uniforme. Le pareció que llevaban uniforme. Y dijo que su jefe le miró de tal manera que le asustó. Y había otro hombre, y parecía que estuvieran manipulando palancas en la pared del objeto detrás del jefe.

DOCTOR:

Esto no se lo contó más tarde, ¿no? Se lo contó allí mismo, ¿verdad?

BETTY:

No, no me lo contó allí mismo.

DOCTOR:

¿Fue después de regresar ustedes a casa?

BETTY:

Si después de regresar a casa.

DOCTOR:

Y ahí, sobre el terreno, ¿no le contó nada?

BETTY:

No, nada.

DOCTOR:

Bueno, siga usted.

BETTY:

Lo que me dijo entonces. A mí me parecía que allí había gente que Barney tenía que haber visto a alguien, aunque no me lo dijera. Y es que no hacía más que repetir: «Van a capturarnos».

DOCTOR:

Comprendo.

BETTY:

No dijo esa cosa va a capturarnos.

DOCTOR:

¿Estaba muy asustado, entonces?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y usted? ¿Estaba usted asustada?

BETTY:

No, creo que no. Por lo menos, no entonces. Más bien sentía curiosidad y estaba interesada. Y tenía la sensación de estar inerte, impotente, de que algo estaba a punto de suceder y de que

yo no podría impedirlo. Pero no estaba lo que se dice asustada, creo que sentía impaciencia porque sucediera lo que fuese.

DOCTOR:

¿Estaba usted impaciente porque sucediese algo?

BETTY:

Eso es.

DOCTOR:

¿Y qué quería usted que sucediese?

BETTY:

Ignoraba qué sucedería.

DOCTOR:

¿Una experiencia nueva?

BETTY:

Sí, quizá...

DOCTOR:

Bueno, vamos a ver, cuando usted estaba, según parece, a bordo, y como dice, él le introdujo la aguja en el ombligo.

BETTY:

Sí, eso es.

DOCTOR:

¿Le hizo sangre?

BETTY:

Que yo recuerde no.

DOCTOR:

¿Vio usted algo, cuando volvió a casa, que le indicase que le habían metido una aguja por el ombligo?

BETTY:

No recuerdo haber mirado.

DOCTOR:

¿No se le ocurrió mirar?

BETTY:

No.

DOCTOR:

Y por eso no puede responder a mi pregunta. Y supongo que ahora ya no quedan señales ¿verdad?

BETTY:

No, no creo.

DOCTOR:

Dice usted que el jefe habló con usted en inglés, y, sin embargo, le pareció que era de origen extranjero.

Betty:

S.

Doctor:

Y que daba la impresión de ignorar muchas cosas.

Betty:

Hablaba con acento extranjero.

Doctor:

Y hablaba con acento extranjero. ¿Recuerda qué acento era? ¿Aleman? ¿Japonés? ¿De algún otro país?

Betty:

No, no puedo decirle qué clase de acento era. Había una gran impresión de que el acento era más pronunciado que el de jefe.

Doctor:

¿Les preguntó usted cómo se la habían?

Betty:

No.

Doctor:

¿Por qué no?

Betty:

No se me ocurrió hacerlo. Tan pronto como me preguntaron cómo me llamaba, me acordé de que el nombre de Barney, de modo que así, por lo menos, que lo sabía.

Doctor:

¿Y usted y Barney no hablaban de esta experiencia después, en casa?

Betty:

Quiero usted decir inmediatamente?

Doctor:

No, cuando fuere. Como cuando me dijo que durante el camino al regreso a casa no hablaban de ello.

Betty:

No no hablaban.

Doctor:

Pero, después de todo, ¿se lo contaría a Barney, no?

Betty:

La no, cuando fui a ellos. Los sueños le dije que tenía pesadillas. Pero no le conté más de eso. Entonces cuando Mr. Hoffman y Mr. Jackson vinieron a nuestra casa y ambos estábamos tratando de recordar. Como que fue Mr. Hoffman quien nos pre-

guntó por qué tardamos tanto tiempo en volver a casa. Y esto lo dijo el mundo yo le dije que recordaba haber visto la Luna a flor de tierra.

Doctor:

¿Oísteo usted? El objeto grande y amarillo o blanco?

Betty:

No lo sé. Era como una Luna grande. Y estaba en el suelo. Lo veía como entre los árboles, delante de nosotros.

Doctor:

Y Barney le oyó a usted describiendo esas cosas, ¿no?

Betty:

Bueno, cuando ellos fueron. Pero, ¿cómo hablaban ustedes tanto? Yo respondo. «Ignoramos el motivo». Pero, entonces, me puse a pensar en la Luna que estaba a flor de tierra. Y dije que la había visto. Y Barney dijo: «No, yo también la vi». Entonces, pensamos que lo mejor sería intentar comprobarlo, concretar a qué hora se puso la Luna aquella noche para ver si era, en efecto, la Luna, o si se trataba de otra cosa. Y de pronto, cuando estábamos hablando de esto, me sentí como mal, no sé si se me notó o no. Y, entonces, me acordé de mis sueños y pensé: «Quizás esos sueños no carecen de base, después de todo. Quizá fue eso lo que nos hizo tardar tanto».

Doctor:

Veamos ahora. Sus sueños.

Betty:

¿Qué?

Doctor:

¿Se referían esos sueños a cosas que ocurrían durante la experiencia que creó usted haber tenido? Es decir, ¿sueños en los que la subían a usted a ese objeto volante?

Betty:

Los sueños eran así. Pero, no. Había muchas diferencias.

(Betty repite lo que contó a su supervisor, y dice que ésta sugirió la posibilidad de que todo aquello que ella estaba viviendo realmente y fuera, en efecto, el resultado de una experiencia anterior.)

Doctor:

(Retirándose a la supervisora de Betty.)

¿Es esa la única razón que esto podría haberle ocurrido la verdad a usted?



BETTY:

Si me dijo que tenía que haberme pasado en realidad, porque, si no me hubiese pasado, yo no me comportaría como me comportaba. Es decir, no mostraba tanta preocupación por todo eso. Yo tenía ganas de decir: «Es un sueño y lo mejor es olvidarlo». Y, entonces, empecé a sentir como si me hubiese ocurrido algo, pero sin estar segura de qué podría haber sido. Había algo más de lo que yo, sinceramente, en realidad, en verdad, podía confesar que estaba recordando.

DOCTOR:

¿Y fue ella la única persona a quien usted contó sus sueños?

BETTY:

No, también se los conté a mi hermana Janet.

DOCTOR:

Y al vecino de arriba, ¿no?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Contó usted a alguien esos sueños en presencia de Barney?

BETTY:

Tiene que haberme oído hablar de ellos.

DOCTOR:

Por lo tanto, él tenía que conocer sus experiencias sobre esto, ¿no?

BETTY:

Las conocía en parte. Creo que me habrá oído hablar de esto con alguien.

DOCTOR:

¿No ocurrieron todas esas cosas que usted sentía? ¿No ocurrieron en sueños? ¿No podría ser que *todo* eso le ocurriera a usted sólo en sueños?

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Por qué está usted tan segura de ello?

BETTY:

Por las diferencias.

DOCTOR:

Bueno, hábleme de esas diferencias en que se base usted para tener el convencimiento de que no pueden haber sido simples

sueños. Veamos. Sabemos que su supervisora le dijo a usted que tienen que haber ocurrido. Hasta entonces, usted no compartía esa opinión. Pero desde que la supervisora le dijo eso, usted creyó que todo había ocurrido en realidad. ¿Cuales eran esas diferencias? Usted no percibía esas diferencias porque no conseguía recordar la experiencia nocturna. O, por lo menos, eso es lo que me dijo usted misma.

BETTY:

Yo sabía lo que había soñado, y también sabía que era diferente. Esto era diferente.

DOCTOR:

¿Y en qué consistía la diferencia?

BETTY:

¡Hay tantas cosas más... Y...!

DOCTOR:

Supongamos que esas «cosas más» fueran fragmentos de sueños que usted no recordase. ¿Qué pasaría enonces? Uno no siempre recuerda todo lo que sueña. ¿Lo considera usted posible?

BETTY:

No sé.

DOCTOR:

Dicho de otra manera, lo que usted recuerda del sueño no es todo lo que usted pudo contarme. ¿Es eso lo que quiere decir?

BETTY:

Exactamente.

DOCTOR:

Pero si pudiera contarme usted todo su sueño hasta la parte que ahora no recuerda, ¿sería posible, entonces, lo que digo?

BETTY:

No porque algunas cosas eran diferentes.

DOCTOR:

Algunas cosas eran diferentes.

BETTY:

Si.

DOCTOR:

Veamos. ¿Podría ser, entonces, que cuando usted recordó el sueño, algunas cosas fueran diferentes? Recordaba usted algunas cosas de otra manera porque tenía recordarlo todo.

BETTY:

¿Quiere decir que debería recordarlo en sueños?

DOCTOR:

No. Quiero decir que cuando uno recuerda lo que ha soñado, a veces, olvida parte del sueño. Y eso se debe al miedo. Eso tiene que saberlo usted, aunque sólo sea por los estudios que ha hecho como preparación para sus actividades sociales.

BETTY:

Si

DOCTOR:

O sea que puede haber partes de un sueño que uno recuerda de manera distinta, y por la misma razón. ¿Considera eso posible?

BETTY:

No sé. Yo soñé que subía por unos peldaños. Pero, en realidad, no subí por peldaños sino por una rampa.

DOCTOR:

¿Y cree usted que esa diferencia tiene verdadera importancia?

BETTY:

No lo sé.

DOCTOR:

¿La manera de subir?

BETTY:

Pero es que el mapa. Yo casi podría. aquí mismo...

(Al decir «aquí mismo» Betty se refiere a lo que recuerda estando hipnotizada.)

aquí mismo cas. podría dibujarlo. Si supiera dibujar, dibujaría el mapa.

DOCTOR:

¿Quiere hacer la prueba? ¿Quiere probar si sabe dibujar el mapa?

BETTY:

Es inútil, no sé dibujar, no me sale la perspectiva.

DOCTOR:

Si aún recuerda algo cuando se vaya de aquí, haga la prueba y dibúelo. Intente dibujar el mapa. Si cree que va a serle causa de preocupación o de angustia, no lo haga. Pero si lo dibuja tráigamelo la próxima vez. ¿De acuerdo?

BETTY:

Lo intentaré.

DOCTOR:

Pero no se crea obligada a ello.

(A veces, las sugerencias posthipnóticas resultan muy angustiosas. El doctor es a menudo esto por el procedimiento de dejar los hechos a elección de Betty.)

BETTY:

Vale.

DOCTOR:

Veamos ahora las otras diferencias. Hablo usted de peldaños y de una rampa.

BETTY:

Hay tantas más aquí.

(«Aquí», que nos, quiere decir «en estado hipnótico».)

DOCTOR:

Hay muchísimo más en lo que me ha dicho que en el sueño. ¿Es eso lo que quiere usted decir?

BETTY:

Si.

DOCTOR:

¿Podría ser que cuando usted recuerda ahora fuese, precisamente, la parte del sueño que antes no conseguía recordar?

BETTY:

No. No lo creo.

(Como Barney Bet se muestra sumamente firme.)

DOCTOR:

Vuelvo a repetir. ¿Y por qué no lo cree usted?

BETTY:

Porque... porque sé perfectamente que es posible soñar y olvidar lo soñado, pero...

DOCTOR:

¿Cómo se explica, en este caso, la presencia de aquellos hombres que parecían habitar nuestro mundo y sin embargo ignoraban tantísimas cosas de él? Por ejemplo, ¿sabían lo que son dentaduras postizas? Y otras cosas por el estilo. Y supongo que usted tuvo la impresión de que procedían de otro planeta, ¿verdad?

BETTY:

Hum. Si.

DOCTOR:

Pues, entonces, ¿cómo podían saber tanto sobre éste? ¿Cómo es posible? ¿Ha intentado usted explicárselo a sí misma?

BETTY:

¿Quiere decir que cómo era posible que hablaran inglés?

DOCTOR:

Sí. ¿Cómo puede ser posible? Me refiero a que supiesen comunicarse con usted por ese medio, sobre todo, no perteneciendo a nuestro mundo.

BETTY:

Quizá haya estado estudiándonos.

DOCTOR:

Para eso tendrían que haber bajado a la Tierra y habernos conocido, no sólo a nosotros, sino, también nuestras cosas. ¿No?

BETTY:

Supongo que si Quizás hayan estado escuchando nuestras emisoras de Radio.

DOCTOR:

Pero todo eso también podría ocurrir en sueños. Las cosas en sueños, no requieren explicación. ¿Se le ocurrió pensar que esos seres podrían comunicar con usted por otro procedimiento que no fueran palabras? ¿Que fueran capaces de transmitir el pensamiento, por ejemplo?

BETTY:

Ignoro lo del pensamiento.

DOCTOR:

¿Cree usted que es posible transmitir el pensamiento?

BETTY:

Sí. Hasta cierto punto.

DOCTOR:

¿Ha sido usted capaz de transmitir sus pensamientos a alguien o de recibir los pensamientos ajenos?

BETTY:

Barney y yo estamos diciéndonos continuamente lo mismo el uno al otro al mismo tiempo.

DOCTOR:

¿Y establecen contacto de alguna otra manera? ¿Podría usted haber comunicado todo esto a Barney mediante la transmisión del pensamiento?

BETTY:

*(Se echa a reír.)*

No, no creo que fuera posible llegar a tanto. Por ejemplo, yo tenía un profesor en la Universidad, y me sentaba en la primera fila y, a veces, me dormía. Permanecía allí, sentada pensando de cuando en cuando. «Ráscate la cara, ráscate la pierna.» Y esperaba a ver cuán tiempo tardaba en hacerlo. En las esas cosas que hace una para distraerse.

DOCTOR:

O sea que lo que usted quería era comprobar hasta dónde llegaba el poder del pensamiento, ¿no?

BETTY:

Sí, eso es.

DOCTOR:

Pero, si no me equivoco, entre usted y esos seres extraños no se estableció ninguna comunicación de ese tipo.

BETTY:

*(Hace una larga pausa, como si estuviera pensándola.)*

No sé si en efecto les oí hablar en inglés.

*(¿Está tratando de complacer al doctor Smith dándole la respuesta que cree que él querría oír? Eso ocurre con frecuencia en la hipnosis.)*

DOCTOR:

¡Ah! Entonces, ¿no les oyó hablar inglés?

BETTY:

No lo sé.

DOCTOR:

Entonces, ¿en qué idioma cree que les oyó hablar?

BETTY:

No hago más que decirme a mí misma que les oí hablar en inglés con acento extranjero, pero la verdad es que no lo sé de cierto.

DOCTOR:

Bueno, veamos, ¿les oyó hablar en algún otro idioma? ¿O se entendieron con usted por transmisión de pensamiento?

BETTY:

Y entendía lo que me estaban diciendo.

DOCTOR:

Entendía lo que estaban diciéndole.

BETTY:

Y ellos, lo que les decía yo.

DOCTOR:

*(En vista de que Betty empieza a dar muestras de tensión emocional:)*

Muy bien. No se preocupe por eso. Todo va bien.

*(Betty se tranquiliza.)*

Veamos, ¿cree usted que emplearon algún sistema de transmisión del pensamiento?

BETTY:

*(Pensativa.)*

Quizá. Pero si fue así lo cierto es que yo entendía lo que ellos pensaban.

DOCTOR:

Usted entendía lo que ellos pensaban. ¿No es cierto que el jefe le cayó simpático?

BETTY:

A. principio, le tenía miedo.

DOCTOR:

¿Y después?

BETTY:

Pues... bueno... ya me entendía. Empecé a comprender que no tenía intención de hacerme daño.

DOCTOR:

Así, pues, no le causaron ningún daño y todo fue bien.

BETTY:

Sí, exacto.

DOCTOR:

Bueno, de acuerdo. Después de esto, no tendrá usted necesidad de olvidar todo lo que ha ocurrido aquí. Solo recordará usted lo que pueda recordar sin sentirse angustiada y sin preocupaciones o inquietudes. ¿Me comprende?

*(Como en el caso de Barney, lo importante es permitir que Betty vaya asimilando lentamente en su conciencia todo lo que le ha sido revelado en esta hipnosis.)*

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Y nada, lo que se dice nada, le causará a usted la menor inquietud. Y podrá usted recordar sin dificultad las cosas que recuerda sin angustia ni miedo. Podrá hablar cada vez con más facilidad de esas cosas. Pero, entretanto, no se sentirá usted angustiada por ninguna de las cosas que recuerda. Y las cosas irán

volviendo gradualmente a su memoria, con claridad cada vez mayor. Y podrá usted hablar de ellas cada vez con mayor facilidad. ¿Está claro?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

No sentirá miedo ni angustia. Se sentirá tranquila y a gusto y continuará recordando todas esas cosas y hablando de ellas con su marido. Sin el menor miedo, sin la menor angustia. Dentro de una semana, volveré a verla. Ahora, despiértese, Betty. Puede usted despertarse.

*(Betty se despierta de la hipnosis.)*

¿Cómo se siente, ahora?

BETTY:

Bien.

DOCTOR:

¿Sabe usted ahora más acerca de lo ocurrido?

BETTY:

Sí.

*(El doctor la tranquiliza diciendo que todo irá bien y se ponen de acuerdo sobre el día en que tendrá lugar la sesión siguiente.)*

Después de irse los Hill, el doctor dijo a la siguiente resumen:

Parece haber indicios de que Barney Hill absorbió gran parte de la experiencia de Betty Hill a pesar de la insistencia de éste en haberme creído que es exclusivamente experiencia suya lo que me contó. Y existen claros indicios de que los sueños de ella han sido sugeridos, como si fueran reales, por su simpatizante. Las consecuencias que pueden sacarse de esto son evidentes y mi intención al ir a continuar estas entrevistas a la nave más cercana es intentar recordar más ahora, después de las sesiones hipnóticas.

## CAPITULO X

El 28 de marzo, que era el sábado siguiente, el recuerdo de lo que había tenido lugar en las sesiones anteriores había ido aumentando progresivamente tanto en la memoria de Barney como en la de Betty. El doctor Simon exploró este aspecto cuando comenzó la sesión siguiente. Habló con Betty antes de someterla a la hipnosis.

DOCTOR

¿Recuerda usted ahora mucho de su experiencia?

BETTY

Sí, creo que sí. También he vuelto a tener un par de pesadillas.

DOCTOR

¿Ah, sí?

BETTY

Sí. Y Barney ha tenido pesadillas durante toda la semana. Parece presa de una curiosa sensación, ahora. Estábamos hablando de ello anoche tratando de llegar a una conclusión sobre esta cuestión. ¿Verán esos seres?

*(El doctor pasa revista detallada a los sueños de Betty, comparándolos con los recuerdos que tiene de lo que sintió durante la experiencia propiamente dicha, tal y como ella misma lo recordó durante el período hipnótico. La sesión continúa. Betty está ahora, hipnotizada.)*

DOCTOR

En cierto modo, me dio usted la impresión de desear, a pesar de su angustia, que volvieran esos seres y les laxasen a correr aventuras con ellos. ¿Es eso lo que siente usted de verdad?

BETTY:

Si quere que le diga la verdad, no me sorprenderia nada volver a veces.

DOCTOR:

¿Le gustaría?

BETTY:

En este preciso momento, no.

DOCTOR:

¿No en este preciso momento? ¿Cuándo, entonces?

BETTY:

Cuando pueda sobreponerme a mi miedo. En este momento, creo que me moriría de miedo si volviese a verles.

DOCTOR:

Muy bien. Eso no le inquietará a usted. Como durante toda esta semana podrá ir recordando más cosas a medida que su miedo se vaya disipando, no recordará más que lo que le sea posible sobre llevar sin experimentar angustia. Se sentirá usted completamente bien y a gusto, y no tendrá inquietudes y su memoria será cada vez mejor en todos los sentidos, a medida que vaya recordando las cosas sin inquietudes. Se sentirá a gusto y bien, sin experimentar dolores ni angustia. Ahora, puede despertarse. ¿Cómo se encuentra?

BETTY:

Muy bien. Estupendamente.

DOCTOR:

De acuerdo. Voy a ver a Barney y, luego les veré a ustedes dos juntos.

BETTY:

Muy bien.

DOCTOR:

¿Recuerda usted lo que ocurrió?

BETTY:

Creo que sí, si me pongo a pensar en ello.

DOCTOR:

¿Y se siente usted con ánimos para pensar en este momento?

BETTY:

(Riendo.)

Creo que podré empezar a pensar en ello dentro de unos cinco minutos.

Tanto para Barney como para Betty, ahora que el doctor dejaba que sus revelaciones a prácticas fuesen filtrándose en la conciencia, la extraña experiencia empezó a convertirse en una posibilidad definida a pesar de la antigua repugnancia de Barney a aceptar en su conjunto la existencia de los objetos volantes no identificados, y a pesar, también, de los sueños de Betty.

Al doctor le quedaba todavía mucho que resolver, aunque los Hill habían resistido sus intentos de penetración mental tanto en estado hipnótico como fuera de él. Ahora que trabajaba con ellos de manera comenzada, recurriendo a la hipnosis sólo en ciertos casos en que era necesario, esperaba aliviar su angustia, que, a pesar del misterio de la realidad o de la falta de realidad de la historia del rapto era lo que principalmente deseaba conseguir con su tratamiento.

Fue después de esta sesión cuando Betty dio al doctor los sueños por escrito, para que los leyese. Tuvo importancia el hecho de que estos sueños fueran también detallados en todos sus detalles tanto a los que ella acababa de contarle, como a los que había estado recordando de su período amnésico, bajo los efectos de la hipnosis.

Lo que le dijo Barney aquella mañana del 28 de marzo era un reflejo de lo que había estado agitando en su mente durante la semana transcurrida desde que el doctor Simon le dijo que ya podría recordar algo de lo que le había revelado en estado hipnótico.

DOCTOR:

Bueno, Barney, ¿cómo le ha ido?

BARNEY:

Regular, doctor. ¡Pse! Ha sido muy interesante. ¡Esta semana, he tenido que hablar de tantas cosas... La verdad yo mismo me sentía asombrado. La semana pasada, sobre todo. Es interesante lo bien que sé las cosas que tengo deseos de contar y también que, luego, cuando vengo aquí no me importa contarlas. Pero no acierto a expresarme como quisiera. Lo que quiero decir es que no acabó de creerlo yo mismo, vamos que estoy lo que se dice asombrado. No sé si comprende usted lo que quiero decirle.

DOCTOR:

Pero, ¿asombrado de qué?

BARNBY:

De comprobar cuáles cosas recuerdo relativas a nuestras sesiones de la semana pasada.

DOCTOR:

Comprendo.

BARNBY:

Esto de haber visto un objeto volante no identificado y de haber establecido contacto personal con él parece que va a estimular la imaginación de uno hasta el límite máximo po que es realmente increíble. El domingo pasado, Betty y yo estábamos tan preocupados por esto que hicimos un viaje a Indian Head. Al llegar allí, dimos la vuelta y regresamos despacio. Y yo dije que me iba a obedecer por completo a mi instinto. No sé si la palabra *instinto* será la apropiada en este caso. Bueno, pues iré por donde el instinto me diga. Y fuimos un poco hacia el sur de North Woodstock, en donde di una vuelta brusca para meterme por la carretera 173, como si lo hubiera hecho ya en otra ocasión.

DOCTOR:

¿Ha dicho usted North Woodstock?

BARNBY:

Sí. Y en la vuelta de la carretera 3 a la carretera 173, Bueno, era de día, y todo parecía distinto a cuando es de noche, pero ambos decíamos: «¡Vaya! Esto parece igualito a algo que hemos visto antes». Nos dábamos cuenta conscientemente de que no habíamos estado nunca en esta parte de New Hampshire y había una curva muy brusca a la derecha que nos hubiera llevado, dando una vuelta muy larga, hacia una ciudad que se llama Waterville. Lo que ocurrió era que adentrándonos en poco por esta zona, no más de unos cien o quinientos metros, de pronto con una barricata, una barrera que normalmente indica que la zona está cubierta de nieve. Y al dar marcha atrás, vimos a un sujeto que vivía allí. Y yo le pregunté si se podía pasar y él me respondió que no se podía hasta el próximo mes porque todo el terreno está cubierto de nieve. Pero se puede ir a Waterville por otra carretera, una carretera que da la vuelta a esta zona. Y hemos decidido explorar esa carretera en cuanto la nieve se deshiele y sea practicable. Ahora, ya sabe usted algunos de los pensamientos que me salieron de la mente. También pensé que a Betty se le ocurriría decirme: «No aceptas las cosas como son, o no puedes acep-

tarlas o no quieres.» Y mi respuesta es que no se trata, en realidad, de aceptarlos sino que lo que pasa es que este asunto me tiene tan perplejo que me resulta difícil aceptarlo. Le dije a Betty que quería preguntarle una cosa a usted. ¿Cuáles son los elementos las proyecciones de que uno dice: «¿gamos así, amado? Quiero saber la respuesta. Y las estas cosas que nos ocurrieron a Betty y a mí son tan extrañas que nunca había de ellas como es debido hasta que vine aquí y usted me hipnotizó.

DOCTOR:

Por ejemplo, ¿qué cosas?

BARNBY:

Una es la puerta de ese objeto en el que entramos: tenía la entrada irracional, como si condujera a un sótano. Igualmente si será ésta la manera mejor de describirla. Quiero decir que parecía haber como un obstáculo, en el que tropecé al entrar, como al salir. Cuando pienso en esa puerta recuerdo las de los barcos, una de esas puertas que oscilan.

DOCTOR:

¿Estuvo usted en las Fuerzas Armadas?

BARNBY:

En el Ejército, no en la Flota.

DOCTOR:

¿En la Segunda Guerra Mundial?

BARNBY:

En la Segunda Guerra Mundial. Y Betty se dio cuenta de ello. Y también hay otra cosa.

DOCTOR:

¿De qué se dio cuenta ella? ¿De que había como un obstáculo?

BARNBY:

Sí. Y hay otra cosa que nos tiene inquietos a los dos. Una cosa que me ha preocupado muchísimo. Muchas veces me han invitado ganas de venir a consultarle, pero ese mismo mismo motivo que me impele a resolver mis problemas por mis propios medios me impidió molestarle, porque se lo oído que está así. Pero es que Betty ahora dice que por miedo que o piensa no puede creer que pudo haber estado en comunicación con esos seres, y es que existieron, de palabra. Y a mí siempre me parece que había en ellos algo raro, que no tenían alma. Y no tuve el menor reparo en bajarme del coche e ir acercándome hacia el enano objeto



que se cernía sobre nosotros en el cielo y me miraba fijamente. En mi mente consciente siempre supe que esto era lo que había ocurrido de verdad. Pero también es cierto que me senti confuso cuando me que el objeto me hablaba o, me oí decir que me había comunicado algo y que ese algo me atemorizaba. Tanto, que eché a correr. Y esto lo vi con mis gemelos. Unos gemelos de siete por setenta y cinco. Así pues la pregunta que me haría cualquiera que oyera esto es: ¿Qué aspecto tenían?

DOCTOR.

¿Lleva usted siempre gemelos cuando va de viaje?

BARNEY.

Siempre los llevo en el coche. Siempre llevo gemelos porque Betty y yo somos muy aficionados a salir de viaje, los fines de semana.

DOCTOR.

No es muy corriente que la gente que viaja lleve gemelos. Lo que suelen llevar es máquinas fotográficas.

BARNEY.

Empezar nosotros tenemos una. Pero entonces, aún no la habíamos comprado.

DOCTOR.

Siga por favor.

BARNEY.

Pues como iba diciéndole, siempre tuve el convencimiento de que había estado mirando algo que había en el cielo. Vi seres que me miraban desde arriba y, a juzgar por nuestra manera humana de sonreír, yo diría que me estaban sonriendo, con los labios abiertos. Más bien era algo parecido a un parpadeo. O como cuando uno advierte que el movimiento del ojo forma parte de la sonrisa. Lo que no acabo de localizar es la boca.

DOCTOR.

Comprendo.

BARNEY.

Es inútil no consigo recordar ni una sola boca. Y, de un modo algo confuso, recuerdo oír que esos seres hablaban entre sí y me resulta muy confuso, porque era más bien como si emitieran una serie de murmullos cuando estaban. digo, cuando no se dirigían a mí directamente. Era algo así como «mmmmmm» ya me entendía. No «mmmmmm», sino más bien «mmmm». Y esto me tenebreó. Sobre todo, desde que, la semana pasada,

Betty me dijo que ella no había hablado con esos seres. Hay otra cosa que quiero decirle antes de que se me vaya, Betty me dijo que, cuando vimos el objeto volante yo trabajaba de noche y, por lo tanto, no dormíamos juntos. Sólo los fines de semana, o sea que yo dormía de día y ella de noche. Y cuando me contó esos sueños que ha tenido, la escuché por pura cortesía. Bueno, es que, en realidad, no me los estaba contando a mí, sino a otros. Y no le dije mi opinión porque tenía la mala particular sobre esos sueños. Mi opinión era muy sencilla que sólo eran sueños. Porque yo también sueño y los sueños no tienen más importancia que la de poner de relieve algo que ha tenido relación con uno en el pasado o en la vida de uno, o en el presente, y que sirve de estímulo a la mente para soñarlo cuando uno está dormido. Y así es como clasiqué yo los sueños de Betty. No es que yo formara parte física de sus sueños, sino tan sólo una parte de sus sueños dentro de su capacidad mental de soñar. Y por eso nunca concedí mucha importancia a sus sueños. Que yo recuerde, yo mismo nunca he soñado con un objeto volante no identificado hasta hace poco. Y quería preguntarle: ¿Es posible que yo haya soñado con uno de esos objetos antes sin haberlo? Veamos si me explico. He tenido sueños durante muchos periodos de mi vida y en muchos casos, no he conseguido recordar lo que soñé. Pero siempre tuve una idea de ellos en líneas generales. Si soñé, por ejemplo, que me encontraba en Filadelfia, al despertarme, se me olvidaba el sueño, pero sabía que hacía ello lo que fuese, mi sueño guardaba relación con Filadelfia, de modo que el olvido no era total. Pero, que yo recuerde, nunca lo que se dice nunca, he soñado con un objeto volante no identificado hasta hace poco.

DOCTOR.

Cuando dice hace poco, ¿se refiere a la semana pasada?

BARNEY.

Me refiero a hace dos semanas.

DOCTOR.

Usted soñó eso antes de verme la vez pasada.

BARNEY.

Sí.

DOCTOR.

Pues no me lo dijo.

BARNEY.

Sí, le dije que había soñado con un objeto volante no identificado.

DOCTOR:

Ah, sí me dijo que había soñado con uno de esos objetos, pero no me dio ningún detalle.

BARNEY:

Es que no había detalles.

DOCTOR:

O sea que tenía usted la sensación de haber soñado con un objeto volante, pero no conseguía recordar el sueño. ¿No es eso?

BARNEY:

Se refiere a anteriormente?

DOCTOR:

No al momento de decirme, a la manera de decirme. Me preguntó usted si es posible sonar, digamos, inconscientemente.

BARNEY:

Lo que quise decir es esto. ¿Es posible que yo después de 1961, soñara con un objeto volante no identificado? ¿Y que el sueño me vuelva, luego, a la mente, en estado hipnótico?

DOCTOR:

Veamos, ¿qué cree que puede haber sido eso de que me habla usted?

BARNEY:

¿Quiere repetir la pregunta?

DOCTOR:

Dice usted que su sueño está volviéndole a la mente, en estado hipnótico. ¿A qué parte de sus recuerdos se refiere, ahora?

BARNEY:

Pues a la única parte que tiene sentido del sueño que tuve recientemente, es decir a la parte en que veo el objeto volante y voy hacia él. Es un sueño vago y desfigurado, pero lo que podría llamar estructura física del objeto coincidía con mi idea consciente del aspecto que debía de tener un objeto volante de este tipo. Y, anoche soñé de nuevo que estaba en el interior de un objeto volante y esto podría ser resultado del dibujo que hizo Betty, un dibujo que según ella, representaba un mapa en perspectiva desde ella pero yo creo que hay que llamarlo un mapa en dimensión. Pero eso es lo que trató de dibujar. Y esto es lo que, sin duda me estimuló a soñar esas cosas. Pero lo que soñé es que estaba a bordo del objeto volante y que interrogaba

a la gente que había dentro. De donde venían y otras cosas por el estilo. Y ellos me decían que venían de un planeta.

(Barney continúa contando su sueño, en el que se refleja su preocupación cada vez mayor, debido a la posibilidad de que en el intervalo de un año, hubiera ocurrido realmente algo extraño y aterrador: hablar con seres inteligentes, e. c. Cuando Barney termina, el doctor habla.)

DOCTOR:

Veamos. Usted y Betty han estado hablando de lo ocurrido. ¿Han recordado ustedes cosas?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Ya... Así pues, ella le ha contado sus experiencias en relación con el objeto volante.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Y usted, a ella, las suyas.

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

Que estuvo a bordo que le examinaron, etcétera, ¿no?

BARNEY:

Ayer, mientras desayunábamos nos pusimos a hablar de esto. Y me dijeron esas cosas. Aun me dan escalofríos. ¡Uf!

DOCTOR:

¿O sea que son cosas que usted no quiere recordar claramente, ni aun ahora?

BARNEY:

Bueno, sí recuerdo lo que estábamos hablando. Le estaba diciendo a Betty que todavía no veo con mucha claridad. De esto me doy perfecta cuenta de que en algún sitio, o sea, antes de venir a que usted me hipnotizara, siempre me di cuenta de que, fuera como fuera, alguien estaba cortándonos el paso. Pero nunca conseguí comprenderlo. Así, pues, lo aparté de la mente.

DOCTOR:

¿Podía ser que alguien le hiciera parar? Alguien, cualquiera, que le hiciera señal de parar.

BARNEY:

Entonces, me habría estoy completamente seguro de que en ese caso, me acordaría.

DOCTOR

Estaba usted muy asustado en aquel momento.

BARNEY:

Pero me acordaría de que alguien me había hecho señal de parar. Sobre todo si se trataba de un grupo de hombres corrientes.

DOCTOR

Buena veamos ahora esta experiencia ¿Qué le parece a usted? Tenía usted muchas dudas sobre ella. Me pregunta usted mismo si podría ser un sueño.

BARNEY:

Sí, es lo que le pregunto.

DOCTOR

¿Qué cree usted que pueda haber sido?

BARNEY:

Si quiere que le diga la verdad, sin tratar de ocultar mis temores a quedar en ridículo yo diría que, realmente, *sucedío algo*. Pero yo yo yo + encó a protegerme a mi mismo, por miedo a quedar en ridículo

DOCTOR

Usted y Betty parecen haber pasado por experiencias parecidas pero diferentes, al mismo tiempo. Tengo la impresión de que Betty conocía todo lo que le sucedió a usted, pero que usted no sabía nada de lo que le sucedió a ella.

BARNEY:

Betty no sabía. Lo único que sabía sobre mí es que me llevaron a otro cuarto y, luego me sacaron de él. Y también que esos seres salían corriendo del cuarto en el que yo estaba.

DOCTOR,

¿Supo usted eso cuando Betty le contó sus sueños?

BARNEY

Sí, la he oído hablar de sus sueños.

DOCTOR

Y todos esos detalles estaban en sus sueños ¿no es verdad? ¿Todas esas cosas que le ocurrieron a ella?

BARNEY

¿Que le ocurrieron a ella?

DOCTOR

Sí las que ella dijo que habían pasado dentro del objeto volante

BARNEY

Yo diría que hay cierto parecido.

DOCTOR.

¿Ovó usted todo eso?

BARNEY.

Claro que lo oí. La diferencia está en que, aunque yo había oído a Betty contar sus sueños, nunca hablé con ella de mi impresión de haber sido mandado parar en la carretera, o creer haberlo sido. Yo sabía que vi un gran objeto. Eso sí lo sabía. Pero nada más

DOCTOR

Usted estaba convencido de haber visto algo. Pero seguía teniendo dudas sobre lo demás. Dudas sobre que fuese real o un sueño o cualquier otra cosa.

BARNEY:

Eso ocurre porque no estoy acostumbrado a la hipnosis e ignoro qué resultados puede dar.

DOCTOR:

No se preocupe por la hipnosis ¿Qué cree? Ha tenido usted dudas sobre e o me ha preguntado si todo esto podría ser una alucinación o mi sueño.

BARNEY.

Sí, he hablado con usted como se habla con un médico.

DOCTOR

Entonces, ¿por qué iban a tener usted y Betty experiencias tan iguales? ¿Puede explicármelo usted?

BARNEY:

Pero si eso es precisamente lo que pregunto yo ! ¿Podría ser que ella haya influido en mí?

DOCTOR:

Usted temió siempre que Betty influyera en su vida, ¿no es cierto?

BARNEY.

Es curioso siempre supe que no trataría de influir en mí.

DOCTOR

Usted la acusó de que trataba de hipnotizarle para hacerle creer cosas que usted no quería creer. De momento, prefiero no diagnosticar este aspecto del caso. Quiero reunir mas datos aún.

BARNEY:

Bueno. Lo que quería decir en aquel momento es esto: que cuando yo estaba allí, me sentía seguro de que Betty no estaba leyendo en mí. Yo estaba pensando que prefería no hablar de ello. Vemos una cosa rara, de acuerdo. Pues, ahora, volvamos al coche y sigamos nuestro camino. Y lo que me irritaba era que Betty seguía diciendo «Pero mira si está precisamente encima de nosotros.» Y aminoré la velocidad para verlo mejor y vi, en efecto, que el objeto estaba allí arriba. Y esto me irritó mucho. Y, entonces dije: «¿Qué estás intentando? ¿Quieres obligarme a ver cosas que no existen?» Pero yo sabía que aquello sí existía, sólo que no quería que existiese. Y creo que éste es, en parte, el motivo de que me sintiera tan confuso.

DOCTOR:

Veamos. Betty tuvo una pesadilla antes de venir a verme la vez pasada. Me dice que se despertó y se lo contó a usted. ¿Se acuerda de eso?

BARNEY:

Sí, me despertó.

DOCTOR:

Creea que habría gritado dormida. Pero si hubiera gritado usted la habría oído. Pero dice que entonces le despertó y se lo contó.

BARNEY:

No la oí. Y, entonces, fue cuando me dijo que había tenido aquel sueño.

DOCTOR:

¿Lo dijo, también que sueño había sido?

BARNEY:

Es lo que estoy tratando de recordar. Si me dijo lo que había soñado, o no. Ah, sí! Era algo relacionado con entrar en el objeto volante. Había descubierto que no había hablado con esos hombres.

DOCTOR:

¿Y le dijo a usted que eso era un sueño?

BARNEY:

Sí me dijo que eso era lo que había soñado.

DOCTOR:

Pues a mí no me dijo que el sueño había consistido en eso. Me dijo que, en realidad, habían tenido dos sueños. Uno de ellos

había sido como una especie de ravo de luna que cae sobre un lago o sobre una gran cantidad de agua.

BARNEY:

Sí, eso también me lo dijo a mí.

DOCTOR:

Y, luego el otro era como un objeto amarillo el gran objeto iluminado que despegaba y que ustedes dicen haber visto.

BARNEY:

Bueno, sí. Si fue éste el sueño que tuvo Betty, no es más que una especie de continuación de algo que yo sé y he visto. Pero quitamos el agua de lo que yo estoy diciendo, entonces queda ese objeto grande, posado allí, que, luego empieza a moverse y a alejarse muy rápidamente. Esto también lo sabía yo antes de ser hipnotizado. Pero lo que yo deseaba de verdad era olvidar gran parte de ello.

DOCTOR:

Pero, ¿por qué tenía tantos deseos de olvidarlo? Esta semana ha estado usted preocupado, ¿verdad?

BARNEY:

Pues ignoro si esto será una característica mía o si sólo será una de esas actitudes típicamente masculinas. A lo mejor me le gusta que la cosas sean claras y coherentes. Ignoro si ése será el motivo de mi deseo de olvidarlo.

DOCTOR:

¿Es algo que le atemoriza?

BARNEY:

¿Algo que me atemoriza?

DOCTOR:

Sí.

BARNEY:

Sí también lo agradezco que mencione esto. Porque no sé cómo después de haber visto ese objeto volante siempre he temido que ocurra un desastre. Pero, ¿cómo explicar ese desastre? Como algo muy grave que pudiera ocurrirle a Betty o a mí si seguíamos reanudando esto.

DOCTOR:

Comprendo.

BARNEY:

O investigándolo. Ya me entence. Yo siempre tendré a ser cauto.

DOCTOR.

¿Qué clase de cosa y de dónde podía venir?

BARNEY.

Pues vendría de una persona que lo sabía, si fuésemos demasiado locos para revelárselo algo.

DOCTOR.

¿Quieren decir que tienen ustedes un secreto ajeno y temen revelar? ¿O sienten usted que le han ordenado que...?

BARNEY.

Que olvide.

DOCTOR.

¿Le ordenaron que olvide a esos hombres?

BARNEY.

Si.

DOCTOR.

Por lo menos eso es lo que le parece a usted aunque pueda ser un sueño o una realidad.

BARNEY.

Si.

DOCTOR.

Y esto forma parte del sueño.

BARNEY.

Sé perfectamente que *no fue* un sueño.

DOCTOR.

¿Le dijeron, entonces, los hombres ordenarle olvidarlo?

BARNEY.

Si. Dijeron que de nada vale hablar de ello y que lo mejor es olvidarlo, que lo olvidara, y que sólo conseguiré perjudicarme gravemente si me niego a olvidarlo.

DOCTOR.

¿Dice usted que le dijeron esto?

BARNEY.

Si. Que es el punto final del incidente. Ahora que terminó tendrá que olvidarlo.

DOCTOR.

Es decir se trata más bien de una sensación relacionada con el incidente.

BARNEY.

Si.

DOCTOR.

Que no tiene usted que hablar de ello.

BARNEY.

Si.

DOCTOR.

Que sería peligroso hablar de ello.

BARNEY.

Si.

DOCTOR.

¿Y cuál es concretamente el peligro? ¿Tiene usted idea de ello?

BARNEY.

Por ejemplo, siento instintivamente temor a salir de noche por las montañas. Y también de día y no sólo por las montañas, sino por cualquier paraje solitario. Era como si estuviese acercándome al objeto volante, y ahora, me refiero a una época anterior a la hipnosis al mismo tipo de fuerza que me impulsaba hacia el objeto. Antes de romper la atracción y echar a correr hacia el coche. Fue la misma fuerza que traté de explicarle, una fuerza que me impulsaba hacia el objeto, aunque lo que yo quería personalmente, era alejarme.

DOCTOR.

¿Como una fascinación, a pesar del miedo que experimentaba?

BARNEY.

Bueno, sí, una fascinación. Yo estaba perplejo.

DOCTOR.

Y todo eso era una sensación interior ¿no es así?

BARNEY.

¿Se refiere a cuando salió por la carretera solo?

DOCTOR.

No, a la sensación de fuerza y todo lo demás.

BARNEY.

Si, desde luego claro que lo era y mucho.

BARNEY.

Una sensación interior ¿no? Como emanada de algo más fuerte que usted.

BARNEY.

Era producida por algo más fuerte que yo, cuando fuera que no, no creada por mí.

DOCTOR.

Ya. Esa fuerza.

En el transcurso del interrogatorio Barney mencionó el pequeño crecimiento de verrugas que le había salido en el círculo casi geométricamente perfecto, en torno a la ingle, a los cuatro meses del incidente de Indian Head; dijo que después de comenzar el tratamiento del doctor Simon, se le había inflamado las verrugas. A medida que el recuerdo consciente de lo sucedido iba siendo revelado en estado hipnótico fue comprendiendo que cuando lo reconocieron en el objeto volante, le habían colocado un instrumento circular en el mismo sitio donde aparecerían luego las verrugas. Se preguntó: ¿Habrían sido causadas las verrugas por aquel instrumento? Por otra parte, Barney tenía suficiente inteligencia para hacer el razonamiento inverso, las verrugas podrían ser una consecuencia cosmatóica relacionado con las sensaciones experimentadas por él en estado hipnótico. Y, sin embargo razonaba Barney, no han aparecido en 1902, cuando aún no tenía ningún recuerdo consciente de lo ocurrido con el objeto volante. Ahora, en 1904, durante las sesiones del doctor Simon, se le habían inflamado.

Ni el doctor Simon ni el especialista en enfermedades de la piel consultado por Barney parecieron dar importancia a las verrugas que fueron eliminadas con facilidad por electrosis. Pero Barney seguía obsesionado con qué podía servir de placer a qué saludable historia era después de todo esta a

DOCTOR:

Bueno, ¿qué más se le ocurre?

BARNEY:

Aún no he recibido respuesta a una cosa.

DOCTOR:

¿A qué cosa?

BARNEY:

Pues que estaba pensando. Cuando hablo de la hipnosis y de sus efectos y de la posibilidad de que sea un sueño. Y, sin embargo, sé que no sé de esto. Estoy como a un paso seguro de ello. Creo que sólo quiero que me tranquilicen.

DOCTOR:

¿Que le tranquilicen con respecto a qué?

BARNEY:

Yo sé perfectamente que ocurrió. Híjalo con gente que me dice

masada gente, pero pienso en los que me han oído hablar de esto. Y sólo me intimada la idea de tener que enfrentarme con todo esto. Por desgracia, sé que los que me escuchan no pueden saber lo que yo sé. Que estas cosas me sucedieron de verdad, sobre todo, teniendo en cuenta que yo estaba allí, en la carretera, dirigiéndome hacia ese objeto que se cernía ante mí. Y también sé que algo muy extraño ocurrió inmediatamente después. Y, sin embargo, cuando hablo de ello con alguien, es casi como si me hubieran dado buenas notas en el colegio y yo tuviera que decir a todo el mundo que miraran mi cuaderno de notas y me aseguraran que era cierto, no una fusión mía.

DOCTOR:

¿Cuándo tuvo usted por primera vez la sensación de que había ocurrido algo más, además de ver el objeto y la gente que había dentro?

BARNEY:

Por raro que parezca fue cuando llegué a casa, en Portsmouth, en mi sueño. Fue esa sensación rara, como de que iba a ocurrir algo. Dijo algo así como: «Betty, olvidemos todo esto, olvidemos incluso que vimos ese objeto a partir de Lancaster, y desde allí hasta Indian Head. Porque no nos sucederá nada bueno si no lo olvidamos.»

DOCTOR:

Sí, pero cuándo experimentó usted por primera vez la sensación de que había ocurrido algo más, además de decir, aparte de esa sensación como de aviso?

BARNEY:

Esa sí que la tuve. No sé, quizá fuera una parte íntima de lo que yo sabía.

DOCTOR:

¿No fue cuando Mr. Hoffman se interesó por lo que había podido ocurrir?

BARNEY:

Pudo haber sido cuando Betty dijo que lo creía, cuando comenzó a pensar en lo que del sueño que tuvo y de hablar con Mr. Hoffman. Y lo que me hizo pensar en ello fue la conversación que tuve con Mr. Webb. Y había negado a recordar hasta cuando salí de la carretera. Y, luego hasta el momento en que miré a través con los gemelos y vi que me estaban mirando desde dentro. Entonces, una como una revelación momentánea de

que algo había ocurrido. Y, ahora, no consigo ni recordar y me quedé como ante un muro que me impedía ir más allá.

DOCTOR:

¿Y le ocurrió eso cuando usted estaba hablando con Mr. Webb?

BARNEY:

Si, eso fue cuando estaba hablando con Mr. Webb. Comprendí que había algo muy extraño en todo aquello. Ahora bien, me es fácil llegar hasta ese punto. Recuerdo que volví, corriendo, a donde estaba el coche, pero sólo lo que hice. Mas no seguí adelante con Walter Webb porque sentí como una tremenda presión, una tremenda presión que me forzaba a decir: «Betty, dejemos esto.» Ahora que tiene usted los datos que le interesaban, Mr. Webb, olvidémoslo. Eso es lo que yo sentía. A solas, pensaba en esto de cuando en cuando. Que Betty estaba conmigo en el coche, que estábamos juntos, cuando ella me preguntó: «¿Qué viste? ¿Qué viste?» Y yo sólo dije: «Van a capturarnos.»

DOCTOR:

Tema usted que le capturaban.

BARNEY:

No sabía que lo harían.

DOCTOR:

Lo sabía. ¿Qué quiere decir? ¿Sabía usted que iban a capturarlo?

BARNEY:

Pues, sí, si es que entiende lo que quiero decirle. Es como cuando uno sabe que algo está a punto de ocurrir. Yo sabía que si me quedaba más tiempo allí en la carretera.

DOCTOR:

Ah, ya, que si se quedaba usted más tiempo allí, le habrían capturado, ¿no?

BARNEY:

Si. Por eso llegué hasta allí y no seguí avanzando. Betty y yo no hablamos de ello, me era demasiado táctico, algo que estaba sucediendo en aquel mismo instante, por eso lo que ni ella ni yo hablábamos.

DOCTOR:

Pero Betty habló mucho de ello con mucha gente. Telefonó a su hermana, telefonó.

BARNEY:

Estaba pensando en aquella noche desde que volví al coche, no

hablamos de ello. Betty se limitó a preguntar: «¿Qué viste?» Y yo no contesté a eso. Sólo dije: «Van a capturarnos.» Y, entonces, no le contesté o me olvidé, no seguí la conversación. Y lo siguiente que recuerdo es que aquel objeto se posaba en la carretera. Y entonces, dije: «Sanctus Dices, ¡través!» Y Betty dijo: «¿La Luna?» Y yo dije: «Sí, la Luna.» Y en los pensamientos que era muy raro que la Luna se apareciera. Y entonces no hablamos nada más, y ella tampoco dijo nada más hasta que tomamos el camino de Portsmouth.

DOCTOR:

¿Había habido algo a lo largo de la carretera como colinas, valles o sitios, donde pudiera parecer que la Luna estaba posada en tierra? A veces, tiene uno esa impresión.

BARNEY:

Sí, eso era lo que yo quería pensar. Pero la Luna se estaría quieta. Lo sorprendente es que éramos nosotros quienes estábamos inmóviles.

DOCTOR:

¿Estaban ustedes inmóviles?

BARNEY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y por qué se habían parado?

BARNEY:

Por miedo. Lo que ocurrió es que en aquel momento, no estábamos en marcha. Luego pensé que a veces se que estábamos inmóviles en aquel momento era que yo había parado para decidir si me quedaba a esperar un ataque o algo así. Y esto me pareció satisfactorio. De modo que avanzamos de nuevo, y Betty me dijo: «Bueno, ¿cómo estás en los pensamientos ahora?» Y yo dije: «No digas tonterías, Betty.»

DOCTOR:

Bueno, ¿y cuál es la pregunta que dice usted que yo no he contestado?

BARNEY:

Ah, sí, sobre hipnosis y sueños. Y es que si yo estoy adormado o contando un sueño que me parece parte de la realidad. Sin embargo, cuando suelta usted corriendo a esta pregunta lo importante es que yo sé perfectamente que eso no sucede, que ha

sucedió. Y éste es el motivo de que todo ello me pareciera estúpido. Así uso molestarme en preguntarlo.

DOCTOR:

Bueno, pues como dije antes, aún no quiero entrar en detalles sobre esto. Todas esas cosas digamoslo así pueden suceder. La verdad es que cualquier cosa puede suceder.

BARNEY:

Si

DOCTOR:

Pero puedo asegurarle que no tiene nada que temer y que todo va a salir de boca. Pero por ahora no quiero hablar una respuesta más concreta a eso.

BARNEY:

Si

DOCTOR:

Lo dejaremos para cuando podamos relacionar todo esto más íntimamente con el plano consciente.

BARNEY:

Si

DOCTOR:

Y ahora voy a continuar trabajando con ustedes con ustedes dos, cada vez más en el plano consciente. A medida que vayan recordando cosas que hasta ahora sólo recordaban en estado hipnótico, ya no hará tanta falta recurrir a la hipnosis. Y cuanto llegue el momento, creo que podremos penetrar más.

BARNEY:

Yo creo que la única explicación de cómo podemos ir descubriendo más detalles sobre todo esto es que durante estos tres años últimos, tanto a Betty como a mí nos ha tenido sumamente perplejos esta discrepancia o decisión nuestra de no hablar de lo que acababa de suceder en Indian Head y guardar silencio hasta que llegamos a Ashland. Y creo que por esto hemos conservado tan vivo el recuerdo de esos dos incidentes, o, mejor dicho, esos dos lugares. Porque hemos tratado muchas veces de resolver este problema, el problema de averiguar lo que ocurrió en el intervalo, sin conseguir llegar nunca a una explicación satisfactoria.

DOCTOR:

Pero espero que todo eso se irá aclarando y que el apogeo se iluminará, porque llega un momento en que todo va a la par

seguir repitiendo una cosa en este lo hipnótico si no la pasamos al plano consciente. Solo queremos que pase al plano consciente en la medida en que al paciente le es tolerable, y no le cause angustia. Y a esto llegaremos a su debido tiempo.

La sesión siguió, trataron de explicarse que Webb, Hoffman y Jacobs no hubieran podido estar en los Hill hasta el punto de intentar aceptar la hipnosis como modo adecuado de aminorar su creciente inquietud sobre el incidente. El doctor Simon insistió en que él estaba trabajando principalmente con sus ideas y sensaciones conscientes pero estaba decidido, a pesar de esto, a seguir sirviéndose de la hipnosis cuando pareciese necesaria.

Con objeto de reforzar la inducción hipnótica, pasó de nuevo a los Hill en estado de trance y los ordenó que continuasen recordando ciertos aspectos de su experiencia que les resultasen tolerables y no les causasen inquietud.

Indicó también, que muy pronto, si los Hill se avenían a ello, les permitiría oír las cintas magnetofónicas ya grabadas para que pudiesen revisar de nuevo toda la experiencia en su conjunto, no sólo algunos de ella en el plano consciente.

Para Betty y Barney, esta oportunidad de oír en cinta lo revelado en estado hipnótico fue un momento crucial del tratamiento. Reaccionaron experimentando una intensa curiosidad, mezclada con cierto recelo.



## CAPITULO XI

El 5 de abril de 1964, el día en que iba a tener lugar la sesión siguiente, los Hill salieron de Portsmouth más temprano que de costumbre. Se sentían impacientes ante la posibilidad que se les presentara de ver algunas de las cintas magnéticas, cuyo contenido, naturalmente, aún era un completo enigma para ellos.

Los Hill solían salir de casa a las seis cuarenta y cinco minutos cuando iban a la consulta del doctor Simon, pero, este sábado salieron a las seis y cuatro. Llegaron a Boston demasiado temprano así, pues fueron a un café situado a poca distancia de Bay State Road. Allí tomaron café y un bollo y cambiaron impresiones sobre cuáles serían las reacciones que experimentarían si el doctor les permitía oír las cintas. Barney preguntó repetidas veces a Betty:

—¿No sientes curiosidad? Yo sí.

Betty, por su parte, trataba de quitar importancia a la cosa, diciendo que después de todo, quizás el doctor Simon no les permitiría oír las cintas; lo mejor sería, pues, no entusiasmarse demasiado.

Dos años más tarde, al recordar este período de su tratamiento Barney Hill no sabe definir con exactitud sus sensaciones. Pero cree que los recuerdos fragmentarios que comenzaban a penetrar en su conciencia estaban empezando a convencerle, a pesar de su resistencia, de que aquella noche en White Mountains, había pasado por una experiencia fuera de lo corriente y, también, de que era preciso aceptar la posibilidad de que los sueños de Betty fueran algo más que sueños. Además, recuerda

que lo que tan vívidamente le tenía a la mente, a medida que se iba enterando de lo sucedido en el transcurso de las sesiones hipnóticas, era la imagen de los hombres que había visto en la carretera. Incluso llegó a pensar que quizás esto no fuera una ilusión, sino algo real.

Cuando recuerdo aquel momento del tratamiento —dice—, advierto que a pesar de mi anterior escepticismo y mucho más que yo me resistía a la idea, lo que creí que era la Luna no era la Luna, sino el objeto volante.

A pesar de todo, dos años después del tratamiento Barney recordaba que aún no había pasado al plano consciente de su memoria ningún fragmento importante del incidente olvidado. Sólo recordaba detalles y como resámpagos de recuerdos.

Betty recuerda que sentía gran curiosidad por oír el contenido de las cintas, pero cree que su reacción fue menos entusiasta y más realista que la de Barney. Recuerda que se bebió todo el café y se comió el bocado entero.

Barney, en cambio, no probó ninguna de ambas cosas.

Cuando los Hill salieron del café y se dirigieron al despacho del doctor Simon, éste estaba dictando su habitual prefacio a la sesión inminente.

Los señores Hill llegarán a las ocho en punto con objeto de continuar el tratamiento. Mrs. Hill reveló en la última entrevista que tuvo conmigo, en estado consciente, no hipnótico, que había paseado por el bosque y se había dormido. No traté de investigar más este detalle, pero pienso hacerlo ahora.

El doctor aún no estaba seguro de si sería conveniente dejarles oír las cintas reservándose la decisión sobre esto para el final de la sesión. El contenido de las cintas era emocionalmente peligroso y tendría que serles revelado en pequeñas dosis, observando cuidadosamente las reacciones de ambos.

El doctor Simon recibió primero a Betty en su despacho, y ambos conversaron un rato.

DOCTOR:

Veamos, Betty, ¿se han encontrado ustedes bien estos días?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Ante todo, quiero hacerle una pregunta. La vez pasada, cuando hablamos y usted no estaba alphonizada, le dije que me contara, en líneas generales, lo que recordase de la experiencia. Y usted dijo que recordaba haber visto descender al objeto volante. Y que antes de oír el «explosión», Barney le dijo a usted que se asomara a la ventanilla del coche. Usted, entonces, se asomó. Refiriéndose a esto, me dijo algo así como «Lo miré y pensé que no lo veía porque no había luces y yo esperaba ver luces». Usted, entonces, añadió que vio la parte inferior del objeto cerciéndose sobre el coche. Y por eso no ve a ni luces ni estrellas. Y comprendió usted que aquella masa grande y oscura se cernía precisamente encima del coche.

BETTY:

Sí, eso es.

DOCTOR:

Y yo, entonces, pregunté si creyó que iba a alejarse y usted me contestó que no, que precisamente estaba cerciéndose sobre el coche.

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Entonces yo le dije que me hablase del espacio de tiempo que olvidaron los dos. ¿Lo recuerda ahora? Se lo hizo ver Mr. Hohman? Eso sí que lo recordaba usted. Entonces pregunté qué había ocurrido. Y usted dijo algo sobre que habían ido por una carretera secundaria, torciendo en una curva. Y me habló de los hombres en la carretera. ¿Se acuerda?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Después de esto dijo usted que recordaba haberse dormido y haber andado por el bosque y entrado en un objeto volante. ¿Que me dice del sueño? Antes no me había dicho que se hubiese dormido.

BETTY:

Me parece recordar que cuando se acercaron los hombres que

estaban en la carretera y se situaron junto al coche, me quedé dormida.

DOCTOR:

¿Se quedó usted dormida cuando se situaron junto al coche?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

Y, entonces, ¿qué pasó?

BETTY:

Pues, entonces, no sé lo que pasó. No recuerdo nada de este período de tiempo pero tengo la sensación de haberme quedado dormida y de que tuve que obligarme a despertarme.

DOCTOR:

Comprendo. Veamos, ¿es posible que se quedara dormida mientras Barney estaba en la carretera?

BETTY:

No, no. No lo creo.

DOCTOR:

Bueno, pues, entonces, ¿en qué circunstancias se quedó dormida?

BETTY:

Pues pensándolo, yo diría que fueron ellos quienes, no sé cómo, me hicieron perder la conciencia de lo que ocurría.

DOCTOR:

Pero nunca me dijo usted hasta ahora ni en estado consciente ni en estado hipnótico, que se hubiese dormido. ¿No cree usted posible que, mientras estaba en el coche, esperando a Barney, estuviera tan cansada que se quedase dormida?

BETTY:

No, no me dormí en el coche, no.

DOCTOR:

Entonces, tiene la sensación de haberse quedado dormida, no la certidumbre de ello ¿verdad?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

O sea, que tuvo que quedarse dormida.

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Y cómo puede ser eso? ¿Quiere decir que los hombres la durmieron y la sometieron luego a todos esos reconocimientos?

BETTY:

Pues así tiene que haber sido, porque mi primera reacción cuando les vi venir hacia el coche fue abrir la puerta, bajar corriendo y esconderme en el bosque, para evitar que me capturasen.

DOCTOR:

Pero no lo hizo.

BETTY:

No.

DOCTOR:

¿Y todo lo que sucedió a continuación, cree usted que ocurrió después de quedarse dormida?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Lo que piensa de verdad?

(Betty asiente con la cabeza.)

¿Recuerda, ahora, alguna otra cosa? ¿Alguna cosa que quera decirme antes de que discuta esto en términos más generales con usted y con Barney?

BETTY:

Sí, una cosa que me tiene perpleja.

DOCTOR:

¿Qué es?

BETTY:

Lo que ocurrió después de que terminara todo cuando regresábamos a casa. Supongo que no tendrá nada que ver con el asunto que nos ocupa, pero, después de todo ocurrió. Ibamos camino de casa y estábamos buscando algún sitio que aún estuviera abierto, para ver gente y tomar una taza de café. Y, yendo por la carretera, vimos un restaurante. Las luces estaban encendidas dentro y creíamos que estaba abierto. Así, pues nos acercamos y vimos que estaba cerrado. Y siempre me he dicho que si consiguiera volver a localizar ese restaurante quizá tendríamos una pista de lo que ocurrió de verdad.

DOCTOR:

Sí.

BETTY:

Pero todavía no hemos conseguido dar con él.

DOCTOR:

¿Es así, entonces, la posibilidad de localizarlo en el futuro?

BETTY:

Sí. Yo aún sigo buscándolo.

*(Se echa a reír.)*

DOCTOR:

Muy bien. Hablaré ahora un minuto con Barney y, luego, creo que les hablaré a los dos juntos en términos generales sobre la situación y sobre lo que tenemos que hacer.

BETTY:

De acuerdo.

*(El doctor hace salir a Betty y manda entrar a Barney en el despacho.)*

DOCTOR:

A Barney:)

¿Hay algún punto concreto del que quiera hablar conmigo?

BARNEY:

*(Da al doctor Simon un apunte de lo que él llama «la zona del rapto».*

Esto lo he dibujado yo. No sé si usted lo encontrará claro pero la zona era así. La flecha indica la esquina. Encima, he marcado la dirección en que se alejó lo que parecía una luna que hubiera aterrizado.

DOCTOR:

¿Cuándo dibujó esto?

BARNEY:

Al volver a casa, el sábado pasado.

DOCTOR:

Muy bien. Ahora veámoslo: Cuando hablé con Betty la vez pasada me dijo que recordaba haber visto hombres en la carretera y también haber dado un paseo por el bosque y que la llevaron a un objeto volante. También recordaba haberse quedado dormida. ¿Tiene usted la impresión de haberse dormido en aquel momento?

BARNEY:

¿De haberme dormido? No, no me dormí. ¿Dice usted en estado hipnótico, o cómo?

DOCTOR:

Da igual, como sea.

BARNEY:

Bueno, antes de la hipnosis, yo no sabía absolutamente nada del intervalo olvidado.

DOCTOR:

No voy a querer decir durante el incidente. Si no recuerda usted haberse dormido entonces o haber sido obligado a dormirse o algo parecido.

BARNEY:

No, no recuerdo nada de eso.

DOCTOR:

Supongo que estaba usted como atontado. Bueno, creo que lo mejor será que ahora hable yo con ustedes dos un rato, y después veremos lo que conviene hacer.

BARNEY:

Muy bien.

*(Llama a Betty que entra. Ahora, están juntos los tres.)*

DOCTOR:

*(A Barney y a Betty.)*

Creo que ya hemos progresado lo suficiente. Aún no hemos aclarado todos los puntos oscuros y todos los detalles, pero creo que ahora falta para ello muchas y monótonas repeticiones. Por ello, creo que podríamos sacar mucho partido de un plan que he ideado y que vamos a poner en práctica. Quiero evitarles cualquier angustia innecesaria, pero también quiero revisar con detalle todo lo que ya hemos averiguado. Lo que pretendo es llevarlo al plano consciente y discutirlo con ustedes con plena libertad. Pero hay que considerar dos factores: ustedes dos comparten una misma experiencia y, al mismo tiempo, han sufrido cada uno su experiencia propia. Puedo examinarles por separado, primero, y, luego, juntos, o bien simultáneamente a lo segundo. ¿Qué les parece?

BARNEY:

Creo que mejor sería juntos. ¿No lo crees así, Betty?

*(Betty se une a su acuerdo.)*

DOCTOR:

Así, podrán compartir completamente la experiencia y verla desde un punto de vista mutuo. Otra cosa, puedo hablarles antes de la experiencia y preparar el terreno. O bien podemos anteponerlos a otras cintas directamente, aunque eso les cause angustia.

BARNEY:

Muy bien.

BETTY:

¿Oír las cintas?

DOCTOR:

Sí.

BETTY:

(Con firmeza.)

Bueno, pues oigámoslas.

DOCTOR:

Son bastantes y tardaremos varias sesiones en oír las todas. Pero creo que es lo mejor y que no conviene que desmenicemos las realidades y las fantasías de este asunto hasta que hayan oído ustedes todo el contenido de las cintas, de lo que sólo están enterados inconscientemente. Así, pues, están de acuerdo en esto, ¿no?

BARNEY:

Yo creo que es lo mejor.

DOCTOR:

Y siempre que haga falta podemos discutir ciertos detalles. O sea, que ustedes dos están de acuerdo en que oigan las cintas.

(Barney y Betty asienten.)

Muy bien. Pues vamos a ello. Si en algún momento les resulta demasiado penoso y es seguro que partes de ellas les resultarán penosas, quiero que me lo digan. Me lo dicen inmediatamente, para que pueda echarles una mano y aliviarles.

BARNEY:

Muy bien.

DOCTOR:

Lo mejor es que escuchemos y que cada diez o quince minutos con la frecuencia que decidamos, paremos un momento el magnetófono. Si quieren aclarar algún extremo en cualquier otro momento, siempre podemos parar la cinta y charlar en tiempo necesario. ¿De acuerdo?

(Barney y Betty vuelven a asentir.)

El doctor Simon apretó el botón del magnetófono y comenzó a darse nuevamente la primera sesión; era la cinta que contenía los recuerdos de Barney sobre el viaje por Montreal y New Hampshire.

Al comenzar, ocurrió una cosa extraña. El doctor, de acuerdo con su sistema de reforzar la inducción hipnótica, había tomado la precaución de que ninguna otra persona, excepto él, pudiera ponerles en estado hipnótico mencionando las palabras convenidas.

Lo primero que se oyó cuando comenzó la cinta de Barney fue el procedimiento inicial de inducción hipnótica. Barney, al mirar a Betty se sobresaltó al ver que ésta se había retrepado en la silla. Como Barney había estado hablando con el doctor Simon no pudo oír el comienzo de la cinta. Betty, en cambio, si lo oyó. Recordó que se sumió en el trance sin perder la capacidad de darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Trató de dar un pisotón fuerte para llamar la atención de Barney y del doctor haciéndoles ver lo que estaba sucediendo, pero no pudo mover el pie. Después de despertar de nuevo a Betty, el doctor les reforzó a ambos para que no cayeran de nuevo en estado hipnótico al oír las palabras convenidas a menos que fuera él, personalmente, quien las pronunciase. Continuaron.

Cuando comencé a oír por primera vez mi voz en estado hipnótico —recordaba Barney más tarde—, la sorpresa casi me hizo levantar de la silla. No conseguía creerlo. Ésa, sin duda mi voz, pero me resultaba difícil comprender que aquél era yo y que estaba contando lo que había sucedido. Era como si estuviera dormido y hablando en sueños. Sencillamente no podía creerlo. El principio de la cinta me preocupó menos cuando estábamos de Canadá y cuando me víamos a cruzar la parte norte de New Hampshire. Recordaba todo aquello con todo detalle, conscientemente. Pero a medida que la cinta iba acercándose al momento en que llegamos a Indian Head, comencé a ignorar qué sucedería. Sentí que me molestaba la úlcera, quiero decir que se me aguijaba e esto hizo que mis músculos se ponían tensos. Ignoraba lo que se acercaba. Recuerdo que estaba sentado en el borde mismo de la silla cambiando continuamente de postura.

«El tono de mi voz me parecía inusualmente no se parecía a tono de mi voz normal, y, además, pronunciaba correctamente las palabras.

La reacción de Betty fue parecida.

—Mi voz sonaba en la cinta como si hablara dormida. Pero, de pronto, comencé a sentir miedo. Me dije, «¡Santo Dios...!

Quierairme a casa y dejar de oír esto!» Y, luego, empecé a sentirme perpleja. La cinta iba llegando al momento crítico en que yo oí desde el punto de espera, los gemos de Barney. La ropa esperanzada, ese momento y preguntarme cuál sería mi reacción.

Lentamente, la cinta se acercó al momento en que llegaron a Indian Head.

Comprendí que estábamos llegando al punto en que cesaban mis recuerdos — como la dijo el doctor, al describir su reacción al punto de las cintas —, me sentí algo segura pues estaba en el despacho del doctor, en su compañía, y tenía plena confianza en el doctor que su experiencia me resultaba demasiado preciosa, él podía venir en mi ayuda y apartarme de aquello. De pronto, me sobresalté. Me parecía imposible haber reaccionado de aquella manera cuando me llevaban gemidos a los ojos. Y los ojos. Los ojos que parecían venir hacia mí luego, me oí decir que los ojos parecían quemarme los sentidos como un solo indoleble. Y, allí en el despacho del doctor Simon comenzaron a escucharse los alaridos. Estaba empezando a recordar. Las imágenes parecían estar en sus sitios. Aún concentrando toda mi atención en la cinta magnetofónica, podía advertirlo. De repente, comencé por qué había roto la correa de mis gemelos. Y recuerdo que durante unas semanas del incidente de Indian Head había sentido un intenso escozor en la parte posterior del cuello. Escuchando las cintas recordé de manera casi panzofa el momento en que me di cuenta de brazos que me hizo romper la correa de los gemelos. Todo esto iba desarrollándose ante mis ojos no solo en la cinta sino en mi mente, en mi alma me conseguía.

«No me sentí muy afortunado en el despacho del doctor, quizá porque me había enfrentado con instrucciones posthipnóticas ordenándome la calma y a aquellos en excesiva inquietud. Pero note que el doctor Simon me observaba con gran atención mientras sonaba la cinta. Gradualmente, aumentaba la presión emocional

que estaba produciéndose en nosotros y paró la máquina varias veces y nos habló para la tranquilidad.

«Durante el tiempo que yo estaba con Betty, y ella siempre supo al instante de su mirada. La admiraba que sólo ella tiene y que parece decir: «Estoy enamorada de ti, Barney.» Y eso me llenaba de calma y me tranquilizaba.

«Creo que la reacción era de expresar mis sensaciones es decir que me sentí como un fantasma, mientras escuchaba aquello. Toda la información penetraba de nuevo en mi mente, pero mis emociones estaban entorpecidas. Seguí sintiendo que si la situación se volvía demasiado angustiosa el doctor sabría controlarla.

«Y entonces a medida que las cintas iban penetrando más y más profundamente en mi alma me parecía como si me quitasen para las cadenas de los hombres. Sentía que estaba dejando de sentir la angustia de no saber lo que me había ocurrido.

«Sentía sobre todo que estaba reviviendo aquella experiencia. La una a la otra cara y luminosa y esto cuando oíendo las cintas. El sol llenaba el cuarto donde estábamos, pero, a medida que las cintas iban sucediéndose una a otra, era como si la luz se fuera desvaneciendo sobre nosotros, volviéndonos a la carretera montañosa en plena noche. Este fue único y cada vez me volví más consciente, me oí decir, no me movía sino que empezaba a fijarme en mí. Yo palpaba y ceñaba los ojos, como para advertirlo de mi mente. Ahora, escuchando lo que decían las cintas estaba completamente seguro de que nunca hasta entonces lo había conocido. De pronto, ya era capaz de contar lo que me había sucedido a partir de Indian Head. Hay muchas emociones y reacciones que son totalmente momentáneas, y, en aquel instante, yo estaba experimentando toda una gama de esas emociones y reacciones. Y creo que ese es el motivo de que en ningún momento me sentí demasiado angustioso escuchar todo aquello. Apenas podía controlar la impaciencia de estar a solas con Betty para hablar de ello. Quería comunicarle mis pensamientos, mis sensaciones. Decía que esto era demasiado para mí, oír de una sola vez. Le dije que estudiarlo y observar lo que me ocurría a mí, a lo que me estaba afeitando, escuchando aquello me parecía que era yo en la cinta. Me repetía constantemente: «Pero ¿quién dice todo esto?» Y la pa-

labra *increíble* me venía sin cesar a la mente. Era completamente increíble, simplemente increíble que aquel sujeto fuese yo.

Y creo que, sobre todo, me sentía indeciso. Quizás uno de los motivos de que deseara tanto hablar a Betty en el coche era que este deseo enmascaraba mi verdadera razón: escapar de allí, dejar de oír aquellas cintas volver cuanto antes a mi mente consciente o volver todo aquello.

A la llegada al punto en que mi voz dice que estaba "como flotando en el aire", comprendí en un instante, que no era realmente flotar en el aire. Me estaban llevando, casi en volandas, al objeto volante. Me sentía suspendido de nuevo o sea levantado por los brazos. Cuando hablo de esto, siento escalofríos, siento la presión de los brazos de aquellos hombruculos que mi sujetaban y me llevaban.

Y entonces, me acordé de mis zapatos, tenían toda la punta raspada. Literalmente raspada, y lo noté al día siguiente en Indian Head. ¿De qué otra manera podía rasparse la parte superior de la punta de los zapatos? Y así poco a poco comprendí que aquellos hombres me habían hecho olvidar lo ocurrido. En los minutos me lo dijeron. Me dijeron que lo olvidase, que quisiese olvidarlo. Y creo que por eso no me resultó de nada difícil tenerlo todo apartado de mi mente durante tanto tiempo. Ya sabía, lo sentía, estaba casi completamente seguro, escuchando estas cintas, de que su contenido no era ni una fantasía ni un sueño. De eso no me cabía la menor duda. Me parecía completamente cierto que ese "hombre" sabía comunicarse conmigo y lo había hecho. Estaba convencido, también, de que por mi parte, no sentía deseos de establecer comunicación con él. Escuchando las cintas le oía tranquilizarme, decirme que no me harían ningún daño, pero yo no lo creía. Saqué, también, un lápiz y dibujé de memoria al hombre. Aún no había visto el otro dibujo, el que hice en estado hipnótico, pero ambos eran bastante parecidos.

Y si no hubiera oído más cinta magnetofónica todo esto habría permanecido en mi mente. Ya mi memoria comenzaba a anticiparse a lo que iban a revelarme las cintas de la segunda sesión. Todo ello hubiera quedado ya en mi mente. Me parecía sentido bastante confuso, sin saber a punto fijo por qué razón sabía aquellas cosas, pero ya no habría podido olvidarlo.

Recordando sus otras reacciones cuando yo estaba estable-

escucho por primera vez el contenido de las cintas magnetofónicas, Betty dijo:

—Cuando llegamos al punto en que Barney se encuentra solo en la carretera, me sentí bien, de compasión. Me parecía como si me estuviera destruyendo. Que ¿por qué nos habíamos tomado la molestia, ahora que habíamos llegado tan lejos? ¿Era porque queríamos averiguar el momento crítico? Lo mejor sería convencernos de que nunca habíamos sido hipnotizados, dejar las cosas como estaban. Mejor sería, quizá, seguir en la incertidumbre. Y, de repente me cuenta de que, durante todo aquel tiempo, yo no había hecho más que preguntarme cuál es habrían sido las experiencias de Barney. Lo experimenté por el solo. Y escuchando la voz de Barney, yo también comencé a revivir el incidente. Era como volver al nuevo allí en la carretera.

Terminaron de oír la primera cinta, con frecuentes interrupciones. Tanto Barney como Betty, quedaron algo desconcertados.

En el momento, mientras la cinta se acababa, se vieron por primera vez solos y con una parte del material firmemente grabado en la memoria.

Lo primero que se le ocurrió decir a Betty en relación con el doctor Simon fue:

—Esperemos que el doctor Simon no sea un hombre de otro planeta.

A lo que Betty se echó a reír.

Y Barney, con el mismo tono de voz, replicó:

—No digas tonterías.

Mientras volaban a New Hampshire, Barney notó que, sin darse cuenta, había estado frotándose con frecuencia la parte posterior del cuello y más no sabía en qué, en 1961 la sensación que, durante la corrección de los gemelos había aparecido y volvió a desaparecer inexplicablemente.

El mismo recuerdo suscitó la reacción que experimentó a la segunda cinta.

—Me sentí horrorizado y asustado al mismo tiempo. Ahora voy a recordar una parte de mi vida que ahora olvidé por completo. Partes desaparecidas de mi vida volvían a encajar en su sitio.



## CAPITULO XII

Resumiendo la primera sesión de audición de las cintas magnetofónicas, el doctor Simon dictó lo siguiente:

La primera entrevista que tuve con Mr. Hill fue oída en cinta por los señores Hill sin interrupción hasta el momento en que aparece el objeto y Mr. Hill sufre una violenta crisis de angustia. Mr. Hill mostró considerable inquietud al respecto, pero pareció dominarse bastante bien. Mientras seguía oyéndose la cinta sacó un papel y se puso a dibujar. En este dibujo, se veía una cabeza con ojos muy abiertos en forma de almendra pero no con pupilas. Al terminar, parecía dueño de sí mismo y quería que le convenciese de que todo aquello era una fantasía. Ambos quieren continuar como hasta ahora y se nos quedaron ya en volvernos a ver de hoy en una semana para continuar la audición de las cintas grabadas durante las sesiones hipnóticas. Es interesante mencionar que, cuando comenzamos a oír la primera, se oyó la palabra convenida de inducción hipnótica y Mrs. Hill quedó hipnotizada. Entonces les hipnoticé a propósito a los dos, y ordené no ceder hipnoticamente a la palabra convenida cuando la oyeran en cinta sino tan solo cuando me la oyeran pronunciar a mí.

Durante la semana siguiente, Barney trató de analizar el incidente, partiendo del supuesto de que probablemente se trataba de una fantasía pero estaban recordando tantos detalles, como consecuencia de lo que había oído en la cinta magnetofónica, que no tardó en poner seriamente en duda tal teoría. Tanto él como Betty vacilaban sin cesar, pensando, ahora, que todo ello era probablemente un sueño y sintiéndose convencidos en el momento siguiente de su completa realidad.



una ligera diferencia de temperatura, de modo que por ella, como que me había en el interior cuando me iba a la sala, el día solo que había en el día. No me parecía el día. Dentro, se las veía perfectamente. No había nada que me permitiera llenar me de los colores. Y, que la me que con tanta que se permite por los colores y que me era de la me que me ayudad el rostro. Se pensaba una agria de la me que me me me el ob, to y exterior.

Así se encontraba también con el rostro y me que mis pies rozaban la rampa. Y de pronto me vi a través por mis propios pies por el abrigo terzeto y pensando que los que me habían sacado aún estarían allí, a mi lado. Pero abrí los ojos y me vi completamente solo. Y pensé: "¿Qué interesante!" Y, de repente, se me olvidó por completo todo lo que estaba de ocurrir. Pero... "Habré de dar un paseo por el y sea para estar las piernas. Eso es lo que he que he por cuando. Ahora tengo que volver al coche." Y vi el coche. Junto a la carretera, y me quedé a él. Me lancé de corriendo ver que el motor estaba parado y los faros apagados. No me había dado tiempo a hacer eso. Cuando paro el coche para dar un paseo. Y me senté a volante, encima de la llave inglesa. Y pensé: "Esto sí que es curioso. ¿Qué hace aquí esta casa inglesa?" Y me la quite de debajo y la puse entre la puerta del coche y el asfalto.

Entonces el que Betty estaba conmigo. Pensé: "Daisy, ¿por qué estás debajo del asiento, crees que de verte le habra sacado a dar un paseo?" Me sentía como si me no funcionaba con claridad. Pero cogí a Daisy y la saqué del coche después de haber puesto en marcha el motor y cuando de nuevo los faros. Entonces vi a Betty que regresaba del coche, y me dijo: "Claro, eso es... que estaba haciendo yo aquí, es, estando a que vuelve a Betty."

Vería en línea curva como procedo de del bosque que había al otro lado de la carretera. Esto me hizo pensar que había me parado a pensar de Betty. Y era, entonces me dije, como quien no da importancia a la cosa.

—Aún sal vamos a verlo desfogar.

Entonces, pensé: "Esto es ridículo. ¿Qué es lo que quiere ver desfogar?" Pero me dije que lo mejor sería llevarle la currucho y me fui al coche. Entonces, vi la Luna, es decir, di, la sujeción que tenía que ser la Luna. Y a los dos quedamos

contundidos porque a Luna estaba moviéndose. Yo estaba como que me sacó de que en la Luna que se me iba. Pero me parecía raro, porque no era una Luna normal. Luego, de pronto, todo volvió a oscurecerse en torno a mí. Era como una neblina que me envolvía hasta que vi los otros que de la "construcción de las cosas". Recuerdo vagamente que me parecía como era posible que aquel disco enorme, de un color muy atarado lo había puesto a cartear tan rápidamente a un color pálido y brillante.

En el transcurso de la semana, Betty pensó con frecuencia en su reacción ante la descripción de Barney en la casa magenta.

Se dijo que estaba reviviendo todo aquello —recuerdo a la vez cuando él estaba allí en la carretera, precisamente antes de darse el accidente. Recordé que me había inclinado para asomarme a la ventana del coche y darle que volviera. Muchas cosas detalles se me agolparon en la memoria, súbitamente vívidos.

A medida que tuvieron lugar las otras sesiones de asociación de las cosas magenta, los recuerdos de Betty continuaron creciendo con unos varios con gran detalle, juntando los diversos fragmentos a mano recortada. A veces incluso acababan de se a oír sus propias voces de sonidos pero seguía contradiéndose creer que fueran ellos mismos quienes contraban aquella historia.

Betty pensaba que en el momento en que los hombres llegaron a la puerta del coche, cuando ella y Barney vieron que la carretera estaba toda había sido una motora de manera parecida a como lo era en las consultas de doctor Simon. Sentía como si ella y Barney hubieran sido dentistas de aquella manera por los "bips" que oían en esas sesiones que se habían dado en el momento en que ella comenzó a abrir la puerta del coche para entrar a descansar en el bosque. Cuando uno de los hombres que había en la carretera abrió la puerta para dar a darse alago a mano y Betty sintió en su conciencia una sensación de que había experimentado en ante las sesiones de doctor. Notó que en las sesiones siguientes tanto ella como Barney tenían que hacer grandes esfuerzos por explicar en detalle sus recuerdos y que esas sesiones eran siempre los mismos puntos de vista. Así, a medida que

a carretera. Burrey recordaba la sensación de estar flotando en el aire, y ella se sentía como estallada en una explosión después de un día abipino, y ella a la continua en un estado de tran-  
 cuido tipo huido. Como que se hizo a sí misma a sentir un estado un sentimiento de fuerza de voluntad.

Quince me a mí misma en la mente mística. Recordaba Burrey me daba cuenta de eso y yo que estaba haciendo para conseguirle a los que aquellos hombres me hipnotizaron. Decía que había empezado a mover la cabeza y que me sentía como si estuviera tratando de salir de mi cuerpo. Recordaba, también, que me había dicho a mí misma: «Como que desearé, tengo que desearlo, y que cada vez que me decía esto me sentía algo más despierta que la anterior».

«Cuando me sacaron del coche, yo me reusa algo. Cuando llegamos a la rampa, me parece que traté de no irme a seguir adelante. Entonces recuerdo que oí la voz o pensamiento, o lo que fuera, me dije que no saliera ningún caso. Y al exterior, lo que voluta me había dicho, o algo, un hecho el y fue la impresión de que estaba posado en una especie de expresión del terreno. De más de él había algo, una luz, una cosa o algo parecido y no pude discernir si el objeto se apoyaba en alguna cosa o si estaba directamente posado en el aire. Pero en torno al objeto había como un torbellino, y no sé por qué me vino a la cabeza a idea de que fuera movimiento, de que estuviera moviéndose en torno al punto del objeto. Como una especie de giro propio. No estoy segura de ello, solo es la impresión que experimenté».

«Mientras subía por la rampa, vi de cerca el reborde y me parece que solo había un mar de nubes desde el reborde hasta la puerta. En la parte por donde entramos había un pasadizo que parecía dar toda la vuelta al objeto y ante lo que parecía que estaba en un punto. Las paredes por donde se movía en los diversos puntos estaban a otro lado del pasadizo. Yo no hice más que mirar, bastante venturoso, pero no sé si me había dado la impresión de que el objeto no me era ni más ni menos que un objeto, y que había una luz que provenía de la puerta como una luz que hay a veces, cuando es en las puertas de noche. Parecía fluorescente».

«Oí que le llevarán a este punto, pero yo no quería ir. Me puse y les dije que también traerán a Burrey, porque va pasar

a Burrey y fuí a mí sin que los que le llevaban se detuvieran en el punto. Y fue entonces cuando me dije que yo me puse a ir y que no pasaba nada».

«Me pareció que el jefe y el médico eran distintos de los otros. Los datos. Pero es difícil decir esto de eso, porque la verdad es que yo no quería mirar a aquellos hombres. Me parecía que estaba en un estado de algo, pero quizás fuera que yo quería que me diesen más datos. Los demás hombres, los que me rodeaban, me parecían que el jefe y el médico, tenían otros intereses, que me parecían alejados de nosotros. Les vi a un punto del pasillo y todos parecían ir corriendo hacia el cuarto de Barney a mí».

«En cierto modo tenían aspecto de mundo ordinario. Yo estaba con un hombre que me había dicho que me había estado hablando con un chico de un color de oro, eso de una redonda y la cabeza algo basto. Su piel parecía de un gris azulado, pero probablemente era algo más blanca. Sus ojos se movían y en la parte. En cierto modo me recordaban los ojos de los ángeles. Me recordaba haberles visto en algunas películas, pero me parecía que era algo que era como de ellos».

«El cuerpo era blanco y la punta de uno de los ángeles era roja. La masa estaba más o menos en el centro, pero más hacia la parte roja. Había algo como un punto que se podía mirar a través de ella. Al otro lado había un tubo de metal y en la parte se veían los elementos de todas clases. Me recordaba la cosa de la pared y luego la cosa de la pared. Después, en la parte de la pared, había la puerta, y que había algo como un punto que se podía mirar a través de ella. Al otro lado había un tubo de metal y en la parte se veían los elementos de todas clases. Me recordaba la cosa de la pared y luego la cosa de la pared».

«El cuerpo era blanco y la punta de uno de los ángeles era roja. La masa estaba más o menos en el centro, pero más hacia la parte roja. Había algo como un punto que se podía mirar a través de ella. Al otro lado había un tubo de metal y en la parte se veían los elementos de todas clases. Me recordaba la cosa de la pared y luego la cosa de la pared».

decían como si fuera inglés, pero si, en efecto, era inglés o no si era una lengua verbal o no verbal, no lo sé. Lo que se es que yo entendía con total claridad lo que quedaba de libre. Esto sólo ocurriría cuando se dieran a mí; ya dije que cuando hablaba entre ellos, no podía entender es en absoluto.

Los Hil. no p. ieron ponerse de acuerdo sobre esto. El recuerdo de Barney quiere

—Era muy particular a cuando uno ha sido hipnotizado por el doctor Simon. Yo sabía que él *perro* estaba allí y sin embargo, percibía que sus patas y su presencia eran dos cosas totalmente distintas. Sólo lo que estaba allí guardaba relación conmigo. Yo no oía su voz. Pero mentalmente sabía lo que me estaba diciendo. No era como si estuviese hablando con los ojos abiertos y sentado en el mismo cuarto enfrente de mí. Era, más bien como si las palabras tornaran parte de mí y no tuvieran relación alguna con su propia existencia.

Una razón que influyó a Betty a pensar que quizá la comunicación hubiese sido verbal era que ella cree haber hablado verbalmente con ellos. Los Hild se daban cuenta de que en sus recuerdos había varias contradicciones que persistían a pesar de sus esfuerzos y de la ayuda del doctor por relatar los detalles del incidente. Entre estas estaba por ejemplo la impresión de Betty de que aquellos hombres no parecían tener concepto alguno del tiempo. Betty y Aijo, y en esto Betty estaba de acuerdo, que resumían para ellos el "ajete acortar". «Aguando un momento cuando no te la idea del significado de la palabra «tiempo»».

—Cuando salíamos del cuarto y yo tenía el libro en la mano —recuerda Betty— es cuando se gata de que el jefe dijo: «Aguarde un momento». Pero no sé si lo dijo en voz alta o de otra manera. Había un silencio absoluto sobre la cabeza de las personas; yo trataba de explicar lo que son tan malas cosas de este tipo. Y les estaba diciendo cómo explicárselo. Creo que nos empezamos en esa discusión cuando él me preguntó lo que eran los dientes y los ojos de Betty. Les estaba diciendo que los dientes no Betty y se parecían a los de los otros. Entonces yo dije que a veces había un ojo que se parecía a la dentadura postiza. Y ellos me miraban y me decían: «¿Qué es este ojo?» Y yo respondí: «Pues eso es la dentadura postiza». Fue entonces cuando empezamos a discutir sobre la dentadura postiza y la gente dijo: «¿Qué comen ustedes?»

des? No había manera de hacerlos entender lo que yo quería decir. Cosas como patatas, carne, verduras, etc., de cuando intenté explicarles lo que son las vitaminas y el agua que eran animales, él me preguntó: «¿Qué es eso?»»

Barney piensa que B... se equivoca en esto tanto desde el punto de vista del concepto de... como en lo de la comunicación verbal.

—Yo sé go ponerlo en el caso - Betty había de verdad con esa gente - dije - Era una cosa de una reunión de acuerdo, pero no era así. Varias de las cosas que he dicho Betty me dan motivo para que dude de ello. Lo importante al tiempo, por ejemplo! Luego, me que no con el tiempo como lo comprenderas nosotros. Yo creo que Betty ha en las otras ocasiones en su vida - Pensó que el supuesto jefe y el médico eran distintos de los demás, cuando a mí me pareció que eran fundamentalmente iguales.

Be tv jesu v... 81 a 650

—A. principio, cuando me fui a la barra del barbero y ante, me di cuenta de que querían que me cooperara y no los hacíamos pensar mucho tiempo, y ellos volver al coche y seguir sus caminos en paz. Pero eso no es lo que es si se puede o no la palabra «tempo».

Todas estas y otras inconsistencias y contradicciones fueron analizadas cuidadosamente a la luz de la evidencia documental, que cubre en varias ocasiones los aspectos extraños y contradictorios del caso continuando resistiendo a ser explicado y causando una perpetua

En lo fundamental estas sesiones se hicieron en un extenso largo y derecho de tierra acotado y lastrado, en el que contenían las cintas esmaltadas y memoria de los días, sobre las cuales se comentaron. Otro aspecto del caso fue que los puntos secundarios desde el punto de vista del tratamiento condujeron a la satisfacción y curación eventual. Las sesiones de puntos se fueron reduciendo paulatinamente pero se continuó trabajando gradualmente. Con el tiempo los puntos del tratamiento fueron reducidos a los necesarios para las sesiones y que produjeron resultados de mejor calidad.

[illegible]

con el lugar exacto donde vieron la carretera cortada por un obstáculo, era una carretera secundaria, situada cuatro o cinco kilómetros al E. de la carretera n.º 3.

Tanto Barney como Betty se sentían abrumados por tanto detalle como revelaron las cintas magneto-fónicas: buena parte de aquella información les era desconocida en el plano consciente.

—Yo no tenía idea de que fueran a salir tantos datos de las cintas. No tenía la menor idea de que fueran tantas las cosas que yo quería olvidar. Las cintas me parecieron absolutamente increíbles —comentó Barney.

Barney seguía queriendo negar que hubiera ocurrido todo aquello en realidad.

—Estaba pensando que lo mejor era dejar de intentar recordar el incidente —dijo Barney al doctor en una de las sesiones que tuvieron lugar después de haber oído ya gran parte del material grabado en cinta— y Betty dijo que por qué. Y yo me dije que por qué no consigo explicarme cómo pude recordar todo aquello en estado hipnótico y me aterra pensar que a lo mejor, estoy loco. La semana pasada, escuchando la cinta de Betty, también noté que me invadía el deseo de cerrar los ojos. Llegó a ser casi una obsesión. Por eso me levanté y me puse a dar vueltas por el cuarto y, luego, a mirar por la ventana.

Hacia el 30 de mayo, o sea casi dos meses después de haber empezado a oír las cintas magnetofónicas, Barney comenzó a sentir que sus tensiones se aliviaban notablemente.

—Esta semana, no me he sentido tan tenso como las anteriores —dijo Barney al doctor—. No he tenido necesidad de tomar ninguna medicina para la úlcera.

El 6 de junio, el doctor se sirvió de la hipnosis para explorar algo más la memoria de Betty en el plano inconsciente.

Doctor:

*(Completa la inducción y lleva a Betty en un trance.)*

.. Ahora, está usted sumida en un sueño profundo, en un sueño profundo. Quiero que recuerde lo que me dijo estando dormida. Vuelva a pensar en esto.

*(Se está refiriendo al momento en que vieron el obstáculo en la carretera.)*

¿Estaba usted dormida?

Betty:

No.

Doctor:

¿Y... qué creía que había estado dormida?

Betty:

*(Como siempre, trata de responder literalmente a la primera pregunta.)*

Había estado dormida.

Doctor:

¿Dice usted que había estado dormida?

Betty:

Sí, en el coche. Fueron los hombres quienes me durmieron.

Doctor:

Los hombres la durmieron.

Betty:

Sí, no sé cómo.

Doctor:

¿Y cómo entró él en el coche?

Betty:

Yo abrí la puerta. Iba a salir corriendo.

Doctor:

¿Por qué?

Betty:

Porque tenía miedo.

Doctor:

¿Dónde estaba Barney?

Betty:

En el coche.

Doctor:

¿Estaban ustedes dos en el coche?

Betty:

Sí.

Doctor:

¿Y de dónde vinieron esos hombres?

Betty:

Del centro de la carretera.

Doctor:

¿Llevaban alguna linterna o alguna luz?

Betty:

No, nada de eso.

Doctor:

¿Y cómo podía usted verlo?

BETTY:

Los faros del coche estaban encendidos.

DOCTOR:

¿Y él le dijo a usted que se durmiera?

BETTY:

No, no dijo nada.

DOCTOR:

¿Y cómo sabía que tenía la intención de hacer que usted se durmiera?

BETTY:

Yo no sabía eso.

DOCTOR:

Y entonces, ¿por qué me dijo que creía haberse quedado dormida?

BETTY:

Pues, porque me desperté.

DOCTOR:

¿Dónde se despertó usted?

BETTY:

Me desperté cuando ras andaba.

DOCTOR:

¿Y cree usted que fueron ellos quienes la hicieron dormirse?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Cómo?

BETTY:

Hicieron algo, ignoro qué a punto fijo. No lo recuerdo. El hombre alargó ambas manos. Yo estaba sentada en el coche. Estaba volviéndome y tenía la puerta abierta. Y, entonces, me volví del todo y me disponía a ir a correr porque estaba asustada. Entonces cuando ahí la pucita al hombre me agudo. Había tres hombres. Y el que estaba más cerca de mí, más cerca de la puerta. Yo estaba a punto de la tierra y él alargó la mano. Y entonces, perdí la conciencia de lo que me rodeaba.

(Luego, Betty continúa esta experiencia que con la de sumirse en estado hipnótico.)

DOCTOR:

¿Hasta cuándo?

BETTY:

Hasta que me desperté a las dos.

DOCTOR:

Vamos. Dice usted que era curiosa su piel. ¿Fue con algo como ante a un interés por?

BETTY:

Sí.

DOCTOR:

¿Por qué cree que lo que examinaban era su piel? ¿Quizá porque les interesaba el color?

(Es evidente que el doctor alude a diferencias raciales.)

BETTY:

No lo creo. Creo que lo que les interesaba era la estructura de mi piel.

DOCTOR:

¿Por qué la estructura?

BETTY:

Es que estaban mirandola. Y lo deduzco por sus reacciones. Quiero decir que los dos el jefe y el chico cuando miraban la piel, primero uno y luego, el otro y después, volvían a mirarla. La miraron hasta dos y tres veces.

DOCTOR:

¿Y por qué tenían tanto interés en su piel? ¿Se le ocurre alguna explicación?

BETTY:

No ninguna.

DOCTOR:

¿Cree usted que podría deberse al hecho de que su piel y la de Barney son de colores distintos?

BETTY:

No sé, pero yo diría que les interesaba porque mi piel y la de ellos eran distintas.

DOCTOR:

¿En qué se diferenciaban?

BETTY:

En el color.

DOCTOR:

¿De qué color era la piel de ellos? Eran distintos los hombres que la examinaron a usted?



BETTY

El jefe y el médico eran más parecidos.

DOCTOR

¿De qué manera?

BETTY

Daban la impresión de ser más altos que los demás hombres de la tripulación.

DOCTOR

¿Era esa la única diferencia?

BETTY

Eran más altos y tenían la piel de distinto color.

DOCTOR

Veamos, ¿qué colores eran? ¿De qué color era la piel de los de la tripulación?

BETTY

Pues...

DOCTOR

¿Por qué le cuesta tanto explicarme la diferencia?

BETTY

Porque no hago más que pensar que los de la tripulación eran orientales asiáticos. Sólo que no eran tan... son bajos.

DOCTOR

Y el jefe, ¿no es bajo?

BETTY

Es más... el jefe y el médico son más altos. Son casi tan altos como yo.

DOCTOR

¿Quiere decir que los de la tripulación son mucho más bajos que usted?

BETTY

Los de la tripulación son más bajos.

DOCTOR

¿Mucho más bajos?

BETTY

Yo diría que son... pues... Medirían metro y medio. Yo creo que el jefe es aproximadamente tan alto como yo.

DOCTOR

¿Les temía usted?

BETTY

Al jefe, no. Al principio sí. Pero luego, ya no.

(A continuación, el doctor pregunta a Betty sobre su vida en general su niñez e influencias familiares y su experiencia marital interracial, en estado hipnótico Betty muestra haberse adaptado asustadamente bien a los problemas que suelen surgir en este tipo de matrimonios y también al suyo personal de no poder tener hijos por causa de una operación quirúrgica. El doctor trata de explorar, luego, las reacciones básicas de Betty durante la noche del incidente.)

DOCTOR

Usted no suele expresar sus temores con tanta facilidad, ¿verdad? En el transcurso de esas experiencias relacionadas con el objeto volante no sintió usted miedo al principio, ¿no es eso? Pero, luego, se dio cuenta de lo asustada que había estado.

BETTY

Bueno, creo que yo soy de esas personas que, cuando ocurre una crisis mientras todos se desmoralizan, siguen adelante hasta salir del paso. Pero, luego cuando la crisis ha pasado sufro una reacción que pudieramos decir de efectos retardados. Yo soy así. Sin embargo, no creo haber sentido mucho miedo cuando vi aquel objeto en el cielo.

DOCTOR

¿Cuándo sufrió usted esas experiencias en sueños. ¿Por qué soñó todas esas cosas? Sus sueños fueron iguales que las experiencias que cree usted haber tenido.

BETTY

Supongo que recordé en sueños lo que había ocurrido en la realidad.

Esta sesión final en que se utilizó la hipnosis tuvo por objeto resumir el cuento que había persistido durante los seis meses largos de tratamiento. ¿Fue la experiencia sueño o realidad? ¿Dónde estaba la verdad? ¿Quién podía decir con seguridad lo que era verdad y lo que no? ¿Cómo podían resolver tantas sorprendentes contradicciones cualquiera que fuese la solución que se diera al problema?

En cierto modo, entre los principales puntos de vista, había tres muy plausibles. El doctor Simon pensaba que, de todos los datos disponibles y basándose en el estado actual de nuestros







mano es sumamente cauteloso. La gente piensa que es malo reprimir las emociones. De hecho sin embargo la represión es parte esencial de nuestra vida mental. Si no reprimiéramos la porción muy alta de nuestros sentimientos, seríamos seres humanos caóticos.

Ses largos meses de tratamiento habían terminado.

Los Hill perplejos, pero aliviados volvieron a Portsmouth. Experimentaban una sensación confusa y como de vacío, como la que suele sentirse al terminar una tarea larga y ardua. Era la sensación de que echarían de menos al doctor Simon, las sesiones y la búsqueda de la solución de un misterio que aún seguía sin resolver.

Unas semanas después el doctor Simon, en su consulta, abrió una carta dirigida a él y vio que era de la organización en que los Hill estaban asegurados de enfermedad. A petición de los Hill el doctor Simon había enviado un breve resumen del tratamiento a que habían tenido que someterse, indicando que la causa era la aguda angustia que ellos habían sufrido a consecuencia de una experiencia relacionada con un objeto volante no identificado. No es de extrañar que el director médico de la organización escribiera una carta al doctor Simon en la que le encontraba muy difícil aceptar una reclamación basada en un diagnóstico como aquél.

El doctor Simon respondió, en parte como sigue.

«No me extraña que se muestre usted reacio en su carta del 4 de agosto en aceptar mi diagnóstico de que la inquietud emocional fue producida por la aparición de un objeto volante no identificado en relación con la reclamación de los señores Hill. Yo no le envié esto como diagnóstico, sino como explicación de las circunstancias en que estas dos personas vinieron a mi consulta. Yo esperaba que usted respondiera enviándome algún documento que me permitiera explicar la situación desde el punto de vista médico. Siempre que ha habido reclamaciones de seguros he recibido este tipo de documentos, pero Mrs. Hill se limitó a decirme que escribiera al departamento de usted, sin comunicarme los datos que tenía que enviarme.

Los señores Hill vinieron a verme en diciembre de 1963. En el transcurso de un tratamiento médico sufrido por Mr. Hill, se

descubrió que esto era consecuencia de una experiencia que tuvo lugar en septiembre de 1963. Los señores Hill vieron aparecer un objeto volante, de noche cuando volvían de un viaje de placer.

«Esta experiencia les produjo una considerable impresión y gran angustia durante bastante tiempo. Mr. Hill comenzó a sufrir insomnio, temores irracionales y angustia persistente; Mrs. Hill sufrió pesadillas persistentes, temores y angustias. Más recientemente, Mr. Hill presentó síntomas de úlcera de duodeno. Mr. Hill se sometió a tratamiento médico y sólo al cabo de algún tiempo fue posible comprobar que la aparición del objeto volante era un factor importante de su dolencia. De hecho, la historia de esa aparición fue revelada durante el tratamiento a que hubo que someter a Mr. Hill.

«Por lo pronto comprobé que tanto Mr. Hill como su esposa sufrían amnesia, y que la amnesia afectaba a los sucesos ocurridos en aquea noche de septiembre de 1963. Los señores Hill, en el mismo término, me fueron enviados a mí y yo llegué a la conclusión de que lo más adecuado era utilizar la hipnosis para los dos. El tratamiento requirió la inducción en ambos de un profundo estado hipnótico, para lo cual fue necesario sumirlos en un estado sonambúlco.

«El tratamiento produjo en ambos pacientes violentas crisis emocionales. Por esto fue preciso controlarlo cuidadosamente y no permití jamás estado consciente que el que fuese, en cualquier momento claro, emocionalmente soportable. Me serví de un magnetófono para grabar las revelaciones obtenidas en estado inconsciente y poder así assimilarlas en su momento al primer consciente. Durante el tratamiento Mr. Hill tuvo graves síntomas de úlcera que mejoraron a medida que el tratamiento iba su curso. Como efecto, la angustia de Mr. y Mrs. Hill se alivió también.

«Cuando terminó el tratamiento, ambos se consideraron curados.

«Espero que esta información sea adecuada y estoy a su disposición para responder a cualquier otra pregunta de ustedes.»

La reclamación fue atendida sin tardanza; fue, sin duda la primera vez que una casa de seguros tenía algo que ver con un objeto volante no identificado.

El tratamiento cesó cuando el doctor lo consideró seguro y conveniente, a pesar de que aun quedaban muchas preguntas sin respuesta. El alivio de la angustia de ambos pacientes fue importante y duradero. Seguramente explorando su memoria habrían podido inquietarles más que abandonar el tratamiento en aquel momen-

to. Además el doctor examinó el deseo que ya sentían los Hill de mantener contacto con ella mientras siguiera «canalizando» por su cuenta cosa que es normal una vez terminado el tratamiento terapéutico.

El tratamiento había comenzado beneficiando en una amnesia, una amnesia que estaba creando muchos problemas.

—Concuerdo —dice el doctor Simon— a autor de este libro dos años después de tener terminadas sus sesiones y su enderme de la hipnosis con objeto de analizar las experiencias personales de ambos. La parte principal de la amnesia parecía hacerle a un incidente increíble en el que habían participado tanto Mr. como Mrs. Hill; no es esto lo único que es significativo, también lo es que la experiencia fue compartida por dos personas. Investigaciones persistentes crearon más problemas que soluciones. Yo había comenzado suponiendo que Barney era algo más influenciable que Betty, y que aquella historia derivaba de él. La historia en sí era completamente improbable desde el punto de vista científico, pero por otra parte resultaba bastante desde el principio que los Hill no mentaban, de eso no me cabe duda. Después de obtener la versión de Betty y de comprobar que sus sueños eran idénticos a sus recuerdos en estado hipnótico se me ocurrió la idea de que mi teoría inicial quizá fuese errónea y que gran parte de los recuerdos de Barney estaban contenidos en los de Betty aunque muy pocos de los de Betty estaban contenidos en la versión de Barney. Entonces, mi teoría fue modificada en el sentido de que era Barney quien había absorbido la historia soñada por Betty. Partiendo de esta base, procedí a examinar más intensivamente esta posibilidad concentrando más esfuerzos en Barney y en comprobar más aún lo ya revelado por Betty.

«Por fin quedé convencido de que la explicación más razonable de la serie de sueños que había tenido Mrs. Hill que fueran consecuencia de un choque con un objeto volante no identificado, parecía una fantasía con cierta base racional de realidad.

«Pero el caso no podía ser resuelto de una manera absoluta lo mejor era dejarlo allí. Sobre todo teniendo en cuenta la mejoría de los pacientes. Seguiríamos en contacto y, con el tiempo, quizá pudiésemos completarlo a gusto más.»

En una breve sesión de resumen que tuvo lugar en la primavera de 1966 el doctor pudo comprobar la intensa impresión que aun persistía en ellos, tres años después de la aparición del objeto en Indian Head y dos años después de terminado el tratamiento. Barney quedó hipnotizado rápidamente como de costumbre. El doctor Simon le hizo primera y varias preguntas preliminares y de contexto a las que Barney respondió objetiva y exactamente. En la segunda parte de esta sesión el doctor revisó de nuevo y detalladamente las sesiones de Barney.

Doctor:

¿Qué piensa usted ahora, sobre la experiencia? ¿Cree que le raptaron o no?

BARNEY:

*(Su voz como siempre, es la misma y sin expresión)*

Tengo la sensación de que me raptaron.

Doctor:

Lo que me pregunta es si le raptaron o no, no se suyo parece. ¿Le raptaron?

BARNEY:

Sí. No quiero creer que me raptaron.

Doctor:

Pero, ¿está convencido de ella?

BARNEY:

Digo que «tengo la sensación» porque eso me fuerza la tarea de aceptar una cosa que no quiero aceptar, aunque haya ocurrido.

Doctor:

¿Y qué es lo que se lo fuerza?

BARNEY:

Decir que «tengo la sensación».

Doctor:

¿O sea que sería para decir «la sensación es que me raptaron»?

BARNEY:

No. Por no.

Doctor:

¿Se siente mejor de la otra manera?

BARNEY:

Me siento mejor de la otra manera.

DOCTOR

¿Y por qué se siente peor si no?

BARNEY

Pues porque es una historia tan extraña que si alguien me la contara como si le hubiese ocurrido a él, yo no le creería. Y me repele y mucho que me acusen de algo que no hice. Sobre todo, cuando sé perfectamente que no lo hice. O que no crean algo que hice y que yo sé que hice.

DOCTOR

Bueno supongamos que usted se limitó a asimilar los sueños de Betty

BARNEY

Eso me gustaría

DOCTOR

Eso le gustaría ¿Y podría ser eso lo que ocurrió?

BARNEY

No.

DOCTOR

¿Y por qué no?

BARNEY

Porque...

*(Repentinamente, se pone muy tenso y se emociona, casi tanto como durante la primera sesión, cuando recordó haber sido llevado en volandas hacia el objeto volante en el campo de Indian Head.)*

¡No no quiero que me toquen!

*(Su respiración se vuelve rápida y agitada.)*

DOCTOR

Muy bien. Tranquícese. No tiene ningún motivo para inquietarse.

BARNEY

*(Comienza a gemir violentamente.)*

¡No quiero que me toquen! ¡No quiero que me toquen!

DOCTOR

Muy bien, muy bien. No le toca nadie ahora. No le toca nadie. Lo dejaremos. Tranquícese.

*(El doctor comienza a hacerle salir del trance, y le da instrucciones para que se tranquilice. Los gemidos de Barney van cesando. La sesión de resumen, dos años después de terminar las otras, ha concluido.)*

## CAPITULO XIII

Quando terminó el tratamiento propiamente dicho, Barney y Betty Hill volvieron a su vida de siempre, consiguieron que el incidente de Ingomar Head fuese relegado a segundo término y concentraron sus energías en lo que más les interesaba: la vida de la comunidad a que ellos pertenecían, las actividades de la Iglesia Universalista Unitaria, la campaña pro derechos civiles. Las actividades sociales de Betty Hill en el Estado de New Hampshire eran fatigosas pero valían la pena, el trabajo de Barney en Correos se volvió más fácil y mejor ahora que había sido transferido a Portsmouth y no tenía que trabajar en el turno de noche. Sus ocupaciones como miembro del comité ejecutivo de la Comisión de Derechos Civiles de los Estados Unidos, el NAACP y el Programa de Lucha contra la Pobreza apenas le dejaba tiempo libre ocupando incluso sus horas de asueto. La enorme sensación de alivio como de haberse liberado de un peso, consecuencia del tratamiento del doctor Simon le dio nuevos ánimos para trabajar más y mejor.

La experiencia del objeto volante, y también la del tratamiento aunque estuvieran relegadas a segundo término, no habían sido olvidadas, ni mucho menos. Los Hill siguieron comentando ambas con sus amigos más íntimos y con sus parientes, esperando que a medida que se fuera obteniendo más información sobre el extraño tema de los objetos volantes no identificados, su caso personal iría aclarándose y disminuiría el riesgo de ser considerados como excéntricos o estafadores. De cuando en cuando se cartearan con Hobman y Jackson y a veces, también iban a visitar a



Walter Webb al «Pioneer» de Hingham en Boston, o en el quien iba a verles a su casa de Portsmouth.

Encontraron curiosamente a la prensa sobre su caso y no mencionando más que a su círculo de amigos reducidos al peligro. Los periodistas descubrieron que ya parecían conocerlo sin sentirse especialmente interesados y que cuando hablaban de ello en privado, ninguno los escribía bien.

Ya casi se les había olvidado que en setiembre de 1962 habían sido invitados a contar su experiencia a un grupo de gente interesada en los objetos volantes no identificados en Quincy, Estado de Massachusetts unos meses antes de que comenzaran sus sesiones con el doctor Simon. No se percataron entonces de que alguien había grabado aquella conferencia en cinta magnetofónica y que esa cinta se describió, detalladamente el incidente y los hechos como tal. Betty como consecuencia de la aparición del objeto. Tampoco sabían por lo tanto que su conferencia había servido de base informativa al reportero que contó parte de la historia en una serie de artículos publicados en un periódico de Boston en el verano de 1965. En los días siguientes Simon había escrito al reportero informándole acerca de

Los Hill se sintieron deprimidos e irritados cuando leyeron los artículos. Habían rechazado una solicitud de entrevista que les hizo el reportero alegando que no tenían la menor intención de dar publicidad a su experiencia; el doctor Simon, naturalmente, había rehusado hablar del asunto con el reportero.

Cuando Barney Hill leyó los artículos reaccionó como si estuviera leyendo algo que le hubiera sucedido a otra persona; rehusó creerlo. Tanto el doctor Betty como que una historia fragmentaria como la que se servía para dejarles en ridículo. La historia auténtica era mucho más completa y no podía ser relatada sin ser exhaustivamente exacta en las demostraciones hechas y contra-hechas, en los hechos que era preciso tener en cuenta. Los Hill consultaron a un abogado, pero éste les dijo que como la historia no había vuelto a ser publicada en otra parte y no era difamatoria ellos no tendrían defensa alguna, a menos que pasase de estos límites.

Cuando la Iglesia Universalista-Unitaria de Dover, New Hampshire invitó a los Hill a hablar ante sus congregados, un domingo por la tarde, poco después de la publicación de los artículos, los Hill aceptaron que en su conferencia tratarían de corregir en su

confusión del periódico y de convencer al público de que lo que habían leído no era ni verdad ni deseo. Los Hill decidieron no mencionar el tratamiento ni la hipnosis en la conferencia. Antes de ir a Dover fueron a tener una sesión a casa de la parte Herbert Knowles, ahora retirado, uno de los ex oficiales de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos que estaba en la línea de investigar el misterio de los objetos volantes no identificados intrigados por los confusos informes que emanaban del Perito. En esa sesión, el nerviosismo que la conferencia iba a producir en los Hill disminuyó algo.

Un aspecto interesante de la conferencia de Dover fue que en ella hubo también un oficial de reserva y piloto de la Base Aérea de Pease. Aunque este se refirió a cosas de carácter general, no se mostró ni mucho menos reticente de proporcionar los Hill con los muchos casos de apariciones de objetos volantes no identificados que habían ido acumulándose en aquel lugar durante 1965. La conferencia tuvo lugar el 8 de noviembre de ese mismo año, y cientos de personas tuvieron privilegio de ir a casa por la tarde y a la noche, en la primera del año y así.

Lo curioso es que estando la conferencia y la sesión de la gente hicieron comprender a los Hill que el tema de los objetos volantes no identificados era de carácter científico y que quizás hasta de importancia científica, en vista de que un número considerable de investigadores sobre apariciones de esos objetos que llegaban de todas las partes del mundo. En la primera parte había tenido su caso en sus propias vidas era prematuro y más correcto. Reflexionando detenidamente sobre esto, los Hill llegaron a la conclusión de que su experiencia de 1946 sí era real pero así y todo se caía en parte a cuenta de que, por su carácter misterioso y fantástico la gente no aceptaría fácilmente la historia de su misma experiencia. Los Hill sintieron tan poco creer en su propia experiencia cuando las oyeron durante la segunda parte del tratamiento.

Por fin, los Hill después de pensarlo mucho, llegaron a la conclusión de que era preciso escribir un libro sobre su caso con todo detalle, y dejar que los lectores decidieran por sí mismos si era o no cierto o no lo que habían oído. Así que los datos de la experiencia

— Por consiguiente, he aprendido mi porción de la Unive



de años que he vivido. No he oído más que preguntarme cómo habrá sido el mundo de que yo soy un miembro. Parece ser que los hechos más importantes en todo el transcurso de miles de historia. Parece que realmente estamos en el umbral de un nuevo concepto de la ciencia y que los problemas que se plantean cada vez más rápido, si el hombre no se destruye antes a sí mismo.

«A mi de pequeña me enseñaron a creer en lo que supongo se llama el "mundo científico"; no hay nada que en nada sin analizarlo y clasificarlo antes. Yo no creo en las fantasmas. Antes de nuestra experiencia creía que los que creían cosas que no comprenden y los que fantasean están mal de la cabeza. Ahora he aprendido a ser más tolerante con las cosas nuevas, aunque yo personalmente, no las tome en serio.

«Cuando el doctor Hill me suplicó por primera vez la idea de que quizá fuera posible que yo hubiera conocido a las propias cosas sobre el mundo alrededor en una especie de "sueño" me pensé: "¡Qué curioso!" Me sentía perfectamente dispuesto a aceptar esto. Me sentía cómodo con la idea de que tal vez, porque mi experiencia del mundo volador era muy molesta. Quiero decir que era realmente una tremenda presión sobre mi personalidad. Y por eso después de la sesión en que el doctor Hill me explicó su teoría sobre los sueños fui a casa y me dije "¡O vídemelo sólo es un sueño!" Ya me entendí. Una sensación muy antigua porque es posible negar que esto o aquello haya ocurrido en realidad. Y yo pasé por un período en que hice esto. Cada vez que me ponía a pensar en ello, acababa diciéndome:

"Vaya, no es más que un sueño. Lo mejor es olvidarlo." Así me liberaba de todo el peso y ponía fin a la cuestión.

«Así pues, todas las noches, cuando iba a acostarme, me decía "No es más que un sueño." Cuando terminé el tratamiento, creo que seguí así durante dos semanas más o menos. Hasta que, una mañana, me levanté pensando: "¿Por qué trato de ligarme a mí misma?" Y me encontré de nuevo con la idea. Desde entonces no he podido volver a persuadirme de que se trata de un sueño.

Los Hill advierten que habrá gente que interpretará de diversas maneras parte del contenido de sus sueños.

—«Las cosas de esperar», dice Barry Hill—. Yo no soy técnico en estas cuestiones. En mi caso no existen sueños relacionados

con la experiencia del objeto volante hasta después de la experiencia de los sueños. Mis recuerdos del incidente de 1935 me parecen ahora como si fueran un símbolo o un símbolo de algo que me ha enseñado a ser más consciente de que lo que recuerdo en los sueños tiene la posibilidad de haber ocurrido. Esto que he visto ahora no puede aceptarlo durante varios años. Soy o creo ser bastante consciente de esto y no lo sería si fuera de mi experiencia que me hubiera ocurrido el fenómeno antes como un sueño o como un sueño o como un sueño.

En el transcurso de sus estudios sociológicos y psicológicos, el doctor Hill ha estado analizando las interpretaciones que se dan a los sueños, pero cree que tal vez los que teorizan sobre la interpretación de los sueños están en desacuerdo entre sí.

—Lo que a mí me interesa es que los incidentes que he visto en sueños y los incidentes de la historia que me revelan a mí mismo en estado de hipnosis son casi idénticos. Y creo que en este caso las interpretaciones de los símbolos oníricos que dan lugar a nuestra experiencia fue o no fue real. Esto es básicamente la parte de la experiencia que más nos importa ahora a nosotros... ahora que nuestras agencias han sido salvadas.

Aun cuando la experiencia de los Hill en Indian Head fuera un incidente con un acento místico según se ve como importante y digno de ser considerado, aun que solo fuera el objeto de especulación.

Pero no es ni mucho menos un incidente aislado. Desde comienzos de la primavera de 1935 ha ido aumentando constantemente el número de informes procedentes de observadores competentes sobre apariciones de objetos volantes no identificados, muchos de los cuales parecen ser vehículos cuya estructura es muy parecida a la que describieron los Hill. Se han ido, con frecuencia, de policías, oficiales militares, técnicos y hombres de ciencia y, desde comienzos de 1936, ha podido observarse que los hombres de ciencia han convertido su anterior escepticismo en interés y curiosidad. Ya no está de nuevo ser esotérico. Algunos hombres de ciencia dicen, incluso, que si el fenómeno es puramente psicológico el problema se vuelve aún más importante que si estos objetos fueran, en efecto, vehículos de energía extra-terrestre.

En una conferencia científica que tuvo lugar en junio de 1966, el doctor J. Allen Hynek, presidente del departamento de astronomía de la Universidad del Noroeste, se refirió con cierta cautela a una reunión regional de la Sociedad Óptica de Norteamérica en la que se discutió la existencia de los objetos volantes no identificados. Hynek dijo que había sido muy importante porque supone un cambio en la actitud de la ciencia ante este fenómeno. Dicho esto, fue al grano:

—Los objetos volantes no identificados merecen ser de inmediata atención por parte de la ciencia. De hecho, a principios de fin de que no se dejen las cosas embarrancar por los exagerados "chiflados" y los creyentes que han hecho que resulte muy difícil establecer racionalmente este fenómeno. Los objetos volantes no identificados son una verdadera incógnita. El mito no ha sido deshecho y la ciencia tiene que tomar nota de su existencia. Ya no podemos encogerarnos de hombros e ignorarlo.

Además de ser presidente del departamento de astronomía de esa Universidad, el doctor Hynek dirige el programa de localización de satélites del observatorio astronómico smithsoniano de Cambridge, Estado de Massachusetts y es director científico del proyecto *Stargazer*, de la Aviación militar norteamericana. Tiene además un cargo como asesor científico de la Aviación norteamericana sobre cuestiones relacionadas con los objetos volantes no identificados y la existencia más de diez mil casos que están en los archivos de las Fuerzas Armadas, muchos de ellos personalmente.

En la conferencia que pronunció ante hombres de ciencia, ingenieros y técnicos en la Sociedad Óptica, el doctor Hynek dijo:

Yo creo que es un fenómeno per se interesante, como la marea de correr peces de colores o el problema de cuánta gente cabe en una cabina telefónica. Pero no continúa teniendo cada vez hay más personas que insisten que afirman haber visto objetos volantes no identificados de manera explícita y racional. A los que no conocen esta cuestión, con el tiempo será en la Prensa donde pueden informarse fidedignamente sobre ella, mis conclusiones que a los parezcan muy extrañas pero conste que he llegado a ellas después de pensarlo mucho.

El doctor Hynek dijo que el programa de localización de satélites del observatorio astronómico smithsoniano de Cambridge, Estado de Massachusetts y es director científico del proyecto *Stargazer*, de la Aviación militar norteamericana. Tiene además un cargo como asesor científico de la Aviación norteamericana sobre cuestiones relacionadas con los objetos volantes no identificados y la existencia más de diez mil casos que están en los archivos de las Fuerzas Armadas, muchos de ellos personalmente.

El doctor Hynek reveló también, que un importante hombre de ciencia de una Universidad de primera fila había llamado a la atención de sus datos sobre los objetos volantes no identificados, pero con todo de firma secreta por no afirmar pública y valientemente que esos objetos tenían por fuerza que ser de origen extraterrestre.

—¿Cómo es posible que ustedes no acepten esto? —le preguntó el hombre de ciencia en cuestión.

El doctor Hynek recordó, entonces, a su colega que en esto, él estaba aislado en el mundo científico.

Después de diecisiete años de escepticismo —dijo en su conferencia el doctor Hynek— he tenido, por fin, que rendirme ante las pruebas, que son abrumadoras. Ya en 1953 recomendé que esta cuestión fuese objeto de un estudio científico detenido, pero esta es la primera vez que hago una proposición categórica. Lo que yo recomiendo en mi programa es: primero, un estudio inmediato y profundo por equipos universitarios, segundo, un análisis de frecuencias con cerebros electrónicos basado en cuantos datos haya disponibles, tercero, que se funde un centro de investigación de objetos volantes no identificados, con un personal de hombres de ciencia competentes. Cuando existe la posibilidad de investigar científicamente un misterio, es propio de irresponsables no proceder a hacerlo, explorando por lo menos cada una de sus facetas. Dejarlo a brujas ya no es solución aceptada.

En vista del creciente número de apariciones de objetos volantes no identificados, la experiencia sufrida por Barney y Betty Hill es un indicio más de la necesidad de explorar más a fondo este misterio, para ver la posibilidad de resolverlo.

Hay muchas preguntas que requieren respuesta, que son producto del «caso Hill» que han ido saliendo a la superficie en el transcurso de las sesiones benéficas y, también en el plano científico. La historia recorren por los *Hill* se publica por ellos muy en contra de su voluntad, como a los desahucios del síndico y tan sólo por hacer servir antes de tema a una serie de artículos aparecidos en un periódico de la localidad. Los *Hill* no buscan protagonismo y no se afanan en mantener secreta su historia durante varios años, nada que, a pesar de sus protestas fue,

por fin, presentada al público. Sus opiniones sobre la experiencia de Indian Head son resultado de un largo y penoso periodo de inteligente escucha y reflexión, tanto durante el tratamiento médico como después de él. Su actitud a este respecto es racional y al tiempo cauta.

El aspecto más peculiar de su experiencia es que cualquier teoría basada en los hechos relacionados por ella es forzosamente difícil de concebir o comprender. Ser raptados por seres humanoides inteligentes, procedentes de otro planeta a bordo de un objeto volante, es cosa que siempre fue considerada como ciencia ficción. Inventar un cuento de ciencia ficción de este calibre requiere una gran habilidad y capacidad de colaboración. Los Hill encuentran tan difícil, como cualquier persona inteligente, creer que el rapto sucedió en realidad. La actitud de los Hill es ésta: «Nosotros no fuimos a buscar ningún objeto volante ni esperábamos que se nos apareciera. Barney se resistió y persistió en tratar de negar su existencia; no tenemos la menor idea de lo sucedido durante las dos horas y cincuenta y seis kilómetros de distancia hasta que oímos nuestras propias voces en las tantas magnetofónicas; lo que oímos entonces nos resultó tan difícil de creer como le resultaría a cualquiera, lo único que sabemos es que a partir de entonces, las piezas que le faltaban al rompecabezas comenzaron a encajar en su sitio y que empezó a tomar forma en nosotros la idea de que esas experiencias pudieron haber sucedido en realidad, ser tan reales como cualesquiera otros recuerdos válidos y ciertos de nuestra memoria.

La suposición de que los sueños de Betty fueron absorbidos por Barney, creando en la mente de éste un supuesto recuerdo de haber sido raptado, es también difícil de concebir o comprender. Si el sueño de Betty fuera la verdadera fuente de información sobre los seres humanoides habría preguntarse cómo es que Barney visitó seres vivos a bordo de un objeto volante, recordándolos en esta lo consciente, justo antes de oír el «bip-bip». ¿Y qué decir de los de ellos del supuesto rapto que Barney recordó y Betty no? ¿Cómo podían Betty y Barney inventar tanto detalle, notablemente idéntico, y atenerse a lo inventado con tanta fidelidad?

De nuestra larga e intensa exploración de este caso destacan sin embargo, ciertos puntos que son casi irrefutables.

## I. LA NEGACIÓN DE LA APARICIÓN

Los primeros datos acerca de los Hill en este caso quedan casi como en el primer capítulo.

Diez se trata de una curiosa intuición, coajada con el tiempo. Un mes después de la aparición del objeto y, nuevamente, más de dos años después; esto requeriría una precisión temporal de planificación, memoria y previsión de un futuro bastante cierto. De muchas fuentes, así como de dos psiquiatras, tenemos pruebas de que los Hill son gente normal e integrada.

2. No existe evidencia alguna de que los Hill en ninguna época de sus vidas hayan sufrido alucinaciones psicóticas.

Cualquier teoría (incluso la de que se trata de sueños) que aceptara estas dos alternativas tiene que aceptar que se les apareció cierto objeto o fenómeno.

## II. EL OBJETO APARECER DEBIÓ HABER SIDO UN VEHÍCULO VOLANTE.

Lo que vieron los Hill fue un vehículo volante parecido a muchos otros aviones antes y después por gente que la vista objetó los volantes no interrumpidos.

## III. LA APARICIÓN PRODUJO EN ELLOS UNA FUERTE REACCIÓN EMOCIONAL.

Buena parte de esta reacción emocional directa fue reprimida y suprimida, convirtiéndose en sueños en forma de pesadillas vagas, sueños y pesadillas y síntomas físicos hasta que pudo ser liberada durante el tratamiento hipnótico. Parte de las experiencias en el estado de conciencia se olvidó al pasar al estado hipnótico.

IV. LA ANGUSTIA Y EL TEMOR PRODUCIDOS EN BARNEY POR EL SUCEPOTISMO RACIAL SIRVIERON PARA HACER MÁS VIOLENTA AÚN SU REACCIÓN.

Durante todo el viaje desde Montreal hasta el lugar del incidente, Barney Hill estuvo poseído de un temor y un recelo cada vez mayores ante la posibilidad de reacciones hostiles al color de su piel aunque luego resultaron infundados. Esta sensación opresiva pudo haberle hecho más sensible a cualquier experiencia extraña o inusitada, intensificada por lo tanto, la violencia de sus reacciones.

V. LOS HILL NO TENÍAN NINGÚN MOTIVO CULTRIDOR PARA INVENTAR TAL HISTORIA. DURANTE CUATRO AÑOS, SOLO LA CONTARON A UN GRUPO REDUCIDO DE GENTE.

Los Hill sólo contaron su historia a algunos amigos íntimos y a investigadores y gente científica interesada en ella. El tratamiento médico fue solicitado por ellos, con objeto de aliviar sus inquietudes emocionales y sólo accedieron a dar publicidad al suceso cuando fue publicado cinco años después de ocurrido, sin permiso suyo.

VI. EL CASO FUE INVESTIGADO POR VARIAS PERSONAS, GENTE TÉCNICA Y CIENTÍFICA, QUE CREYERON LA POSIBILIDAD DE QUE HAYA SIDO UN HECHO DE VERDAD.

Las investigaciones llevadas a cabo por Hornan, Jackson y Webb, basadas en su conocimiento de otros casos semejantes, dan verosimilitud a que el caso de los Hill sea una experiencia válida merecedora de la atención de la ciencia.

VII. LAS SIGNIFICATIVAS REACCIONES CARCINOMATOSAS PRODUCIDAS POR EL SUCEPOTISMO RACIAL SIRVIERON PARA HACER MÁS VIOLENTA AÚN SU REACCIÓN.

No ha sido posible explicar el origen del círculo histérico que se produjo en la parte posterior del coche y que hizo que los Hill se desmayaran. La brújula, tampoco se ha explicado el motivo de que los relojes de pulsera de los Hill cesaran de funcionar después del incidente. La corrección de los gemelos de Barney Hill y el cuello dolorido parecen indicar la extrema agitación de que había sido víctima.

VIII. EN ESTADO HIPNÓTICO, Y TRATADOS POR UN PSICÓLOGO CONOCIDO, LOS HILL CONTARON HISTORIAS CASI IDÉNTICAS DE LO QUE HABÍA SUCEDIDO DURANTE SU PERÍODO ONÍRICO.

Una psicosis doble idéntica (*folie à deux*) no tiene cabida aquí por faltar ciertas características de esta rara psicosis; tampoco existe ninguna otra prueba de psicosis. Es muy difícil admitir que sea una experiencia de los Hill. Las otras dos posibilidades parecen pues, ser:

1. Que la experiencia sea real y totalmente verdadera.
2. Que la experiencia haya sido afectada por sus propias consecuencias emocionales, hasta el punto de producir interpretaciones erróneas perceptivas e imaginarias, como sugiere la hipótesis del sueño.

No hay solución definitiva. Al principio del caso sólo había un problema de investigación, el suceso en sí mismo. Pero se puede pensar ahora que sea precisamente que el incidente es real, lo que da lugar a que sus consecuencias puedan afectar a la historia del mismo.

Tal incidente justificaría una atención a fondo de nuestras ideas religiosas sobre la comunicación hasta Jherimas. Es evidente que se requiere un estudio y un informe científico y minucioso.

sobre esta cuestión. De hecho, parece ser que las Naciones Unidas están estudiando la posibilidad de dar a cabo una investigación de alcance mundial sobre el fenómeno.

Ni Barney ni Betty Hill tenían la menor idea de que iban a verse envueltos en tales sucesos. Cuando salieron del pequeño restaurante de Colebrook en el Estado de New Hampshire, a las diez y cinco de la noche, el 19 de diciembre de 1961. No son dos misteriosos ni tratan de convertir a los incrédulos, aunque abrigan la esperanza de que surjan pruebas o pistas que contribuyan al esclarecimiento de las extrañas circunstancias de su experiencia. Ellos se contentan por ahora, con comunicar cuantos datos poseen sobre su caso, dejándoles que hablen por sí solos.

Pero, como dijo Tennyson:

*Quizá los sueños más impresionables  
más que los preñados reversarios de la verdad.*

## APÉNDICE

Lo que sigue es el resumen de los sueños de Betty, escrito por ella para su uso personal, después del incidente de Indian Head. Como se verá, son fundamentalmente iguales a sus recuerdos de lo ocurrido durante el periodo afectado por la amnesia. No es raro que los sueños que resultan de una experiencia violenta sean literales, es decir, reproducción completa de lo que sucedió de verdad. Por otra parte, estos sueños no sirven de prueba a favor o en contra de que el suceso sea real.

Las notas detalladas de Betty Hill se incluyen aquí a modo de apéndice para los lectores que deseen comparar el contenido de sus sueños con lo que ella recordó del periodo amnésico, estando en estado hipnótico.

Las coincidencias son notables.

(Sueños que tuve a consecuencia de haber visto un objeto volante no identificado en White Mountains, durante la noche del 19 al 20 de septiembre de 1961.)

Sucedieron dos cosas que tengo claramente fijas en la mente: ambas intervienen también en mis sueños. El primer suceso fue que vimos un enorme objeto que brillaba con una luz anaranjada y que parecía estar posado en tierra. Delante de él vi la silueta de unos árboles. Nuestra reacción fue decir: «¡Dios mío, otra vez!» Y, luego, nos tranquilizamos diciéndonos que tenía







nado curioso, pero que a ellos les sería muy útil. Le pregunté que clase de experimento se estaba haciendo con el agua. Me dio un contexto pero con un movimiento de cabeza me indicó la dirección en el ombligo. De pronto sentí un dolor muy intenso y me puse a agacharme y a cubrir. Ambos parecíamos muy sorprendidos por eso, y el agua se movió sobre mí y me cubrió la mano por delante de los ojos. Entonces me quedé a solas y se puso completo y me sentí bien. En aquel momento, me sentí una diablada. Fec a el pie, pedí el agua cuando que me había movido y me dije que era un animal. Le repetí las gracias por haberme quitado el dolor y el momento que ignoraban que aquel experimento iba a dolerme. Se habrían sacado, no lo habrían hecho. Advertí que le preguntaba y comencé a contar en el

Decidieron terminar los experimentos. El médico salió de ella lo y se colocó sobre las maletas y las guardó en un cajón mientras se iba para el vestido y los zapatos. Le pregunté a donde iba para las maletas y me contestó que era a terminar los experimentos con Barney, que Barney le costaba más tiempo que yo por que pronto se me acabó el sueño.

Seguí conversando y al mismo tiempo con él, y cuando volví por el pequeño cuarto. En el cuarto no había colores y era de construcción mejana como la de la casa de la mamá. En el lado derecho había una puerta y a ambos, las otras dos puertas se juntaban en triángulo. Había una luz que salía del techo como la del taller. En un rincón tenían los instrumentos que se habían empleado para los experimentos. Cuando el jefe o hubo terminado todo nos pasó a hablar junto al lado derecho de la puerta. Yo dije que aquello había sido una experiencia insólita. Ninguna me había ocurrido a semejante. Él sonrió y dijo que estaba de acuerdo, pero, finalmente, al principio no había asustado mucho. Se rieron que me hubiera asustado y dijo que lo habían hecho cuando les fue posible por alguna razón. Confesé que ya se me había pasado el miedo y que ahora estaba contenta por la curiosidad que se me presentaba de hablar con él y preguntarle muchas preguntas que hice. Él me dijo que es una curiosidad a confesar a todas.

En este momento, entraron apresuradamente varios de los hombres. Era evidente que esta era un muy agitado y se pusieron a hablar con el jefe, aunque yo no comprendí una palabra de lo que decían. No se escuchó de palabras o cosas nuevas. El jefe

[illegible]

Con la se fueron los años, ex jele me preguntó qué es envejecer. Le dije que la vida humana se calcula en unos cien años, pero que lo normal era que la gente se muriera entre los sesenta y cinco y los setenta por enterar caídas o desgastadas o se morían por accidentes o enfermedades en cualquier edad. Traté de explicar lo que es la vejez, las arrugas, el pelo gris, etcétera. Me preguntó qué es cien años y yo no sabía cómo explicarse o una forma de medir el tiempo.

Entonces, volví a decirle que aque-  
lla experiencia no parecía  
hacerme hasta a mí, que nadie me creía que había ocurrido  
en realidad, que todos aún en que me había vuelto loco. Le dije  
que me hacía falta una prueba que los convenciera, a fin que pue-  
diera llevarme de allí y enseñar a la gente. Accedí a mi idea y  
me preguntó qué quería llevarme. Me dijo por el cual y vi un  
pequeño libro. Le pregunté si me lo podía llevar y me dijo que sí.  
Me senté a escribir y le di las gracias. Abrió el libro y vi que  
tenía símbolos escritos en columnas largas y estrechas. Me pre-  
guntó en broma si sabía leerlo pero le dije que no que era  
un libro mágico, que nunca había visto nada parecido, pero que no me  
lo llevaba para leerlo sino como prueba irrefutable de aquella  
experiencia y que siempre me acordaría de él, por mucho que  
pasara.

Entonces le pregunté de dónde era él y me contó la preguntándole a su vez si sabía algo del Llanito. Le respondí que no, pero que me gustaría aprender. Fue a la pared y sacó una mapa que me mostró a la extención. Pero que se iba a la espada del cielo. Llamó un mapa de los cielos con numerosas estrellas.



Entonces, oímos de nuevo el «bip-bip», que sonaba contra el coche, y yo pensé: «Buena suerte, adiós. Voy a olvidarme de vosotros. Si queréis que os olvide, os olvidaré, y no hablaré a nadie de vosotros.»

EN ESTA MISMA COLECCION

## EL RETORNO DE LOS BRUJOS

*por*

LOUIS PAUWELS y JACQUES BERGIER

Leer este libro es como volar en un cometa:

Y, sin embargo, se trata de un importante estudio, en el que se manifiesta una inteligencia lúcida que se expresa a través de un estilo de contenido lirismo.

¿Será la sociedad secreta el sistema de gobierno del futuro?  
¿Desaparecieron civilizaciones técnicas en épocas inmemoriales?  
¿Existen puertas abiertas sobre universos paralelos? ¿Derivamos hacia alguna forma de supra-humanidad?

Aparentemente, se trata de preguntas disparatadas. Pero para Louis Pauwels, que desde hace seis años milita con Jacques Bergier en las avanzadillas del conocimiento, resulta indispensable plantearlas hoy. Estas, y otras mucho más desconcertantes. Contemplamos la realidad a través de nuestros prejuicios, antiguos o modernos. Pero hay otra manera de contemplarla, y esta manera nos parece fantástica: el método de investigación que los autores denominan realismo fantástico. La historia de los descubrimientos, la historia de las ideas desde el siglo XIX hasta nuestros días, adquieren proporciones fabulosas. Todo lo que solemos pensar de los poderes de la inteligencia, de los estados de conciencia, de las facultades de nuestro cerebro, del genio, de la intuición, de la memoria o del sueño, es barrido por un viento prodigioso, y nos hallamos sumidos en un bosque de hipótesis pavorosas o mágicas. Y, sin embargo, no se trata de especulaciones gratuitas. Se trata de reflexiones sobre hechos concretos, de conocimientos puestos al día mediante un método revolucionario y expresados con lúcida pasión.

## EN LAS FRONTERAS DE LO IRRACIONAL

*por*

JACQUES A. MAUDUIT

Se conocen textos del siglo XVI que predicen la Revolución francesa. La telepatía pertenece tan poco al terreno de la brujería que el Ejército americano se interesa vivamente en las experiencias de Rhine a ese sujeto. Experiencias realizadas con todas las precauciones necesarias han permitido constatar el desplazamiento de objetos pesados sin intervención de fuerza material. Cada vez nos vemos obligados a admitir un conjunto de fenómenos que contradicen la imagen racional, tranquilizadora, que queríamos conservar, del Universo. El Universo es fantástico. Tradiciones milenarias han aportado el eco —deformado, y a veces ridículo— de que el hombre posee ciertos poderes que la ciencia negó en un momento dado, pero que la ciencia actual, más libre, empieza a considerar sin prevenciones. La labor de nuestro tiempo consiste en restablecer este saber perdido. Mauduit ha procurado destacar los dominios casi prohibidos de estas tierras vírgenes del conocimiento, en el que encontramos los vestigios del pasado de lejanos antecesores. En la vanguardia de la curiosidad científica, este libro despertará el interés de todos aquellos que creen que estamos en el principio de la aventura intelectual y que es vano imponer fronteras al saber y al poder del hombre.

## EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES

*por*

FULCANELLI

EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES es un tratado de alquimia en forma de investigación estética debido a la pluma de un escritor desconocido, adepto de la alquimia y la doctrina hermética, y que se ocultó bajo el nombre de Fulcanelli. No se sabe quién es Fulcanelli, ni si vive todavía: él mismo plantea su libro como destinado a los adeptos e iniciados, aunque, en general, pueda ser leído con indudable interés por el público aficionado. EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES es una minuciosa descripción de los motivos alquímicos y herméticos existentes en las catedrales góticas, especialmente en la de Notre-Dame de París, la de Amiens, el palacio de Jacques-Coeur y la mansión Lallemant de Bourges y la cruz cíclica de Hendaya: Fulcanelli aduce fotografías de la imaginería de dichos templos, describe los motivos argumentales y los relaciona con textos de la alquimia o el ocultismo. Asimismo, su descripción constituye un catálogo de los procedimientos y significaciones de dichas doctrinas y prácticas medievales. Toda esa vertiente cultural dejó su impronta en el arte de su tiempo, eminentemente cristiano, pero sujeto a las formas y temas que su coetaneidad exigía.

Este libro se imprimió en los talleres  
«Composición Mecánica Saturno»,  
Andrés Doria, 29-31, Barcelona.